



# ANUARIO DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL 1922









# CLUB ALPINO ESPAÑOL



ANUARIO  
Año 1922





CLUB ALPINO  
ESPAÑOL







# MEMORIA



ON la obligada periodicidad de su publicación, lleva este ANUARIO hasta vosotros una detallada relación de hechos, un recuerdo de tiempos preteritos para tiempos futuros, y un cordial saludo.

Surge como punto primero en esta observación anual el hecho consolador de que la afición, el amor a la montaña en sus diversas manifestaciones, ha tomado en España carta de naturaleza, y que pese a las inevitables oscilaciones de la moda, del capricho o de la inconsecuencia, progresa y se desarrolla, aumentando considerablemente el número de sus adeptos. Las diversas Sociedades de montaña ven crecer el número de sus afiliados en ese consolador impulso y movimiento de nuestra juventud hacia la montaña.

Interesante en extremo sería la formación de un sencillo censo para apreciar el desarrollo de ese movimiento en años sucesivos, siendo de desear que ese crecimiento dé lugar a la formación



de nuevas entidades que organicen, creen el adecuado espíritu y hasta eduquen, si se permite el rigor del vocablo, a los que, llevados de ese primer impulso, se dirigen a la montaña sin el debido espíritu de devoción y respeto que sus cosas merecen. Convencidos todos de esta necesidad, y llevando al último extremo la propaganda, el buen ejemplo y las más rigurosas sanciones cuando sea preciso, se logrará desterrar el espectáculo de árboles maltratados, señales y buzones destruidos, refugios violentados y saqueados, bárbaro testimonio de incomprensión e ingratitud. Y una severa ejemplaridad, ya que no el instinto de una recíproca conveniencia, formará el espíritu de los noveles alpinistas, haciéndoles comprender que un refugio, por ejemplo, es un bien inapreciable y costoso, encomendado a la guarda y cultura de todos, y a la conservación y cuidado del que lo ocupa. A ese primer esfuerzo de atracción hacia la montaña deberá, pues, seguir necesariamente el de adaptación, depuración y formación de un verdadero espíritu de alpinista.

Mucho puede hacer en ese terreno, como en tantos otros de organización y desarrollo del alpinismo en España, la naciente Federación de Sociedades de montaña. La idea que en ese sentido expusimos y venimos patrocinando en la Memoria de los ANUARIOS correspondientes a los años 1920 y 1921 ha dado sus frutos, y hoy está en marcha el proyecto de Federación para armonizar lo que de antagónico pueda existir entre las Sociedades de montaña; realizar mediante un esfuerzo de conjunto lo que pueda existir de común entre todas ellas, y fomentar las tendencias de aproximación y simpatía entre todas las organizaciones de montaña, hasta constituir un conjunto poderoso capaz de parangonearse con las organizaciones análogas extranjeras. Lástima que a este llamamiento se hayan abstenido de acudir regiones como Cataluña y Vizcaya, en donde el alpinismo está sumamente arraigado y se desarrolla constantemente; y es tanto más de lamentar esa abstención cuanto que el espíritu de las Sociedades madrileñas iniciadoras de esa Federación ha sido, dejando a un lado toda consideración de natural egoísmo, llevar su actividad y su dinero en interés general y público a macizos montañosos como Pirineos, Picos de Europa, Sie-



rra Nevada, etc., harto distantes y alejados de la cordillera central en donde radican sus primordiales intereses. Piensen aquellas regiones que por encima de un criterio exclusivamente local y del interés inmediato y directo de sus agrupaciones y de sus asociados, debe existir una parte de ideal y de desinterés en beneficio del bien general y del alpinismo en regiones menos propicias a desarrollarlo por sí solas.

\* \* \*

Ese espíritu de expansión y de ideal ha sido el que guió a los grandes alpinistas ingleses en sus exploraciones por las montañas de todos los continentes, y el que impulsó en estos dos años el magnífico esfuerzo de la expedición británica para la conquista del Everest, el más formidable acontecimiento desde hace años en los anales del alpinismo. En otro lugar de este ANUARIO nos honramos con publicar, en el sitio de honor, un sucinto relato de tan magna empresa. Muy lejos aún nuestros medios y elementos actuales de poder proyectar esfuerzos de tal magnitud, llena nuestro espíritu una cordial y profunda admiración por tan heroico esfuerzo, capaces de apreciarlo como nadie, ya que si desgraciadamente parecemos haber perdido actualmente el espíritu para la epopeya, contamos en el haber de nuestra raza hazañas y aventuras aún no superadas ni repetidas muchas de ellas, como las de los conquistadores españoles en los continentes americanos.

\* \* \*

En su aspecto social prosigue el C. A. E. su desarrollo ascendente en la más próspera situación económica. El número de sus socios aumenta considerablemente, merced al criterio de dar todas las posibles facilidades para ganar asociados entre la juventud, base y motivo preferente de nuestro Club.

La construcción y organización de refugios en proyecto en los distintos macizos montañosos ha de tomar, en lo sucesivo, un rumbo distinto. Convencidos de la necesidad y conveniencia, cada vez más



sentidas, de que los refugios algo apartados sean de utilización general, no parecía natural y justo que una sola Sociedad tomara por sí sola a su costa la construcción y sostenimiento de esos refugios para todos. Esta dificultad ha venido a solucionarla la naciente Federación, tomando a su cargo esa construcción mediante la aportación económica proporcional de cada una de las Sociedades. En esa forma, se ha construído ya el refugio del Monte Perdido en el Pirineo aragonés, a disposición de los socios del C. A. E., y está en proyecto otro en los Picos de Europa, entre los macizos de Peña Santa de Caín y Peña Santa de Enol, siguiendo ese plan en años sucesivos en las distintas Sierras españolas.

\* \* \*

Motivo preferente de atención ha de ser el rumbo a seguir en la próxima Sierra del Guadarrama ante las nuevas perspectivas que abre la construcción del ferrocarril eléctrico al Puerto de Navacerrada; y política prudente ha sido, por parte nuestra, el tratar de formar, aun a costa de algún pequeño sacrificio, no siempre bien interpretado, un fondo de reserva que nos permita amoldar las conveniencias del Club a lo que las nuevas circunstancias exijan. Entre tanto, quedan reducidas al límite de lo estrictamente preciso las obras, mejoras y ampliaciones de que tan necesitado va estando el veterano Chalet de Navacerrada.

\* \* \*

Finalmente, constituyendo parte importante de nuestra actividad social el desarrollo de los deportes de nieve como base de mejoramiento físico de la juventud, hemos procurado conceder a esos concursos toda la atención e importancia que merece, conservando nuestra Sociedad la supremacía en este aspecto. Insistiendo en este criterio, consideramos necesario poner a nuestros patinadores en condiciones de apreciar sus cualidades en relación con los extranjeros, y a ese efecto procuraremos organizar su asistencia a concursos internacionales en Francia para que, poniendo de relie-



ve su verdadero valor, queden en el lugar que les corresponda o aprendan de los demás lo que a su preparación les falte.

\* \* \*

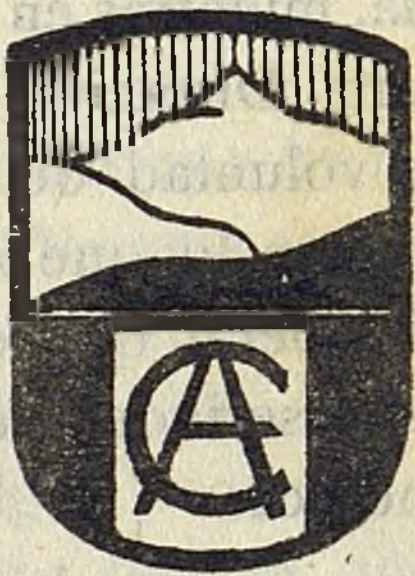
Para todo lo hecho y para todo lo que queda a realizar, sólo resta insistir una vez más en la necesidad de una constante asistencia, cooperación y auxilio moral y material de aquella parte de los socios a quienes realmente interesa el desarrollo y porvenir de nuestra Sociedad. Para que esto suceda, es preciso que cada uno, con la mejor voluntad, aporte su grano de arena en la obra común, pues mientras eso no suceda, mientras en torno a unos cuantos individuos constituidos en Junta Directiva no exista más que la indiferencia general o la mala voluntad de una minoría atenta sólo, por motivos personales, a notar lo que de imperfecto existe en toda obra humana, es inútil esperar que el esfuerzo y el sacrificio de unos pocos pueda mantenerse indefinidamente con el próspero resultado que el C. A. E. merece.

LA JUNTA DIRECTIVA.







\* \* \*







# A la conquista de la Diosa Madre de las Montañas

Relato de las expediciones ingle-  
sas al Mount Everest, redactado  
con los informes oficiales a la vista





A la conquista  
de la Diosa Madre  
de las M





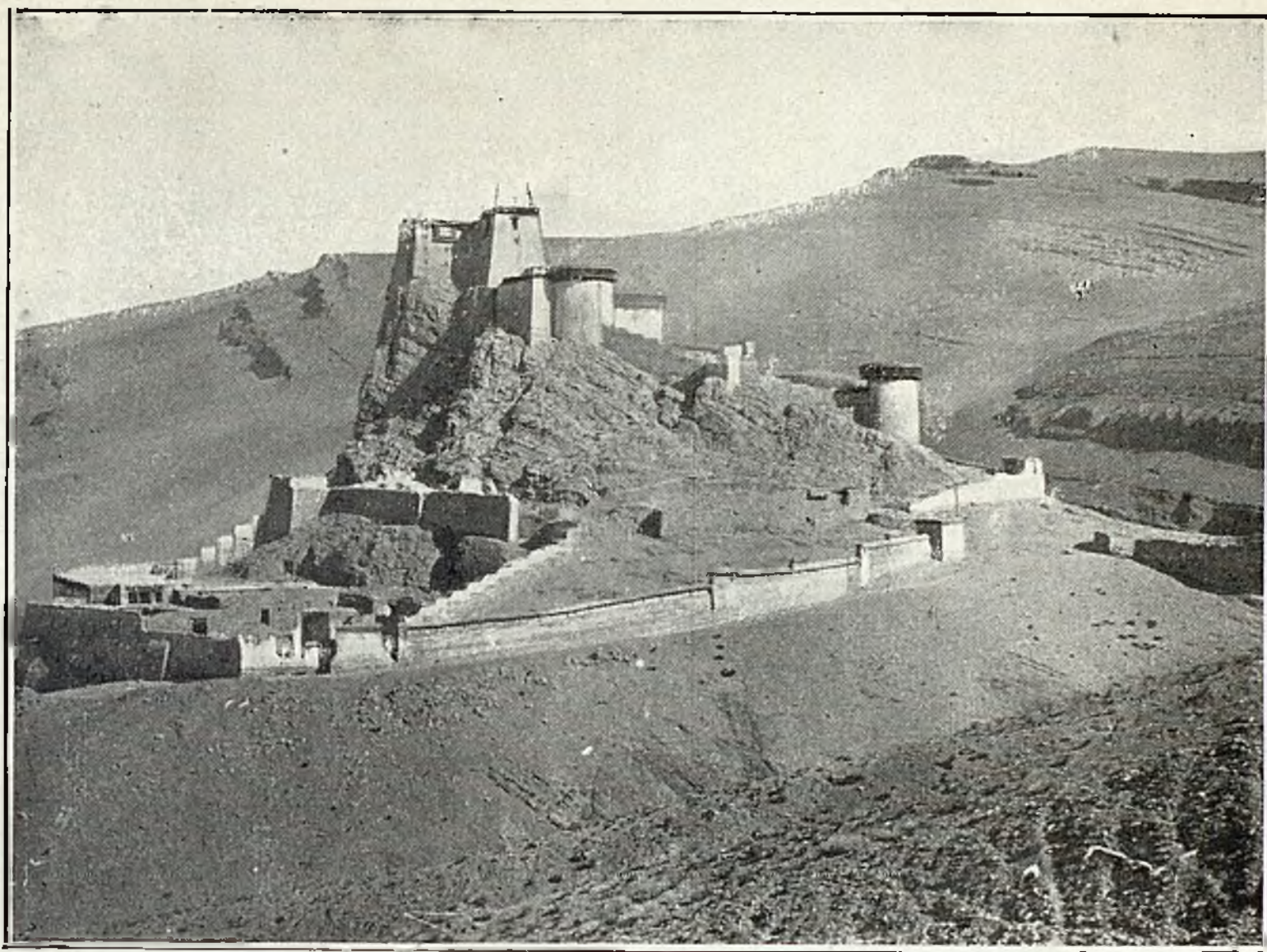


El Reconocimiento en el campamento del valle de Kharta  
 Dr. Wollaston, Colonel Howard-Bury (Jefe), Dr. Heron, Mr. Raeburn, Mr. Mallory, Comandante Wheeler,  
 Mr. Bullock, Comandante Morshead

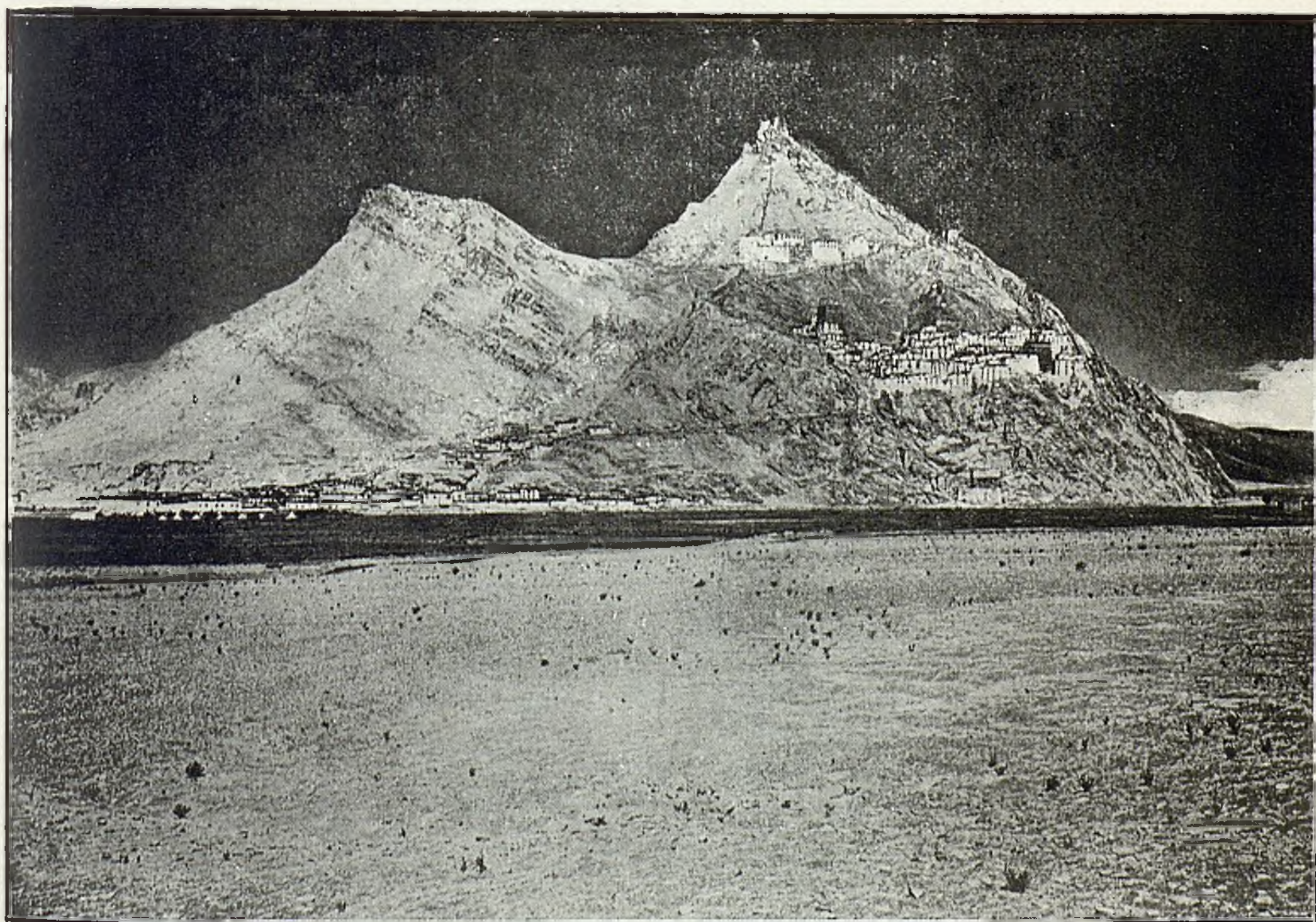








Castillo de Campa Dzong (Foto Mallory)



Monasterio y pueblo de Shekar Dzong (Foto Wheeler)

Ayuntamiento de Madrid









El vecino principal de Kharta

(Foto Wollaston)



El Dzong pen (alcalde) de Kharta y su mujer

(Foto Howard-Bury)

Ayuntamiento de Madrid









A la cortesía de la Real Sociedad Geográfica de la Gran Bretaña debemos las fotografías originales aquí publicadas, que esa Sociedad tuvo la amabilidad de enviar expresamente al Club Alpino Español.



ENOR, he descubierto la montaña más alta del mundo!» Así gritaba, excitadísimo, allá por el año 1852, en las oficinas del Servicio Topográfico, un ayudante geómetra indio encargado de ordenar unos datos recién tomados y hacer cálculos de comparación. Este descubrimiento sensacional había sido realizado desde las llanuras de la India, a una distancia de 200 kilómetros. No era, por lo tanto, una victoria del alpinismo.

La montaña más alta del mundo empezó siendo conocida por el nombre ingrato de Pico XV, esperando el momento de conocer su verdadero nombre, el que le habían dado los moradores del país donde se encuentra, y que la Administración Británica, respetuosa de las costumbres locales, hubiese adoptado caso de poderlo saber. Pero tan lejos, en tierras desconocidas, brillaba al sol la nivea cúspide del Pico XV, tan inaccesible era la comarca donde se hallaba, que, provisionalmente, para distinguirlo, ya que no era un pico cualquiera, se le dió el nombre de Everest, apellido del topógrafo mayor del Servicio Británico a la sazón en la India.

Ahora se sabe el nombre que dan los tibetanos a la montaña excelsa. Según el pasaporte librado por el Gran Lama a la expedición británica, autorizándola a pisar las tierras vírgenes del Tibet, la llaman Chomo-Lungma, que significa Diosa Madre de todas las Montañas. Sería difícil imaginar nombre más noble o más apropiado, y es de sentir que no se conociera antes que el de Everest estuviese consagrado por más de medio siglo de uso. Es de notar que en los mapas alemanes al Pico Everest se le llama Gauri-Sankar; pero este nombre, ahora se sabe de ciencia cierta, lo dan los tibetanos a otra montaña, 35 kilómetros distante del Everest.



El origen de la expedición para la conquista de la montaña más alta del mundo es de fecha reciente. Como se sabe, los tibetanos prohibían la entrada en su país a los extranjeros. A fines del último siglo, sin embargo, una columna británica llegó a pasar los puertos cumbreños y penetrar hasta Lhasa, la capital del Tibet, para saludar al Gran Lama, soberano del país; y es curioso que ya en el año 1893 fué el hoy general Bruce, jefe de la expedición del año presente, entonces capitán, quien propuso a Sir Francis Younghusband, jefe de la columna que marchó a Lhasa, subir al Everest. Veintinueve años más tarde, está realizando su deseo.

En tiempos recientes, el Dalai Lama, apremiado por los chinos, buscó protección en la India, donde encontró el tratamiento de respeto que su alto rango y sus virtudes merecían, y se prestó luego a facilitar el paso a los exploradores.

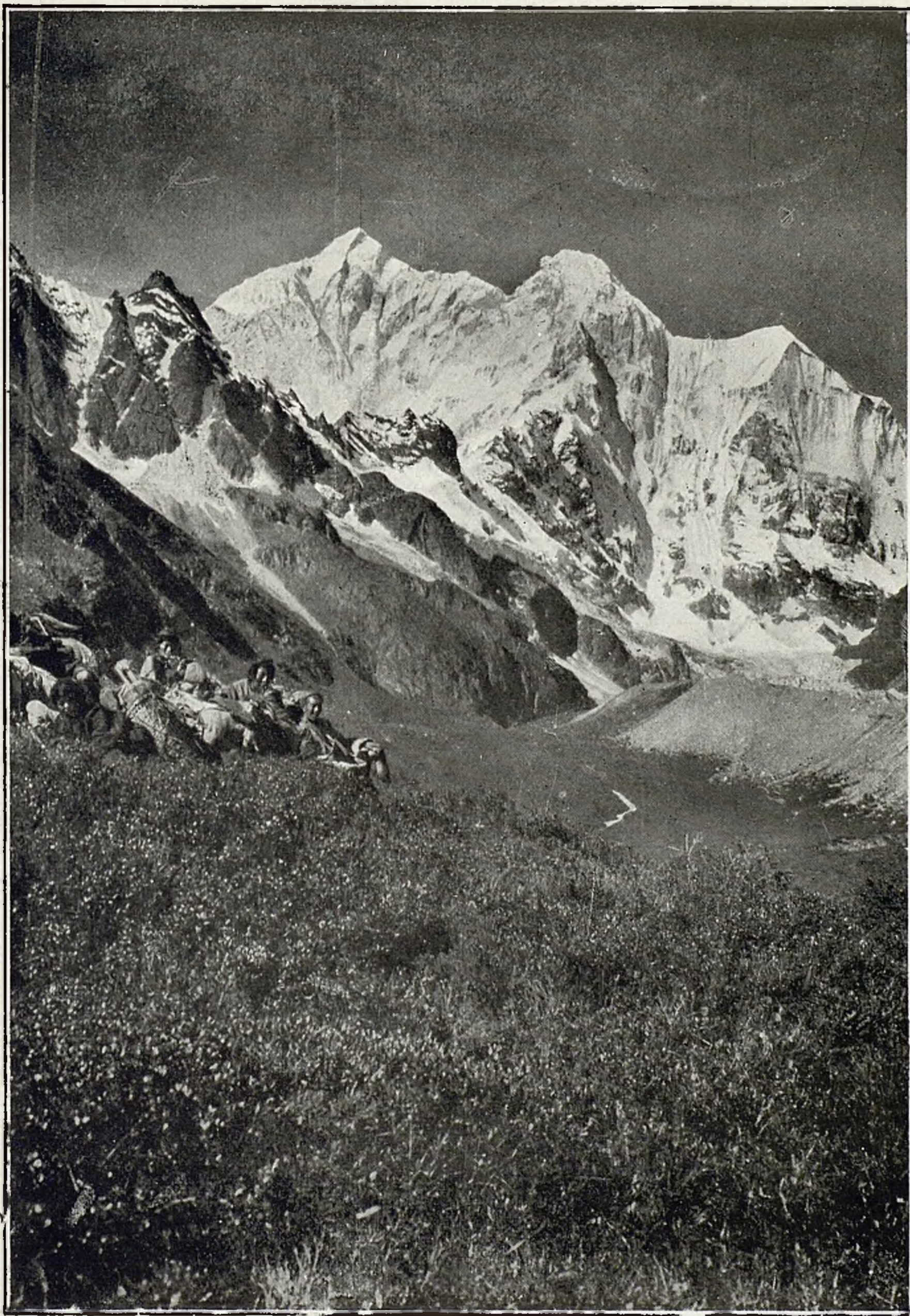
Las dos expediciones que ahora reseñaremos fueron organizadas con método admirable por la Real Sociedad de Geografía y el Club Alpino Británico, con la ayuda de los Gobiernos británico y de la India. Desde luego se proyectó una primera expedición de reconocimiento, que fué llevada a cabo el año pasado (1921). Solamente de manera accesoria debían los exploradores intentar la escalada de la cumbre.

## EL RECONOCIMIENTO

**D**OS grupos componían el Reconocimiento: uno los investigadores científicos y otro los alpinistas. Los investigadores eran dos oficiales del Servicio Topográfico de la India, los comandantes Morshead y Wheeler, el doctor Heron, geólogo, y el doctor Wollaston, naturalista y médico. Los alpinistas eran cuatro: Mr. Mallory, Mr. Bullock, Mr. Raeburn y el doctor Kellas; este último, trepador intrépido, fué encargado de estudiar el modo mejor de utilizar el oxígeno; pero murió en el transcurso de la larga caminata por los puertos fronterizos, y precisamente la falta de los conocimientos que hubieran resultado de sus ensayos, ha sido un gran inconveniente para los expedicionarios del presente año. El coronel Howard-Bury mandaba como jefe el Reconocimiento.

Primeramente había que buscar el camino hasta el pie de la montaña que





El Chomo Lonzo, visto desde la parte superior del valle de Kama

*(Foto Howard-Bry)*







a 200 kilómetros de distancia se veía proyectada en lejana crestería, pero que se perdía de vista al aproximarse. La cadena de montañas de la que forma parte el Himalaya, tiene 3.000 kilómetros de longitud. Más de 80 picos se elevan por encima de 7.300 metros. El Aconcagua, la montaña más alta de otros países, mide solamente 6.970 metros. A esas sierras sublimes marcharon los expedicionarios en mayo del año 1921. Cien mulos y cuarenta portadores llevaban la impedimenta, que comprendía toda clase de instrumentos científicos para medir alturas y registrar fenómenos atmosféricos; además de skis, cuerdas, raquetas, crampones y tiendas portátiles; amén de media docena de aparatos fotográficos.

El Reconocimiento empezó en un baño de sudor. Había que atravesar los valles del Sikkim, país de vegetación tropical, de flores de tamaño de sombrillas, notas vivas de color durante el día, fosforescentes, algunas, durante las horas de la noche; de espléndidas plantas trepadoras, de perfumes embriagadores, que producían languidez. El deseo de echarse bajo una palmera y gozar en paz de ese paraíso, alcanzaba hasta los mulos, que no podían con la carga que alegremente llevaban unos días antes. El camino subía y bajaba enormemente. Pendientes del 20 por 100 duraban a veces 10 kilómetros. El piso era durísimo, todo de roca viva. Era como andar por un muro. Según las referencias, la superficie de ese camino por Sikkim parecería muy exactamente al romano de la Fuenfría, única clase que puede resistir las lluvias torrenciales de ese país. Por él cruzaban constantemente caravanas de mulos, que traían del Tibet lana y llevaban allí arroz y telas. El Reconocimiento pudo, pues, reponer sus bajas en ganado y seguir adelante.

Después de muchas penalidades, debidas a la lluvia y a las sanguijuelas, que devoraban a los hombres y a las bestias a cada parada, llegaron al puerto de Jalep La, frontera del Tibet, 4.287 metros. Al bajar la otra vertiente, pronto dejaron atrás las nubes y encontraron, por fin, la alegría del sol y del cielo azul. El valle del Chumbi, donde entraron, recordaba el Tirol: abedules, sauces, robles y árboles frutales abundaban; el aire era puro y vigorizante; los habitantes vivían en casas grandes y hermosas y se mostraban hospitalarios; pero la bebida que ofrecían a los extranjeros, cuya aceptación era obligada entre amigos, se componía de te batido con sal y mantequilla derretida, y aunque presentada a veces en tazas de ágata y plata, resultaba nauseabunda. Se tragaba, sin embargo, estoicamente, en aras de la cortesía.

Desde la frontera del Tibet todavía había que recorrer 500 kilómetros para llegar al pie de la Diosa Madre de las Montañas. El camino seguía subiendo y bajando de una manera fantástica por la alta meseta que los geógrafos llaman el «techo del mundo»; pero gracias al sol y a una temperatura fría, con constantemente panoramas soberbios a la vista, las fatigas se sobrellevaron más agradablemente que entre las brumas del Sikkim. De día el sol picaba; pero de noche un frío intenso se hacía sentir a 4.000 metros de altitud.



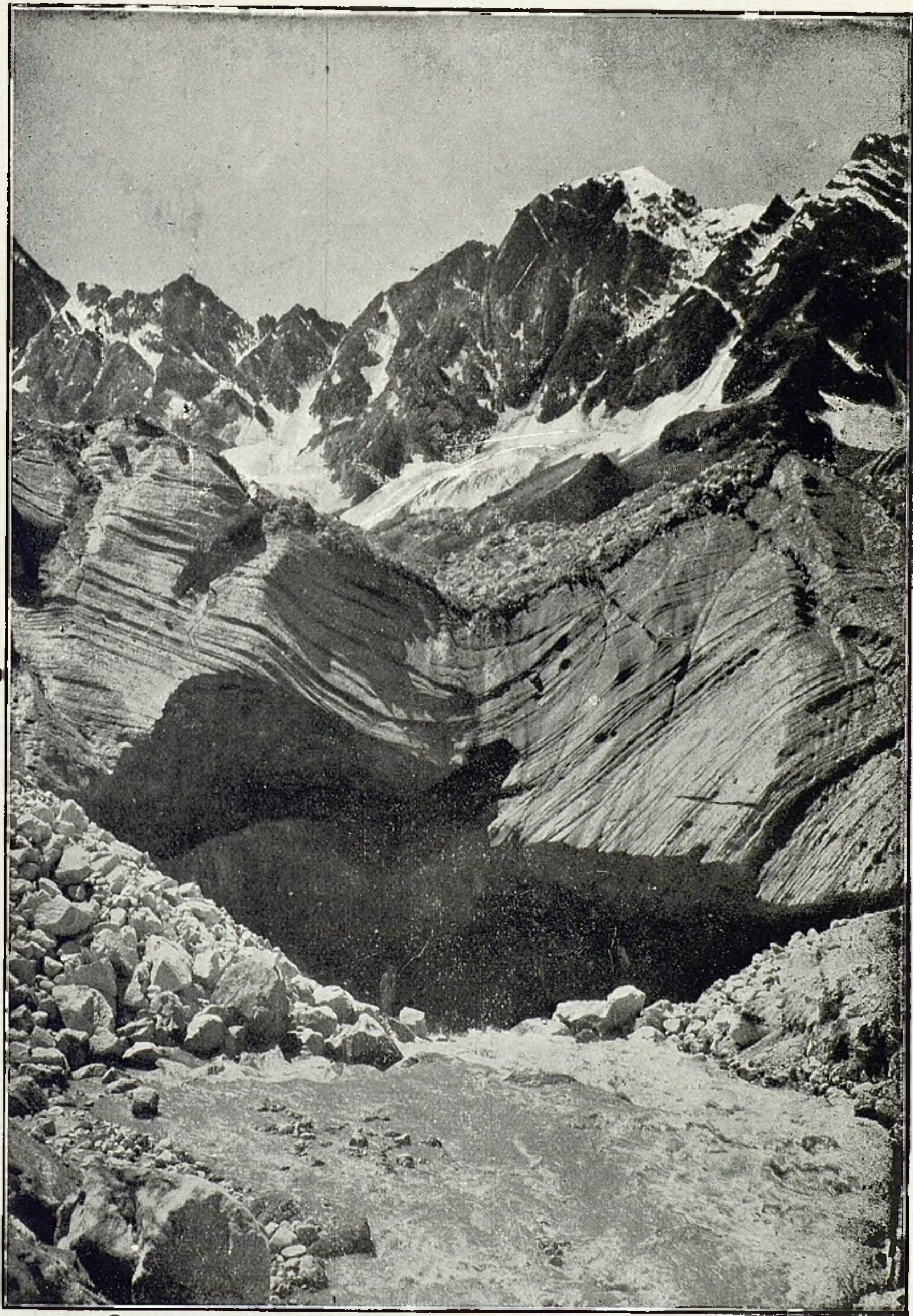
Durante una de las marchas murió el doctor Kellas. Enfermo lo transportaban en una litera, cuando, al llegar a un puerto cuya altitud pasaba de 5.200 metros, su corazón no pudo resistir más y tranquilamente falleció. Sus compañeros lo enterraron en Campo Dzong, a la vista de las tres grandes montañas que él, primero, había conquistado en el Sikkim, y también del Everest, objeto de su anhelo. Como otro de los alpinistas, Mr. Raeburn, también enfermo, no mejoraba, el coronel Howard-Bury lo mandó a retaguardia acompañado del comandante Morshead, quien efectuó una cabalgada de quince días para dejar a su compañero en sitio donde le podían cuidar. Así tuvo el Reconocimiento la mala suerte de perder a dos de sus miembros, ambos alpinistas, antes de llegar a pie de obra.

Desde Campo Dzong el camino seguía el valle del río Yaru, muy arenoso y donde nubecillas de mosquitos envolvían a los viajeros constantemente. El ganado de la expedición ofrecía un aspecto en extremo pintoresco. Había que acomodar los numerosos bultos de todos tamaños encima de una diversidad extraordinaria de animales: burros humildes y bueyes, mulos, caballos y *yaks*; estos últimos, poseídos de temperamentos muy raros, daban el mal ejemplo a los demás, saliendo a veces disparados, como locos, tirando el equipaje en todas las direcciones. Al levantar el campamento, los propietarios del ganado disputaban ruidosamente, deseando cada cual la carga más ligera o menos incómoda para su cuadrúpedo; así, hubo que apelar a la suerte: cada conductor entregaba una liga, se sorteaba el lote entre los bultos y así se ganaba mucho tiempo y tranquilidad.

En el valle del Yaru la pista atravesaba una llanura peligrosa, por estar esparcida de arenas movedizas. Un viento de huracán imperaba en esos parajes, donde la arena seca levantada por los remolinos del aire cegaba a los viajeros, mientras el suelo movedizo amenazaba tragarlos. Allí tuvieron que hacer noche; una noche interminable, que aprovechó la arena para «explorar» a la expedición metiéndose en los sitios más recónditos del equipaje y de las personas. En este sitio de amarguras, sin embargo, poco antes de ponerse el sol, muy a lo lejos, por encima de las nubes que llenaban el valle, apareció inopinadamente un pico alto y muy hermoso. Los guías dijeron que se llamaba Chomo-Uri; es decir, la Diosa del pico de Turquesas. Al día siguiente, desde una colina inmediata, pudieron identificar esa montaña, que había aparecido como para alentar a los exploradores en un momento penoso: era el Everest. El nombre poético que citaron los guías debió ser muy local, porque, como queda dicho, los tibetanos, en general, llaman al Everest Chomo-Lungma, la Diosa Madre de las Montañas.

Desde este punto en adelante, el Reconocimiento siguió el valle del Bhong Chu, poblado de monasterios y donde la vista de las más altas cumbres estaba siempre presente. Desde una altura en este valle se divisaba 400 kilómetros de picos nevados, la sierra nevada más portentosa de la tierra. Siempre, por do-





Aguas del glaciar Kangshung atravesando el glaciar Kangdoshung, cuya masa  
de hielos llena el valle

*(Foto Howard-Bury)*







quier se la veía, la Diosa Madre se mantenía, imponente en su majestad, más alta que sus vecinos más soberbios.

El largo viaje del Reconocimiento tocaba a su fin. En Shekar Dzong visitaron un gran monasterio, situado en un monte cónico, sumamente pintoresco, donde había una estatua de Budha, de 15 metros de altura, cubierta de piedras preciosas. El prior estaba muy viejo: había pasado cincuenta y cinco años de su vida en ese sitio apartado. Se dejó retratar vestido de sedas riquísimas, de valor inapreciable.

Por fin, a dos días de marcha de Shekar Dzong, llegó el Reconocimiento a Tingri, un pueblo grande situado en una colina en medio de una gran llanura. Tingri sirvió de primera base para la exploración de la región inmediata al Everest, totalmente desconocida. Habían tardado los expedicionarios treinta y cinco días en hacer el viaje desde Darjeeling, tiempo en que, hoy día, se da fácilmente la vuelta de la Tierra.

En línea recta Tingri distaba 66 kilómetros del Everest.

## PRIMEROS TRABAJOS DE EXPLORACIÓN

**D**E Tingri partieron Mallory y Bullock, el 23 de junio, para estudiar el acceso a la montaña desde el Noroeste. Al mismo tiempo Wheeler y el doctor Heron partieron hacia el puerto de Khombu para averiguar si un glaciar bajaba del Everest hacia el río Kyetrak, y el doctor Heron empezó su larga campaña estudiando la geología de los valles y de los montes, que realizó a veces con un grupo, a veces con otro, a menudo sólo con unos portadores. Resultó que fué el doctor Heron quien más viajó por la comarca. También Wheeler dió comienzo inmediato a sus trabajos de topografía por medio de fotografías. También él pasó la mayor parte del verano en campamentos solitarios entre 6.000 y 7.000 metros de altitud, esperando día tras día, entre tempestades de nieve, que las cumbres se despejasen. «Tal vez—dice el jefe del Reconocimiento—la parte del comandante Wheeler fué la más ardua de nuestros trabajos.» No solamente sus fotografías sirvieron para dar al mundo entero una idea pictórica y artística completa de la región de las nieves eternas, sino que sirvieron de base científica para el mapa del Everest y sus contornos, importantísimo para los planes de la expedición de 1922.

Los alpinistas instalaron su campamento en una terraza del valle del Rongbuk, cerca del glaciar, a 6.000 metros de altitud y a 12 kilómetros del Everest. Allí permanecieron un mes, entrenando a los portadores y enseñándoles a andar por el hielo y la nieve con crampones y cuerda. Habían traído botas desde Inglaterra; pero los tibetanos tienen pies difíciles de calzar, casi tan anchos como largos.



El comandante Morshead con Wollaston realizaron un viaje de 200 kilómetros en la región del Gauri-Sankar, en el valle del Kang Chu.

El coronel Howard-Bury visitó a todos los grupos y exploró los valles de Kharta, del Arun y de Kama. El mal tiempo, sobre todo las lluvias persistentes, estorbaron mucho todas esas actividades. Sin embargo, de las exploraciones realizadas se desprendía que el único camino que parecía practicable hacia la cumbre pasaba por la arista Noroeste de la montaña, y que para alcanzar la base de esa arista convenía remontar el valle de Kharta. Los alpinistas se trasladaron, pues, desde el valle de Rongbuk a Kharta, en la espera del buen tiempo, que los habitantes les aseguraban vendría en el mes de septiembre.

## EL EVEREST

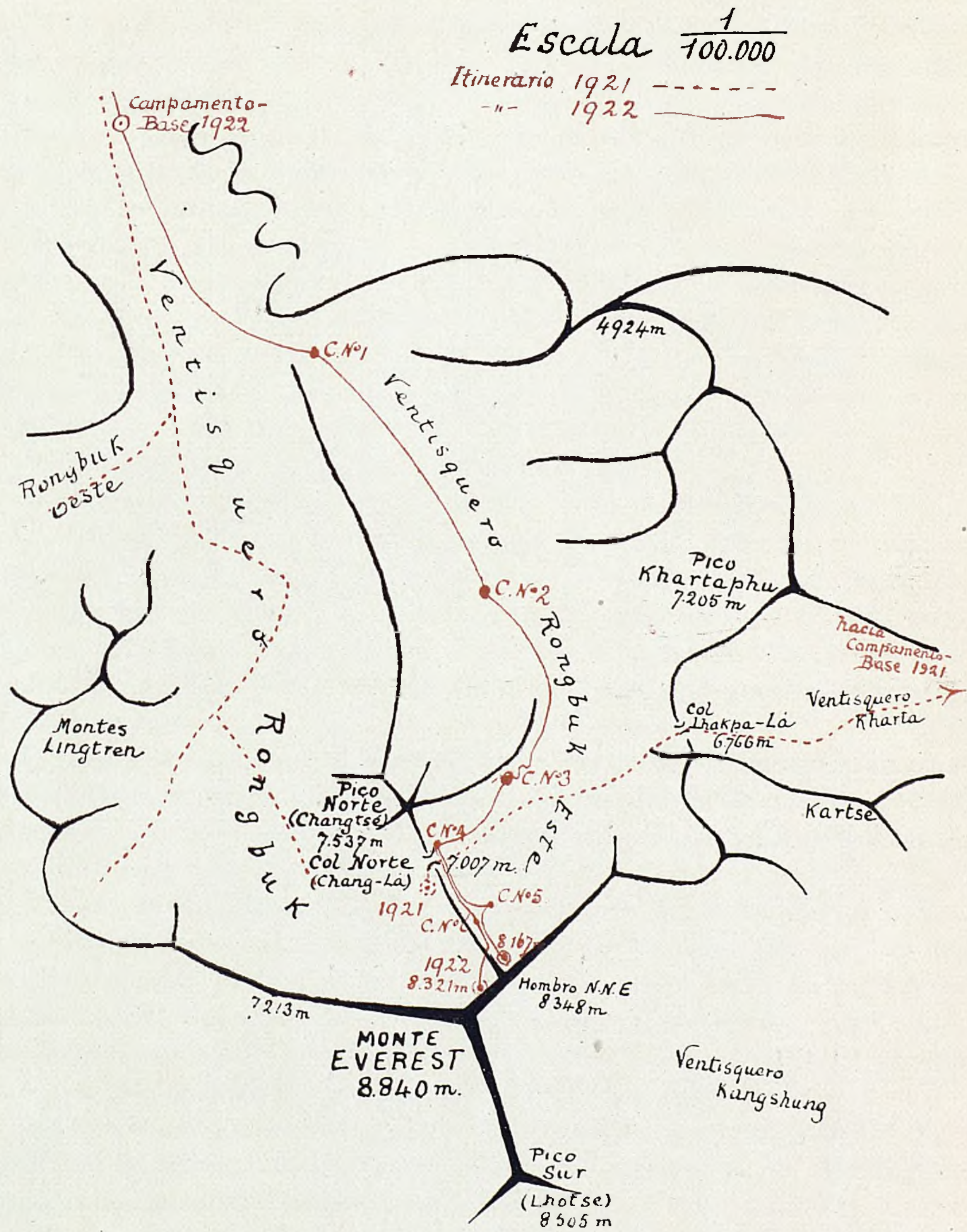
**L**A Madre Diosa de las Montañas alcanza sus 8.882 metros y aparenta una extrema sencillez. No es un pico llamativo, como la pigmea Jungfrau, 4.206 metros; ni el gigante Gauri-Sankar, 7.140 metros; pero tiene la fortaleza que le da proporciones casi matemáticas. Es una pirámide de tres aristas, sentada sobre ancha base. Hacia el Este, el Sur y el Oeste, los precipicios alrededor de su base son estupendos e inaccesibles. Quedan las aristas mismas. De ellas, la del Sur está apoyada en el pico Sur, Lhotse, montaña aislada también por precipicios; las otras dos están demasiado abruptas en su parte inferior para ofrecer camino hacia la cumbre. Del lado Norte, sin embargo, el Everest presenta un glacis de extensión enorme, por el que bajan las nieves a los glaciares Rongbuk y Rongbuk Este. Describiendo este lado Norte, dice Mr. Mallory:

«Este inmenso muro, de 3.000 metros de alto, está contenido entre dos aristas: la del Nordeste, que, partiendo de la cúspide a un ángulo suave, corre cerca de un kilómetro, bajando solamente 300 metros hasta un hombro bien señalado, desde donde la pendiente es más fuerte. La arista Noroeste baja más rápidamente, prolongándose a inmensa distancia. El ángulo entre estas aristas está tal vez demasiado abierto, y resulta un frente demasiado largo; por eso, sin duda, poco más abajo del hombro Nordeste, hay un saliente que rompe el plano del frente en dos partes. Ese saliente constituye una arista secundaria hacia el Norte. Así la construcción no puede ser más sólida y nunca resulta fantástica.»

La exploración de esta arista secundaria era de suma importancia para el éxito de la misión confiada al Reconocimiento, porque ofrecía el camino que se buscaba. En efecto, a su base llegó Mr. Mallory, y por sus laderas se esforzaron el grupo más numeroso de la expedición 1922.

Tres enormes glaciares rodean al Everest, de los que se hará mención más











adelante. Los ríos que salen por debajo de ellos corren por valles que son, al parecer, los más pintorescos y grandiosos del mundo. Las proporciones inconcebibles de las montañas que rodean los valles, el ambiente de alejamiento y de paz que existe en éstos, todo es inusitado. Los montañeses de Europa suelen maldecir a las montañas, sus tempestades y sus fríos. Los monjes y monjas de los monasterios que pueblan, a altitudes mayores que el *Mont Blanc*, los valles misteriosos del Tibet, las bendicen; para ellos las montañas no son malditas, sino eternamente santas. Desde las bocas de las cuevas sube todas las mañanas el incienso que queman los solitarios eremitas como ofrenda de amor a las divinidades de las nieves eternas. A esa señal las bestias salvajes bajan de las rocas y las palomas se mezclan con ellas para comer en la mano del humilde cenobita que sale a su encuentro. Viendo este sorprendente espectáculo, los ingleses dejaron sus escopetas escondidas; no quisieron, para satisfacer su gusto de cazar, introducir la barbarie de la muerte violenta en esos valles de misterio y de paz, y al marcharse, los *jongpens* (alcaldes) de las aldeas tibetanas les dieron las gracias por no haber profanado la región con sangre inútil. Las colecciones zoológicas se hicieron con el mínimum de ejemplares.

Del valle de Kama, el coronel Howard Bury dice:

«Su hermosura no puede ser igualada en todo el Himalaya. Riscos gigantes se alzan a alturas tremendas, desde las cuales montones de hielo se disgregan, cayendo con estrépito espantoso al fondo de las gargantas. Sin embargo, hay praderías donde brotan flores risueñas muy en lo alto, entre el hielo y la nieve. Los picos de Makalu ofrecen un espectáculo sorprendente. Sus terribles precipicios de 3.300 metros se apoyan en contrafuertes de roca negra.»

El glaciar Kangdoshung que de ellos sale llena el valle, pasando por encima el de Kangshung, que baja del Everest mismo. La lucha titánica trabada por los dos glaciares es aparente por las convulsiones del hielo alrededor de su punto de encuentro.

El clima de estos valles está determinado por las lluvias del monzón. Donde se dejan sentir existe una vegetación espléndida de pinos, enebros, fresnos, serbales y chopos; pero en la alta montaña el monzón es causa de nubes y de nieblas. Resulta, por consiguiente, que los meses de mayo y de junio, antes del monzón, parecen los más propicios para exploraciones, aunque en Europa esa época sería demasiado temprana para excursiones alpinas.

Por fin escampó el tiempo, y el 17 de septiembre el coronel Howard-Bury partió inmediatamente con Mallory y Morshead para echar una ojeada a los alrededores. Dejamos la palabra al coronel:

«Partimos a las dos de la madrugada. Brillaba la luna llena con fuerza extraordinaria, transformando la noche en día. Subimos a un pico de 6.500 metros. Cuando partimos, el termómetro marcaba 13 grados bajo cero. Sólo el ruido del arroyo, muy lejos, en el valle, rompía un silencio imponente. Los



»valles del Tibet, la garganta profunda del río Arun, los valles llenos de bos-  
 »ques del Nepaul, todo estaba sepultado bajo la manta blanca de las nubes, de  
 »la que se erguían los picos más altos como islotes en un mar fantástico. En la  
 »luz diáfana, lunar, se veían claramente montañas como el Kangchenjunja, a  
 »150 kilómetros de distancia. Muy lejos, hacia el Sur, los relámpagos destellaban  
 »incesantemente en las llanuras del Indostán. Aquí, en la cresta de la montaña,  
 »sin obstáculos para la vista, el amanecer llegó con todo su esplendor. Al Oeste,  
 »muy cerca, la mole estupenda del Everest, todavía 2.300 metros más alto que  
 »nosotros, parecía gris y fría como la muerte, proyectada en un cielo color in-  
 »tensamente morado. De repente un relámpago de luz alcanza la cima y ex-  
 »tiende su manto de oro sobre las nieves y crestas de la hermosa montaña. El  
 »morado del cielo trócase en naranja. Luego el Makalu fué alcanzado por los  
 »rayos de la luz que corrieron por la superficie del mar de nubes, levantándo-  
 »les en olas gigantescas que se estrellaron haciéndose jirones en los picos.»

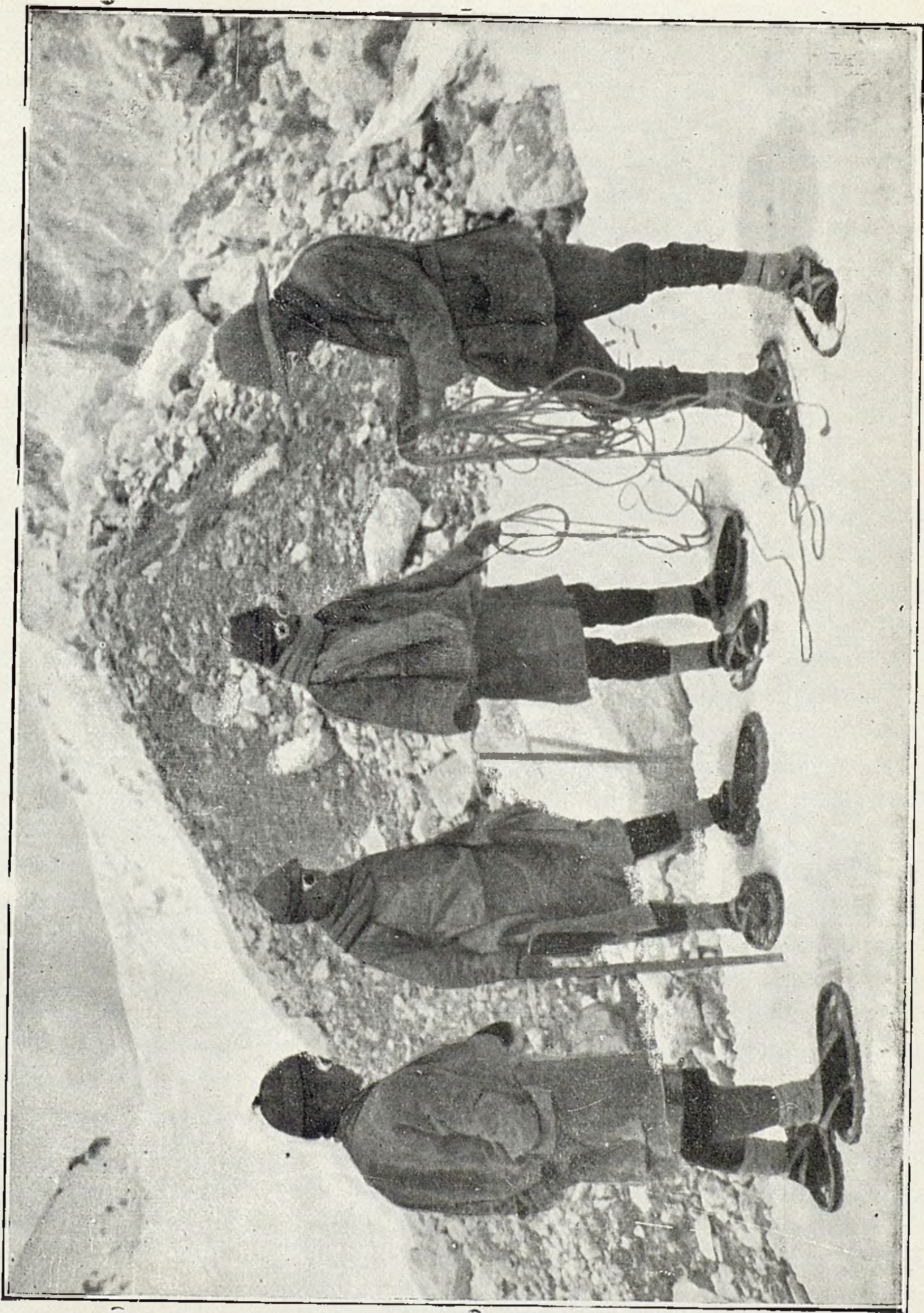
## LA MARCHA A LA CUMBRE

EL día 20 llevaron el campamento a 6.000 metros de altitud. El 22 avanzaron al puerto de Lhakpa-La, a 6.750 metros. Fué una lucha difícil, pero decisiva. La partida empezó en buenas condiciones: noche muy fría y nieve dura hasta llegar al hielo; pero en este punto las condiciones se tornaron en desfavorables. Los que iban delante no pudieron estampar huellas bastante profundas para servir a los portadores, quienes tuvieron que luchar individualmente para asegurar el pie. Tres de los portadores cayeron rendidos. Los demás pudieron, a fuerza de energía, llevar sus cargas hasta su destino, y su perseverancia en ese día aseguró la posibilidad de hacer una tentativa de escalada en los posteriores.

Desde el puerto de Lhakpa-La se veía el camino por delante hasta el de Chang-La, entre el pico Norte, Changtsé, y la arista Noreste. Eso animaba a los portadores; pero el examen que pudieron hacer desde lejos los alpinistas de la subida desde el ventisquero al Chang-La, resultaba algo inquietante. La distancia total, unos siete kilómetros, no parecía excesiva, ni presentaba muchas dificultades en la bajada al glaciar, ni en el camino por él; pero la subida final se presentaba en forma de un muro de 300 metros, de pendiente muy pronunciada y cortada de *bergchrunde* (grietas). En el Lhakpa-La soplaba un huracán de viento frío. Los portadores estaban extenuados y se quejaban de fuertes dolores de cabeza.

«En mis compañeros—dice Mallory—no notaba ningún desbordamiento de energía ni de entusiasmo. Yo mismo me había sentido excesiva y extraordinariamente cansado al subir el último trecho al puerto».





Mr. Bullock y tres portadores tibetanos, preparándose para partir con cuerda y raquetas  
(Foto Mallory)







No había posibilidad de partir al alba el día 23. Sin embargo, Mallory reúne a diez portadores, y con Bullock y Wheeler parten para intentar otro avance. El coronel Howard Bury, Wollaston y Morshead, con los restantes portadores, retroceden al campamento a 6.000 metros. El grupo Mallory bajó al glaciar Este Rongbuk y avanzó por él. Hicieron una jornada descansada en lo posible y colocaron sus tiendas para hacer noche en el mismo hielo del glaciar, donde esperaban estar algo más abrigados, por encontrarse en hondonada. No fué así: el terrible viento sacudía las tiendas con furia, amenazando arrancarlas; la noche no fué de descanso; todos sufrieron, además, del frío intensísimo. Pero la voluntad de llegar siquiera al Chang-La animaba a todos cuando vino el día. Tres de los portadores se mantenían fuertes, y éstos partieron con los tres ingleses. Hubo que cortar pasos, en todo unos 500; pero no encontraron dificultades de importancia. Solamente en un punto, al cruzar la punta de una grieta, hubo lugar para alguna ansiedad. A las once treinta llegaron todos los seis al Chang-La, dos de los indígenas muy cansados y Wheeler sin sensibilidad en los pies.

Por fin tenían ante los ojos la vista tan apetecida, libre y cercana de la cara Nordeste del Everest. Mirando hacia ella no había posibilidad de dudar que la arista hacia la cumbre no fuera practicable. Ni peligros ni dificultades parecían ofrecer esas pendientes de nieve... si no fuera por el viento. Ciclónico soplaba. Hasta donde los exploradores, cobijándose tras un banco de hielo, examinaban el camino a seguir hacia la cúspide, el aire llegaba en ráfagas repentinas y frecuentes con una fuerza que quitaba la respiración. Violentísimo, el viento cruzaba el collado, y más arriba, por lo que se veía, se adivinaba condiciones espantosas: en todo el inmenso frente del Everest barría el huracán la nieve, levantándola en una ventisca que se disolvía con rapidez. Por la arista, camino de la cumbre, soplaba la fuerza máxima de la tempestad. Como prueba, Mallory y sus compañeros salieron unos momentos al alcance de la tempestad, intentando avanzar unos pasos; pero la lucha era imposible. Había que retroceder, dejando al viento dueño de la Montaña. Bajaron, pues, Mallory y sus cinco compañeros al campamento sobre el glaciar, donde habían dejado los siete portadores. Allí pasaron otra noche, durante la que el viento no amainó un momento. Amaneció el día 25. ¿Qué hacer? Aún estaba indeciso Mallory si debía intentar llevar el campamento al Chang-La y desde allí hacer otro esfuerzo para avanzar, o dar el asalto a la montaña por terminado. Dos de los portadores estaban enfermos; los demás, así como los ingleses mismos, muy cansados. No parecía existir, pues, un margen suficiente de fuerzas para hacer frente a lo desconocido. Examinada fríamente, la situación no admitía otra resolución que la retirada. Enterrando su amor propio, así lo decidió Mr. Mallory. Lo penosa que resultó la marcha de regreso fué prueba de que la decisión había sido prudente. Así pudo terminar el Reconocimiento sin desgracia que lamentar, aunque sin el triunfo supremo de haber conquistado, además de re-



conocido, la más formidable montaña de la Tierra. No por eso había sido menos esforzada la conducta de los asaltantes. Habían llegado al límite de sus fuerzas.

## LA VUELTA. — CONSIDERACIONES

**A**L bajar a Kharta encontraron las cosechas ya recogidas y los fríos del otoño amenazando. Los tibetanos estaban muy contentos; decían que los extranjeros habían traído las lluvias y que la recolección había resultado la mitad mejor que de costumbre. Los portadores, todos, manifestaron su deseo de volver a servir la próxima expedición.

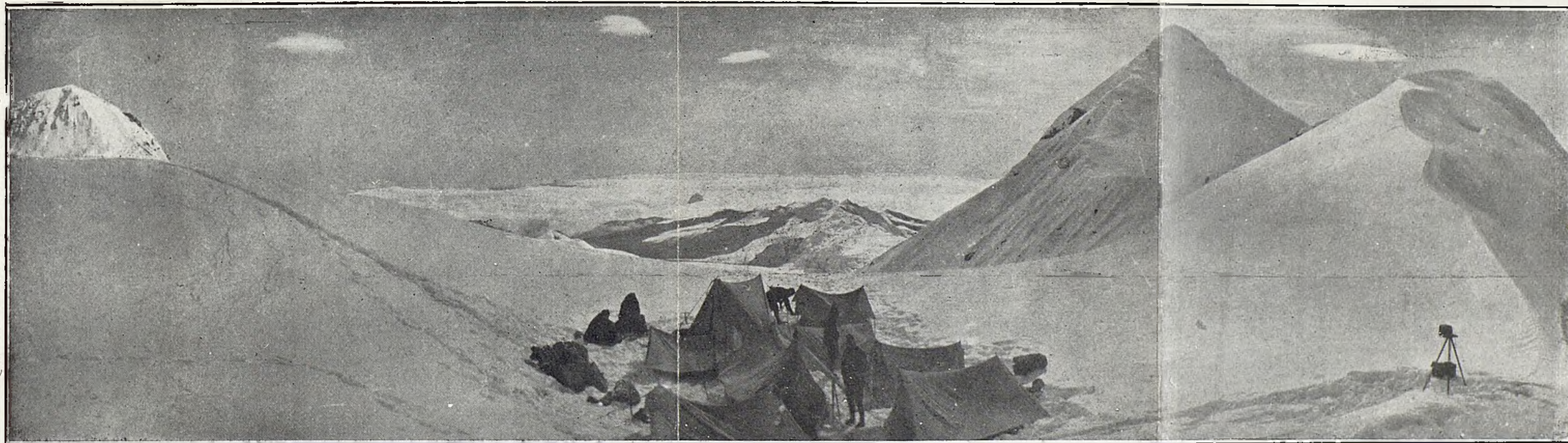
Salió el Reconocimiento de Kharta el día 5 de octubre y, acortando 150 kilómetros por el valle del Arun, llegó a Darjeeling el 25 del mismo mes. Traía datos abundantes para confeccionar un mapa del Everest y sus alrededores (que a los veinticinco días estaba publicado) y conocía la ruta a seguir hacia la cumbre. Su misión, pues, había sido cumplida.

Se sabía que la estación más propicia para hacer una tentativa de escalada parecía ser la primavera; que se podía resistir muchos días entre 6.000 y 7.000 metros sin oxígeno, y que no se distinguían obstáculos insuperables entre el Chang-La y la cúspide. Sin embargo, era la opinión, tanto de Mr. Bullock como de Mr. Mallory, que aun así, había cincuenta probabilidades de fracaso contra una de éxito para conquistar la cima de la Diosa Madre de las Montañas.

Pocas expediciones de exploración habrán cumplido una misión geográfica tan ardua como la confiada al Reconocimiento, con mayor rapidez y tan poco gasto. En efecto, el plano de 20.000 kilómetros cuadrados de terreno nuevo y «bastante montañoso» había sido levantado, y, todo pagado, de la suma suscrita en Inglaterra, o sea 5.600 libras (pesetas 140.000), quedaban unos miles de pesetas sobrantes. Como buenos organizadores y administradores, los ingleses se habían acreditado una vez más. Cuando los exploradores llegaron de vuelta a Inglaterra, ya daban flor y fruta en los jardines botánicos del Reino Unido las muestras de semillas y plantas que ellos mismos habían recogido camino del Everest.



CLUB ALPINO ESPAÑOL



(Foto Howard-Bury)

# Ayuntamiento de Madrid







## II LOS DOS ASALTOS. — 1922

**L**A expedición al Everest del presente año representaba un esfuerzo mayor, y desde luego mucho más costoso que el Reconocimiento. En lugar de ocho, los expedicionarios sumaban 13, capitaneados por el general Bruce, veterano fornido a quien ni su edad (pasaba de los cincuenta), ni una herida de guerra (había tenido las dos piernas atravesadas por una bala turca), quitaban arrestos para sus antiguas aficiones alpinas. Dos de los otros, Mr. Mallory y el comandante Morshead, habían participado en el Reconocimiento. Los demás eran:

Teniente coronel Strutt; comandantes Morshead y Norton; capitanes Finch, Bruce y Noel; Dr. Wakefield y Dr. Longstaff, y Mr. Mallory, Mr. Crawford) Mr. Somervell y Mr. Morris.

El programa era sencillo: establecer un campamento en el Collado Norte (Chang-La), y desde allí partir al ataque cuantas veces resultara posible. En la espera que el tiempo antes del monzón pudiera ser más propicio que el que experimentó el Reconocimiento después de las lluvias, partió la columna de Darjeeling el 26 de marzo con 500 mulos cargados con 120 cilindros de oxígeno. Aunque del Chang-La a la cúspide solamente quedaba 2.000 metros de subida y unos cinco kilómetros de camino (equivalente, poco más o menos, a la segunda etapa, que tantos turistas ordinarios cubren todos los años en la ascensión al Monte Blanco, en Francia), sin embargo, se consideraba sumamente necesario ese oxígeno. En efecto: el Chang-La se encuentra ya a 2.100 metros más alto que el Monte Blanco, y todo esfuerzo a altitudes superiores resulta sumamente penoso. A pesar de los defectos de los aparatos utilizados por los primeros exploradores del Everest, el beneficio que la respiración del oxígeno les había proporcionado era tan evidente, que los organizadores de la expedición 1922 habían hecho una gran provisión de él. El oxígeno estaba contenido en cilindros de acero, reunidos en cargas de cuatro piezas. Cada cilindro medía 9,15 metros por 0,07 m., contenía 240 litros de gas a una presión de 120 atmósfe-

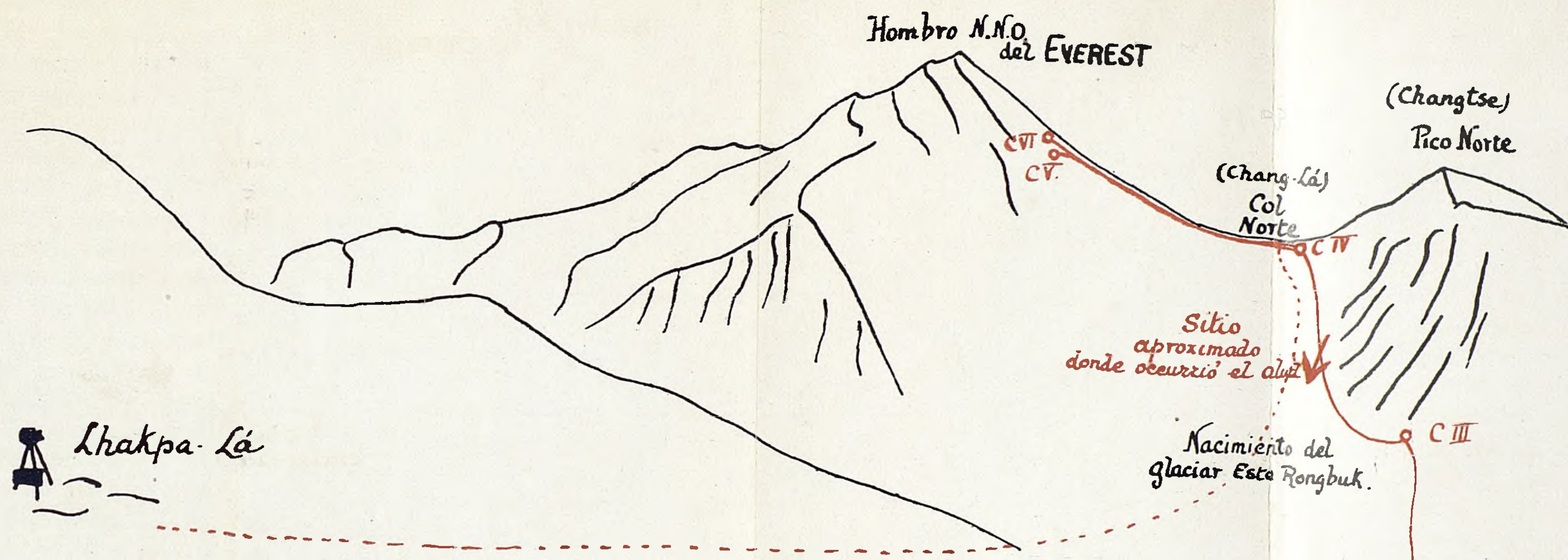


ras y pesaba 14 1/2 kilogramos. En la suposición que el gas se consumiera a razón de dos litros por minuto, un cilindro duraría dos horas, y el contenido de los 500 cilindros proporcionaría, por consiguiente, mil horas de marcha. La dificultad consistía, primero, en llevar las 72 toneladas de peso que representaban los cilindros al Chang-La, colgado a 7.007 metros de altitud, y luego constituir depósitos camino de la cumbre. Esa formidable empresa de transporte fué llevada a cabo con éxito, y, como se verá, fueron otros los obstáculos que impidieron alcanzar la cúspide.

El día 30 de abril se estableció el campamento principal en el Valle del Rongbuk, con la intención de buscar un nuevo camino de subida al Chang-La, que evitase el paso por el Lhakpa-La, ascensión penosa e inútil, como luego se comprobó. Este campamento-base no era un lugar de delicias: hacía un frío de 32° bajo cero; para no ofender los 300 monjes y monjas de un monasterio vecino se prohibió matar la abundante caza que se presentaba, y los víveres había que traerlos de un pueblo a 23 kilómetros de distancia; por añadidura, no había leña alguna, y el excremento de los *yaks* era el único, desagradable, pero obligado combustible. Tan penosa resultaba la estancia en ese sitio, que los portadores desertaban a menudo. A pesar de tantas dificultades, partieron el día 6 de mayo cuatro exploradores para encontrar un camino siguiendo los 15 kilómetros del ventisquero Rongbuk. Vagaron dos días enteros por el dédalo de bloques de hielo amontonados en formaciones de lo más fantástico, y que ofrecían gran dificultad a la marcha; pero, por fin, encontraron una salida hacia el Chang-La. Se procedió entonces a organizar los convoyes por el camino descubierto y cuatro campamentos-refugios fueron establecidos entre la base y ese collado, distante unas quince horas de marcha, que se realizaba en su mayor parte por el ventisquero mismo, al principio sobre piedras sueltas, luego sobre hielo liso como vidrio, sobre nieve que ocultaba las grietas profundas, sobre hielo recortado y de superficie muy áspera, aunque resbaladiza, y, finalmente, por pendientes muy pronunciadas de hielo y nieve. Durante semanas, por ese camino de angustias subían, bajaban y volvían a subir los esforzados portadores tibetanos. Nada los amedrentaba. Se mantenían de pie por maravillas de equilibrio, y avanzaban cargados, aun cuando las tempestades hacían el caminar sumamente peligroso, y el viento terrible amenazaba tirarlos en los pasos difíciles.

El primer asalto partió del Chang-La el 21 de mayo, capitaneado por Mallory, con Norton, Somervell, Morshead y cinco portadores. Subieron sin dificultad por pendientes donde había que cortar pasos con el *piolet* a 7.620 metros (batiendo el *record* del duque de los Abruzos, 7.500 metros), siguiendo la arista Norte-Nordeste, y establecieron el campamento número 5, donde quedaron los tres ingleses, volviendo los portadores antes del anochecer al Chang-La. Un tiempo crudo y en extremo frío hizo que la noche fuese penosa. Al amanecer del día 22 de mayo, Morshead, enfermo, no pudo seguir y quedó solo en el campamento, mientras Mallory con Norton y Somervell partieron hacia





Vista hacia el Col Norte desde el Lhakpá-La. La cúspide del Everest está tapada por el hombro N. N. O.

(Foto Howard-Bury)







arriba y alcanzaron 8.167 metros, realizando una marcha cuya velocidad de ascensión resultó unos 96 metros por hora. Volvieron sobre sus pasos para recoger a Morshead y bajaron al Chang-La, donde llegaron con mucha dificultad a las once y media de la noche, y habiendo tenido que tirarse desde una altura de cuatro metros en la obscuridad en un paso difícil donde se extraviaron. De esta primera tentativa Morshead quedó inutilizado por un enfriamiento, Norton tenía las orejas heladas y Mallory las manos. Es de notar que la ascensión había sido realizada sin utilizar el oxígeno.

Un segundo grupo compuesto del capitán Bruce (sobrino del general) y del capitán Finch hacía experimentos, mientras tanto, en la vecindad del Chang-La con el uso del oxígeno. Desgraciadamente, se notó que muchos de los tubos, debido, sin duda, a los choques del viaje, dejaban escapar el gas, y que los aparatos de emisión necesitaban ajustes. El 25 de mayo partieron del Chang-La los dos oficiales mencionados con un sargento Gurka y doce portadores. Establecieron su campamento a 7.772 metros, desde donde bajaron inmediatamente los portadores, quedando los dos ingleses con el Gurka. La noche resultó espantosa y la pasaron agarrados a las tiendas, que tenían que sujetar con fuerza para impedir que el viento se llevara todo. El temporal no amainó hasta bien entrado el día 26. Sin dejarse impresionar por esa desdicha de la suerte, decidieron permanecer otra noche en su frágil cobijo e intentar la escalada. En la madrugada del día 27 partieron, pues, de nuevo hacia la cumbre. A 7.925 metros, el Gurka no pudo más y volvió al campamento, pero Bruce y Finch continuaron trepando cada uno con 22 kilogramos de peso a las espaldas. Para abrigarse un poco del viento se apartaron de la arista Norte-Nordeste, e intentaron ganar la cúspide cortando por la cara Nordeste del Everest; pero en esa dirección el terreno resultó más difícil, presentándose pendientes muy fuertes y rocas difíciles. A los 8.321 metros de altitud hubieron de parar; faltaba sólo 529 metros por ascender para coronar la montaña; pero las fuerzas de ambos compañeros flaqueaban después de un esfuerzo continuo de cinco horas y media y de las privaciones de las dos noches pasadas a 7.772 metros. El frío intenso impedía todo descanso, y, por supuesto, había que pensar en la larga bajada antes de llegar al agotamiento total. La vuelta se efectuó penosamente, pero sin incidente, aunque Bruce llevaba los pies helados.

El esfuerzo magnífico desplegado por los capitanes Bruce y Finch fué el último que llegó a medir sus fuerzas con la Diosa Madre de las Montañas, que también este año ha quedado excelsa e invicta señoreando el mundo. Bien es verdad que la expedición, a pesar de que cerca de la mitad de su personal estaba fuera de combate, intentó lanzar otro asalto; pero la suerte, que en el alpinismo queda a veces al arbitrio del destino, le deparó un golpe de muerte. Este tercer grupo, formado por Mallory (el incansable), Crawford, Somervell y Finch, partió del campamento-base el 3 de junio para realizar una última tentativa, cuando el tiempo, perturbado ya por la proximidad del monzón, no era segu-



ro. La marcha hacia el Chang-La fué interrumpida por una tempestad acompañada de nevada abundante, y Finch, que no había descansado suficientemente de su esfuerzo reciente, los abandonó al terminar la primera marcha. El día 6 amaneció apacible, y el 7 el grupo con sus portadores, repartidos en cuatro cordadas, subía animoso hacia el Chang-La, cuando aconteció la desdicha que Mallory describe como sigue: «Avanzamos por una pendiente de nieve bastante suave, nosotros los tres ingleses, con un portador delante de los demás portadores, que seguían por debajo de nosotros sin dificultad, cuando de repente, del pie de un acantilado de hielo que se hallaba a unos 30 metros distante de nosotros, por encima, empezó a rodar una pequeña bola de nieve suelta. Probablemente la sombra del acantilado había impedido cuajar la nieve en ese sitio. En un momento, el peso rápidamente aumentado de la bola puso en movimiento toda la pendiente. La ola de nieve nos llevó a Somervell, Crawford, al portador y a mí, a veces sumergidos, pero nunca a gran profundidad; de manera que, cuando el alud paró, pudimos librarnos. Vimos, aterrados, que dos de las tres cordadas de portadores, nueve hombres en todo, habían sido barridos y habían caído por encima de otro acantilado de hielo, quedando sepultados a su pie. La distancia total recorrida por el alud no medía 100 metros. Sin pérdida de tiempo nos pusimos todos al trabajo para salvar a nuestros compañeros; dos de ellos fueron socorridos a tiempo; los demás, desgraciadamente, habían muerto.»

Hablando de las circunstancias en que ocurrió el accidente, añade Mallory: «Un alpinista tiene que aventurarse algo; no puede prever, impedir ni dominar los acontecimientos; pero es su deber asegurarse de que los riesgos que afronta son racionales en la opinión de compañeros experimentados. Para apreciar la posibilidad de un alud hay que tener en cuenta, muy principalmente, la localidad. Hay muchos sitios en las laderas de una gran montaña, donde los aludes de tierras y de nieve ocurren todos los días; el alpinista prudente evitará esos sitios, eligiendo cuidadosamente una línea de avance donde no exista ese peligro. El día 7 de junio estábamos convencidos que así habíamos obrado, porque al llegar a las pendientes fuertes de la subida al Chang-La, en un sitio donde había probabilidad de alud, pero donde su acontecimiento no ofrecía peligro, por razón de la naturaleza del terreno por debajo de nosotros, intencionadamente rompimos la capa de nieve recién caída para probar su cohesión, encontrándola bien ligada a la nieve antigua y perfectamente segura. Pudimos, pues, suponer que las pendientes más suaves a recorrer más arriba no ofrecían peligro.»

El Everest es un adversario temible, opina el general Bruce, quien cree, sin embargo, que, a pesar de las dificultades de la lucha, quedará vencido. Pero precisan dos condiciones: que los alpinistas sean jóvenes y que el tiempo les favorezca un poco. Esta última gracia es precisa, porque el terrible clima del que la Diosa Madre de las Montañas hace su manto, es más duro para los hom-



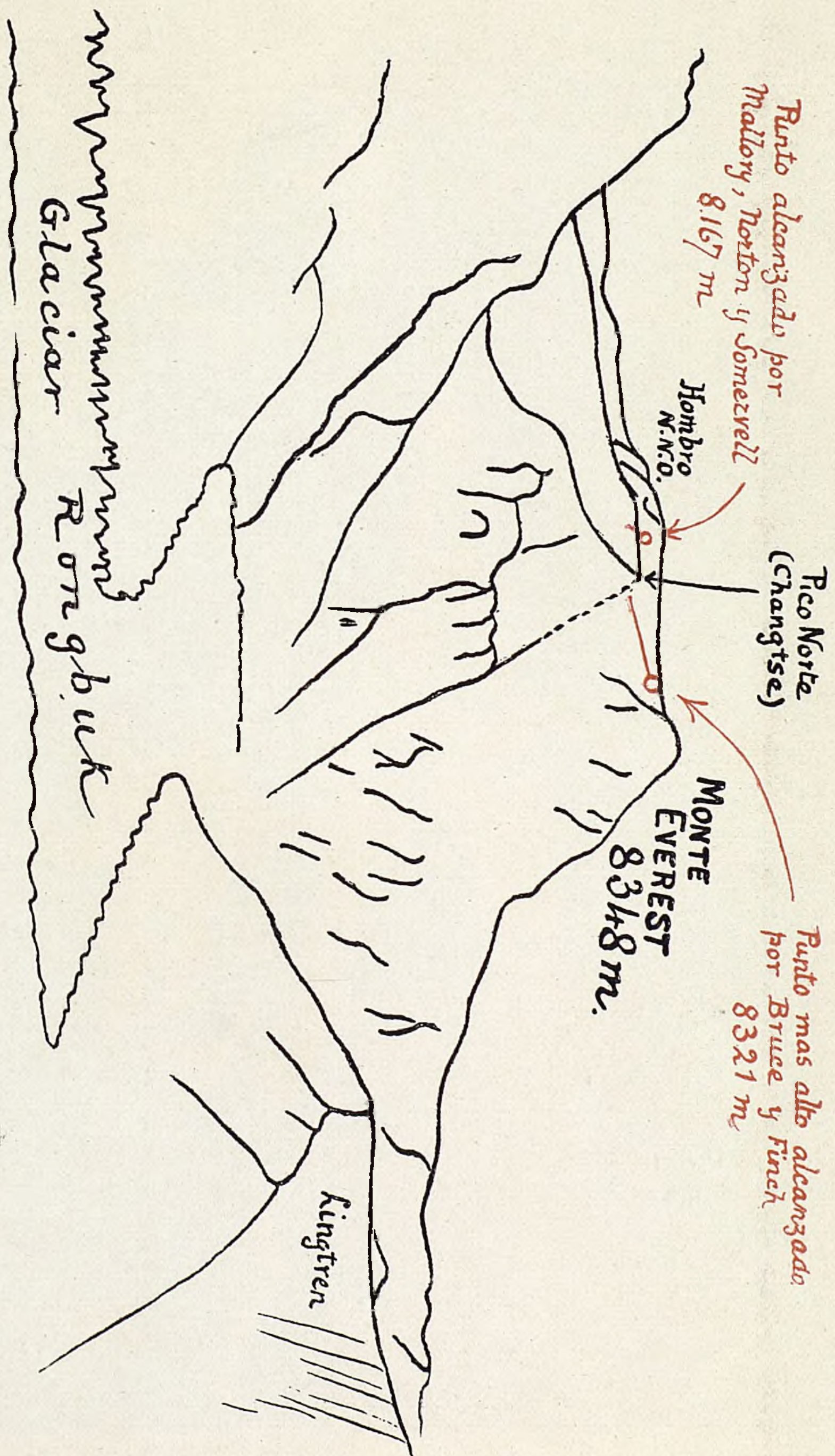


Foto Mallory









El monte Everest, visto desde el glaciar Kongbuk, a 15 kilómetros de distancia NO. Un nubecillo impide ver la silueta del Pico Norte, que indicaría la posición del Col Norte, a 500 m. debajo de él.  
(Foto Mallory.)







bres que las intemperies de los Polos. En cuanto a temperaturas, Somervell, Norton, Mallory, Bruce y Finch tuvieron que soportar mayores penalidades que Amundsen. Y, sin embargo, el Everest se encuentra casi bajo el Ecuador.

Sin duda, la Real Sociedad Geográfica de la Gran Bretaña y el Club Alpino Británico no cejarán en su labor hasta que la montaña quede vencida, y otras expediciones seguirán las huellas de las de 1921 y 1922, contribuyendo, sin duda también, gloriosas páginas a los anales del alpinismo, el *sport* soberano.







Después que las intenciones de los señores en cuanto a temperar los  
Nortes, Nortes, Nortes y Nortes, Nortes y Nortes, Nortes y Nortes,  
que Amadores, y, sin embargo, se encierran en los Nortes,  
sin duda, la Real Sociedad Geográfica de la Gran Bretaña y el Club Alpino  
Británico no cesarán en su labor hasta que la montaña quede vencida, y otras  
expediciones seguirán las huellas de las de 1821 y 1822, contribuyendo, sin  
duda también, pronto o tarde a los anales del alpinismo, el gran secreto.







# Historías y leyendas de nuestras montañas

Por Constancio  
Bernaldo de Quirós  
y Juan A. Meliá











## PICO SACRO



OLVIAMOS del robledal del Monasterio de San Lorenzo, lentamente, gozando la caricia de aquel divino día de sol. Por prolongarla más, sentámonos, ya cerca de la ciudad, sobre unas viejas piedras célticas, como Adegá, cubiertas de líquenes y de musgos milenarios, hasta que el último rayo del astro hubo desaparecido. Luego continuamos la marcha, dispuestos a emprender la ascensión de las torres de la Catedral, antes de que obscureciera.

Bajo la alta bóveda, entre la espesa penumbra, mostráronnos cierta vetustísima pila de agua bendita, resto de un templo anterior, donde Almanzor abrevó su caballo. Arriba, en lo alto del campanario, al que subimos, están también, refundidas, las campanas de aquel mismo santuario, que el caudillo moro hizo transportar hasta la aljama cordobesa, donde sirvieron largos años de lámparas, hasta que San Fernando las volvió a la iglesia compostelana, por la que clamaban en el lenguaje interior de su alma de bronce. Pero cuando nuestra vista se hubo librado de la ofuscación de la fábrica de la Catedral, mostrando verticalmente su portentosa estructura—verdadera montaña artificial trabajada por el Arte—, toda nuestra atención fué cautivada desde el primer momento por un cerro solitario, hacia el Sudeste, de un modelado cónico, casi perfecto, alzándose en el amplio valle del Ulla con una elegancia inexpresable.

«Es el Pico Sacro—nos dijo el campanero—. El Pico Sacro tan nombrado.»



Nuestra situación, admirándole, llenos de deseo, desde la torre de la Catedral, era la misma, y, a la vez, la inversa, de la de los antiguos peregrinos que, ansiosos de contemplar la santa ciudad, ascendían a él la víspera de la llegada, para anticipar unas horas la visión, aunque todavía relativamente lejana, de Santiago. En su bellissimo libro *The Way of Santiago*, recientemente publicado, Georgiana Goddard King, que compara el Pico Sacro con el Fuchi de los japoneses, con una razón doble: la elegancia de la forma y la adoración que ha inspirado siempre, nos refiere una copla de peregrinos que expresa la actitud pareja, en aquellos momentos, de la nuestra:

O S. Bastian corranos  
a cima do Pico Sacro  
a ver cal raya o sol  
n'as torres de Santiago.

\* \* \*

Aprovechamos, al día siguiente, nuestra hora de paseo, en medio del trabajo de la tarde, para avanzar hacia la montaña, después de la visita a la interesante Colegiata de Sar, que plantea tan difíciles cuestiones de arquitectura, con sus columnas oblicuas.

Desde un suave collado, al fondo de un camino orlado con grandes tojos floridos, se alzaba el Pico Sacro a breve distancia nuestra. Su forma y sus dimensiones nos recordaban nuestro Cerro de San Pedro, tan conocido de los frequentadores de la Pedriza; menos elevado, tal vez; más destacado, en cambio. La cumbre, desnuda, nos mostraba, bien a las claras, la estructura familiar y preferida del granito, como en La Machota o La Almenara.

Habíamos llegado hasta el punto en que, reloj en mano, podíamos avanzar. Giramos la vista en busca de un ser humano con quien departir a propósito del Pico Sacro. Una mujer, muy avanzada ya en su edad, acompañada de un niño, se mostraba en un sembrado. Esta triple circunstancia feliz—el sexo, la edad, la compañía—nos deparó la información más maravillosa.

Díjonos la anciana que el Pico Sacro se alza en la parroquia de San Verísimo de Sergude, a unas tres leguas de Santiago, y que en su dominio se encuentran diseminadas diversas aldeas, en los nombres de algunas de las cuales descubrimos alusiones a la selva antigua que, en otro tiempo, decoraba todo el macizo. Así, «Roboredo», esto es, «el Robledal»; y «Sobredo» o «Sobreiro», «el Alcornocal», de la palabra latina «suber», «el alcornoque». Recordé entonces que el propio Pico Sacro fué llamado «Illicino» por los romanos; de «ilex», «la encina».

En su extraña y agradable asociación del gallego con el castellano, nos con-



tó, sin dudar de ella, con la mayor sencillez, la leyenda de cierta dama blanca, princesa de una profunda sima de la altura, que se muestra, hilando plata, a quienes la evocan, sin más que lanzar una piedra al negro pozo.

«Quien quiera saber mi nombre verdadero, que me venga a ver por enero.»

Pero los que vuelven por enero no regresan jamás, sin que ni siquiera sus cuerpos sean hallados.

Nuestra amable interlocutora nos refirió, finalmente, algo aún más intere-



sante, que nos representa al Pico Sacro como una deidad aún viva, a quien los campesinos del país se dirigen para sanar de algunas de sus enfermedades en una plegaria tan sencilla como eficaz, cuando se pronuncia con fe y se avalora con la ascensión hasta la cumbre, arrodillándose sobre las peñas y dejando sobre ellas, como ofrenda, un trozo de pan tierno.

«¡Pico Sacro! ¡Pico Sacro! ¡Sáname d'o mal q'eu trago!»

Estas últimas palabras de la anciana parecían darme la explicación de la extraña semejanza con el Pico de algunos grandes panes, de apariencia cónica, con el vértice ligeramente derribado, que, desde el primer momento, me habían llamado la atención en las curiosas panaderías de Santiago.

Al despedirnos, volviendo la espalda al monte, aquel viejo «comedor de pan», según la expresiva frase homérica, se nos antojaba, por esto, más huma-



nizado. Era un dios, sin embargo; dios de frente de roca y de luengas barbas de bosque sin talar, con faz noble y severa, grata a la vista; un raro dios pagano, viviente todavía en esencia y presencia y no simplemente en el nombre, como el Aneto pirenaico o el Andévalo («Endovélico») de la provincia de Huelva.

\* \* \*

Todavía dos veces volvió a repetirse el tema del Pico Sacro aquella noche última que pasamos en Santiago.

Un amigo cantó para nosotros una copla popular de dulce melancolía nostálgica, en que hay para el Pico Sacro una cariñosa conceptualización muy expresiva:

«Pico Sacro, rey moreno,  
a terra das amistades:  
si m'acordas, Pico Sacro,  
eu morro de soedades.»

Otro, lleno de erudición, nos despidió con un elogio histórico de la montaña:

«Ni la Cabeza de Manzaneda, el más alto cerro de toda Galicia, en plena provincia de Orense; ni la Cueva de la Sierpe, con su misterioso nombre, en las lindes de las de Lugo y La Coruña; ni los Ancares, siquiera, ni los Picos de Cervantes, ilustres por su propio nombre, son tan representativos de Galicia como el Pico Sacro, nacido, según una vetustísima leyenda, por la atracción lunar en torno de la flecha clavada en la sepultura de un régulo del país, que la recibió de las manos de un monstruoso lector de cierto libro en raros caracteres. Venerado desde la más remota antigüedad por las razas locales, los romanos le llamaron también *Mons Sacer*, dedicándole a Júpiter, como creador del rayo, del trueno y de las nubes y nieblas en que gusta envolverse. Fué templo de consagración de los antiguos reyes suevos y del despeñamiento del último de ellos, Andeca, por los soldados de Leovigildo, según imaginó Benito Vicetto, el romántico novelista de *Los hidalgos de Monforte* y de *El lago de la Limia*, ya casi olvidado. Relacionada más tarde con la invención del cuerpo del Santo Apóstol, pues es al Pico Sacro donde sus discípulos vienen a buscar los toros y de donde es desterrado el dragón, la montaña, iniciada la época de las peregrinaciones, se convierte en uno de los *Montes Gaudi*, esto es, del Gozo, que tuvieron todos los santuarios ilustres en la altura, desde donde se descubrían a distancia. Comienza casi contemporáneamente la labor de los sacerdotes para cristianarle, limpiándole con agua y sal de toda inmundicia diabólica, con el fin de hacer olvidar al pueblo los antiguos cultos paganos, tal como se refiere en la escritura del Obispo Sisnando. No obstante, la alianza de las dos religiones



está revelada en la oración contra el terrible *fuego sagrado de San Antón* o de *San Marcial*, epidemia que hizo grandes estragos en Galicia desde el siglo x al xvi y que consistía en una especie de gangrena precedida y acompañada de ardor abrasador y de dolores intensos, y de pronóstico casi siempre mortal, que la montaña, no obstante, sanaba, invocándola como poseedora y dispensadora del fuego del cielo:

«Pico Sacro, Pico Sacro,  
Que te consagrou o bendito Santiago,  
Con seus boys e con seu carro,  
Líbranos d'este fogo curado.  
Por la intercesión de la Virgen María.  
Un padrenuestro y un avemaría.»

Como ustedes han visto, a pesar de todo, en su diálogo con la anciana del país, la tradición pagana persiste con más pujanza y brío que la cristiana. El dragón, destruído en la leyenda del Apóstol por los discípulos de éste, aún co-  
lea con fuerza y se resiste a morir...»

La alusión hecha a los reyes suevos en el discurso de nuestro amigo, despertó en mí el recuerdo enigmático del rey Cintolo, a cuyo nombre se refiere, según había escuchado días antes en Lugo, una inexplorada caverna del macizo calcáreo del Padornelo, en esta provincia, cerca de Mondoñedo (exactamente, en el lugar de Supena):

— ¿Quién fué el rey Cintolo, de quien jamás había oído hablar hasta que llegué a Galicia?

— Vicetto le llama «Hermengario, el justo». Pero nada se sabe de él ni se sabrá ya jamás nunca.











## GREOS, HEROICO Y MISTERIOSO

### I

#### EL SECRETO DEL NOMBRE



DIGO al gran montañero Pepe Zabala la más verosímil y acertada interpretación del nombre, treinta o más veces secular, de la gran Sierra de las tierras de Ávila, que, como una gigantesca catedral de granito, levanta al cielo sus agujas casi hasta el límite de las nieves perpetuas, ahora tan elevado, en nuestra latitud, del nivel de los mares.

«Creo que he encontrado—me decía—el comienzo del hilo que nos va a dar la clave del nombre de «Gredos». Recuerda, Constancio, que hace tiempo yo te dije que por qué en ambas vertientes los serranos decían «Greos» y no «Gredos». No le diste importancia, y yo, ante esto, llegué a olvidarlo. Pero ahora, en el libro de Charles Durier: *Le Mont Blanc*, que está muy bien documentado, encuentro este párrafo, que copio en francés para que no pierda claridad el concepto con la traducción:

«Ils (los romanos) appelèrent cette partie de la chaîne «les Alpes Grées». S'il est vrai, comme on l'a soutenu, que *Grées* dérive d'un radical celtique qui signifie «blanc», les *Alpes Grées* auraient donc été les *Alpes blanches* par excellence et, dès la plus haute antiquité, nous retrouverions le nom de notre montagne, au moins dans celui du groupe auquel elle appartenait.»

«En otro libro, *Recueil des itinéraires anciens*, por Fortia d'Urban, se citan el itinerario de Antonino y el de Teodosio. En el primero aparece escrito: *per Alpes Graias...*»

«Según el mismo Charles Durier, en la Alta Saboya, al yeso, a la caliza, *plâtre*, la llaman «gre, à cause de la blancheur»; y, amigo Constancio, las altas cumbres del circo de Gredos, vistas desde la parte de Toledo, y desde el valle del Tiétar, son blancas.»

Esta etimología, que enlaza la fonética local con el sentido céltico de la palabra *grées*, reúne, además, la circunstancia interesante de una equivalencia lo-



cal, semejante a la que nota Durier en el macizo del «Mont Blanc»; pues así como en éste se ha traducido en el francés *blanc* la idea céltica encerrada en el sonido *gréés*, del mismo modo a la vista de los «Picos de Greos» (las cumbres blancas), en la parte Norte de la provincia de Toledo a que Zabala mismo alude como punto de vista para la montaña cubierta de nieve, queda el nombre de *Montes Claros* aplicado a un pueblo de la misma provincia, bajo la pequeña Sierra de San Vicente, último eslabón del Guadarrama que se deshace próximo a llegar al Tajo; pueblo que, sin duda, debe de tener aquella perspectiva. «Montes claros» es también, en los textos antiguos (v. gr.: el *Poema del Cid*) (1), el nombre genérico de las altas sierras centrales castellanas, blanqueadas por la nieve la mayor parte del año. Más aún. Hasta podemos suponer que, como el macizo del Mont Blanc, la gran Sierra haya podido ser llamada en otro tiempo «los Alpes Greos», puesto que la palabra «Alpes» no es tan exótica que alguna vez no haya tenido circulación en nuestra patria. Recordemos, si no, la palabra «Alpujarra», que D. Eduardo Saavedra, comentando al Edrisí, considera formada, sencillamente, con la vieja radical céltica «alp» y la desinencia latina arabizada «xarrat» o «serrat», esto es: «sierra».

Más dura que la propia roca de la montaña, la palabra ha resistido, venciendo la erosión, transmitiéndose casi íntegra a través de los tiempos, de las razas y las civilizaciones.

Si, como creemos ahora, la *d* intermedia que lleva en la literatura y en el habla cultas es un añadido impropio hecho para darle una apariencia que sólo necesita ante los prejuicios y convencionalismos gramaticales, amigos nuestros de las innovaciones restauradoras, de las historias perdidas y los recuerdos olvidados, llamemos, pues, «Greos» de hoy en adelante, como los hombres de sus valles, a la gran Sierra cumbreña de la larga divisoria castellana, poniendo de nuevo en honor el verbo antiguo original, otra vez comprendido y aprobado.

## II

### LA FORMACIÓN DE LA LAGUNA

DESDE los 1.900 metros de elevación, la larga cordillera central, desde la portuguesa Sierra de Estrella a los macizos del Sistema ibérico, que se alzan sobre el borde oriental de la meseta, muestra, en general, el curioso accidente de sus bellas lagunas tanto más elevadas, cuanto más interiores

(1) «Con el de los Montes Claros [el Cid], auyen guerra tan grand [los moros de Valencia].»



o continentales se hacen los macizos montañosos en cuyas rocas se remansan. En Greos y en el Trampal, en Peñalara y en la alta arista que enlaza a ésta con la Somosierra, son objeto, a la vez, de admiración y temor, de respeto y embeleso.

¿Sabéis el secreto de su formación?

Los estudios de glaciología se han divulgado ya, incluso entre nosotros.

Pero las viejas tradiciones le explican de otra manera hartamente distinta y mucho más sobrenatural y fantástica.

Guardado en la santa catedral de Santiago, hay un curioso códice, atribuido al Pontífice Calixto II, del que fué portador, entre 1138 y 1140, el benedictino francés Aimerico Picaud, llamado también Oliver de Iscán, a quien acompañaba la romera de Flandes, Giberga.

Este viejo códice, especie de libro de memorias, de diario de viaje de un peregrino que hace cerca de ochocientos años cruzó nuestra España por la vieja senda compostelana, refiere la formación de la laguna de Greos al ciclo de las leyendas carlovingias, ni más ni menos que si su emplazamiento fuera en el Pirineo, como la Brecha de Roldán, y no tan en el lejano Sudoeste.

Fué por el año 778, fecha de la incursión expiada en Roncesvalles.

El emir Abderramán acababa de haberse hecho señor de las Españas—salvo los minúsculos reinos cristianos defendidos en el Pirineo y en las montañas astúricas—, deshaciéndose, al cabo, de Yusuf ben Fehri, último defensor de los Abasidas, cuando los últimos partidarios de éste pidieron la intervención de Carlomagno, ofreciéndole una buena presa.

Con su brillante ejército de invencibles paladines, Carlos el Emperador atravesó el Pirineo, y avanzando en el gran valle del Ebro, llegó hasta Zaragoza, emplazada en su centro.

La historia no le hace pasar de aquí, pues en breve debió levantar el cerco que tenía puesto a la ilustre ciudad, siempre expuesta a la codicia francesa, al conocer la nueva sublevación de Witikind, el héroe sajón. Pero la leyenda del peregrino de Compostela nos muestra al poderoso jefe franco penetrando hasta Castilla y siguiendo el camino de sus largos ríos hacia el Atlántico. Palencia figura en la lista de las ciudades infieles tomadas por el Emperador; y también otras de nombres nunca oídos u olvidados para siempre, como Ventosa o Carcesa y Capara.

«Todas estas terras e lugares—dice el viejo códice calixtino, traducido al dialecto gallego por López Aydillo—, e vilas e çidades, d'elas sen batalla e d'elas por batalla, et por grande sabedoría, todas foron sojugadas do moy nobre Calrros e metudas so o seu señorío...»

Sólo una resistió impávida: Lucerna, llamada después Borroas, ciudad inexpugnable, construída, como por el capricho de un fundador de urbes megalómano, en una fuerte eminencia, tallando las rocas cimeras con un camino espiral, al modo de la rampa exterior de las torres orientales.



Pasados cuatro meses de asedio, Carlomagno adquirió la certidumbre de que Lucerna no se le rendiría por los medios ordinarios.

El cuerpo del Apóstol no había sido hallado todavía; treinta y cuatro años faltaban para su invención milagrosa, ocurrida en 812. No obstante el escaso poder que la devoción debía atribuir entonces a un bienaventurado olvidado, Carlos se dirigió a él. Y he aquí cómo se realizó el prodigio.

Los muros invictos de Lucerna se desmoronaron, conmovidos por un profundo terremoto; la tierra se levantó hacia los cielos en oleadas de granito ardiente que lentamente se enfrió, inmovilizándose en imponentes cordilleras erizadas. «Et des enton—acaba diciendo la crónica—fezose en no meogo d'ela huun lago moyto alto e moy negro en que andan peixes muy grandes e moy negros.»

El P. Fita y el señor Fernández Guerra son los que, por vez primera, en su obra *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*, publicada en 1880, han referido esta tradición a la laguna de Greos, fundándose, pues no creemos que haya en el texto otro motivo, en una mención de Talavera de la Reina, «que he lugar de moytas froytas». En realidad, lo mismo podría convenir a la laguna de la Solana o del Duque, en la vertiente oriental de la Sierra de Béjar, que es de dimensiones mayores que las de la de Greos y se alza a una altitud mucho menor, más propia del emplazamiento de poblaciones humanas (1.400 metros aproximadamente).

Pero esta duda no podría resolverse sin conocer antes cierto estudio de Bedier titulado *Légendes épiques*, donde, al parecer, según los estudiosos del códice de Calixto II, se encuentran noticias sobre la Lucerna sumergida.

### III

## LA PLAZA DE ALMANZOR

POCO más de doscientos años después, la tradición nos muestra a Almanzor, el más ilustre y magnífico de los caudillos de los árabes españoles, llegando hasta el borde de la laguna que sepultó para siempre en su seno insondable la ciudad que maldijo Carlomagno.

La hueste, rica de tesoros, cargados sobre tristes cautivos, apresuró la retirada al acercarse a los montes divisorios de las mesetas. En aquellos tiempos—hacia el año mil de Cristo—, la larga Sierra estaba despoblada, desierta, abandonada de sus antiguos moradores, como zona peligrosa de combate, en que por muchos años se marcaba el flujo y el reflujo de moros y románicos. Siendo el terreno propicio para las sorpresas, y además falto de todo estímulo a la



codicia, las tiendas de los conductores se abatían día tras día, sin los simulacros rituales, conjuros del buen éxito de las conquistas, y la jornada entera se empleaba en la marcha forzada recelosa.

Aquella noche el huracán había descendido de las montañas. Insomne en la tienda por la lamentación desesperada, el Victorioso evocaba la imagen de Córdoba, la voluptuosa, donde el cielo no castiga con rigor el sensible organismo de los hombres; mientras en el exterior la pálida luna, asomándose a veces entre las desgarraduras de las nubes, alumbraba el cuadro singular de la rueda de hombres de la guardia—cráneos largos, caras duras, la blancura azulada de la esclerótica y del esmalte de los dientes relucientes entre el cuero bronceado—, sujetando con el esfuerzo de sus dedos crispados las amarras de la pesada cubierta, en que la embestida del viento se obstinaba.

Rendido tarde el caudillo al sueño, la partida se retrasó al amanecer en igual medida; de suerte que la mañana iba ya avanzada cuando el jefe se mostró al exterior entre su séquito de caídes. En la clara mañana de primavera, bajo el puro azul de transparencia imponderable, una atrevida Sierra mostraba su poderoso relieve, con el brusco contraste de los ventisqueros radiantes entre las opacas rocas negras. El Victorioso quedó maravillado. Aquel formidable hombre de acción fué también un delicado amator de todas las bellezas, y, entre todas, de las dos más excelsas: la mujer y la Naturaleza, en sus aspectos más fuertes: el mar y la montaña. Nacido en las inmediaciones de Algeciras—*el yesira*, la isla verde sumergida en la bahía—, procedía de país montañoso; y en Córdoba, donde su personalidad se había desarrollado, tenía a diario ante los ojos, desde el Alcázar de los Santos Califas, la montaña, bien que una montaña apenas acusada y bajo una atmósfera harto benigna para el trabajo erosivo de las peñas. El *Rodadero de los Lobos*, con sus cárdenas rocas, las más ásperas y elevadas al cielo de la ciudad santa, ¿qué es, en efecto, comparado con las Sierras del Norte, tanto más cuanto más se va desde Córdoba en esta dirección tría?

Trajeron, por expreso deseo del caudillo, a algunos solitarios montañeses del país, capturados el día anterior por las avanzadas.

—¿Cuáles son esos montes?—preguntó el caudillo, señalando las altas cumbres nevadas.

Los montañeses respondían rudas palabras, que no acertaban a interpretar algunos muladíes presentes. La lengua romance, que a la sazón comenzaba en las Castillas sus primeros balbuceos, tenía en la bárbara población de la montaña sonidos degenerados, incomprensibles.

—*Greos, Greos*—repetían a coro; y luego de largos circunloquios, pusieron a insistir sobre los grandes clamores que lanzaban al cielo las insondables lagunas escondidas en las quiebras más altas de la montaña. Eran ruidos sordos, lejanos, que suelen escucharse los días de cielo sereno y estando el aire en calma, generalmente a mediodía, repitiéndose con intervalo de algunos



minutos. Algún contemporáneo de hoy declara haberlos oído, sin que los sabios hayan llegado a una explicación satisfactoria y unánime del misterioso fenómeno.

Cuando el Victorioso hubo escuchado el prodigio de la montaña que clama al cielo la indescriptible expresión de sus profundos sentimientos, resolvióse a escucharla y aun a investigar el enigma, para que no se pudiese decir que no acudía a un llamamiento. Declaró que concedería la libertad a los montañeses que le llevasen hasta el lago, y aceptada la promesa, se convino, sin demora, la partida para la tarde.

Iban por un claro pinar declinando ya el sol hacia los llanos de la alta Extremadura, tierra extrema, final, de los largos ríos de Castilla. Los rayos oblicuos del astro proyectaban las largas sombras de los troncos sobre la fina pradera manchada con el jabugo, las bienzas, las roñas, las secas piñotas, despojo de la selva de coníferas. Precedían los montañeses vestidos de cuero, con ágiles pasos, que a cada instante debían moderar en obsequio a su ilustre séquito. Seguían los renegados cristianos, como intérpretes mediadores, y al cabo, el Victorioso, con dos de sus caídos preferidos, que mostraron deseos de acompañarle. El uno procedía del desierto de la Siria. Era un fino árabe, acostumbrado a las largas lejanías horizontales de las arenas movibles, que marchaba con un sentimiento de sagrado terror, viendo la elevación vertical de la montaña en obscuras rocas desconocidas. El otro, un braber del Gran Atlas, familiarizado con el paisaje, sonreía a los riscos gallardos, en que la imaginación descubre, en cada variación de ángulo visual, formas conocidas.

Con el crepúsculo, los hombres de Greos buscaron un abrigo para pernoctar. Hallaron las ruinas de una majada, desmoronándose entre leños quemados, junto a chortales que manaban silenciosamente. El lucero de la tarde brillaba en el pálido azul, y el Victorioso le miró enamorado, ante el dintel, evocando, por una clara asociación de ideas, la imagen ¡tan lejana! de Sobeya.

Un grito de sorpresa, partido del interior del cercado, le distrajo del recuerdo de la mujer a quien debía toda su prosperidad. Al penetrar, uno de los montañeses miraba con expresión de alegría una piedra sostenida en la palma de la mano. Era una extraña curiosidad: aplanada, toda lisa y de una forma que recordaría un triángulo isósceles cuyos vértices hubieran sido redondeados. La piedra, que en alguna leve fractura mostraba su estructura fibrosa, presentaba entre su pardusca coloración claros espacios de anfíbol por entre los cuales se destacaban sinuosos hilillos rojizos del óxido de hierro, de la mica negra, la biotita, semejantes a los vasos capilares de la sangre en la carne viva.

— ¡Un rayo, un rayo! — decía el montañés; y al traducir los intérpretes sus palabras, el braber asintió mostrando también el aprecio que merecía la rara piedra.

Eran los montañeses taciturnos, sombríos. Hablaban sólo para responder, con breves palabras y sin gestos. A las preguntas de su ilustre séquito contes-



taron que hallazgos como aquél—rayos petrificados en el seno de la tierra, a cuya superficie ascendían, desde siete estados profundos, en siete años—libraban del castigo del rayo, por lo cual era bueno colocar alguna de tales piedras en los cimientos de las construcciones expuestas a la centella de los cielos.

Hablaron también algunas palabras sobre la fauna del aire y de la tierra. Llamaron al buitre *güetre*, con bárbara pronunciación, que hacía sonreír a los renegados de Toledo; y carecían de substantivos, o expresábanlos con circunloquios más o menos expresivos—*calzas pardas, uñas largas*—por miedo de que el nombre propio, pronunciado en alta voz, dotado de una virtud creadora, hiciera aparecer vivas a las fieras, sometiéndoles a los riesgos consiguientes. Otro tanto sucedía con el jabalí; pero el Victorioso pudo observar con satisfacción, entonces, que este expresivo adjetivo árabe, que significa *el montaraz* o *el montés*, había pasado ya al habla de los rumíes.

Luego se tendieron para dormir. Por entre la techumbre destrozada del chozo, la constelación de «El Carro» se destacaba en el cielo oscuro con maravillosa claridad, centelleante en la inmensa lejanía de los espacios siderales. Y en el cerebro del Victorioso, hasta que el sueño le rindió, comenzaron a formarse los vagos pensamientos de poesía que las estrellas dictan a los hombres, estremecidos por la sensación de infinito que procuran.

En la vida de las montañas, los novecientos años que van pasados desde entonces son una hartó efímera duración para alterar su fisonomía. El hombre vestido de seda de la asombrosa parábola de Buda, tan sólo nueve veces ha rozado después con su manga, al pasar, la dura roca cristalina. No obstante la actividad febril con que la erosión las trabaja, las cumbres apenas han perdido algunos metros en la degradación que sufren de continuo; las aguas salvajes de los torrentes no han encauzado mucho más sus clamorosas, efervescentes caídas. El espíritu de los hombres ha cambiado mucho más, de tal suerte, que apenas podemos darnos cuenta hoy de los estados de ánimo que el paisaje del circo de Greos, con su apariencia imponente, hizo sucederse, sobre todo, en las almas más complejas y refinadas del Victorioso y sus caídes.

Contemplaban en una actitud dispuesta a retroceder la desnudez formidable, oscura, de los riscos ciclópeos de apariencia amenazadora, en que la actitud vertical ponía cierta vaga semejanza humana. En algunos, sometidos al efecto radiante de los cándidos ventisqueros heridos por el sol, la roca parecía negra y sin relieve. Pero en otros, envueltos en mejor luz, los ojos penetrantes, perfectos, de los hombres de guerra, descubrían la fina estructura de la peña, con el pálido rosa de la ortosa destacando entre la blancura cristalina del cuarzo y la salpicadura de la mica negra. El rojo color de los pórfidos, los tonos grises de la sienita, cruzaban, acá y allá, como arterias y venas, la áspera superficie del granito, que hacía pensar al Victorioso en problemas nunca antes planteados. ¿Qué substancia extraña, dura, inerte, era ésta, enfriada en tiempos ignorados sobre las formas de la tierra, como repulsivas erupciones en la piel



de una belleza de Oriente? ¿De qué abismos profundos procedía y qué fuerza poderosa, incoercible, la había lanzado hacia los cielos?

Tres agudos riscos, de formas atrevidas, atraían las miradas por su impulsión violenta hacia el espacio. Otra gran masa mucho más poderosa, en el centro, se imponía entre todas con sus acusados caracteres de suprema cumbre; mientras al lado opuesto avanzaba hacia el Norte una ingente barrera, tallada, también, en tres informes, inaccesibles elevaciones, que llevaban en su pie las huellas de la lima del hielo que las pulimentó en los días pasados, cuando emergían como altos islotes del glaciar que abrió con el avance de su peso la brecha por donde se desagua la laguna. Pero entre tanto motivo de contemplación, era ésta, la laguna, la que vencía, fijando las miradas y el pensamiento con atracción obsesiva. Amplia, irregular, con un vago contorno de dragón fabuloso, aparecía colmada de aguas quietas, oscuras, sobre las cuales flotaban témpanos azulados que se irisaban en los bordes al paso de los rayos del sol. El espectro del astro saltaba, en un compendio de arco iris, desde el rojo al violeta, sobre el filo cortante de las quebraduras.

Considerando con recelo la superficie del agua, tanto más temerosa cuanto más tranquila, estratificándose en láminas de perfecta horizontalidad y pulimento, frías y finas, de un azulado obscuro, como hojas de pizarras, los hombres del Sur esperaban la aparición del monstruoso huésped del abismo entre algún inaudito meteoro, sintiéndose espiados y acechados por ocultas hostilidades, contra las que era imposible toda lucha. Hallábanse en mitad de un largo campo de nieve, que los envolvía en un ambiente mudo, apagando hasta la aniquilación toda resonancia de palabras y de movimientos. Fatigando los ojos con la reverberación del sol y enfriando todo contacto, aquel campo florido con las infinitas estrellas de seis puntas de los cristales de la nieve se mostraba implacable contra los sentidos, enemigo de la vida, aun la más humilde. En vano el Victorioso prolongó la espera de los clamores indescifrables de la laguna.

Entonces los montañeses, para evitar la decepción, se decidieron a despertar los coros de ecos dormidos en las quiebras, y ahuecando la voz, sirviéndose de las manos como de bocinas, lanzaron al unísono un grito salvaje contra la negra pared del acantilado. Casi instantáneamente, sin dar tiempo a ninguna espera, dada la distancia escasa que el sonido debía recorrer en su trayectoria de ida y vuelta, la montaña contestó como desgarrándose. Era como si ampliando la voz en la proporción que su talla excede a la mezquina estatura del hombre, la montaña respondiera con su acento salvaje, que excede sin medida al de los montañeses más rudos y torpes. Un tropel de cabras monteses huyó precipitadamente, en una sucesión de saltos veloces, sobre canchales oscilantes. Los ecos repitieron hasta siete veces el bárbaro grito, más atenuado cada vez. Luego se restableció el profundo silencio, quedando las largas diaclasas longitudinales del granito como testimonio de la desgarradura de la roca con sus clamores.



El Victorioso obligó a la montaña a pronunciar su propio nombre, y se asomó luego a una portilla de la divisoria, contemplando la elevada llanura del Mediodía, perdiéndose hasta el fin del horizonte en un radio visual de veinticinco leguas.

Los montes de los gritos dejaron en el Victorioso un recuerdo intenso que no se borró jamás. A la hora de la muerte, tras la rota de Calatañazor, en los altos páramos de Medinaceli, la silueta dentellada de los afilados cuchillares amenazando al cielo azul, la metálica mancha de la laguna aulladora, pasaron, como rápidas visiones, en el retrospectivo desarrollo de la cinta cinematográfica de su vida.

El nombre de *Plaza del Moro Almanzor* quedó en lo sucesivo para el valle glaciado de la laguna y hasta, por extensión, para el alto risco cimero de la larga cordillera castellana, y han quedado también en aquel país algunos compases de una extraña canción triunfal conmemorativa, lo único del alma morisca que se salvó del incendio de la Sierra, llevado a cabo por los cristianos unos ciento cincuenta años después, para exterminar a sus enemigos, refugiados en la espesura de los montes.

La música de la canción de Almanzor flota aún, como una pavesa de este incendio, entre los picos de Greos. Hay algo de épico al escucharla de las gentes del país, entre la salvaje naturaleza de los Galayos, la fantástica barrera meridional que conserva también su expresivo nombre moruno.

Dos músicos contemporáneos, F. de la Viña y E. Rosillo, han referido a Greos sendos poemas pastoriles. Es en el del primero de ellos en el que, recogiendo el autor los compases de la canción de Almanzor, se destacan sus poderosos acentos expresivos, con el tono que corresponde a un suceso épico.

#### IV

### UN EMPERADOR PASA

MÁS de medio milenio después, Greos volvió a reflejarse en otros ojos imperiales.

A lentas jornadas, con su breve séquito, Carlos V venía a encerrarse en el Monasterio de Yuste.

Pasado Alaraz, en tierra de Salamanca, la comitiva comenzó a internarse en las fragosidades de la Cordillera central, que adquiere cada vez más, hacia el Sur, caracteres de mayor aspereza. Por el alto Puerto de Tornavacas, el César atravesó Greos, yendo a pernoctar al pueblecillo que lleva el mismo pintoresco nombre pastoril del paso. Desde éste se divisa, a la izquierda, el



imponente Almanzor, con el formidable monolito hoy llamado «Cuerno del Almanzor», pues éste, indudablemente, de conocerle, hubiera designado al risco cimero de todo Greos con el nombre de *Mul Cornein*, «el Señor del Cuerno», ni más ni menos que Alejandro el Magno, a quien designan así los historiadores árabes. Mas el César, postrado de abatimiento moral y físico, pasó indiferente, como un enajenado cuyo espíritu está ausente en un alejamiento enormemente dilatado, como la inmensidad de los cielos.

A otro día, 14 de noviembre de 1557, en la jornada de Tornavacas a Jarrandilla, última, por el momento, del viaje, debían atravesar un nuevo puerto, en el más oriental de los dos poderosos contrafuertes que la Sierra principal lanza hacia el Sudoeste, y entre los cuales va encajado el río Jerte. Como el César, ya en sus postrimerías, no podía cabalgar sin gran molestia, y en la litera no podía ir «sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen»—según refiere el historiador Lafuente—, fué conducido a través de este postrer obstáculo en hombros de labradores, que pusieron en transportarle todos sus cinco sentidos. Lo mismo que en Tornavacas, Carlos se mantuvo indiferente; pero el paso lleva todavía hoy el nombre de «Puerto del Emperador» o «Puerto Nuevo», por las obras que entonces se realizaron en el camino para hacerle más practicable.

## V

### EL FINAL DEL MISTERIO

EL malogrado Ramón Jaén, de grata memoria a los que, diez años hace, se ocupaban en el arte de las bellas andanzas por tierras castellanas, nos procuró por entonces la rara curiosidad bibliográfica de un pequeño folleto, desgraciadamente incompleto, resumiendo la más antigua excursión hasta el presente conocida realizada a la laguna de Greos, por pura curiosidad y casi con espíritu deportista.

Lleva el folleto este raro encabezamiento, bien característico de su tiempo: *Geología. Viaje a la Sierra y laguna de Gredos por su polo austral*, y le firma en Madrid, a 9 de enero de 1839, cierto don Gregorio Aznar, de quien sólo sabemos, por el contexto de su narración, que era labrador, propietario, amigo de toda clase de estudios y lector de *El Panorama Universal*, sobre todo en las narraciones de viajes, algunos de los cuales, como la expedición al Ararat, de Struy y Tournefort, dejaron hondo recuerdo en su ánimo, siendo como el modelo que se propuso imitar en su opúsculo.

Pero la expedición se había realizado cerca de cinco años antes, entre los días 5 a 9 de agosto de 1834.



Fueron seis los atrevidos precursores, pues con nuestro don Gregorio iban don Antonio Arconada, capellán mayor de la villa de Oropesa; don Angel Ramedo, abogado y propietario en la misma; don Francisco Solano y Berdugo, también propietario en la misma localidad; don José María Aznar, propietario y abogado en Torralba, y don Ciriaco de Ocaña, abogado de Madrid. Queremos suponer que estos señores conocían la composición a la laguna de Greos, que por entonces debió publicar un olvidado escritor contemporáneo de ellos, don José Somoza (1781-1852), que ha revelado hoy nuestro *Azorín*, y que a la sazón vivía en su ciudad natal, la villa de Piedrahita, situada al pie de la Serrota y frente a los Picos de Greos, no más lejos que el Guadarrama de Madrid. La tal composición es verdaderamente desatinada, ni más ni menos que la descripción de la laguna de Peñalara hecha por Moratín, padre, en el poema *La Diana*, escrita, indudablemente, de oídas, recomponiendo con la imaginación, sugestionada por el bárbaro relato de algún pastor supersticioso, un paisaje pavoroso de agitación y estrépito, enteramente opuesto a lo que son los altos lagos de montaña: puros y quietos como espejos o como superficies metálicas bruñidas; silenciosos hasta la anulación, mientras un rompimiento del estado de equilibrio de la atmósfera serena no despierta los ecos dormidos en los altos acantilados de los circos en cuyas cuencas se recogen las aguas azules.

He aquí, en efecto, este poco conocido texto:

Entre escarpadas puntas  
De una sierra nevada,  
Sobre otra tierra alzada,  
El hondo lago vi:  
Vi el lago en que sepultas,  
¡Oh Gredos!, mil torrentes,  
Que elevadas pendientes  
Hunden por siempre en ti,  
Ruedan las olas dentro,  
La salida buscando,  
Y en derredor bramando  
De su eterna prisión;  
Pero luego en su centro  
Cesa el ruido espantoso;  
Silencio pavoroso  
Sigue a su agitación.  
Tendió el ala en el polo  
El viento del desierto,  
Y el lago, al soplo yerto,  
Es hielo inmóvil ya.  
El cardo triste y solo  
En su orilla nacido,  
De Boreas al silbido,  
Sobre él huyendo va.  
Densa niebla obscurece



Su cumbre, asiento eterno  
 Del trono del invierno,  
 Hijo del Septentrión.  
 Entre ella resplandece  
 Nevado el ventisquero,  
 Vuela en su reverbero  
 Deslumbrado el halcón.  
 Busca incierto su nido,  
 Y del etéreo cielo  
 La escarcha el pino erguido  
 Sacude inútilmente,  
 Sus ramas tristemente  
 Hace el peso crujir.  
 El águila despierta  
 Sobre el césped marchito  
 De la roca, y su grito  
 Vaga en la soledad.  
 ¡Ay laguna desierta!  
 Ese témpano helado  
 Semeja del malvado  
 La insensibilidad.  
 La congelación fría  
 Del corazón humano,  
 Que el huracán insano  
 Del vicio endureció.  
 Luto y melancolía  
 Cubre el antro insondable,  
 Que en yermo inhabitable  
 El tiempo transformó.  
 Muros de rocas cerca  
 La inaccesible orilla,  
 Do el rayo jamás brilla  
 De benéfica luz.  
 Jamás allí se acerca  
 Céfiro puro y blando,  
 En sus alas llevando  
 Esperanza y salud.  
 Su estéril esperanza  
 Venenos da homicidas,  
 Que a las entumecidas  
 Víboras den vigor.  
 Plegue a naturaleza  
 En un temblor horrible  
 Hundirte, ¡oh insensible  
 Páramo de terror!

Los expedicionarios, que suponemos influídos por Somoza, quisieron, no obstante, añadir cierto aparato científico a su inaudita excursión. Así no olvidaron el termómetro, y hasta parece que reforzaron sus lecturas geológicas, que hoy nos parecen del más ingenuo infantilismo.



El día 5 de agosto salen de Oropesa en dirección al «polo austral» (!) del lago fantástico; el 6 cruzan un alto puerto, desde donde «nuestra vista sólo necesitaba atmósfera limpia para señorearse de cuasi toda Castilla la Nueva y parte de la provincia de Murcia» (!), y a la caída de la tarde miran «en una profundidad espantosa» la laguna, y «también varios ventisqueros o masas enormes de nieve acumuladas desde el principio de los tiempos en sinuosidades casi inaccesibles». Aquella noche su Reaumur marca 2 grados, y 1,5 bajo cero al amanecer el siguiente día 7; esto es: 2,5 y 1,8 centígrado, respectivamente (rara temperatura, por lo baja, pues según Martín Donayre, en el termómetro colocado en los alrededores de la laguna, nunca bajó de 10, y la mínima registrada por la Comisión del Mapa Geológico, fué sólo de 6, siempre en el mes de agosto).

El paisaje se aparece al autor con un aspecto temeroso, casi diabólico. Aznar procura interpretarle geológicamente; despierta luego los ecos del gran circo de Greos, que repite las voces hasta siete veces. De improviso, prodúcese en él una extraña alucinación: «... súbitamente vimos cruzar a dos pasos de nuestra frente, y con la velocidad de la chispa eléctrica, una columna de forma cilíndrica como de dos varas de longitud y aspecto claro gaseoso, que introduciéndose en las concavidades de otros peñascos a nuestra derecha, Oeste, reproducía sonidos semejantes». De nuevo el fenómeno se repite: «volvió la columna por nuestra espalda a su centro primitivo, se soterró, y a los tres o cuatro segundos la vimos de vuelta con igual velocidad y más impregnada, cogiéndonos al paso en su centro y aumentando nuestro conflicto». Pasado el susto, el autor queda pensativo y escribe un largo párrafo sobre brujas y encantos, casi dispuesto a creerlo todo. ¿No recuerda todo esto, en pleno siglo XIX, el dragón del Canigó, referido en el XIII por Fra Salimbene?

Aquella noche, a las diez, llegan a Hoyo de Espinoso. El pueblecito en que funciona hoy el eficaz Sindicato Gredos-Tormes, era entonces un «pueblo miserable, que no nos ofreció más que un pequeño pajar para pasar la noche».

El día 9 regresan los expedicionarios a Torralba, asombrados de su proeza, verdadero hecho señalado, *fazaña* verdadera, que tardaría mucho en repetirse seguramente.

Antes de cumplirse cien años, las cosas han cambiado enteramente. La laguna de Greos a nadie asusta ya. Los serranos de Hoyos del Espino han visto cruzarla a nado a varios excursionistas; han visto también navegar una primera embarcación sobre sus serenísimas aguas, que en el sondeo no ha pasado de 30 metros de profundidad. Pero los expedicionarios del año 1834 merecen también nuestra simpatía, singularmente el narrador, que en paz descansa hace ya tantos años bajo la tierra, y que con su prosa ingenua nos ha hecho sentir un instante, al relatar su rara alucinación, el estremecimiento de la presentación inaudita de los Xipehuz, en la novela fantástica de los hermanos Rosny, que desenvuelve la lucha de los hombres con otros seres temibles entre orgánicos e inorgánicos, claros como la luz y vagos como la niebla.









## LA SERRANA DE LA VERA



AMBIÉN las Sierras tienen sus sirenas. No las fantásticas náyades que viven en el fondo de los lagos profundos de las montañas, sino hembras de carne y hueso, como aquella vaquera que halló Juan Ruiz hacia el puerto carpetano de Malagosto, y a la que escuchó palabras jactanciosas:

Que por esta encontrada,  
que yo tengo guardada  
non pasan los omes salvos.

¡Placentera ilusión la que ella y sus semejantes siguen produciendol ¡Admiración y deseo de la Venus montés, recia y curtida, impregnada del olor de la flora silvestre de las Sierras y de los ganados mansos!

Pero hubo también por algún tiempo, más allá de esos montes, hacia el Ocaso, otra sirena que fué más peligrosa. El romancero popular conserva, entre la multitud de pequeños sucesos que olvida la alta Historia, el recuerdo de la serrana salteadora de Extremadura:

Allá, en Garganta la Olla,  
en la Vera de Plasencia,  
salteóme una serrana  
blanca, rubia, ojimorena.

Rebozada caperuza  
lleva porque así cubierta,  
su rostro nadie la viese  
ni della tuviera señas...

Vélez de Guevara y Lope de Vega conmemoran a la heroína en sendas comedias clásicas.



Y en el país, todavía se conserva, inerte, al borde de un camino muerto de la Sierra, la gran piedra arrojadiza que usara, llamada *El Tiro de la Serrana*.

Un erudito local de Plasencia supone a ésta hija natural de uno de los antiguos duques de Béjar, anterior al que Cervantes dedicó la parte primera del *Quijote*.

\*\*\*

Hacia el término de la que llamamos Edad Media, la Extremadura alta daba al bandolerismo muchos de sus hijos.

Al hablar de los golfines que infestaban los montes de Toledo, el cronista contemporáneo Bernardo Desclot decía que eran «castellans e salagons de dins de la profunda Espanya», y alguien, buscando la etimología de la palabra actual «golfo» en la pretérita de los «golfines» éstos, dícenos que, consultado Bofarull, «salagones» quiere decir «ribereños del Alagón, que es río de tierra de Zaragoza...» Ignoran ambos—preciso es decirlo—que Alagón se llama también otro curso castellano de agua que abre en el murallón de la Carpeto-Vetónica, entre la Sierra de Gredos y las de Francia y Gata, un paso profundo paralelo al que antes abre el río Alberche entre aquella misma Sierra de Gredos y la de Guadarrama. Y éste es, en verdad, el Alagón de los golfines castellanos.

La fuerte raza extremeña hacía entonces en ellos los primeros ensayos de agresividad que remató con toda perfección en los conquistadores americanos. El cráneo de Francisco Pizarro, estudiado en 1891 por el peruano Muniz y el yanqui Macgee, había de recordar, como recuerda, en efecto, en su estructura al de cualquiera de aquellos golfines más caracterizados, el cruel Carchena, por ejemplo.

\*\*\*

Entonces, por un efecto de super-saturación agresiva, la raza pudo producir algún ejemplar femenino de este género, rarísimo en circunstancias normales, a la manera que otra raza, hispana también, llegó a producir el tipo, igualmente excepcional, de una *monja alférez*.

Todavía, a principios del siglo XIX, se señala en tierra colindante a la que recorrió nuestra serrana—Salamanca—un caso interesante de bandolerismo femenino. Aludimos a la cuadrilla de *las Negras* y *las Manolas*, salteadoras, incendiarias, dañadoras, que rara vez aceptaron la cooperación de los hombres.

Pero la anónima serrana salteadora se diferencia bastante de Francisca Arias (*la Negra*), de su hermana (*la Manola*) y de cualquiera de las otras condenadas en Consejo de guerra a galera a mediados del año 1802.



En primer lugar, la serrana era una mujer de presa solitaria. Llevaba aislada y esquiva su vida peligrosa de emboscadas.

Además, a través de los términos equívocos del ambiguo lenguaje del romance, se trasluce que esta audaz salteadora debió ser una ladrona de hombres para el amor; ejemplar, al parecer atenuado, de la casta de seres femeninos en quienes la voluptuosidad se enreda con la crueldad más finamente asesina, llamada *sadismo* o *algolagnia* por los sabios.

Imaginemos un paisaje de Sierra, una garganta honda, casi desconocida, donde sólo van a beber las águilas, que se esconden para aplacar la sed, recelosas de permanecer un instante indefensas ante el enemigo, con los altivos ojos al nivel del agua. Allí también se oculta la serrana, ahora sin la máscara protectora, mostrando la cara dura, ligeramente modificada por la expresión de las emociones de deseo que acercan, a la vez, la fase de la luna y la hora del día que declina y la llena de esa actividad peculiar, más marcada en la mujer, llamada con el nombre encantador de «inspiración nocturna».

Bajo la acción de ella, la serrana se levanta cuando, puesto el sol tras las cumbres de Occidente, un cono enorme de sombra se ha proyectado en el valle, y, oculta la cara ya, se acerca a los caminos que trazan en la áspera Sierra curvas indecisas. De improviso parécela escuchar un cantar lejano. Poco a poco va acercándose la voz, que quizá canta una copla de amores, y que tiene, como quiera que sea, el encanto poderoso, superior a cualquiera otra música, que la voz humana adquiere en los campos abiertos, libres.

Es un zagal adolescente, que se dirige a la majada. La serrana le acecha escondida tras alguna piedra caballera de la linde, y, cuando le ha visto pasar, cae repentina sobre él, con los pasos quedos y elásticos, semejantes a los que dan a los felinos sus músculos de acero y el almohadillado de sus plantas.

El zagal se ha paralizado de estupor, rehuyendo la ávida boca que ha visto caer sobre la suya. Largo tiempo después—que así es para el pensamiento algunos segundos—reconoce la mirada y la voz de una mujer, y comienza a aparecer en el umbral de su memoria el recuerdo de la serrana salteadora oído en la majada, entre otras extrañas consejas. Y el miedo no abandona a su inocencia.

La serrana le ha dado libertad a otro día. Su alma ha sufrido la más profunda conmoción que le reservaba la vida. Su rostro la expresa bien con caracteres hondos. Y quizá es este zagal adolescente el que luego, en las largas obsesiones del recuerdo, mientras el sol traza su curva en el cielo azul que contempla tendido junto al ganado, compuso trabajosamente el antiguo romance:

Allá, en Garganta la Olla,  
en la Vera de Plasencia,  
salteóme una serrana  
blanca, rubia, ojimorena.



Rebozada caperuza  
lleva porque así cubierta,  
su rostro nadie la viese  
ni della tuviera señas...

\*\*\*

¿Es un capricho erótico imaginado por algún anónimo precursor de Sacher Masoch, amante de la feminidad agresiva, de un género masochista complicado con el fetichismo de la máscara? ¿Es una historia que tuvo una base judicial desaparecida?

Histórico o legendario, el suceso merece recogerse.

A menudo, la leyenda es más cierta que la historia.







## LA VIA DE LA SIERRA

«... Todo está hoy como entonces; todo, salvo que todo está mucho más viejo, ruinoso, y que cerca de allí, al volver de un montecillo, se ven en medio del campo, alargándose misteriosamente hasta perderse de vista, dos brillantes y paralelas barras de hierro».

AZORÍN: *Al margen de los clásicos. Los poetas primitivos. El cantor del Cía.*



ESDE hace poco más de medio siglo circula el ferrocarril a través de las Castillas, superando los montes divisorios de sus dos mitades, que se interponen como un obstáculo considerable. La generación actual ha olvidado completamente el recuerdo de la obra ciclópea del tendido de los rieles a lo largo del quebrado relieve del suelo de nuestro país; o, más bien, la ha ignorado siempre, no habiéndose cuidado de transmitirla debidamente esta historia la generación anterior, que la presencié, si no con indiferencia, cuando menos con una suspensión de ánimo lindante con el aturdimiento. Esta historia, no obstante, si se reconstruyera en todo su conjunto, sería interesante por demás, dramática y emocionante muchas veces, como episodio singular del esfuerzo de osadía, ingenio, fuerza y constancia de los hombres; de todas las mejores virtudes del animal vertical para vencer el tiempo y el espacio en el ansia de la vida de relación para todas las necesidades de la existencia. Como contribución a ella, sirvan estas páginas, en que se refiere el encuentro del hombre con el más difícil de los accidentes naturales de las Castillas: la Cordillera central, el mayor de todos los sistemas orográficos interiores de la Península; los «Montes Claros» del poema del Cid, nevados la mayor parte del año, imponiendo siempre retrasos, esperas y dilaciones, por las cuales las anti-



guas leyes del país concedieron un plazo excepcional a los que, viviendo allende de ellos, habían sido emplazados para comparecer en justicia aquende, o viceversa (ley 36 de las leyes del Estilo o Declaraciones del Fuero).

## I

### UN DESCUBRIMIENTO GEOGRÁFICO

**D**EL Nordeste hasta el Oeste, la Cordillera cierra el horizonte de Madrid con el soberbio hemicíclo de sus encumbradas rocas cristalinas, que afectan en todo su desarrollo la forma típica de sierra, que viene dándole nombre, por lo menos, desde tiempos de los árabes. Culminando en el gran macizo que va desde la Najarra a las Guarramas, poco a poco comienza a degradarse con un ritmo descendente casi perfecto, que le hace perder, por término general, cien metros en cada una de las elevaciones y depresiones que se suceden al Oeste. Hacia el centro de la línea montañosa del horizonte, una amplia depresión muy caracterizada indica, desde tiempo inmemorial, el punto aparentemente más débil y vulnerable, el «tendón de Aquiles» de la Cordillera: es el famoso «Puerto de Guadarrama», del nombre del pueblo así llamado, situado bajo él en la vertiente meridional; el «Puerto del León», por otro distinto apelativo que se refiere a la tosca escultura, en piedra berroqueña, del león español, sujetando, tendido, sendos mundos bajo sus garras delanteras, sobre una lápida caliza donde se conmemora el triunfo del sexto Fernando sobre los montes, superados con la carretera tendida entre Madrid y La Coruña, que fué tenida en su tiempo como una de las vías maestras de Europa. Aquí, en este paso, la Sierra no sólo disminuye su elevación a unos 500 metros sobre el valle, sino que, además, se reduce a una estrecha arista, de relieve simplicísimo, que permite ir de una a otra llanura de las mesetas castellanas con el mínimum de tiempo y esfuerzo. La tradición y la apariencia indicaban, desde luego, el Puerto de Guadarrama como el paso natural de la Sierra; y así, se decidió por él, para tender la vía férrea, el ingeniero inglés Ross cuando, en 1846, y por cuenta de una Empresa de Bilbao que había obtenido en agosto de 1845 una concesión provisional, levantó el primer perfil de la futura línea del Norte, con nueve túneles y un gran plano inclinado, acercándose a tres leguas de Segovia.

Empero, unos tres años después, en 1849, un ingeniero de Avila, don José de Almazán, estudiando las sierras divisorias, realizaba un importante hallazgo, ya que no nos atrevamos a llamarle descubrimiento, a saber: el de un puerto, próximo a Avila, por donde era posible y fácil, sin gran túnel, el paso de una



a otra Castilla. Era el Puerto de las Pilas, así llamado por los grandes abrevaderos en piedra berroqueña que muestra en su lado meridional; puerto situado a 1.406 metros de elevación sobre el mar, en término municipal de El Herradón, sobre la llamada Cuerda de los Polvisos, enlace de la Paramera de Avila con la Sierra de Malagón, que corre detrás de la de Guadarrama, desde el punto de vista de Madrid, hasta anudarse con ella en el Cabezo del Guijar, sobre las proximidades del Alto del León, por donde va la carretera de La Coruña y en donde se buscaba precisamente el primer paso para la vía férrea.

¿Cómo el Puerto de las Pilas no había sido señalado antes para este efecto?

La explicación es muy sencilla.

La antigua ruta de Madrid a Avila era muy distinta de la actual en los tiempos anteriores al ferrocarril. Dirigiéndose francamente al Este, para empalmar en Villacastín con la carretera general de las Castillas, traspasaba la Sierra por el Puerto de Guadarrama, lo mismo que la ruta de Segovia, dejando el de las Pilas cuatro o cinco leguas al Sudoeste.

En su clásico *Manual del viajero en España*, que hacía por entonces las veces del Bedeker, Ford había descrito otra ruta que es más bien un itinerario muy elaborado de turismo artístico y arqueológico para enlazar sucesivamente con Avila, desde las puertas de Madrid, una serie de temas de atracción, tanto más viejos, en general, cuanto más apartados de la Corte: el palacio de Boadilla del Monte; el castillo de Villaviciosa de Odón, donde se retiró a morir Fernando VI; los templos de San Martín de Valdeiglesias; los famosos toros de Guisando, único monumento ibérico conservado *in situ*; el Monasterio del Cerro de igual nombre; los viejos puentes sobre Alberche, en uno de los escondidos confines de la Tarraconense, de antigua civilización, con la Lusitania, eternamente más retrasada y refractaria, tirando siempre a la vida pastoril y silvestre.

Desviado, por tanto, y casi a igual distancia de estas dos rutas oficiales intermedias, como bisectriz del ángulo formado entre las dos, el camino del Puerto de las Pilas pertenecía enteramente a la geografía popular, como aquel puente de que habla *Azorín* en su libro *Un pueblecito*, para documentar la frase de un escritor inglés, según el cual nosotros, los españoles, que hemos hecho en el mundo tan importantes descubrimientos geográficos, ignoramos nuestro propio país hasta extremos inconcebibles. Los arrieros y carreteros que entre Toledo y Avila realizan el intercambio de los productos locales, ascendiendo y descendiendo el ingente peldaño de medio millar de metros que cae, casi de una sola vez, al valle de Alberche desde las parameras que llevan el nombre de la tierra de cantos y de santos, son quienes hubieran podido referir las inclemencias del paso del Puerto de las Pilas, con sus desolados navazos jalonados acá y allá por toscos albergues de caminantes, hechos con menudas piedras de pardo gneis trabadas con la masa, también parda, de los adobes; con sus ho-



yas profundas, como, sobre todo, la llamada «el Celemín», donde anidan los vientos en espirales apretadas, que se distienden de improviso en amplísimas vibraciones metálicas, castigando los matorrales de robles y los grupos de pinos salvados de la tala. Navegantes del mar petrificado de la Sierra, ellos hubieran podido referir peligros y temores emocionantes: el huracán, la ventisca, la tormenta eléctrica, el asalto de los lobos, la asechanza de los malhechores, si no prefirieran mejor, en sus charlas de las horas de reposo, el recuerdo de los sucesos agradables: el buen vino, las mozas de posada, las hembras de las casillas de los caminos, fáciles a la ocasión por la ociosidad y la soledad en que pasan su existencia, asomadas alternativamente a la senda y al espejuelo incrustado entre la cal, no muy blanca, de los muros.

Por allí, probablemente, por el Puerto de las Pilas, si su extravío no le llevó demasiado lejos, debió pasar don Ramiro, el héroe fatal de la novela de Larreta, en su fuga de Avila tras el mortal desafío con San Vicente, toda vez que, acaso descendiendo el Puerto de Arrebatacapas, llegó a dar en Cebreros, la vieja villa de las cebras, en el antiguo sentido de la palabra usada en la literatura cinegética medioeval aludiendo a la cabra montés; donde, reposando algunos días, pudo ver abierto ante sí el horizonte toledano, en la alta meseta granítica que se abre entre la Peña de Cadalso y el Cerro de Guisando, primera de las poderosas vértebras de Greos.

El descubrimiento o hallazgo del Puerto de las Pilas planteó, desde el primer instante, una alternativa grave. La línea del Norte, en el trozo de Madrid a Valladolid, ¿debía acometer el paso de la Sierra por los puertos del Guadarrama (El León, Fonfría, Navacerrada, especialmente el primero), o por el de las Pilas, en el enlace de la de Malagón con la Paramera? En el primer caso, la vía se acercaba a Segovia; a Avila, en el segundo.

Surgía así, en la mitad del siglo XIX, un nuevo antagonismo entre las dos ciudades castellanas, tantas veces rivales en el curso de la Historia. Pero la posesión de Campo Azálvaro, uno de los litigios más enconados, resuelto, al fin, por Alfonso el Emperador, era asunto de poca monta en comparación con el trazado de la futura línea férrea; promisión incalculable de abundancia.

## II

### AVILA CONTRA SEGOVIA

A principios de 1852, y próxima a caducar la concesión bilbaína, el Gobierno envió al ingeniero don Máximo Perea para que hiciera el estudio comparativo de todos los pasos de la Sierra. En marzo estaba cumplida la misión, favorable al Puerto de las Pilas.



La elección estaba ya hecha. El Estado se disponía en julio del mismo año a acometer la obra por su cuenta, habiendo ordenado, dos meses antes, la concentración en el Puerto de las Pilas de algunos millares de presidiarios, sucesores de los antiguos galeotes, que ya que no a mover con su propio esfuerzo muscular la nueva máquina de locomoción terrestre, como antes las galeras marinas, iban a hacer posible el avance por su propio impulso de la locomotora, tendiendo los carriles paralelos de hierro sobre el áspero y desigual relieve de la Sierra, en una larguísima línea ligeramente ascendente y de curvas amplias y suaves. Siervos de la pena reclusos en infames ambientes cerrados, se sentían dichosos con la esperanza del sol, del aire y de la luz, aun sabiendo que muchos habrían de caer en la dura faena expiatoria, yaciendo para siempre bajo el camino de hierro, vibrante y clamoroso, como los malhechores de otro tiempo, enterrados en las encrucijadas de las sendas, para que pasase sobre ellos, hollándoles, la circulación de la vida de los hombres que habían afrentado con sus culpas.

En este estado de cosas, Segovia reclamó y, haciéndose oír, le fueron concedidos nuevos estudios por el ingeniero Perea, en los puntos que las autoridades segovianas indicasen, como los puertos de Navacerrada y la Fonfría. El resultado fué desfavorable, y Avila parecía señalada definitivamente como punto de paso de la línea en el Decreto de 4 de julio de 1852, cuando Segovia interpuso nuevas reclamaciones, repitiéndose nuevos reconocimientos por los ingenieros Arriete, Madrid-Dávila y Barcia. Quedaron desechados, como siempre, Navacerrada y la Fonfría, difícilísimos puertos, superiores en elevación a la altitud media de la cadena, que las nieves ciegan normalmente repetidas veces en la larga estación invernal. Pero en cuanto al del León o de Guadarrama, la nueva comisión halló que se podría vencer con un túnel aceptable, aunque de cerca de dos y medio kilómetros, y que tal vez no condujese precisamente a Segovia.

En medio de nuevas alternativas de que ya prescindiremos, se prolonga la discusión entre Avila y Segovia, en que interviene también El Escorial, en socorro de la primera, aunque todavía, en estos primeros proyectos, no tocase en este sitio real la futura vía ferrea que llevaba en ellos, hasta Zarzalejo, a través de la meseta, un trazado distinto del actual, por Boadilla del Monte, Brunete, Valdemorillo y Peralejo.

Alegaban los segovianos la mayor brevedad de su trazado a Valladolid, inferior en 25 kilómetros al de Avila; la ventaja numérica de esa población sobre la de ésta; invocaban también la circunstancia de que la línea por Segovia tocase dos sitios reales, como La Granja y Riofrío. Los abulenses oponían a esto último, no sólo Villaviciosa de Odón y Boadilla del Monte, que lo fueron antaño y conservaban entonces restos de su importancia, sino, sobre todo, El Escorial (octava maravilla del mundo), y reforzaban considerablemente su argumentación, transportándola a un plano más decisivo, con la comparación del número de las vías



de comunicación cortadas por uno y otro trazado, la importancia económica de los pueblos tocados por ambos y la de los artículos principales de explotación y tráfico en cada uno. Todavía más. Les eran favorables los cálculos del coste de las obras y hasta el del plazo de ejecución, estimado para el trayecto segoviano en ocho años, y sólo en tres para el de Avila. Extremando el análisis microscópico de las ventajas e inconvenientes, la polémica alcanzó hasta el emplazamiento de la futura estación de arranque de Madrid, que en el proyecto de Avila era el actual o poco menos, hacia la puente de Segovia — ¡curiosa paradojal — y en el segoviano las alturas de Chamberí, para dirigirse por Fuencarral, Colmenar Viejo y Manzanares el Real, a la base de la Sierra, y contornearla luego, ascendiendo por Cerceda, Moralarzal y Collado Mediano, a buscar el paso del Guadarrama; trazado éste que ha vuelto a repetirse, pocos años ha, en uno de los proyectos para el plan de ferrocarriles secundarios.

A propósito de las ventajas e inconvenientes de los emplazamientos de estas estaciones, hallamos en el debate entre Avila y Segovia observaciones que el tiempo se ha encargado de contestar, no sin ironía. «¿Iría el nuevo Madrid más allá de Chamberí?» — preguntan los autores de la Memoria publicada en 1854 por la Diputación provincial y el Ayuntamiento de Avila. «No habría aguas como en Madrid, pues no llegan como aquí las del canal de Lozoya a esa altura. ¿Iría la estación central más allá de Chamberí? Sucedería a la estación otro tanto. Y a esa distancia, ¿se podría llamar estación de Madrid?»

### III

## DONDE NAPOLEÓN PREJUZGA EL PROBLEMA

**P**ERO el nudo de la cuestión estuvo siempre, principalmente, en el túnel que había de taladrar la divisoria.

Más de diez años antes de todo proyecto de vía férrea, un ingeniero extranjero, Teodoro Gelli, había proyectado un gran túnel para el paso de la que se llamaba entonces «carretera común de Castilla», por Guadarrama, con una longitud de 12.201 pies (4.350 metros), una profundidad, por bajo de la divisoria, de 1.036 y  $\frac{1}{2}$  (370 metros), y una pendiente de 4,03 en la subida hacia Castilla la Vieja, que, como se sabe, es más pendiente que la inversa, a la manera, por ejemplo, del túnel que ahora se proyecta para la futura carretera entre Granada y Motril, a través de Sierra Nevada, bajo el Collado Veleta.

El proyecto de Gelli es el primer antecedente del túnel del Guadarrama, prescindiendo, claro está, del proyecto del soldado que, en *El Buscón*, de Quevedo, quisiera volar con pólvora las montañas de Cercedilla, para alivio de caminantes.



En realidad, el paso del Puerto de las Pilas, en el trazado de Avila, exigía otro túnel también necesariamente; pues aunque al entrar en la tierra abulense la Sierra central, antes tan continua como una muralla, mientras corre entre las provincias de Madrid y Segovia, se descomponga en macizos más aislados por depresiones más hondas, al fin la divisoria entre Duero y Tajo se encumbra en collados de escaso relieve montados sobre el alto zócalo de una penillanura arrasada por la erosión, tan levantada que excede en altitud a las cumbres de todo el segmento último del Guadarrama, a partir de La Almenara. La línea de Avila superaba, de esta suerte, en altitud en su avance hacia la divisoria a la de Segovia, pues si bien el punto más alto de la divisoria avilesa estuviese 700 pies (25 metros) más bajo que el Puerto de Guadarrama, la boca del túnel de éste, abierta muy por debajo de él, resaltaba realmente en una cota inferior a la que debía corresponder al taladro del Puerto de las Pilas. La ventaja señalada de este último estaba, por consiguiente, más bien, en el espesor de la perforación, mucho más breve. Y aunque planteada así la cuestión, las diferencias atmosféricas, sobre todo de precipitación de las nieves, fueran escasas y difícilmente apreciables entonces, también se llevó la cuestión a este terreno, perjudicando entonces al Puerto de Guadarrama su propia reputación, sobre todo por un suceso histórico muy conocido, referido en la Memoria de El Escorial de esta manera:

«Una sola vez ha atravesado el Puerto de Guadarrama un personaje histórico, que solo con pasar dejaba por donde iba traza histórica; el gran Napoleon en 1808. Habia entrado en Madrid el 4 de diciembre, y en cuanto supo a los pocos dias que el ejército inglés al mando de Moor habia pasado el Duero para venir sobre el duque de Dalmacia hácia Saldaña, el emperador salió de Madrid con un cuerpo de ejército para cortar a los ingleses la retirada, si le era posible. Para esto tenia que atravesar en fines de diciembre el puerto de Guadarrama. El como lo pasó no lo contaremos nosotros, sino el Boletin del ejército francés en España, Toreno y Madoz.

El Boletin dice: *Quelques diligences que fissent les troupes francaises, le passage de la montagne du Guadarrama, qui était couverte de neiges, les pluies continuelles, et le débordement des torrents retardèrent leur marche de deux jours*» (1).

Toreno refiere así la marcha de Napoleón sobre los ingleses: «Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pie de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Réaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventiscas. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería a la mitad de la subida, te-

(1) *Vingt-unième Bulletin de l'armée d'Espagne.*



niendo que esperar algunas horas a que suavizase el tiempo. Napoleon, siéndole dificultoso continuar a caballo, y deseoso tambien de animar con el ejemplo se *puso a pie*, y estimuló a redoblar el paso, llegando él a Villacastin el 24» (1).

Madoz dice en su artículo Villacastín (2): «El 24 de diciembre de 1808 Napoleon hizo en este pueblo su entrada pública a *pie* para dar ejemplo a sus tropas abatidas por la pérdida de hombres y caballos que acababan de causarle las *nieves y ventiscas* del puerto de Guadarrama. Asi pasó Napoleon, y a pie, casi como en la Beresina, el puerto de Guadarrama. Ocho años antes el mismo Napoleon habia pasado a caballo el Grand-Saint-Bernard.»

«Pero no es esto solo. ¿Cómo conserva la Francia tan doloroso recuerdo? Le conserva duradero en su gran museo de Versalles. Alli en dos grandes cuadros se representa a Napoleon luchando con las nieves para lograr subir a la cima del Guadarrama, y no muy lejos está el tranquilo paso de los Alpes en que, segun el mismo emperador en sus Memorias, no se dejó de oir la música de los regimientos franceses. Ese museo tiene en su frontispicio esta leyenda: «A todas las glorias de la Francia». El paso del Guadarrama es, pues, hoy una gloria de la Francia...»

«Este es, según la historia de nuestro siglo, el puerto de Guadarrama, y al mirarle asi, a nosotros mismos parece esto tal vez exagerado y escesivo. Pero es porque no consideramos que, si de otros años no se habla, es porque de las nieves y ventiscas del Guadarrama, solo las del año de 8 pudieron detener emperadores y ejércitos. Las de otros años, en vez de detener emperadores, no han detenido mas que arrieros, que no tienen relaciones ni con la historia ni con el periodismo.

Pero en suma Napoleon no atravesó mas que una vez el Guadarrama, y en esa vez sucedió lo que hemos visto. Pues una de dos. O eso no sucede nunca, ni ha sucedido mas que entonces: en cuyo caso fué milagro de la Providencia en favor de España, que nuestros padres tuvieron la ingratitud de desconocer, pues nunca le han referido como tal, sino como cosa muy llana y comun en la próxima sierra: o si ha sucedido muchas veces, si sucede mas o menos todos los años, si puede suceder con esa frecuencia en lo sucesivo... entonces, ese es cabalmente mi argumento.

¿Y es por el puerto de Guadarrama, que se *cierra* muchos años algunas semanas, y pasando antes por las faldas del Navacerrada que se *cierra todos* los años *algunos meses*, por donde se quiere llevar, a sabiendas de esto, el ferrocarril que ha de unir a Madrid con Europa?...»

Luego, cuando las dos líneas de Avila y de Segovia han entrado en función a la vez, se ha visto que, contra todo lo que suponían Avila y El Escorial, con

(1) Conde de Toreno: *Historia de la Guerra de España*, tomo 2.º, pág. 214.

(2) *Diccionario geográfico de España y Portugal*.



más ignorancia que malicia, la nieve interrumpe antes y más veces el paso del ferrocarril entre La Cañada y Navalgrande (el paso de la divisoria por Avila) que entre Cercedilla y San Rafael (el paso por Segovia); como que en realidad el trayecto descubierto va más alto, aunque sólo sea «a la diferencia de una torre», como irónicamente decía Avila. Forzoso fué, desde el primer momento, emprender grandes obras de defensa contra la nieve; mantener de continuo la circulación de máquinas exploradoras y limpiadoras en el trayecto más elevado de la línea, que en la estación de La Cañada alcanza la altitud de 1.360,1 metros, la mayor que consiguen los ferrocarriles europeos de tracción general; vigilar de continuo las trincheras, que se ciegan rápidamente, como la temible del kilómetro 87, entre Las Navas y Navalperal, abierta al Nordeste, que transporta a ella en un instante enormes masas de nieve, suficientes para envolver a los trenes, anulando la poderosa fuerza de las ardientes locomotoras más poderosas.

Sin embargo, el argumento atmosférico contribuyó, en su medida, al éxito; pues aunque hubo un momento en que éste pareció ponerse de parte de Segovia, con el dictamen de la Junta Facultativa de Caminos de 24 de diciembre de 1853, al fin le logró Avila, casi dos años después, con la aprobación por las Cortes de una enmienda al artículo 4.º del dictamen de la Comisión sobre el ferrocarril del Norte, en que se le designaba nominalmente como punto intermedio en la sección de Madrid a Valladolid, primera del conjunto.

#### IV

### LA CANCIÓN DE LOS RIELES

**P**OCO después comenzaba la obra, realizada en algo más del tiempo presupuesto, en un esfuerzo prodigioso que hicieron posible las condiciones económicas y sociales de la época, con jornales baratos y sin Sindicatos, ni huelgas, ni ley de Accidentes del trabajo.

En los pueblos de la Sierra se guarda aún memoria de aquellos años de relativa abundancia, de que son reliquia, en el fondo de las arcas, de los cofres y las cómodas, no pocas galas de mujer, que se transmiten de madres a hijas: pañuelos de joyantes sedas, collares, pendientes; todo mostrando la moda y los estilos de la mitad del siglo XIX.

Cuando ahora viajamos, indiferentes ya, sobre esta línea, parece que, al cabo de medio siglo, se ha disuelto enteramente en el espacio el dolor humano que costó: las lágrimas y las blasfemias, los gemidos, el rencor y la ira de muchos millares de semejantes, que hicieron en el tendido de la vía la conquista diaria



del pan en una época más distanciada en el espíritu que en el tiempo, de los días de hoy, en que el trabajo manual y muscular ha mejorado, en todos los aspectos, tan considerablemente.

Entre el clamor resonante del tren, en los intervalos de la respiración poderosa de la locomotora, jadeando en las pendientes pronunciadas, una atención muy fuerte, más fuerte que la que solemos poner en lo que nos es ajeno, y un sentido auditivo muy exquisito, acaso pudiera discernir todavía de las estridentes vibraciones metálicas, modificadas por los diversos medios de resonancia — el túnel, la trinchera, el viaducto, el arroyo, el pinar, el valle abierto ante los cerros lejanos — en la noche, singularmente, cuando el plenilunio exalta la sensibilidad de todas las vidas, una vaga palpitación humana, en que, sin duda, tampoco faltaría, si pudiera analizarse bien y descomponerse, como el espectro de la luz, cierta nota de santa abnegación, esto es, de renunciación al propio bien por el bienestar de otros.

## CONCLUSIÓN

UN cuarto de siglo después, Segovia conseguía también su propósito.

Arrancando de Villalba, una nueva línea férrea llegaba hasta sus propias puertas, para enlazar con la línea general en Medina del Campo, próxima a Valladolid.

El Puerto de Guadarrama fué atravesado, al fin, por un largo túnel, a una altitud ligeramente menor que el de las Pilas.

El lugar en que se abre su boca meridional está ilustrado por una curiosa anécdota de historia literaria: Medio muerto

de nieve e de frío  
e dese rocío  
e de grand elada,

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, vagabundo de los puertos de la Sierra por su jocundo humor de aventurero erotismo, halló el postrero de sus encuentros, referido en el *Libro de Buen Amor*:

Cerca la Tablada,  
la Sierra pasada,  
falleme con Aldara  
a la madrugada...



Por rara excepción en la serie de sus hallazgos con las mozas agresivas guardadoras de los puertos, Aldara era hermosa, aunque codiciosa, como todas, de joyas de latón y de atavíos de hembra. Su nombre, por la virtud del verso viejo, transmitido de generación en generación como un motivo arcaico de la lengua madre, vive y se le puede predecir que vivirá aún, casi inmortal, a través del destino del idioma; pero ¿dónde está ella, Aldara,

fermosa, loçana,  
e bien colorada?

En la proximidad del Puerto, nevado una gran parte del año, deberíamos responder, con otro poeta francés, cien años posterior, que guarda con Juan Ruiz cierta semejanza: *Mais où sont les neiges d'antan?* «Pero ¿dónde están las nieves de antaño?» En la nube y en el mar; esto es, también, en los moldes de la raza.







Ayuntamiento de Madrid





## LA NIÑA DEL MONTERO

### I

Cenando están los cabreros,  
arimados a las ascuas;  
cenando están en silencio  
so la bóveda estrellada.  
Gruñe el mastín de repente,  
y como flecha se lanza  
entre los secos jarales  
y tras las peñas quebradas;  
sus ojos parecen lumbre;  
las melenas erizadas;  
la fiera boca previene  
y sacude las carlancas;  
mas, de pronto, se detiene,  
las pupilas dilatadas,  
y el furor que le impelía  
en frío terror se cambia;  
quiere ladrar, y un aullido  
de pavor se le escapa.  
Ya tras él un zagal llega,  
volteando la cayada,  
y como él queda inmóvil:  
tanto lo que ve le espanta.  
Una visión transparente  
ve que hacia él se adelanta:  
es una mujer que llora  
y le clava sus miradas,  
que se acerca, que le toca,  
y con voz acongojada  
dice al zagal temeroso:  
«¡Tú tampoco sabes nada!»

### II

Al zagal, desvanecido,  
han alzado los pastores,  
y en el chozo, con el vino,  
consiguen que se recobre.  
Cuenta el mozo su aventura,  
agitado por temblores,  
y se santiguan los viejos,  
que ya la historia conocen.  
Escrutan con la mirada  
en lo negro de la noche  
por si la blanca fantasma  
sigue en los alrededores,  
y dicen un padrenuestro  
por la redención del pobre  
espíritu vagaroso  
que sufre penas atroces  
hace muchos, muchos lustros,  
flotando en aquellos bosques,  
sin encontrar lo que busca,  
llamando con tiernas voces,  
dando a las veces aullidos  
que el ánimo sobrecogen,  
siempre llorando, y en torno  
del mismo lugar en donde  
muchos años hace estuvo  
la antigua cruz de Serores.  
Tranquilas ya las conciencias,  
un viejo pastor se pone  
a repetir la leyenda,  
que el zagal escucha inmóvil:



### III

En el Hoyo de Pinares  
vivía un tiempo un montero  
con su esposa y una hija  
como un querubín del cielo,  
tan bella y dulce, que estaban  
padre y madre a cuál más ciego.  
Después de una montería  
del rey Don Carlos tercero,  
volvió el montero a su casa  
consumido de deseos  
de acariciar a su niña  
envolviéndola en sus besos.  
Mas, ¡ay!, que el hogar amante  
estaba frío y desierto.  
La niña había salido  
al prado y no había vuelto,  
y la madre, enloquecida,  
temiendo un atroz misterio,  
al ver llegada la noche,  
salióse al campo, sin miedo,  
dando gritos que desgarran  
el corazón más perverso.  
Helado quedó el buen padre  
ante el horrible suceso;  
montó en su jaco peludo  
y partióse como el viento.  
Corrió bosques y praderas,  
cruzó galopando el yermo,  
entró en cuevas y barrancos,  
y a la mañana, en un cerro,  
encontró bajo unas peñas,  
vacíos, casi deshechos,  
los zapatos de su niña  
junto a un reguero sangriento.

### IV

Ved a la madre cuál corre,  
valles y montes cruzando;  
el instinto es quien la guía;  
su amor alarga sus pasos;  
hecha jirones la ropa  
por las zarzas y peñascos,  
con las carnes desgarradas,  
sangrantes los pies y manos,  
anhelante, con gemidos,  
corre a su hija llamando.  
Sabe que fueron las brujas  
las que a su hija robaron

y va a disputar la presa  
con mordiscos y arañazos.  
—¡Brujas! ¿Dónde estáis las brujas?  
(va la triste así gritando).  
¿Dónde os juntáis esta noche,  
que quiero despedazaros?—  
Y las ruinas de la Ermita  
de los Moros registrando,  
no halla a las brujas, y sigue  
por el fondo del barranco.  
Ante el viejo cementerio  
de Cebreros se ha parado;  
golpea recio en la puerta  
a las brujas invocando,  
y sólo el eco responde  
a sus gritos desolados.  
Una campana remota  
lanza las doce al espacio;  
a Oriente surge la luna,  
que está en su menguante cuarto;  
por encima de los pinos,  
a través del aire helado,  
siéntese crujir de huesos...;  
suenan zumbidos extraños...;  
son las brujas, que galopan  
hacia el cerro de Guisando.

### V

Hay una vieja cañada  
más abajo de Cebreros,  
y traspuesto el río Alberche,  
que va a tierras de Toledo;  
junto al cerro de Guisando  
pasa este camino viejo,  
tan apartado y tan solo  
que, de noche, su misterio  
produce a aquel que lo cruza  
una crispación de nervios.  
En lugar tan retirado  
y en la ladera del cerro,  
hace siglos, ciertos monjes  
alzaron un monasterio.  
A un lado de la cañada,  
finando el siglo quinceno,  
hubo una venta modesta,  
de la que no quedan restos,  
donde Isabel la Católica,  
de tan glorioso recuerdo,  
fué reconocida reina  
por el castellano Reino.





Otras reliquias famosas  
se hallan en el lado izquierdo  
del camino y en un llano:  
cuatro toros berroqueños,  
tallados en tosca piedra  
no sabe nadie en qué tiempos;  
de los cuatro, hay uno roto,  
derribado por el suelo,  
y en los otros quedan huellas  
de ciertos raros letreros;  
miran todos al Poniente  
y ninguno tiene cuernos.  
A este lugar misterioso,  
envuelto siempre en silencio,  
llegó, en su carrera loca,  
destrozada y sin aliento,  
la pobre mujer aquélla  
que, por su hija gimiendo,  
iba invocando a las brujas  
en una noche de invierno.

## VI

Cerca del cenit andaba  
la luna la noche aquélla  
cuando, en torno de los toros

tallados en tosca piedra,  
las brujas todas de Gredos,  
con las de la Paramera,  
de la Peña de Cadalso  
y riscos de las Cabreras,  
danzando en rápidos giros,  
celebraban una fiesta.  
Del toro que está en el medio  
subido sobre la testa,  
estaba un cornudo chivo  
de barba rojiza y luenga  
presidiendo las locuras  
de las arpías aquéllas.  
Daban terribles chillidos,  
y al resplandor de una hoguera  
se iluminaban sus caras,  
espantables, más que feas.  
Todo lo estaba mirando  
la madre, de miedo llena,  
sin atreverse a acercarse  
a la inmunda patulea;  
mas, besando con ternura  
la cruz que consigo lleva,  
siente el pecho confortado  
y hacia las brujas se acerca.



—¡Dadme mi hija!—les grita;  
y al punto la danza cesa,  
y corren a rodearla  
haciendo espantosas muecas.  
Ella avanza, decidida,  
hasta el chivo que la observa;  
el monstruo, con un balido,  
le pregunta:—¿Qué deseas?  
—¡Mi hija! (responde la madre).  
¡La que me robaron éstas!—  
Pregunta el chivo a las brujas,  
y todas entonces niegan;  
después, a los cuatro vientos,  
aúlla el chivo con fuerza  
y del horrible alarido  
dan cien ecos la respuesta.  
Preséntanse cuatro lobos,  
cuyos ojos centellean,  
y dicen que en sus comarcas  
nadie ha visto a la pequeña,  
que si alguno la encontrara  
no fuera mala merienda.  
Irrítase el chivo entonces  
y lanzando mil blasfemias,  
clava sus ojos en una  
de las brujas que le cercan  
y así la acusa:—¡Tú has sido!  
¡Tú, envidiosa y embustera!  
—Sí, yo (responde la arpía).  
Allí la tengo, en mi cueva;  
y allí la guardé, esperando  
a que la madre viniera  
para pagar el rescate  
haciéndose compañera.  
—No está mal (exclama el chivo).  
Si a aceptar estás dispuesta,  
te daremos a tu hija  
a condición de que vengas  
a juntarte con nosotros  
y ser una de la nuestras.  
En el Hoyo de Pinares  
no hay mujer joven ni vieja  
que represente a mi estado  
de cien años a esta fecha.—  
Más que espantada se halla  
la madre con la propuesta;  
duda un poco, no pensando  
que en la duda se condena:  
tanto el amor de su hija  
le trastorna la cabeza.

Mas pronto da un alarido;  
la fe sus ojos incendia,  
y un ¡no! rotundo sus labios  
pronuncian como respuesta.  
—Pues bien: dádsela a los lobos  
(es del chivo la sentencia);  
y a la madre, desde ahora,  
hacédmela prisionera.—  
Ya vienen todas las brujas  
a sujetarla con cuerdas;  
mas ella levanta el brazo  
y pone la cruz ante ellas:  
prodúcese un torbellino,  
la tierra y el cielo tiemblan,  
y todos desaparecen  
y sola la madre queda.  
Rompe en llanto de amargura  
y volver a casa piensa.  
Comienza a andar y se doblan  
por la fatiga sus piernas;  
siente que la van siguiendo  
y entonces el paso aprieta;  
vuelve a correr como loca,  
cruza el Alberche, el Beceas...;  
a la cumbre de Serores  
casi arrastrándose trepa...;  
llega al fin ante las rocas  
donde estaba una cruz puesta,  
y sin lanzar un gemido,  
de bruces se cae, muerta.  
Allí, más tarde, su esposo,  
lleno de dolor la encuentra.  
El cuerpo fué recogido,  
pero el alma quedó en pena.

## VII

Desde entonces anda errante  
por todos estos contornos  
aquella alma desgraciada,  
preguntando siempre a todos,  
caminantes o pastores,  
que la miran temerosos,  
si pueden darle noticias  
de la niña que el demonio,  
por conducto de las brujas,  
le robó en tiempos remotos.  
¡Alma triste, que así vaga,  
sin momento de reposo,  
e ignora que, al fin, su hija  
fué comida por los lobos!





## EL AÑO DEL HAMBRE EN NUESTRAS SIERRAS CENTRALES

### I

#### HOYO DE PINARES



HOYO de Pinares es un poblado humilde, hundido — cual declara su nombre — en una profunda depresión de los altos páramos graníticos que sirven de pedestal a Avila: «la elevada», que éste es, al parecer, el sentido del nombre de la ilustre ciudad que bordea el Adaja. Desde la carretera de Navalperal a Cebreros—vía la más importante de las que le envuelven—se ve a este pueblecito humilde abrigado en el fondo del barranco, que sólo se abre hacia el sol ante el Mediodía de lejanas cimas azuladas y envuelto en la cálida atmósfera del humo de su centenar de hogares alimentados con teas olorosas.

Descendiendo hasta él en rápidas espirales, llegaréis en breve, cruzando el arroyo que le corta, a la plaza irregular, en que se alza una iglesia herreriana, ante la cual se yergue, roto y sin base alguna, el viejo rollo jurisdiccional, el más tosco y primitivo de todos los que conozco. Cerca del ábside, señalando el lugar de un antiguo osario abandonado, una temerosa inscripción, eco de la ideología de los tiempos muertos, clama todavía insistentemente su acongojado misterio:

¡Oh tú, que el paso aceleras,  
para, rezá un padrenuestro!  
Considera bien que en esto  
pararás, aunque no quieras.



Más allá, una cilla de la fábrica de la iglesia se desmorona desde que abandonó su antigua función de guardar granos; y distribuídas acá y allá, algunas viejas casas hidalgas de piedra berroqueña y balconaje de madera—los grandes materiales de construcción que da el país—sostienen todavía su grave altivez, ennoblecida con la pátina de los años.

Hacia los últimos del siglo XVIII y los primeros del XIX fué en una de éstas donde vivía—y tal vez fuera levantada por él—don Pedro Tomás Bernaldo de Quirós, acabado de llegar de Las Navas del Marqués al Hoyo de Pinares para hacerse cargo de su Secretaría municipal, siguiendo un método emigratorio bastante repetido entonces por los de su linaje, desarrollado a lo largo de las Sierras centrales desde la repoblación de la tierra avilesa, ganada a los moros, con asturianos y vascos, en tiempos de Alfonso VI, siete siglos atrás, cuando algún hijo desheredado o de mala fortuna en el país de origen, emigrante infeliz, cambió la sombra protectora de las montañas del Aramo por la de la Sierra de Malagón, enlace de la Paramera de Avila con el Guadarrama.

Sorprendido por la guerra de la Independencia, sufriendo en aquel escondido repliegue de la profunda y áspera España los efectos de tan grave crisis, don Pedro Tomás Bernaldo de Quirós quiso fijar por escrito los sucesos que veía producirse a su alrededor y las impresiones deprimentes que recibía. Desde el 19 de marzo de 1812 hasta el 31 de enero de 1813, comprende un diario suyo manuscrito sobre papel del sello de Carlos IV, que, inédito hasta el día, al fin va a darse a conocer, hallando, después de cien años cumplidos, los lectores en que pensaba y a quienes se dirigía el autor, ascendiente colateral del que ahora le resume.

Debo el conocimiento de este interesante manuscrito y la licencia para aprovecharle, al biznieto del autor, don Luis Alonso y Bernaldo de Quirós, vecino del Hoyo de Pinares, a quien repito ahora la gratitud y simpatía que él conoce ya de largos años.

Representémonos los lugares hace un siglo: cubiertos de pinares espesos, aislados por cerros escarpados, sin más vías de comunicación que simples sendas de herradura entre poblados distantes y reducidos, centros de reunión de gentes pobres e incultas, viviendo una existencia simplicísima en el ciclo eterno del nacimiento a la muerte. Representémonos, además, la guerra: polvo y humo, disparos, sangre derramándose, con las sensaciones de su color y su olor, de su efecto de desmayo sobre los que la ven cómo fluye; hambre, robos, comunicaciones. La tierra de Avila no había vuelto a conocer el galopar de la yegua indómita, en que el poeta Carducci se representa la guerra, desde siete siglos antes, cuando, fronteriza entre moros y cristianos y ganada al fin por éstos, Alfonso VI la repobló con vascos y astures, entre los que venían los Quiroses.



## LOS EMPECINADOS

**A**L comenzar el año 1812, Avila está bajo la dominación de los franceses, que ejercen sobre ella todos los actos de la soberanía. La guarnición militar enemiga más próxima al Hoyo de Pinares hallábase entonces en El Tiemblo, dos leguas y media en dirección Sur, al otro lado de Alberche, que se pasa por el puente romano de Valsordo, límite entre la Tarraconense y la Lusitania, en la base y vertiente Norte del Cabezo de la Parra, del sistema de la Sierra de Gredos. El Hoyo debía contribuir al sostenimiento de los seiscientos hombres que componían la guarnición, con cincuenta raciones diarias de pan, vino, carne y legumbres, valoradas en cuatrocientos treinta y cinco reales.

Pero, entre tanto, trabaja por mantener el sentimiento de independencia la Junta ambulante de Avila, instituída por el general don Francisco Javier Castaños, que nombró presidente y secretario, autorizándoles para constituirse con cuatro vocales, designados por los pueblos de la provincia. La sesión constitutiva de esta Junta se celebró en la primavera de 1811, «hacia esa Sierra—dice el autor, representándosela mentalmente, pues no se halla en el reducidísimo horizonte del Hoyo—, pasado el Cerro de Guisando, en Casillas o en el otro pueblo que llaman Chozas», esto es, hacia los orígenes de Tiétar. Desde entonces acá, la Junta marcha de pueblo en pueblo con cincuenta hombres de escolta, pidiendo también raciones y recaudando impuestos que, en ocasiones (como los diezmos pertenecientes a los tercios del Rey), vuelven a exigir las autoridades francesas.

Los guerrilleros o *empecinados*, según el nombre que entonces prevalecía, se mueven alrededor, cada cual por su cuenta. Las partidas que recorrían el país eran entonces éstas: 1.<sup>a</sup>, la de don Juan Palarea, el Médico, unida a la de don Gregorio Gómez, con quinientos jinetes; 2.<sup>a</sup>, la de don Diego de la Fuente, *Puchas*, con doscientos; 3.<sup>a</sup>, la de don Antonio Soblechero, con ciento veinte; 4.<sup>a</sup>, la de Morales de Cabezuela, con ciento cincuenta; 5.<sup>a</sup>, la del comandante Abril, con doscientos caballeros; 6.<sup>a</sup>, la de don José Rodríguez Valdés, el *Cocinero*, con sesenta hombres montados. En vías de reorganización se hallaba la de don Fernando Garrido, deshecha poco antes por el enemigo, que aprisionó a su jefe, al cabo libertado por don Francisco Espoz y Mina. Las partidas de guerrilleros imponen, a su vez, tributos; «pegan de puntillones a los alcaldes, regidores y paisanos; se desvergüenzan con los sacerdotes y les dicen mil blasfemias», y sacan hombres alistados de los pueblos, tomando en rehenes a los vecinos más notables cuando aquéllos se les escapan de la guerrilla.



### III

## UNA NUEVA DIVISIÓN ADMINISTRATIVA

EN medio de este continuo sobresalto, el 12 de abril nuestro autor fué comisionado, en unión de otro convecino, para trasladarse al próximo pueblo de San Bartolomé de Pinares, a darse por notificado de la nueva organización administrativa de España decretada por José Bonaparte.

La nación se dividía en ochenta prefecturas, fundiéndose en una sola las dos provincias actuales de Segovia y Avila, de las cuales la primera asumía la capitalidad, quedando Avila reducida a una subprefectura.

Prefecturas y subprefecturas se descomponían en municipalidades, compuesta cada una de doce pueblos, con dos regidores, un corregidor y diez vocales designados por los pueblos mismos, proporcionalmente a su importancia.

Los pueblos que habían de componer la municipalidad a que pertenecía El Hoyo y los vocales que habrían de dar para la representación de la municipalidad, eran éstos:

El Barraco, uno.

Cebreros, dos.

El Hoyo de Pinares, uno.

Las Navas del Marqués, dos.

San Bartolomé de Pinares, tres.

San Juan de la Nava, uno.

El Tiemblo, uno.

El Herradón y Santa Cruz de Pinares, uno.

Navalperal, Pelayos y Valdemaqueda, uno.

Constituye esta agrupación una amplísima extensión, limitada al Norte por la vía férrea que habría de construirse cerca de medio siglo después; al Sur, por la vertiente septentrional de la Sierra de Gredos, desde el Cabezo de la Parra, tan próximo a su arranque, hasta el Puerto de Casillas; al Este, por el río Cofio, hasta su confluencia con Alberche, y al Oeste, por el arroyo torrencial de la Gaznata, que recoge las aguas de la vertiente oriental de la Cuerda de los Polvisos, enlace de la Paramera de Avila con la Sierra de Malagón. Con alguna amplitud más, comprendiendo al Norte los términos de Peguerinos y de Santa María de la Alameda, al Este los de Robledo de Chavela y Zarzalejo, y al Sur el de San Martín de Valdeiglesias, sería exactamente la alta llanura de rocas cristalinas formada, como una gran plaza natural, entre la Sierra de Malagón por la parte septentrional, la de Gredos por la meridional, el Guadarrama a Saliente, y a Poniente la Cuerda de los Polvisos y la entrada de la larga



garganta de Alberche: una verdadera región natural que, en otros tiempos, se llamó sin más *La Nava*, y para la que entonces comenzaba a usarse otro nombre no menos exacto, «el Partido de Pinares», que se conserva todavía en el apelativo de algunos de los pueblos (Navalperal, El Hoyo, San Bartolomé y Santa Cruz), aunque la tala de los hombres haya hecho desaparecer las antiguas masas forestales.

Como pueblo más próximo a Avila en esta extensión, se tomaba por capitalidad San Bartolomé de Pinares, del cual habían de salir los dos regidores y el corregidor. Pero ya en esta época debía ser el pueblo más rico y desarrollado de toda la agrupación, superando a Las Navas del Marqués, inclusive, Cebreros, la villa de las cebras, en el antiguo sentido de la palabra, equivalente a la cabra montés, conservado en algunos textos de la literatura cinegética, no por alusión al rayado solípedo africano, como pretende todavía el Concejo, representando en el sello municipal esta última figura absurda. En la actualidad, Cebreros es la capital del partido judicial que corresponde, sobre poco más o menos, al territorio mencionado, y el mayor de los pueblos de toda la provincia, incluso Arévalo.

Poco después, don Pedro Tomás recibía la nueva comisión de acompañar al intendente provincial de Avila y al comisario regio de las tropas francesas de Castilla, de inspección, con cien soldados de escolta, en la recomposición del camino de Avila a Talavera, puesta a cargo de los pueblos del tránsito.

La unidad de medida era el tiro de fusil; y el trozo que recorrió nuestro autor fué desde El Tiemblo al celebrado Puente del Burguillo, sobre Alberche, entre las dos gargantas opuestas de la Gaznata y de Iruelas, que se abren en las alineaciones montañosas paralelas de la Paramera y de Gredos. Es un bonito puente gótico, que debió construirse a fines de la Edad Media para el transporte de los productos forestales del Valle Iruelas a Avila, cabeza del Asocio de su Universidad y Tierra, atravesando la Paramera.

#### IV

### APREMIOS Y ESCASECES

EL avituallamiento de la guarnición francesa de El Tiemblo constituía el grave problema cotidiano del Hoyo de Pinares. Pasados atrasos habían elevado a seiscientos noventa y seis reales diarios la equivalencia de las raciones que precisaba transportar penosamente, a la tarde, después de la requisita matinal, casi siempre infructuosa. Con frecuencia pasaba un día y otro día sin cumplir la carga; y entonces los ojos de los vecinos se fijaban en el alto todavía



hoy llamado *La Asomadilla*, esperando la llegada de los temidos acreedores, que se cobrarían con usura.

Alguna vez don Pedro Tomás se encargó de llevar las raciones, cuidando entonces, a la vuelta, de fijar las palabras del comandante, conservando la pronunciación según la retenía:

— ¡Cómo no haber traído raciones de pan, ni carne, vin ni sebad ayer? ¡Y hoy sólo cuarenta y ocho raciones pan, que hasen los treinta y cuatro pans? ¡Y esto tuer de lo que deb el pueblo de Oy Pinares atrasad? Mereser tú que yo te dar de palos.

Y a una réplica humilde del conductor:

— ¡Oh la justicia! Usted desir a la justicia que si mañana día 4 no viene con todo lo atrasad, que es siento cincuenta raciones pan, cuatrosent raciones legumbres y siento veint de sebad, pasaré a por esto y castigar con mucha duresa a todos.

Sucedió al fin este escarmiento.

En 19 de abril, doscientos de los seiscientos franceses de El Tiemblo hicieron en El Hoyo este acto, a su modo de ver ejemplar, llevándose todas las provisiones de los tristes vecinos. Don Pedro Tomás tenía entonces moribundo un niño de trece meses, fallecido cinco días después, y no obtuvo la misericordia de que le conservaran un cantero de pan para la sopa del enfermito.

Por el mismo tiempo, la Junta ambulante de Avila reclamó nuevos encabezamientos y el alistamiento de los varones solteros de diez y seis a cuarenta y cinco años, sin distinción, y hasta de los casados con posterioridad al alistamiento que se hizo en Avila en noviembre de 1808. El paso del ejército del duque de Ragusa, por El Tiemblo, desde Tamames, exigía, en el mismo mes, de los vecinos de El Hoyo, ochocientas diez raciones extraordinarias. Para todas estas exigencias se imponían repartos vecinales de dos, cuatro y hasta diez reales de contribución por cada mil de hacienda. Una antigua deuda municipal a cierto Celedonio Moreno, de El Escorial, exigida militarmente por el gobernador de esta plaza a primeros de mayo, agravaba la situación económica del pueblo.

Entretanto, las guerrillas vivían también sobre el país, adueñándose de todo lo que se hallaba al paso. El 17 de mayo, descontenta la partida de Garrido del racionamiento logrado, arrebató a los pastores de La Nava el mejor ganado que tenían, apaleándolos si oponían resistencia. Don Pedro Tomás no oculta la indignación que le merece la conducta de los guerrilleros, a quienes conceptúa semejantes a los lobos, como los que el 2 de mayo, estando él en Las Navas, su pueblo, entraron en la majada exterminando sus rebaños.



## V

### HUÍDAS Y COMBATES

EL diario sólo consigna tres hechos de armas.

Uno, la sorpresa por las tropas francesas de las partidas de don Diego de la Fuente (a) *Puchas* y de don Antonio Soblechero, en San Bartolomé de Pinares, el 26 de abril, con muerte de cuatro *empecinados*, muchos heridos, quince o diez y seis prisioneros, entre ellos el ayudante de Soblechero, y presa de cincuenta de los mejores caballos. Se alude a detalles de crueldad que acaso fueron inventados por la imaginación popular.

Otro, una dispersión de los guerilleros, el 11 de mayo, en el interior de El Hoyo, a la llegada de tropas francesas.

El tercer hecho de armas es un combate en las proximidades de Cebreros, el día 16 de mayo, entre el escuadrón de Garrido y unos doscientos infantes franceses. Los primeros ocupaban el que todavía hoy se llama «Prado Capón», y los segundos la umbría en que comienza a elevarse el esbelto cerro granítico de la Cruz de Serores, atalaya del valle medio de Alberche, como el frontero Castrejón, eminencia sombría en que se conservan las últimas piedras sueltas de una antigua construcción bélica admirablemente situada. Otro Castrejón se halla aguas arriba de este río en un cerro, así nombrado, que se alza en la margen izquierda, pasado el puente, del Burguillo. Duró el tiroteo desde el amanecer hasta cerca de mediodía, habiendo consumido los *empecinados*, según testimonio de un sargento del escuadrón, tres mil cartuchos, y más de seis mil los franceses.

## VI

### EL HAMBRE

VEAMOS ahora el precio de las cosas, exacto instrumento registrador de las situaciones sociales.

Con referencia al 21 de marzo, don Pedro Tomás nos da la lista siguiente:

Un pan, ocho reales y medio.

Una libra de arroz, cinco reales.

Una libra de garbanzos, cuatro reales y ocho maravedís.



Una libra de alubias, tres reales y tres cuartos.

Una libra de pescado, seis reales.

Una libra de escabeche, ocho reales.

Una libra de carne, un real y un cuarto.

Una fanega de piñones, veinticuatro reales.

Una arroba de patatas, veinticuatro reales.

Una arroba de nabos, quince reales.

Una libra de algarrobas, veintiocho maravedís.

Un cuartillo de vino, un real y diez y ocho maravedís.

Una fanega de trigo, trescientos reales.

Una libra de chocolate, diez y seis reales.

Un huevo, diez y siete maravedís.

Una libra de queso, dos reales y doce maravedís.

Día por día aumentan estos precios.

El autor cuida singularmente de anotar dos que toma como los más característicos: uno, por su generalidad, el trigo y el pan elaborado; otro, por su carácter enteramente local, los piñones.

A fines de abril la fanega de trigo había ascendido a trescientos veinte reales; al comenzar mayo subió a trescientos cuarenta, y el 14 de este mismo mes llegó a cuatrocientos cuarenta y cuatro reales en Cebreros, el precio más alto que quizá haya alcanzado nunca.

El precio del pan experimenta la misma elevación continua. En abril vale nueve reales; pero en toda la primera mitad de mayo sube casi medio real por día. El 17 de mayo se pagaba a catorce reales el pan, y el 19 nuestro autor compró tres cuarterones de pan inferior a un precio equivalente a diez y ocho reales la pieza.

En cuanto a los piñones, riqueza natural de la comarca, la fanega llegó al máximo de cuarenta reales el día 6 de mayo.

Fué éste el terrible *año del hambre*, de que aún se guarda memoria en estas tierras centrales.

El 8 de abril, yendo del Hoyo a Cebreros por el camino nuevo que iba trazado casi paralelamente a la carretera actual, don Pedro Tomás encontró un hombre muerto de hambre poco más allá del viejo puente, hoy derruido, sobre el arroyo tributario del río Beceas, llamado «de la Pizarra» por arrastrar en su lecho cantos procedentes de los cerros de su curso alto, correspondientes al arcaico superior en que el gneis simula la pizarra. Llamábase el *tío Paulito*; descendía de Las Navas, y nuestro autor calcula que haría cuatro o cinco días que no habría probado el pan que el hombre pide a Dios siempre con sus deseos más vehementes.

La harina, no sólo de centeno, sino de algarrobas, sustituyó a la de trigo aun entre las clases acomodadas. Las clases medias solían limitarse a la harina de algarrobas batida con leche y hasta con simple agua. Los pobres recurrían



a los salvados cocidos, o amasados como pan, y a cocidos de hierbas con sebo, aun de los más repugnantes.

Paralizadas las comunicaciones por la guerra y el bandidaje, los míseros pueblos de la Sierra se veían limitados a los escasos recursos naturales de un país de estéril piedra, a que el cielo añade la terrible inclemencia de un clima cruel en el invierno prolongado, en que el recio *descuernacabras*—nombre expresivo que allí asume el cierzo—silba ululante por los canchales verdinegros y los cándidos ventisqueros helados. ¡Cuán largas y malditas las horas de la noche sin pan, junto al fuego, en las míseras cocinas de la Sierra, incubando los negros pensamientos del delito y la blasfemia en un estado mental lindante con el satanismo, pero ineficaz enteramente!

## VII

### A LISBOA, CAMINO DE LAS AGUAS

**A**L promediar el mes de mayo, acosado por la necesidad, don Pedro Tomás Bernaldo de Quirós concibió el proyecto de un viaje a Portugal, hasta la capital de Lisboa, como mercader de algunas cargas de lana transportadas sobre mulas.

El camino natural, en este como en otros muchos casos, le trazan los ríos, antiguos y eficaces ingenieros que determinan, desde tiempo inmemorial, el plan de las comunicaciones.

Río Beceas, que pasa por las proximidades del Hoyo, vierte en el Cofio, y éste en Alberche, que se junta con el padre Tajo en las proximidades de Talavera de la Reina. Pero la vuelta de Alberche hacia el Este, hasta descender a la meseta toledana por la brecha que en la cadena, antes continua, de la Sierra de Guadarrama abrió el levantamiento posterior de la Sierra de Gredos, hace que deba preferirse la ruta más directa del Tiétar, cruzándole antes de la confluencia en el Tajo, para seguir después la orilla derecha de éste, sobre la cual está asentada Lisboa.

Nuestro autor refiere, paso a paso, las primeras jornadas de este itinerario—algunas de noche, con gran sigilo, para evitar el encuentro con las guarniciones francesas—hasta llegar a las proximidades del río Tiétar en las Casas de Las Lomas. Por desgracia, esta parte del diario, que hubiera sido tan interesante para los aficionados a las largas y pintorescas andanzas, entre los que nos contamos, se corta de improviso en la mitad de un párrafo, como si el autor no hubiera tenido tiempo de trasladar sus notas o sus recuerdos a estas páginas centrales del cuaderno, que quedaron en blanco para siempre.



## VIII

### EL BUEN TIEMPO DE VERANO

**A**L regresar a su país poco después de un mes, encuentra la situación notablemente mejorada. Los franceses han abandonado El Tiemblo; el pan ha descendido a seis reales; la siega se presenta como una promisión de abundancia. Don Pedro Tomás puede dedicarse a revender en Cebros los géneros y manufacturas que ha traído de Lisboa. Allí llegan el 12 de julio, ya entrada la noche, en sillas de postas, dos vecinos de Avila, para notificar al presidente y secretario de la Junta ambulante, presentes en la villa de las Cebras, de la marcha de los franceses la noche anterior y llevarlos a contener los probables excesos de las guerrillas.

A medida que avanza el verano, llegan las funciones de los pueblos del partido. Las primeras, el 13 y 14 de julio, la fiesta del Cristo de Gracia de Las Navas del Marqués. Allá va el bueno de don Pedro Tomás, contento de dirigirse a su pueblo. Los dos días hubo capea y, además, cuatro vacas de muerte. La muchedumbre, sudorosa y congestionada, se aglomeraba en la plaza cerrada con carretas ante la perspectiva del viejo castillo señorial, edificado, como reza una de sus piedras escritas, en el solar de una antigua majada:

#### *Magalia qvondan*

Prosigue días después la retirada francesa. El 23 queda abandonado El Escorial, y el 27, cinco días después del gran hecho de armas acaecido el 22— adviértase la escasa velocidad, entonces, de las noticias: a veinte kilómetros por día—, llegan al partido de Pinares los primeros ecos de la batalla de los Arapiles, decisiva por el momento para esta parte del territorio. El 29 la Junta de Avila comunicaba oficialmente, imprimiéndola, la noticia.

El rey José, con un ejército de quince mil hombres, se retiraba hacia el Norte, asolando los pueblos a su paso: El Espinar, Las Navas de San Antonio, Villacastín, etc.

## IX

### ALTERNATIVAS DE LA GUERRA

**T**ODAVÍA el país había de sufrir, no obstante, los males de la guerra.

El 1.º de agosto, una división francesa, descendiendo al Sur desde El Espinar, probablemente por el Boquerón o Puerto de la Boca del Infierno, saqueaba enteramente Las Navas del Marqués, dando motivo a nuestro autor



para largos lamentos y minuciosas referencias en que se complace su interés por el pueblo de su nacimiento. La población, despojada, casi desnuda, se dispersó algunos días por los pueblos de los alrededores y aun por los montes, hasta adquirir la seguridad del paso de la oleada destructora.

Días después aparecía una guarnición francesa en Robledo de Chavela, tres leguas a Saliente del Hoyo, por el áspero camino de *Las Palizas*, y de nuevo comenzaban, como en los días de El Tiemblo, las inquietudes y apuros para suministrar las doscientas raciones diarias de carne, pan, vino, vinagre y aceite y las setenta de forraje para el ganado que había exigido. Por dicha, el 8 del mismo mes desaparecía esta guarnición, en el momento en que el apesadumbrado vecindario del Hoyo esperaba la amenazadora presentación del coronel para castigar los retrasos en que había incurrido. Era que las tropas inglesas llegaban a Segovia, adelantándose hasta El Espinar las avanzadas. Por el momento, había terminado para la región el dominio del francés. Los días 10, 11 y 12 de agosto, coincidiendo con las fiestas al patrono San Lorenzo, fué proclamado Fernando VII, en El Escorial, rey de las Españas, por las tropas aliadas españolas, inglesas y portuguesas, que le habían impuesto. Del mismo modo se hizo la proclamación en Cebreros el día 15 de agosto, en que desde tiempo inmemorial la villa de las Cebras celebra la fiesta de su patrona, la Virgen de Valsordo.

Ante el avance de la reconquista desde el Noroeste, el enemigo, desde Madrid, se replegaba hacia el Este y hacia el Norte.

## X

### DESESPERANZA

**P**ERO en noviembre hubo un retroceso en la campaña que afectó a las tierras centrales. Segovia, Avila, Salamanca, sufrieron otra invasión de los ejércitos del mariscal Soult, que no supieron detener el general español Ballesteros y el inglés a las órdenes de lord Wellington.

En 3 de diciembre, a las cuatro, cuando ya la tarde cae próxima en el solsticio del invierno, mil cuatrocientos soldados franceses del ejército en marcha hacia Toledo y Talavera se estacionaron dos días en el Hoyo de Pinares, viviendo sobre él y llevándose al marchar gran cantidad de ganado de toda especie. El 6 pasaba sin detenerse otro regimiento, desde Las Navas, con dirección a Cebreros. Desde Cebreros, El Tiemblo y San Martín de Valdeiglesias, hasta el Tajo, volvieron a establecerse las guarniciones francesas con su cuartel general en Métrida, residencia del mariscal Soult, duque de Dalmacia.



El año 1812 terminaba como empezó, frustradas las esperanzas del buen tiempo veraniego. El 31 de diciembre, fiesta de San Silvestre y postrer día del año, llegaba orden de El Tiemblo señalando al Hoyo de contribución diaria, para sostenimiento de las fuerzas invasoras, tres fanegas de harina de trigo, doscientos cuartillos de vino, doscientas raciones de legumbres y doscientas libras de carne, con más otro impuesto extraordinario para la constitución de los almacenes militares, que ascendía a treinta fanegas de trigo, ciento sesenta y dos de cebada y cerca de cinco mil reales en dinero.

Don Pedro Tomás acaba su cuaderno deponiendo la pluma, lleno de amargura y desesperanza. Fuera, la negra noche blanqueaba con la claridad de una nevada que descendía sobre la tierra en silencio y reposo.







## LA MUJER MUERTA



Í, señor, sí. Eso fué antes de nacer Segovia. Toda la tierra llana que abarca la vista estaba poblada de pinos y encinas y robles. Era talmente todo un bosque tan espeso y tan grande como hoy día no existen en el mundo ni puede comprender la cabeza humana. Vivían allí familias de hombres casi salvajes, y las familias se reunían y nombraban un jefe, digamos un rey, para todas ellas. Y unas cuantas leguas más allá había otro rey, y después otro, y así sucesivamente. Las familias que habitaban las tierras del Guadarrama eran las que disfrutaban de mayor sosiego, porque el Guadarrama era como el centro de todo aquel país. Los que vivían en los linderos del bosque, en lo que ahora son tierras de Palencia, de Burgos, de Soria, etcétera, tenían que pelearse constantemente con los hombres que poblaban las otras tierras. Pero los de aquí dentro, los del Guadarrama, que era el corazón de aquel reino, llevaban buena vida: tenían caza de sobra; más agua de la que necesitaban; y viviendo en paz, se dedicaban a ingeniar cosas buenas: así acabaron por hacerse casas de piedra y de troncos, y domesticar animales, y hacerse vestidos con pieles, y adornos con plumas de águila; y ensartaban chinitas de los ríos y se hacían collares y pulseras...

El pastor Deogracias detiene su narración al ver que me sonrío, y exclama:

— Se ríe usted, ¿verdad? Razón tiene; porque tal como estoy hablando, no parece sino que aquello lo vi con mis propios ojos. Claro que no lo vi; pero así me lo contaron cuando era chico. Y muchas cosas que digo no serían como las digo; pero podrían ser, ¿verdad, usted? Y es que pasa uno tantas horas y tantos días y tantos años andando solo por estas quiebras, sin tener con quién hablar, que, naturalmente, la imaginación se suelta y lo que piensa lo da por



visto. A menudo me pongo a cavilar en aquellos tiempos y me figuro que soy uno de los hombres que entonces vivían por aquí. Y me digo: si yo tuviese la seguridad de que nada necesitaba, porque tenía casa y familia, y caza abundante, y agua de sobra, y paz por los cuatro costados, ¿qué haría aquí? Pues criaría gallinas y conejos, y me fabricaría adornos, y subiría al Guadarrama para buscar cosas difíciles, y las traería a mi mujer y a mis hijos. Y después pienso: pues esto mismo debió de ser lo que hacían los antiguos habitantes de esta tierra. ¿No le parece a usted?

Afirmo con la cabeza y le digo a Deogracias:

— Estamos de acuerdo; pero la historia de la Mujer Muerta es lo que yo esperaba que me contase.

— Ahí vamos; ahí vamos. Es decir, íbamos, porque ya he perdido el hilo. Se rasca la cabeza y continúa:

— Pues en aquellos tiempos — ya ha llovido desde entonces — había por lo que hoy llamamos La Losa, uno de aquellos reyes que era viudo y tenía una hija hermosísima. Al hombre se le había subido el mando a la cabeza y no existía en sus dominios un súbdito que le pareciese digno de casarse con ella. Además, era tan egoísta, que de ninguna manera hubiese consentido que se la llevase nadie, si por casualidad algún hijo de otro rey quisiera cargar con ella. La muchacha, naturalmente, en los primeros años de su juventud, no consideraba un sacrificio el dar gusto a su padre. Pero llegó a los veinte, por ejemplo, y como la naturaleza manda, y más haciendo una vida tan saludable, pues la muchacha debió de sentir los mismos deseos que las otras muchachas. Y como todas se emparejaban y ella seguía condenada por su padre a vivir sola, por muchos regalos que le hiciera y por muchos mimos que con ella tuviese el viejo, la princesa del bosque vivía seguramente triste, entregada a cavilaciones melancólicas y a fantasías que la ponían calenturienta y poco a poco marchitaban su hermosura.

Sabedora de que su padre no la permitiría partir, imaginaba a veces que un hermoso joven llegaba sobre un caballo con alas y, besándola, la tomaba en sus brazos y salía volando con ella.

¿Ve usted aquel montecillo que desde aquí parece los pies de la Mujer Muerta? Pues hasta allí se iba muchas veces la soñadora princesa, acompañada de una tropa de servidores; y sentándose a media ladera sobre una peña, dominando con la vista gran parte de la llanura, se pasaba horas y horas mirando a lo lejos, por encima del bosque inmenso, como quien espera ver llegar por los aires alguna cosa del otro mundo.

Y llegó; vaya que llegó. Fué en una mañana de primavera cuando, sin que nadie se diera cuenta de cómo habían venido, se presentaron a su vista dos hombres completamente diferentes de como eran ellos. Desde luego eran extranjeros y de tierras muy remotas. Uno de ellos, joven, guapo, arrogante; con unos ojos que declaraban gran talento; con modales finos y vestido con una



túnica blanca y calzando unos borceguíes muy bonitos, se la quedó mirando como si viese a un ángel del cielo. Y ella, por su parte, quedóse al verlo más blanca que la leche. Seguramente, aquel mozo reunía todas las condiciones del hombre que ella había soñado. No venía a caballo por los aires; pero por su presencia y por la forma de llegar, era seguramente un dios de los que entonces había por el mundo. Lo era, sin duda; porque su acompañante, un hombre fornido, moreno, cubierto de vello, sin más ropa que un taparrabos, era... ¿No lo adivina usted?

— No.

— Pues era Hércules.

— ¡Hércules!

— El mismo, que venía a construir la ciudad de Segovia y el acueducto, que muchos creen que fué edificado por el diablo.

Vuelvo a sonreírme, y Deogracias, un poco amoscado, dice:

— Usted es muy dueño de creer o no lo que estoy contándole; pero la historia es así, y así tengo que decirla.

— Siga, siga, querido, que me gusta todo ello. Me he sonreído pensando quién sería el acompañante de Hércules. Acaso fuese Apolo... si era tan hermoso.

— No sé quién era; pero yo creo que debía de ser arquitecto, cuando acompañaba a Hercules para emprender semejante trabajo. Si Apolo fué el dios de los arquitectos, él era indudablemente quien se apareció a la princesa.

Bueno; pues fué el muchacho y, como si se tratase de cosa convenida, se acercó a la princesa y con la mayor naturalidad le echó los brazos al talle y me la da un beso en los labios con todas las de la ley. La muchacha no se asustó, ni apartó la cara, ni dió un grito: al contrario, también ella le abrazó, presentando su boca para recibir la caricia y corresponder en forma. Pero cuando separó el mozo su cara, ella estaba como difunta, desmayada.

Allí fué Troya: los criados armaron la gritería número uno; pero nadie se atrevía a poner mano sobre el joven. Había motivo suficiente para respetarle, porque dos servidores que quisieron llegar a él fueron arrojados encima de un árbol por el puño de Hércules.

Volvió en sí la princesa, que decía a su amado las frases más tiernas; él correspondía de igual manera; pero no se entendían por hablar lenguas distintas.

Daban voces los criados diciendo que era preciso volver a casa para que viese el rey si le convenía aquel matrimonio. Y sin que nadie se diera cuenta, se encontraron todos, de repente, trasladados ante el palacio. Acudió el rey al oír la algarabía y se quedó como quien ve visiones al mirar a su hija en brazos de aquel guapo mozo. Contáronle el suceso, y el viejo meneó la cabeza presintiendo que iba a suceder algo que no le convenía. Sin embargo, disimuló porque la mirada del futuro yerno le dominaba.



Convidó a éste con lo mejor que tenía y por señas le hizo comprender que deseaba tenerle por huésped. Pero, con asombro de todos, el joven rompió a hablar en la lengua de aquí, diciendo:

— No puedo detenerme. He de acompañar a éste para mostrarle el lugar donde tiene que levantar una gran ciudad. Mañana estaré de vuelta. Guárdame a tu hija hasta entonces y la llevaré conmigo.

— ¿Que la llevarás contigo? ¿Adónde?

— A mi país: un bello país florido y risueño, donde hay también elevados montes y praderas verdes; donde brilla un mar azul y tranquilo que rodea a millares de islas; donde el cielo está siempre limpio de nubes; donde infinitas aves llenan el espacio con cantos delicados; donde todo es hermoso, porque allí reunimos cuanto de bello existe en el mundo. Cuando esté edificada la ciudad que Hércules va a construir, tú serás su primer dueño, y tu hija y yo vendremos alguna vez para saludarte y para que conozcas a tus nietos.

El viejo rey estuvo a punto de caer desplomado; pero hizo como que se resignaba y respondió:

— Sea lo que tú quieres. Hasta mañana.

Y los dos extranjeros partieron juntos.

Ya estaban lejos, cuando el rey mandó llamar a su hija y, haciéndola montar a caballo, partió también con ella, dejando esta orden:

— Cuando él vuelva, decidle que la princesa le aguarda en el mismo lugar donde le conoció.

En efecto, los dos vinieron al sitio donde se había verificado el encuentro. Y llegados que fueron, el padre preguntó a la hija:

— ¿Es verdad que le quieres tan frenéticamente que te dejas abrazar por él sin conocerle?

— Sí, padre. Le quiero. Sin conocerle, he soñado con él muchas veces. Era ya mi esposo antes de venir a mi encuentro.

— No te entiendo. Y tú, ¿estás dispuesta a marcharte con él?

— ¡Oh, sí! ¡Es mi esposo!

El viejo se puso rojo de ira; después palideció, poniéndose amarillo y verdoso. Y con voz temblorosa que sonaba de una extraña manera, gritó:

— ¡Mi hija ha muerto! ¡Me he quedado sin hija! ¡Me la roban!

Y abrazándose a ella, la oprimió con todas sus fuerzas, asfixiándola. Cuando la soltó estaba muerta.

Después, lentamente y llorando, como la madre que adorna a su hija para entregarla al marido, el viejo desnudó completamente a la princesa y la puso acostada sobre las hierbecillas que crecían en una pequeña praderita; en torno de su cuerpo formó como un marco con flores que fué arrancando; y entre el blanco y amarillo de las margaritas y la manzanilla, el rojo de las amapolas, el azul del romero, el morado de los lirios; en fin, en medio de un ovalado y aromático marco de colores vivos y sobre un fondo de obscuro verdor, destacá-



base, como una Venus de la Sierra, la hermosa forma desnuda de la princesa muerta.

Toda la noche pasó en vela el viejo loco al lado del cadáver para evitar que las alimañas lo destruyeran. Y cuando el sol iba a asomar por encima de los Siete Picos, pensó que no tardaría en llegar el extranjero, al cual tendría que dar cuenta de su bárbaro crimen. Sobrecogido entonces de miedo, echó a correr monte arriba, con el deseo de escapar a la justicia del dios ofendido ocultándose en las fragosidades de la sierra. Trepó por la ladera de la Peñalara y pronto desapareció entre los riscos.

Poco después llegaban Hércules y el prometido de la princesa ante el fúnebre lugar donde ésta reposaba. Quedaron atónitos en el primer momento; después, cuando el joven se persuadió de que ella estaba muerta, comenzó a llorar silenciosamente. Y sin exhalar un gemido, sin decir una sílaba, arrodillado junto al hermoso y frío cuerpo de la amada, lo besó dulcemente en aquellos puntos donde la belleza colmaba la perfección: la frente, los ojos, las mejillas, los labios, la garganta, los brazos, los senos, el vientre, las rodillas y los pies fueron consagrados por sus caricias tristísimas y bañados con sus lágrimas.

Después, levantándose y con los ojos encendidos, dijo imperiosamente a Hércules:

— Busca al culpable y castígalo por una eternidad.

Hércules alzó la cabeza; escrutó con la mirada, olfateó el aire como un perdiguero y partió a la carrera siguiendo las huellas del parricida.

Una hora después vino a alcanzarlo cuando cruzaba el puerto del Reventón. Púsole la mano sobre el hombro y de un zarpazo lo derribó monte abajo. Y allí, por el otro lado del puerto y a poca distancia de éste, lo dejó de bruces contra el suelo, convertido en una gran tortuga de piedra berroqueña, y encima le puso un canto gordo. Hoy la gente de por aquí llama el Carro del Diablo a tan disforme figura.

Cuando Hércules volvió junto a su amigo o dueño, lo encontró en el colmo, del abatimiento. Le dió cuenta de lo que acababa de hacer y se quedó esperando nuevas órdenes.

Fué entonces cuando aquel hombre extraño y hermoso, que era un dios, le dijo a Hércules con solemnidad:

— Contempla detenidamente a esta mujer; graba bien en tu memoria sus formas admirables y la perfección de sus proporciones. Quiero que su belleza se conserve perpetuamente en este país que la vió nacer. Sobre las rocas de estas montañas vas a tallar su imagen en proporción gigantesca para que desde muchas leguas pueda ser contemplada y para que yo la vea bien desde lo alto. En este lugar en que la conocí; aquí, donde gocé de sus primeras y últimas caricias; aquí, donde ha perecido y donde me despido de ella, pondrás sus hermosos pies. Y cuando hayas acabado tu obra, te dedicas a levantar allá,



lejos, la ciudad de Segovia, de forma que desde ella pueda admirarse la escultura.

Y dicho esto, tomó en brazos el inerte cuerpo de su esposa, dió una patada en tierra y desapareció con ella, no se sabe si por los aires o tragado por el abismo.

Inmediatamente, Hércules comenzó su trabajo; y tallando en unos sitios y amontonando bloques inmensos en otros, dió a esa sierra la forma idéntica de la princesa muerta, tal como había sido encontrada en la praderita, con la cabeza descansando sobre unas peñas, el cuerpo tendido boca arriba y los pies abajo, con los dedos en lo alto. Rodeada de verdor, si se la pudiese mirar desde el cielo, se la vería tal como la verdadera princesa había aparecido.

Así nació esta sierrecita que llamamos de la Mujer Muerta. Y según tengo entendido, el que mandó tallarla sigue desde entonces viniendo a contemplarla y acariciarla, convertido en nube que flota sobre ella, que le besa los pies y va ascendiendo por las piernas, el vientre, el pecho y la cabeza, envolviéndola, confundiéndose con ella en blanda caricia, inundándola con sus lágrimas, que tenemos por lluvia, y se marcha después, arrastrándose por collados y cumbres y deshaciéndose en la atmósfera.







## MULHACÉN

### I



CUANDO depuesto por sus súbditos de Granada, Muley Hacén fué forzado a retirarse a la alcazaba de Mondújar, su alma iba más triste y doliente, más desesperada que su propio cuerpo, anciano, decrepito y casi ciego. El antiguo sultán de la ilustre dinastía de los Alhamares, vencido por su propio hijo, Boabdil, en complicidad con su propia mujer principal, Aixa la Horra, hubiera semejado un Rey Lear de los países del Sur, donde la palma sueña con el abeto, a la inversa que en el *lieder* de Heine, a no conservar entonces y siempre la preciosa prenda de abnegada fidelidad de aquella cristiana renegada, cautiva en una expedición militar, llamada Zoraya, no porque fuese éste su nombre propio—dicen las crónicas—, sino por ser muy hermosa, sólo comparable a la estrella del alba, así dicha en lengua arábiga.

Sanguinario y despótico, las culpas de Muley Hacén eran, ciertamente, muchas; mas las expiaba de tal suerte, en el ocaso de su vida, que sin duda le perdonaban las sombras de sus víctimas más inocentes: los generosos Abencerrajes, renunciando al sagrado derecho de la venganza de la sangre. Amargándole el alma una ponzoñosa misantropía, vivía sin compañía tolerable de varón alguno, siempre en la clausura de la alta torre de la fortaleza, evitando tender la cansada vista al exterior, porque le irritaba, añadiendo un nuevo motivo de mal-estar a su existencia, el contraste entre su desolación interior y la gala riente del valle a que se había reducido todo su imperio; gala riente tan ingenua y expresiva, que le había dado nombre de valle de Lecrín, o sea de la alegría. Por huír de esta vista de húmedas praderas de suave verdor y de frondosas masas de arbolado vibrantes musicalmente al viento, el anciano elevaba alguna vez sus



ojos de prósbita a las alturas de las montañas donde encontraba más notas acordes con su alma: obscuras rocas pizarrosas deshaciéndose en hojas desgarradas y rotas, tajos que se hundían desesperados al infierno y torres que se levantaban al cielo, confiadas como plegarias; cándidos ventisqueros de frío fatal, anquiladores de toda existencia, vegetal y animal, y que, por lo mismo, sugerían la imagen de amplios sudarios para devolver a la nada la vida de la Naturaleza.

## II

**Z**ORAYA, con su atención vigilante, sorprendió, desde el primer día, el raro germen de interés hacia aquel alto tema del alma doliente que ella sólo conocía, después de su Creador, en todo el complejo misterioso de sus necesidades y deseos. Proponiéndose cultivar este germen, como una medicina natural que alejara del dolor y animara los secretos manantiales interiores de la vida, comenzó una tarde a hablarle, a la hora divina de la puesta del sol, que ella, con su fina sensibilidad de mujer superior, sabía ser la más propicia a todos los misterios buenos.

— ¿Miras a Xolair? ¿Sigues con la mirada, como si quisieras acariciarla, su contorno noble? Yo te permitiría esta infidelidad, primera y última, como única, de tu amor, que me ha hecho dichosa.

Muley Hacén escuchaba las palabras de su antigua cautiva, que vertían un bálsamo oloroso de inestimable virtud sobre las llagas abiertas de su alma; y tomándole la mano le dejaba hablar, entregado sin reservas a la música de su voz acariciadora que anulaba toda otra sensación, aun la del contacto de sus carnes, que se habían deseado tanto.

Unica superviviente de la juventud, conservada por un prodigioso encanto, la voz no había envejecido, pues aun en los ojos profundos, insondables, de un pardo aterciopelado siempre acariciante—¡los queridos ojos pardos, más valiosos que las ágatas más puras y mejor labradas!—la vista, aun siendo tan torpe, de Muley Hacén, reconocía una limitación de luminosidad para la cual ni en las palabras del Profeta hallaba consuelo. Libertados por la edad y la desgracia de toda impureza carnal, el amor de la pareja que temblaba de emoción en el misterio de la tarde, adquiriría un valor que les parecía, más que nunca, conmovedor e inestimable.



### III

**D**ESDE entonces, discretamente, sabiendo aprovechar los buenos instantes, Zoraya entretenía a Muley Hacén con relatos que hacían relación a los secretos y misterios, no sólo de la gran Xolair, nuestra Sierra Nevada actual, que alguno de los sabios árabes llamó también Monte de la Helada, sino de las otras sierras menores próximas a la que la brillante geografía árabe designó con el nombre, todo encanto e ilusión, de Montañas del Sol y del Aire, que corresponde, al parecer, a la Sierra de Gádor y a la Contraviesa.

Zoraya recogía toda suerte de fábulas y noticias de aquellos a quienes su manera de vivir ponía en intimidad con las alturas solitarias e imponentes: ascéticos santones inmovilizados por la oración cara al alquibla; sabios herborizantes que rebuscaban las plantas medicinales prendidas en las cornisas vertiginosas; escudriñadores de las vetas de metal que cruzan la poderosa estructura de la Sierra como los vasos que reparten la sangre en el organismo de los hombres; monjes sin piedad, hombres de presa, que caían, como el águila, sobre sus víctimas, arrebatándoles todo bien que traían consigo y hasta la vida. Como una nueva Scherazada, hablábale ella de las altas lagunas donde duermen espantables monstruos devoradores, creadores, además, de las nubes negras que lanzan el rayo y el pedrisco sobre las producciones de los hombres. Hablábale también de los gnomos de la montaña a quienes a menudo se sorprendía labrando a cincel entre los riscos, siempre en el único estilo de las seis caras, los cristales de roca claros como la luz, amarillos como el oro o rojos como la sangre. No olvidó de narrarle la portentosa celeridad con que la escoba del diablo—esto es, el viento del Sur, caldeado en la travesía del tórrido desierto africano—barre los ventisqueros de la divisoria, hasta descubrir en grandes extensiones la negra pizarra bruñida, horas después de haber tendido la nevada infinitos velos de inmaculada blancura que envolvían en un modelado suave las ásperas formas del lomo de la montaña.

Muley Hacén oía con la curiosidad del niño que la vejez hacía nacer de sus propias ruinas. Si Zoraya callaba o se ausentaba, el encanto no tardaba en deshacerse, roto por la gravedad de sus pesares, más que por la aplicación de facultades críticas de que, como todos los de su tiempo y de su raza, carecía en absoluto. Mas por encima de los temas frívolos de interés por la montaña, únicos que un alma de mujer podía manejar, la contemplación larga y solitaria, prolongada y repetida día tras día, de las cumbres excelsas, sedimentaban en la del anciano monarca depuesto, el amor y el temor, el respeto y el deseo, en la mezcla apretada y confusa de sentimientos, como la trabazón de los ele-



mentos de las rocas, que experimenta, haciéndole estremecer, todo el que siente de veras el amor, siempre algo masoquista, de las montañas, en presencia de tan altas, tan fuertes y tan esquivas damas.

En estas calladas entrevistas en que Xolair imponía su imperio al que en otros tiempos lejanos se jactaba de ser su dueño, sin conocerla más que de rápidas ojeadas lejanas, Muley Hacén concibió el deseo de hacer de ella el lugar de su reposo eterno en la muerte, no por vana megalomanía, por sobrepasar en grandeza y excelsitud a todos los soberanos constructores de túmulos gigantescos, mas para hallarse alejado hasta lo imposible de los hombres y elevado al cielo infinito sobre la montaña poderosa y entre los meteoros deslumbradores.

Reservándole hasta la hora de la muerte, para darle más virtud de ejecución, éste fué su deseo, transmitido a la fiel Zoraya en la hora del supremo desgarramiento:

— Llévame a lo más alto de Xolair, donde no pueda sentir la perversa planta de los hombres, donde me deshaga en el olvido mientras tú me lloras.

#### IV

POR sobre las pizarras bruñidas, ascendiendo trabajosamente la amplia loma que desde el fondo de la Alpujarra conduce a lo más encumbrado de la Sierra, cortada, de improviso, en un tajo espantable, el fúnebre cortejo avanzaba en una mañana de primavera, con flores minúsculas y brillantes abiertas al borde de los ventisqueros, sudorosos en pleno deshielo, y mariposas azules, tenuísimas, que a veces revoloteaban, cruzándose, en una alegría feliz, sobre el muerto cuerpo para el que se iba buscando tierra. Aparte los hombres de faena, subía sola Zoraya con Alí y Acre, los dos hijos que hubo con Muley Hacén, y que después fueron llamados don Juan y don Hernando, cuando tornando ella a su primera religión, recobró su nombre de Isabel de Solís y logró la protección de los Reyes Católicos, conquistadores de Granada.

Abnegada y heroica fué la tarea de depositar el cadáver de Muley Hacén en la roca cimera de Xolair a cubierto de las aves rapaces. Resguardado por lajas pizarrosas hábilmente dispuestas, allí quedó tendido, cara al alquibla, en una de las más atrevidas cornisas que surcan, como un ceño formidable, la faz imponente, de león, de la montaña. Sobre la cumbre dominadora de toda Andalucía, Zoraya volvía a ver, por vez primera después de ser cautivada, su tierra patria, y una nueva emoción, extraña mezcla de dulzura y amargor, envolvía su ser, haciéndole temblar y alejándola por un instante del pesar de su viudez, allí consumada. Vagamente, a lo lejos, casi aniquilado en la llanura, re-



conoció el sombrío Javalcón que domina a Baza. La imagen lejana le transportó nuevamente al recuerdo de Muley Hacén. «Montaña del k'jol», que tal quiere decir, en castellano, su nombre; esto es, del antimonio que yace en él, creciendo y disminuyendo, según las lunas, procedía de allí el negro colirio con que pintaba sus ojos, a la usanza moruna, desde que cayó cautiva de su señor. Muley Hacén mismo, besándola con toda la pasión que desde el principio le inspiró, le pintó por primera vez los trazos oscuros—estigma del Oriente voluptuoso—que aumentan el poder hechicero de los ojos... ¡Cuán lejos todo ya, como el espacio infinito que la envolvía!

## V

MÁS de cuatrocientos años se han cumplido desde aquel día.

Lavados por el agua de fusión de las nieves que llenan la copa virginal de la laguna cimera de la Sierra, fuente primera del ilustre Genil que se forma en el Harén del Real en la confluencia del arroyo de Valdeinferno con el de Valdecasillas, sometidos a la cremación del sol poderoso del Mediodía en el aire sutil de las alturas, los restos de Muley Hacén se han disuelto para siempre, lográndose su deseo de no sufrir la planta humana.

Mas la segunda parte de su voluntad no ha podido asimismo prevalecer. En lugar del eterno olvido, la perpetua memoria del nombre y de la persona del ilustre muerto, viven en torno a la montaña donde recibió sepultura por la piedad de su fiel Zoraya.

Esta montaña, la más elevada de España y aun de todas las que ven las aguas del Mediterráneo, incluso el gran Etna, se llama Mulhacén, habiendo recibido, por tanto, el muerto ilustre tan considerable ampliación de personalidad póstuma.

Séale consuelo y satisfacción si cada vez que su nombre se pronuncia, aun desconociéndole, vibra la suya en el mar de las vidas perdidas, como pretende una extraña idea que persigue al hombre desde los tiempos mismos en que se hizo un ser lleno de ansiedad e inteligente.











## LEYENDA DE MONTSERRAT

JUAN GARÍN



FINABA el año 871 cuando el joven Wifredo *el Velloso*, desprendiéndose de los amantes brazos de Winidilda, sobrina del rey franco Carlos *el Calvo*, en cuya fraternal compañía había pasado su infancia, pidió permiso a sus protectores, los padres de su prometida, para volver a Barcelona, sin otro fin que vengar el asesinato de su padre.

Obtenida la licencia, partió el valeroso mancebo, que contaba diez y siete años de edad, y cruzando el Pirineo, entróse en tierras de la Marca de España, y, al llegar a

Villafranca del Conflent, disfrazóse de peregrino a fin de penetrar con mayor seguridad en la condal ciudad de Barcelona.

Aquí preparó el golpe que pensaba dar; y un día, armado de todas armas, salió de su casa y dirigióse al palacio del conde Salomón. Halló a éste que salía en aquel punto, y arrojándose contra él, con la furia de quien estuvo amasando su venganza durante varios años, atravesólo con su espada, mientras daba grandes voces haciendo saber que si el malvado Salomón había puesto mano sobre el Condado de Barcelona mandando asesinar a Wifredo I, él no hacía más que castigar aquel crimen y recabar para sí lo que perteneciera a su padre.

Reconocido por los nobles barceloneses, Wifredo *el Velloso* fué proclamado legítimo sucesor de su padre. Fué conde feudatario, y pocos meses después llamó a su amada Winidilda, con la cual contrajo nupcias.



Satisfechas sus primeras ansias amorosas, el joven Wifredo sintió el acicate de otros fuertes deseos: los de la gloria. Rindió visita al rey franco, de quien era feudatario, y ofrecióle su concurso en las luchas contra los normandos.

Tan brava fué la intervención del conde de Barcelona en aquella contienda, que, habiendo caído herido, mereció la visita del rey Carlos, quien, todo conmovido y abrazándole, dijo quedarle tan reconocido, que no le podría negar cualquier merced que de él solicitase.

Y cuentan que entonces Wifredo le respondió:

— Bástame, señor, saber que os he servido bien y oírlo de vuestros propios labios; mas ya que mostráis empeño en otorgarme algún beneficio, os diré que hay dos cosas que deseo con el alma.

— Decídmelas, conde, que si están en mi poder, otorgadas las tenéis.

— De vos dependen, señor; y es una de ellas que levantéis el feudo a que está sometido mi condado, y la otra, que me deis un blasón para aquel pueblo.

— Lo del feudo lo tenéis ya concedido y el blasón ahora mismo voy a dároslo.

Y tomando el rey en sus manos el escudo de Wifredo, limpio de toda alegoría o divisa, añadió:

— Blasón ganado con sangre, con sangre debe señalarse.

Mojó sus dedos en la sangre que de la herida de Wifredo brotaba todavía, y, pasándolos de arriba abajo sobre el escudo, dejó pintadas cuatro rojas líneas que en adelante serían las cuatro barras del escudo barcelonés.

— He aquí vuestras armas, conde, que serán las de vuestro pueblo.

De esta manera pasó Wifredo *el Velloso* a ser conde soberano. Su valor y su sangre convirtieron a Cataluña en una nación.

\*\*\*

Restablecido de sus heridas, tornó Wifredo a Barcelona.

Al lado de su Winidilda, dedicóse a organizar su condado, expulsando de allí a los moros en continuas y victoriosas salidas.

Prolífico en su hogar, tuvo de su esposa cinco hijos y tres hijas: fueron éstas doña Emmon, doña Ermesinda y doña Riquilda. De la primera sábase que fué monja en el monasterio de San Juan Bautista, de Ripoll. De la segunda no se ha conservado noticia alguna. En cuanto a la tercera, existe una leyenda solamente, leyenda trágica que inspiró diversos trabajos literarios, poéticos y musicales; leyenda intensamente dramática, mezcla de prodigios sobrenaturales, que pretendemos exponer aquí.

\*\*\*

Cuando la princesa Riquilda salió de la niñez, carecía su organismo de la energía necesaria para entrar en una pubertad brillante. A pesar de los infini-



tos y meticulosos cuidados de su amorosa madre, languidecía la bella princesa, rosa juvenil a quien una extraña fiebre marchitaba precisamente cuando debiera de mostrarse más esplendorosa.

Embebida la atención del conde Wifredo por el constante guerrear con los sarracenos y por los graves problemas de la reorganización de sus Estados, era Winidilda, su mujer, quien hacía acudir al palacio a los más famosos médicos para que atajasen el mal que aniquilaba la salud de su hija Riquilda.

Uno tras otro fueron fracasando todos los doctores. La sabiduría humana no alcanzaba a dominar aquella misteriosa fiebre.

Y agotados los recursos de los hombres, la angustiada madre, viendo cómo se consumía su débil hija, volvió sus ojos al cielo como última esperanza. Solamente la Gracia Divina podría salvar a Riquilda.

Ponderábanse entonces las virtudes de un ermitaño llamado Juan Garín, que, aislado entre los bárbaros riscos de Montserrat, era un vivo ejemplo de fe, de sabiduría y de misticismo.

Mandóle llamar la condesa para encomendarle la curación de su hija; y al palacio acudió el eremita, el cual, puesto en presencia de Riquilda, quedóse pálido y comenzó a temblar como ante un peligro invencible. Alteración que fué interpretada como signo de que el mal de la princesa no era simplemente orgánico, sino debido a influencias infernales.

Débilmente intentó Garín rehusar el encargo que se le hacía. Abrumáronle con ruegos: sólo él podría purificar a la princesa de los malos espíritus que la aniquilaban. No podía, por otro lado, el ermitaño negarse al deseo de la soberana, y con el corazón oprimido hubo de acceder.

Recibió, pues, a la bella y cándida Riquilda, y volvióse con ella a su agreste residencia, donde el ejercicio espiritual tenía que devolver la salud material a tan encantadora niña.

Abismado, hundido en terribles presentimientos, hacía su camino de Montserrat el ermitaño, que en todo momento huía sus miradas del rostro de Riquilda. Parecía que la extraña fiebre de la princesa se hubiese transmitido al mísero Garín.

— ¡Oh Dios! —gemía ella viéndole tan abatido—. ¿Sabéis, Garín, que de tal modo no parece sino que me acompañáis a la fosa?

— ¡Ah, señoral —respondía él con angustia—. ¡Quiera el cielo que jamás eso suceda!

— Pues ¿qué os ocurre?

— No sé, no sé...; mas parece que el Malo filtróse en mi corazón... Acaso entró por los ojos... Y deseando estoy llegar a mi refugio para presentarle batalla y lanzarlo afuera. He aquí que os entregan a mi cuidado para que os vuelva la salud cuando la mía propia corre el mayor peligro de mi vida.

\*\*\*



Penosas fueron las jornadas del ermitaño y la princesa. Pero al cabo llegaron al pie de los fantásticos peñones de Montserrat. Caía la tarde y las sombras hacían resaltar con temeroso aspecto los enormes y contrahechos riscos. El silencio agrandaba la solemnidad del momento, y la princesa sintió un pavor extraordinario.

— Tengo mucho miedo, Garín—dijo; e instintivamente se asió al brazo del ermitaño buscando su protección.

A su contacto, Garín sintió una bárbara sacudida y, rechazándola con excesiva brusquedad, gritó descompuesto:

— ¡Qué hacéis, desgraciada? ¡Atrás! ¡Atrás!

Y todo agitado, cual si el demonio mismo le persiguiese, lanzóse entre las peñas, trepando por senderos invisibles que sólo él conocía.

Aterrada la princesa, creyó fenecer allí mismo; miró en torno suyo: ni un lugar conocido, ni una vivienda, ni una persona; acaso las fieras acechaban su soledad. Y la noche llegaba rápidamente. Desesperada, lanzóse tras del fugitivo llamándole en nombre de Dios. Trepó como él; deslizóse entre las rocas, subiéndole siempre, sin atreverse a mirar atrás, temerosa del vértigo. Veíale unas veces saltar de una peña a otra, por encima de su cabeza; sentíale rezar a gritos otras veces.

Destrozadas las ropas, arañada y sangrante, llegó por fin la desdichada Riquilda a un pequeño espacio encerrado entre peñascos; allí se entreveía la boca de una cueva; a pocos pasos, arrodillado y en cruz, con ojos desorbitados que miraban al cielo, Garín agitaba los labios sin emitir sonido alguno, mientras que por su rostro se deslizaban hilos de lágrimas.

Extenuada y sobrecogida, Riquilda cayó también de rodillas; puso las manos cruzadas sobre el suelo y, derribando sobre ellas su pálida frente, rompió en gemidos.

Próximos unos alargados riscos, semejantes a las flautas de un órgano descomunal, al ser batidos por el viento del crepúsculo, emitían sonidos sibilantes. El valle era una inmensa y negra sombra. Y a lo lejos sentíanse lúgubres aullidos y desgarrados gritos de bestezuelas sorprendidas por la muerte.

Lloró ampliamente la princesa; después rezó con una fe desconocida hasta entonces por ella. Alzó por fin la mirada hacia donde el ermitaño se encontraba. Vió su sombra en la misma actitud de éxtasis y le llamó dulcemente:

— ¡Garín!

El ermitaño no respondió; ni un estremecimiento indicó que hubiera sentido la llamada.

— ¡Garín!—insistió la pobre.

Y una voz hueca, espantosa, salió de la garganta de Garín para decir:

— ¡Vade retro, Satanás!

Escalofriada Riquilda se puso en pie, acercóse a la cueva y penetró en ella



con sorprendente valor. Sintió que sus pies pisaban una especie de lecho de hierbas secas y dejóse caer sobre ellas.

Y entonces reanudó su llanto.

\*\*\*

Amanecía.

Juan Garín, derribado más que acostado sobre la hierba mojada del rocío, miraba una vez más, entre dos peñas rotas, la salida del sol desde las alturas de Montserrat. Un azul blanquecino se extendía sobre el mar; poco después aquel color pasaba a ser rosa, para adquirir inmediatamente tonalidades de un amarillo cálido y brillante.

La líquida raya del horizonte enrojeció súbitamente; aparecía un pequeño borde solar sobre las aguas, y éstas, en inmensa extensión, se mostraron como metal hirviente.

Desprendióse el disco luminoso de la línea límite de la visión, y poco a poco fué desvaneciéndose el fantástico efecto del amanecer. La mirada, atraída hasta entonces por el horizonte marítimo, se desvió hacia la tierra: el Montseny y sus hermanos menores lucían sus crestas iluminadas por el sol; al Norte, envueltas en azulada bruma, adivinábanse diversas cumbres pirenaicas, blancas por la nieve. Abajo, en el valle, el verdor de los bosques abandonaba el tenebroso color de la noche para ir mostrando infinita diversidad de matices menos sombríos.

De diversos peñascos próximos a la cueva de Garín desprendíanse en silencio grandes aves, águilas y buitres, que, dejándose caer en la atmósfera, abrían sus alas enormes y, con el simple impulso de la caída, avanzaban flotantes y trazaban un ancho círculo en torno del macizo de Montserrat, rodeo de pura investigación antes de abandonar sus nidos para lanzarse al cotidiano viaje en busca del sustento.

El ermitaño se incorporó, y de cara al Oriente, arrodillado, hizo su oración matinal. Después volvió el rostro hacia su cueva y halló que a la entrada, sentada en una piedra, con los codos sobre las rodillas y la mandíbula en las manos, le miraba atenta la hija de Wifredo. Estremeciöse Garín al verla; pero dominándose con energía, se aproximó a ella lentamente.

— Dios sea con nosotros, señora.

— Dios sea con nosotros, Garín.

Siguió una pausa embarazosa.

— ¿Pudisteis descansar, señora?

— Nada. Vuestro arretrato de anoche me robó la paz del alma. Si es así como habéis de curar mi espíritu, me despido ya de mis padres y mis hermanos para no verlos hasta que el Señor nos reúna en la otra vida.

— ¡Ah, señoral ¡Quién sabe si estaréis ya curadal Fué el Maldito, fué el Maldito, que vivía dentro de vos en Barcelona, y que al salir de allí se pasó



a mi cuerpo miserable. Durante todo el camino sentí su vecindad mientras marchaba a vuestro lado; pero al llegar al pie de esta montaña, en aquel momento mismo en que me tomasteis del brazo, le sentí penetrar en mis entrañas y abrasarme con el fuego del infierno. Escapé entonces lejos de vos, huyendo vuestro contacto para que otra vez no se volviera a su anterior refugio, y corrí a esta mi cueva para abrazar las sagradas reliquias que guardo. No os acerquéis a mí; no me toquéis, para que no pueda el Maldito volver a invadiros. Curada estáis; pero yo soy ahora el doliente, el poseído... Por piedad, ayudadme a desecharlo, rezad por mi alma, próxima a perderse para siempre... Toda la noche he pasado en penitencia, y he de continuar ésta sin descanso, hasta que pueda arrojar de mí al monstruo... Ayudadme, princesa, y yo os volveré al palacio de los condes como una manzana de pura y de bella...

—¡ Oh Dios Todopoderoso! —exclamó Riquilda cayendo de rodillas y sollozando—. Tú, que tales prodigios obras, ten compasión de este pobre Garín, dañado por mi culpa. Sálvalo y sálvame a mí, que te prometo renunciar al mundo y ser una de tus esclavas.

\*\*\*

Dos semanas habían transcurrido desde la llegada de Riquilda a Montserrat. La princesa, absolutamente metamorfoseada, ofrecía un aspecto de salud y de belleza extraordinarios.

Por el contrario, el ermitaño parecía un espectro: seca y tostada la faz, poblada de ásperos pelos, tenía una expresión temible; colgábanle los brazos flacos; arqueábase el busto hacia adelante, y las piernas temblonas sosteníanle con dificultad.

La lucha con el espíritu malo le había conducido a aquel extremo. Privábase de comer; pasaba las noches en vigilia a la intemperie; negaba el agua a su cuerpo febril y sediento; oraba sin descanso y flagelábase bárbaramente.

Sin embargo, su mal no cedía, y extenuado, falto el cuerpo de energías, el espíritu comenzó a flaquear. Sus penitencias hacíanse menos crueles; cerrábanse a veces sus ojos y quedaba dormido horas enteras; sentía el hambre y no podía resistir a la tentación de comer; descuidaba sus oraciones, y cuando pretendía iniciar una, quedábase como embobado, sin memoria, y lanzando un gruñido dejábase caer en tierra para dormir.

Súbitamente, operóse en él una transformación más exagerada. Olvidóse de la devoción a que tenía dedicada su vida y sintióse dominado por un insaciable deseo de placeres. Corría entre las rocas buscando nidos de aves y pequeños cuadrúpedos con cuyas crías preparaba succulentos asados; ponía trampas para procurarse más importante caza. Descendía hasta el río para refrescar sus abrasadas carnes. Y cuando retornaba a sus ásperos lares, gustaba



asimismo de entonar alguna canción profana aprendida en sus años de mozo.

Pero cuidaba de ocultar tales excesos a los ojos de Riquilda. Terminado cada uno de aquellos silvestres festines con que regalaba su gula escondido entre los árboles o las breñas, ascendía a su cueva para entregar a la princesa una pareja de perdices o una liebre o los lomos de un inocente gamo.

— Tomad, señora, y regalaos, que vos no habéis de hacer penitencia.

Instábale ella, entonces, a que participase de aquellos manjares; pero hipócritamente se negaba él, asegurando que se sentía satisfecho con las almendras, las nueces o los frutos que la Providencia le deparaba.

\* \* \*

Como si el poder infernal quisiera someter al ermitaño a todas las depravaciones, una terrible tortura vino a agitar el alma embrutecida de Garín. Ya su cuerpo se hallaba restablecido de las vigiliass, los ayunos y las flagelaciones. Y la materia empezó a dominar al espíritu abandonado.

Durante las horas nocturnas, huía el sueño de sus párpados; la fresca brisa primaveral despertaba en su ser extrañas voluptuosidades, y tumbado boca arriba, creía ver flotando entre las estrellas, femeninas y ondulantes formas que, siendo vagas al principio, adquirirían después caracteres de plasticidad inquietante.

De esta manera presenciaba fantásticas y aéreas danzas de bellísimas mujeres que se ofrecían a sus ojos en mil posiciones capaces de excitar la sensualidad más adormecida. Precipitábanse desde lo alto sobre el infeliz eremita aquellas extrañas beldades, y venían a su lado para poner en sus labios copas rebosantes de vinos incendiarios.

Defendíase Garín de aquellos asaltos cerrando los ojos, apretando los dientes, poniendo ante sí los brazos extendidos y haciendo con ambas manos la señal de la cruz. Todo en vano: sentíase acariciado por las diabólicas huríes, y a través de los cerrados dientes se deslizaba el ardiente vino que le brindaban y que, filtrándose por su garganta, inundaba de fuego sus entrañas.

Volvíase boca abajo para no ver nada y de súbito sentía abrirse un abismo sobre el cual él quedaba flotando, sostenido por las tentadoras hembras, que le abrazaban y le enloquecían.

Alzábase bruscamente, y a puñetazos hacía retroceder a las lúbricas visiones. Y echando a correr entre las piedras y los matorrales, llegaba al llano y seguía corriendo, corriendo hasta el río, en el cual se sumergía. Pasada la tentación, saltaba a la ribera; mas, bajo otras formas, volvían al asalto sus perseguidoras: eran entonces lindas y graciosas ondinas que, emergiendo de las aguas, se apoderaban de él y pretendían volverlo a la fresca linfa con promesas inauditas...



Desprendíase nuevamente de sus perseguidoras y tornaba a escalar la montaña en busca de su refugio, donde le sorprendía el alba rezando y besando un pequeño crucifijo.

Cada noche eran más insistentes los ataques de sus enemigas, y lo mismo que el pobre espíritu de Garín había cedido al pecado de la gula y de la holganza, acabó por ceder a las ardientes tentaciones de la carne.

Fatigado de tanto resistir, hubo una noche en que, casi desmayado, abandonóse en poder de sus enemigas. Y aquella y otras noches sucesivas experimentó sensaciones de una voluptuosidad brutal, dolorosa, que encendía su miserable materia en una fiebre que le consumía.

Y cuando, al salir el sol, veía todas las mañanas a Riquilda salir de la cueva, dábase a correr, huyendo de ella como había huído de las apariciones nocturnas.

Empero, hubo un día que sintió el invencible deseo de contemplar ampliamente a la princesa sin ser visto por ella. Y apostado tras una espinosa zarza que vivía entre dos rocas, pasó largo tiempo siguiendo con la vista todos los movimientos de la que le fué entregada como protegida.

Riquilda, la que salió de Barcelona casi exangüe, había adquirido un aspecto admirable. Sus vestidos, que el tiempo y la aspereza de aquel paraje habían convertido en andrajos, mostraban o permitían adivinar morbideces espléndidas. El mismo abandono producido por la seguridad de que nadie la miraba, fué causa sobrada para que Garín, enajenado, exhalase un bárbaro alarido y de cuatro saltos se pusiera junto a ella.

La princesa, sorprendida, dió un grito de terror. Garín, llegándose a su lado con una sonrisa que le hacía mostrar su fiera dentadura, quiso tranquilizarla.

— ¿Os atemorice, Riquilda?

— ¡Oh, sí, mucho!

— Nada temáis, Riquilda; fué una broma.

La princesa le miraba con recelo manifiesto. Jamás había usado bromas con ella; jamás la llamó por su nombre, sino siempre señora; jamás había visto contraída su cara en aquella forma...

— Estáis contento, a lo que veo.

— Sí; muy contento.

— ¿Contento o... poseído?

Garín cambió la expresión de su fisonomía por otra indefinible, pero más espantosa todavía.

— Mirad—dijo eludiendo la respuesta y suavizando el gesto y la voz—; mirad qué hermoso día nos ofrece la Providencia: un aire limpio y fresco; flores sin número en el valle; el río, brillante e inquieto, resbala dulcemente hacia la mar; a lo lejos, elevados montes alteran y embellecen el paisaje; de aquel lado, la anchura del piélago donde se refleja el sol... Un día magnífico que hace amable la vida.



Riquilda le escuchaba sorprendida y le miró con insistencia. Comprendió él cuál era la intención de la mirada aquélla y añadió:

— No, Riquilda, bella princesa mía; no estoy poseído del Malo, sino de la gracia divina. Me siento feliz a vuestro lado. ¡Ya estáis curada! ¡Ya estoy yo curado!

— Volvedme, pues, al palacio de mis padres hoy mismo.

— ¿Volveros? ¿Para qué?

— Para dar gracias a Dios por semejante prodigio y cumplir la promesa que hice en mi corazón.

— ¿Cuál promesa?

— La de que si sanaba yo y sanabais vos, me haría religiosa.

— ¡Monja!

— Sí; quiero ir al monasterio de Ripoll con mi hermana doña Emmon.

— ¡Monja!

Y Garín soltó una carcajada diabólica, estentórea, que ponía los pelos de punta. Después, con ojos encendidos, miró a Riquilda como un loco y añadió:

— No irás.

— ¡Qué! Mirad cómo me habláis...

Garín volvió a reír, pero de una manera trágica.

— No irás. Te necesito aquí.

— ¡Oh Dios mío! — exclamó aterrada la princesa —. ¡Está poseído! ¡Está poseído! ¡Perdón, perdón, Señor!

No pudo decir más porque sintió sus labios estrujados por los labios de Garín, que la besaba y la mordía, mientras que con sus formidables brazos la oprimía y la derribaba....

Y aquella espléndida y serena mañana primaveral, aquel sol, aquel mar azul y tranquilo, aquellas peñas desoladas, las flores, las águilas y los buitres, fueron testigos indiferentes de un abominable abuso de fuerza.

\*\*\*

Yacía en tierra, sin sentido, la infeliz Riquilda. Juan Garín, a su lado, la contemplaba jadeante.

Descansaba, pensando acaso en nuevas escenas semejantes, cuando un estremecimiento de pavor le sobrecogió: muy lejos, en el llano, en medio del bosque, había vibrado el sonido de una trompa; poco después, un nuevo y análogo sonido partió más próximo, seguido de varios y agudos ladridos. ¿Sería una cacería de señores? ¿Sería una señal de guerra?

Pero su criminal inteligencia se ofuscó. Para él, aquellos toques de trompa significaban la llegada de varios enviados del conde Wifredo para inquirir el estado de su hija y acaso para llevársela consigo. ¡Oh, y en qué momento



iban a llegar! Los tormentos más atroces le aguardaban cuando fuese descubierto su delito; vió su cuerpo cubierto de heridas y colgado al fin de un árbol, donde los buitres de Montserrat acudirían a devorar la pecadora carne.

Nuevos ecos idénticos a los anteriores pusiéronle fuera de sí; con los ojos abiertos desmedidamente, rechinando su salvaje dentadura, púsose en pie y se balanceó vacilante; y, esgrimiendo un espantable cuchillo, degolló de un solo tajo a la desmayada princesa.

Después, enloquecido, desesperado, tomó en brazos el cadáver aún caliente y corrió a esconderlo entre los riscos, y en una soleada praderita cavó una fosa y enterró a su víctima.

Miró hacia el llano y, dirigiéndose a los invisibles tocadores de trompa, gritó:

— ¡Ahora, subid; subid y buscad cuanto queráis!

Y dirigiéndose al opuesto lado de la montaña, descendió por infinitos vericuetos y desapareció en el bosque.

\*\*\*

Garín adoptó una rápida marcha cuando llegó al llano, y sin cesar de andar iba pensando cómo lograría ponerse fuera del alcance del conde Wifredo. La inquietud de su conciencia daba por ya descubierto el crimen y pensaba que dondequiera que llegase le estarían aguardando los enviados del conde para prenderlo y conducirlo al tormento. ¿Adónde dirigirse? Toda la Marca de España, el Rosellón y la Cerdaña obedecían a Wifredo.

Encaminóse al Norte, huyendo todo poblado, eludiendo todo encuentro, durmiendo a la intemperie, alimentándose con frutos, con raíces, con aquello que encontraba a su alcance.

Varias jornadas llevaba hechas cuando por fin se encontró al pie del extremo oriental de los Pirineos. Con la ansiedad de poner a salvo su vida, emprendió la ascensión poniendo en juego todas sus energías. Y cuando, después de vencer unas cuantas montañas, pudo verse en la Galia Narbonense, respiró o, mejor dicho, quiso respirar tranquilo.

Creía que tan considerable alejamiento de Montserrat devolvería la calma a su corazón. Pero inmediatamente vió que no era así. Sentíase desterrado y perseguido. El reposo no existiría ya más para él. Inquieto, receloso, viviría como una bestia dañina. La única tranquilidad para el alma podría procurársela su anterior vida de religioso; pero el doble y espantoso delito que acababa de cometer hacía imposible semejante vida mientras la más alta jerarquía de la Iglesia no le autorizase.

Días de amargura, de dolor, de desesperación fueron los que Garín pasó desde tal momento hasta aquel en que, prosternado, humillado, deshecho en



lágrimas de arrepentimiento y vergüenza, hizo la narración de su horrendo pecado al Papa, a cuya sede llegó tras una rudísima peregrinación.

El Pontífice, después de escucharle, pronunció estas terribles palabras:

— Tu pecado te iguala a las bestias. Como un bruto has procedido y como bruto deberás vivir hasta que Dios sea servido. Vuélvete a tu cueva de Montserrat y habita en aquellos riscos como bruto que eres. El mismo Dios, por un gran prodigio, te advertirá cuándo tu penitencia está cumplida.

— ¡Perdón!—gimió Garín.

Y en aquel instante cayó de manos en tierra y como un cuadrúpedo empezó a marchar. Salióse de la ciudad santa y tornó sobre sus pasos camino de Montserrat, largo viaje que hubo de hacer a gatas, experimentando padecimientos horrorosos. Cubriósele de larga y áspera pelambre todo el cuerpo; alteráronse sus facciones y sus miembros de tal suerte que cuando, lleno de angustia, pisó los peñascos de su antigua residencia, Garín parecía un monstruo por completo ajeno a la especie humana.

Se acogió a su cueva y comenzó para él una terrible vida. Siempre a cuatro patas recorría la montaña y sus contornos haciendo la vida de los animales silvestres. Otros ermitaños que en aquellas quiebras habitaban, al verlo reputábanlo por un monstruo del averno, acaso enviado allí para atemorizarlos.

Acosado por las fieras, mordido y picado por repugnantes reptiles e insectos, Garín sufrió durante varios años un tormento infinitamente más cruel que cuantos Wifredo le hubiera impuesto.

Pero el desdichado pensaba en la salvación de su alma y se resignó a cuanto pudiera sobrevenirle.

\* \* \*

Por fin pareció aplacarse un tanto la cólera divina, y un extraño suceso señaló una segunda etapa en la penitencia de Garín.

Hallábase éste una mañana cerca del río Llobregat procurando aliviar el dolor de sus llagas acostándose sobre la tierra mojada, cuando se vió cercado y acometido por una jauría de caza. Mirábanle con ojos de furia los perros, y ninguno de ellos osaba acercársele para clavar en él sus colmillos. Ladraban y aullaban los empavorecidos canes llamando a los cazadores.

No tardaron en presentarse éstos. Eran el propio Wifredo, seguido de varios caballeros y servidores. Tan extraordinariamente nuevo y feo era el aspecto de Garín, que los hombres, como los canes, quedáronse parados en derredor suyo, sin atreverse a poner mano en él ni a lanzarle un arma.

Garín los miró a todos con espanto; inmovilizado por el miedo, creyó que llegaba el momento de su muerte y que iba a abandonar la vida sin haber logrado el perdón de su culpa. Acometióle una congoja indescriptible y exhaló un largo y lastimero alarido, mientras que de sus ojos brotaban sendos raudales de lágrimas.



Suspensos quedaron los cazadores ante tales hechos. Wifredo dijo:

— Por Dios, que esta alimaña no parece lo que es: llora como el ciervo y muéstrase tan tímida como pavorosa es su apariencia. Si no fuere dañina, gustárame poseerla viva. Probemos.

Y a paso lento de su caballo y con la lanza prevenida, aproximóse a Garín, tocándole con el hierro y aun hostigándole para ver si se enfurecía.



Pero la supuesta bestia feroz humillóse en tierra, y, alzando su horrenda y peluda cara hacia el conde, le miró poniendo en sus ojos tal expresión de sometimiento que, sin vacilar, desmontó Wifredo y le puso con sus mismas manos un collar en la garganta.

Sujeto con una cadena, fué Garín agregado a la partida de cazadores, y de la misma guisa conducido a Barcelona y encerrado en el palacio condal.

Advertida la dulzura de su carácter, fué en adelante tenido como un nuevo animal doméstico que circulaba con entera libertad por todas las habitaciones. En esta libertad y en lo comfortable de su nuevo régimen de vida, adivinaba Garín que la Providencia se había apiadado ya de él y que acaso no estuviese lejano el día del completo perdón.

\*\*\*



Así fué en verdad, y cuéntase que el prodigio anunciado por el Papa manifestóse de esta manera:

Celebrábase en el palacio un banquete, y a los postres hablóse del monstruo que el conde había cazado en Montserrat y que guardaba consigo como si se tratara de un perro. Mandó Wifredo que fuese traído para que pudieran verlo aquellos que no lo conocían, y el extraño animal fué expuesto a la admiración de todos.

En aquel momento, un hijo del conde, niño de pocos meses de edad, abandonando el pecho de la nodriza encaróse con el monstruo, y con entera claridad pronunció estas palabras:

— Levántate, Juan Garín, que Dios te ha perdonado ya.

La estupefacción de todos al oír hablar en esta forma al tierno infante fué enorme; pero subió de punto y llegó al colmo cuando vieron que el fingido fenómeno se erguía poniéndose en dos pies, que desaparecía todo vestigio de animalidad en él y que en su lugar quedaba un hombre que, cayendo de hinojos, bendecía el nombre de Dios con dulces palabras de gratitud.

Asediado a preguntas, Garín confesó a Wifredo su pecado y contó la historia del castigo que le había sido impuesto. Oído lo cual y manifestado por todos el asombro que tales prodigios les producían, el conde exclamó:

— Dios te castigó, Garín, y Dios te ha perdonado. No he de ser yo quien altere sus designios. Yo te perdono también. Pero te suplico que me conduzcas al lugar donde enterraste a mi hija Riquilda, para recoger sus pobres restos y traerlos aquí.

Aquel mismo día, un fúnebre cortejo salía de Barcelona camino de Montserrat. En él iban los principales caballeros de la ciudad y numerosa servidumbre. Wifredo marchaba a la cabeza, al lado de Juan Garín.

\*\*\*

Fué una clara y tibia mañana cuando este cortejo empezó a escalar las asperezas de Montserrat. La misma ansiedad que embargaba todos los pechos hizo que la ascensión pareciese menos dificultosa.

Llegados ante la cueva de Garín, detuviéronse todos y éste dijo:

— Esta era mi vivienda, señor.

Y después, señalando una breve y risueña praderita, santiguóse y añadió:

— Y éste fué el lugar de mi crimen.

Cayó de rodillas, gimiendo y dándose puñadas en el pecho. Alzóse luego y se dirigió al oculto y florido rincón en que dió sepultura a Riquilda. Le siguieron todos con profunda emoción.

— Aquí, señor, reposa vuestra pura e inocente hija.

Y cayendo de nuevo, tornó a gemir y a rezar. Arrodilláronse y rezaron



asimismo cuantos se hallaban presentes. Y después, con gran cuidado, empezaron los servidores a levantar la tierra.

Poco habían profundizado cuando algunas exclamaciones revelaron que los restos de la princesa aparecían ya. Miró Wifredo y miraron todos, y un nuevo sobresalto hizo latir con violencia los corazones. Sobrecogidos quedaron al observar que el cuerpo de Riquilda se conservaba incorrupto.

Extremáronse las precauciones para dejar al descubierto el cadáver. Por fin quedó limpio de tierra, mostrándose acostado, como en sueño. De pronto Garín dió un grito:

— ¡Señor! ¡Señor! ¡Un nuevo prodigio! ¡En su garganta no hay señales de herida! Y yo mismo la degollé con este cuchillo que junto a ella dejé enterrado...

Iban todos ya a lanzar exclamaciones de asombro; pero quedaron mudos y espantados al ver que la princesa abría los ojos y decía con su dulce voz:

— ¡Oh padre! ¡Oh Garín! Al fin habéis venido... ¡Alabado sea el Señor!

Y abandonando su sepultura, Riquilda abrazó a su padre y besó el crucifijo que Garín llevaba en las manos.

La emoción que tamaño suceso produjo, es ocioso describirla.

Añadiremos solamente que en aquel solemne momento, Wifredo ordenó que en Montserrat se edificase a sus expensas un convento de religiosas.

Y que, al ser acabado, Riquilda, cumpliendo su promesa, ingresó en él, siendo su primera abadesa.

Juan Garín, lavado de su horrenda culpa, fué mayordomo de aquel monasterio.







## LEYENDA DEL PIRINEO

### LA BRECHA DE ROLDÁN



Si eres tan dichoso, lector, que conoces el valle de Ordesa, al pie mismo del Pirineo español, no hallarás excesivas las ponderaciones que de él hagamos en estas líneas. Si no lo conoces; si no has podido recorrer por tu pie la bellísima Faja de Pelay o bordear los fenomenales escalones de Gallinero; si no te pudiste internar en los fantásticos circos de Salarons ni de Cotatuero; si no trepaste a la Frocata; si no tuviste ocasión de contemplar directamente el

ingente barrerón que va desde la Punta de Ramond hasta el Escuzana, con una serie de picos tan imponentes como el Monte Perdido, el Cilindro del Marboré, el Marboré mismo, la Torre, el Casco de Roldán, el Royo, el Gabieto y el Escuzaneta, y con infinidad de estribaciones, montes, barrancos, torreones, mesetas, comprendidos en el arco enorme que aquellas cumbres trazan al Norte del Ordesa; si, en fin, hasta hoy no se asombraron tus ojos ni palpitó emocionado tu corazón ante aquellas bellezas, permite que te aconsejemos un viaje al espléndido valle que hoy es ya un parque nacional.

Al menos, si te interesa la leyenda de Roldán que vamos a reproducir aquí, procúrate un mapa o plano de aquella región, tan bárbaramente hermosa, y consulta las diversas descripciones que del lugar se han publicado. De tal manera conseguirás poseer una impresión relativamente aproximada de la realidad; adivinarás cuál fué el escenario en que la leyenda histórica pone la desesperada agonía del caballero francés Roland.

Célebre por su valor, el gran Roldán pasó a la historia; la fantasía humana adornó, exagerándolos, sus hechos guerreros y caballerescos. Llegóse a confundir lo histórico con lo legendario. ¿Está mal hecho? Creemos que no; la historia



de Roldán es bella; los actos de este intrépido capitán, exagerados o no, inspiraron hermosas canciones de gesta, con las cuales se solazan todavía muchos espíritus. Más de once siglos vive ya la memoria de Roldán, gracias no solamente a lo extraordinario de sus hazañas, sino también a la fantasía popular que acentuó su belleza y convirtió en héroe legendario al caballero.

Formando entre las huestes que Carlomagno en persona dirigía, Roldán cruzó los Pirineos y vino a España, llegando hasta las puertas de Zaragoza; derrotado (la única derrota de su vida), volvía a Francia; pero cuando escalaba la frontera, perdió la vida.

Lector: ese momento formidable de la muerte de Roldán es el que pretendemos describirte. Historia y leyenda van unidas; sepáralas tú mismo, si quieres. Nosotros pensamos que están mejor fundidas.

\* \* \*

El primer califa de Córdoba, Abderramán, tenía en el año 777 de nuestra Era a Suleimán-ben-Alarabi como walí de Zaragoza. Gozaba éste de excelente reputación como adicto al imperio, crédito que parece había ganado durante su gestión como walí de Barcelona.

¿Qué circunstancias determinarían el hecho de que Alarabi renegase de su fidelidad al califa? Seguramente la ambición personal.

Poblada aquella región de berberiscos indóciles, revoltosos, dispuestos siempre a combatir, debió pensar el walí de Zaragoza que con el apoyo de estas tribus y favorecido por la distancia a que se encontraba la corte del imperio, le sería fácil sacudir su sumisión a Abderramán y erigirse dueño de un pequeño reino.

No confiaba, sin embargo, en el valor ni el número de los berberiscos a quienes gobernaba para dar un golpe de mano tan transcendental. Necesitaba un aliado poderoso que le ayudase a defenderse del califa. En aquel tiempo, este aliado no podía ser otro que el rey franco Carlomagno, ante cuyas armas tantos pueblos tuvieron que someterse.

No le importaba a Suleimán-ben-Alarabi que el rey de los francos fuese cristiano: cuando la ambición domina sobre el espíritu, el hombre carece de religión y de patria.

Tampoco se ocultaba al walí que esta alianza sólo podría obtenerla a cambio de concesiones importantes; mas no vaciló en ofrecer cuanto quisieran pedirle.

Y adoptadas tales resoluciones, requirió la compañía de Cassim-ben-Yusuf y de otros notables allegados a él, y atravesando la frontera pasó a Francia; hallábase a la sazón Carlomagno en Germania presidiendo un Campo de Mayo convocado por él en Paderborn, y al cual había emplazado a los sajones después de aniquilarlos.



Hasta allí continuaron su viaje el walí de Zaragoza y sus compañeros, siendo recibidos por el rey franco, en cuyos oídos dejaron caer dulces promesas a cambio de su concurso militar.

Aceptada la alianza por Carlomagno, convínose que en la primavera del año siguiente serían enviados dos ejércitos al otro lado de los Pirineos.

Pero Carlos el Grande no era hombre a quien pudieran satisfacer papeles secundarios, y desde el primer instante debió concebir un plan más importante que el de auxiliar a Alarabi en su rebelión contra el imperio de Córdoba. Debió pensar que el acto de su nuevo aliado era un síntoma de desmoralización en el Nordeste español, y que esta circunstancia le permitiría ensanchar sus dominios, cuando menos, hasta la línea del Ebro.

Tanta importancia debió conceder al propósito, que determinó ponerse él mismo al frente de uno de los dos ejércitos expedicionarios, rodeándose de la flor y nata de la caballería y de la nobleza francesas. Roldán, el esforzado, el invencible, no podía faltar en tan cuidadosa selección.

\* \* \*

Vino la primavera del año 778, y la invasión de la España fronteriza dió principio. Un ejército penetró por las gargantas del Pirineo catalán, y otro, el que personalmente dirigía Carlomagno, entró por los Pirineos occidentales, dejando a San Juan de Pie del Puerto para deslizarse por las angosturas de Ibañeta.

Ninguna resistencia tuvo que vencer en su avance este enorme ejército. El nombre de Carlomagno, el poderoso aspecto de sus huestes, eran suficientes para ahogar cualquier idea de oposición. Ciudades y aldeas se le rendían, aun antes de haber llegado a ellas. El walí de Pamplona hízole entrega incondicional de la ciudad. Y siguiendo su arrolladora marcha, el rey franco llegó por fin a Zaragoza, hermosa presa que despertaba en él las más risueñas esperanzas.

Pero la general sumisión había terminado ya. Zaragoza, en vez de salir a recibirle, cerró sólidamente sus muros y se ofrecía hostil, dispuesta a negarle el paso. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué fué de las promesas y las demandas de auxilio de Suleimán-ben-Alarabi? Sin duda, éste, advertido de que los francos venían en son de conquistadores más que como aliados, pensó que era preferible el califa Abderramán, y por su parte rompió el pacto con Carlomagno.

Detúvose el conquistador ante las puertas de Zaragoza, y pronto pudo apreciar cuán aventurada era su situación. Despierto ya el espíritu de independencia, comenzaron los levantamientos en armas de todos los habitantes de aquellas regiones. Musulmanes y vascos rivalizaban en hostilizar al ejército franco, Y el rey, temeroso del desastre que podría acarrearle el hacer frente a tal muchedumbre de españoles y moros irritados, determinó renunciar a la empresa y volver al otro lado de la cordillera.



Insufrible vergüenza esta ésta para un emperador como él, vencedor en cuantos campos de batalla había presentado sus armas; vergüenza que, transmitida a sus tropas, determinó infinidad de actos bárbaros: todos los poblados por donde cruzaban en su retirada eran saqueados, ya fuesen moros, ya cristianos. Pamplona fué desmantelada como última manifestación del furor de la impotencia.

Y llegó la rota de Roncesvalles.

\* \* \*

Faltos de una organización militar perfecta, los vascos no podían presentar batalla al ejército de Carlomagno en la tierra llana. Por esto aguardaron al paso de los francos por las estrechas gargantas pirenaicas. Dejemos a Lafuente que nos describa con elocuente concisión el momento de la derrota:

«Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Carlomagno a bastante espacio y distancia el uno del otro. Carlos a la cabeza del primero, «Carlos, dice el astrónomo historiador, igual en valor a Aníbal y a Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos». Iba en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagajes y los tesoros recogidos en toda la expedición. Hallóse éste sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvaje sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándolas su misma muchedumbre, se veían aplastadas bajo los peñascos que desde las crestas de los montes rodando con estrépito caían. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlomagno se confundían con la gritería de los guerreros vascones, y retumbando en las rocas y cañadas, aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero; allí todas las riquezas y bagajes...»

Memorable hazaña que llenó de orgullo a los vascos, como lo prueba un famoso canto de guerra que por ellos fué compuesto, el *Altabizar cantua*, y que a través de los siglos se ha conservado con todo el sabor de su rudo anhelo de independencia.

He aquí su traducción:

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etcheco-Jauna, de pie delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: «¿Qué es esto?» Y el perro que dormía a los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

»Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; viénese aproximando por las rocas de derecha a izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que avanza.



Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jauna aguza sus flechas.

»¡Que vienen! ¡Que vienen! ¡Oh, qué bosque de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡Cómo brillan sus armas! ¡Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

»¡Veinte, y aun quedan millares de ellos! Sería tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas; aplastémoslos, mátemoslos!

»Y ¿qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¿Por qué han venido a turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franquearan los hombres. Pero las rocas caen rodando y aplastan las haces: la sangre corre a arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡Qué mar de sangre!

»¡Huíd, huíd, los que todavía conserváis fuerzas y un caballo! Huye, rey Carlomagno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roldán, yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas a los fugitivos.

»¡Huyen! ¡Huyen! ¡Qué se hizo de aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¡Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

»¡Uno! ¡Ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etcheco-Jauna, ya puedes retirarte con tu perro a abrazar a tu esposa y tus hijos, a limpiar tus flechas, a encerrarlas con tu cuerno de buey, a acostarte después y dormir sobre ellas.

»Por la noche, las águilas vendrán a comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente.»

\*\*\*

Al lado de un pedregoso sendero que está cubierto de cadáveres en gran extensión, hay un caballo tumbado patas arriba. Sanguinolenta baba se desliza de su boca, y corriendo por el cuello va a perderse en las largas crines. Tiene en el pecho una flecha profundamente hundida. Está muerto. Un peñasco que bajó rebotando por la ladera le dió en las ancas y lo derribó con violencia terrible.

Aquella flecha, seguramente dirigida contra el jinete, fué en tan preciso momento a clavarse entre las costillas del hermoso animal.



También boca arriba, y con ambas piernas aprisionadas bajo el peso del caballo, está el jinete: el caballero Roldán. No ha muerto; tampoco está herido. Al golpe de la brutal caída chocó su cabeza contra el duro suelo; el casco brillante evitó que se partiera el cráneo; pero el héroe perdió todos sus sentidos y quedó yacente por varias horas.

Roldán abre los ojos: la congestión los ha enrojecido con la sangre; se siente profundamente aturdido y no comprende nada de su situación. Entorna los párpados y esfuerza la memoria; un rictus se marca duramente entre ambas cejas. Después vuelve a abrir los ojos y gira la cabeza a ambos lados: observa, reflexiona, comprende al fin.

Aplica el oído: siente lamentaciones de algunos heridos, ya dolorosas, ya llenas de rabia. Contrayéndose en un gran esfuerzo, se vuelve para mirar al fondo del valle: por allí marchan grupos de vascos enemigos que se llevan el botín de su victoria. Un relámpago de ira es la mirada de Roldán. Mas la sacudida nerviosa le conmueve otra vez el cerebro y queda turbado. Esta turbación se convierte en sopor, y el bravo caballero cae en un sueño reparador.

La noche oculta el horror de aquel fúnebre paisaje. Y protegidas por las tinieblas acuden centenares de fieras: es la horrenda hora de su festín. Silenciosas, glotonas, devoran hasta saciarse sin exhalar un gruñido de recelo, porque hay para todas. Esta noche la fiera de los hombres ha procurado una tregua de paz a las fieras.

El viento frío del amanecer despeja la cabeza de Roldán y estimula las energías musculares del caudillo. Despierto y resuelto a salir de aquel estado, tira vigorosamente de las piernas entumecidas, que siguen presas bajo los lomos del caballo muerto. Pero el peso del animal no puede ser vencido en esta forma. Roldán se siente sujeto para siempre si no apela a uno de esos esfuerzos extraordinarios que en los momentos críticos de su vida le han puesto por encima de todos los hombres.

Ve a su alcance un peñasco, y, alargando el brazo, pone sobre él la mano derecha. Concentra toda su voluntad en el esfuerzo que va a hacer; cierra los ojos y aprieta una mandíbula contra la otra; el brazo adquiere tensión; parece el brazo de una escultura de bronce, y diríase que al tocarlo vibraría con un sonido metálico. La mano está ya afianzada en la roca; la otra mano, apoyada por la palma en el suelo, está dispuesta a completar la obra. Y Roldán, templando los músculos, va tirando, tirando, y su cuerpo va subiendo poco a poco. Cruje el peñasco, que tiembla bajo la poderosa garra del héroe; pero ya las piernas de éste se hallan en libertad.

Suelta la roca, próxima a descuajarse, vuelve a su asiento secular; pero sobre ella, donde el caballero hizo presa, quedan las huellas de sus dedos, que al cabo de mil ciento cuarenta y cuatro años pueden verse todavía en Roncesvalles.

\*\*\*



Trágica soledad envuelve a Roldán. Los que agonizaban murieron ya. Desde el alba, los buitres, las águilas, los cuervos, mil aves siniestras acuden al valle para continuar el festín que durante la noche iniciaron los cuadrúpedos salvajes.

Aquellas barranqueras son ya un hervidero de seres feroces que desde enormes distancias se sintieron atraídos al odioso banquete.

Roldán, con las piernas todavía inseguras, camina por entre los riscos de una ladera monte abajo. Ha visto que por el puerto merodean numerosos enemigos sobre la impedimenta del deshecho ejército, y no se siente con fuerzas para cruzar entre ellos luchando cuerpo a cuerpo con todos. El valor es prudencia muchas veces.

Desciende hacia la salida del valle, y procura en todo momento disimular su presencia marchando entre las rocas y ocultándose en los bosques. Poco a poco va volviendo la elasticidad a sus piernas, y cada vez que se siente en posesión de nuevas energías, acaricia la empuñadura de su terrible espada, la Durindana, tan célebre como la Tizona de Rodrigo de Vivar.

¿Cuáles son sus propósitos? Acaso recobrar sus fuerzas, cruzar el Pirineo por un punto lejano del lugar de la rota, volver a su país y levantar un ejército con el cual venir de nuevo en busca de los Eskaldunacs y arrasar su territorio tomando una venganza memorable.

En un arroyo detiéndose para refrescar sus abrasadas fauces y reposar un momento. Pronto el oído le advierte la presencia próxima de algunos hombres que, naturalmente, han de ser enemigos suyos. En efecto, cuatro guerreros vascos llegan: vienen descuidados, conduciendo sendos fardos de botín. Eludir su presencia es imposible; mostrarse a ellos desde lejos es peligroso, porque pueden huír y volver después en mayor número. Roldán resuelve matarlos, y dando vuelta a un árbol los deja aproximarse.

Cerca están ya: treinta o cuarenta pasos le separan de los montañeses vascos. Roldán, como un rayo, avanza entonces con la Durindana en el puño diestro. Los guerreros, sorprendidos, quieren hacerle frente; pero apenas tienen tiempo de soltar los fardos y empuñar sus mazas o sus flechas, cuando sus cuatro cabezas dan un trágico bote en el aire para caer pesadamente sobre la hierba.

Roldán, satisfecho, reúne el botín; lo cubre con leña; arroja sobre el montón los cuatro cuerpos decapitados, y hace con todo una hoguera. Y sobre cuatro piedras, en hilera, coloca las cabezas con el rostro vuelto hacia el fuego.

\*\*\*

A partir de aquel momento se ha despertado el terrible furor del caballero Roldán. Los cuatro golpes maestros dados con su espada le han vuelto el convencimiento de que su brazo es tan poderoso como antes. La vista de la sangre,



la satisfacción de aquella venganza parcial, le han puesto fuera de sí. Ya no teme ser visto; ya, por el contrario, desea la presencia de los enemigos, tanto más satisfactoria cuanto mayor sea el número de ellos.

Requiere el sonoro cuerno y lanza estruendosos toques de desafío a los cuatro vientos. Reanuda su marcha con paso firme y va internándose cada vez más en el país hostil. Faldeando ásperos montes, entre cuyas breñas se siente fuerte, dirígesse hacia el Oriente.

A saltos, a zancadas, avanza sin cesar. No hay obstáculos para él: trepa por los riscos, corre por las pendientes, y cuando se diría que se detiene para tomar aliento, se ve que en vez de respirar lo que hace es empuñar el cuerno de guerra y llenar el aire de retumbantes bramidos que hallan eco en cien paredes de roca, y se extienden, como truenos, a lo largo de los barrancos.

Los habitantes de los valles tiemblan cada vez que sienten estos ecos que vienen de la montaña. Y cuando los reflejos de la armadura de Roldán son apercibidos, piensan que acaso un formidable gigante ha abandonado su castillo roquero para venir en busca de venganza de parte de Carlomagno.

Cuando el hambre, la sed o las dificultades excesivas conducen a Roldán a la tierra baja, despuéblanse las aldeas a su presencia. Y si algún rezagado puede verle de cerca y escapar con vida, lleva el pánico por doquiera exclamando con terror:

— ¡Es Roldán! ¡Es Roldán!

En pocos días este nombre lo llena todo. Sólo cuando se han alejado los ecos del estruendoso cuerno renace la calma. Y entonces los hombres piensan que, sin duda, fué excesivo su miedo y se conciertan para perseguir al furioso francés.

Poco a poco ha ido formándose una partida de valientes que pretenden acorralar y vencer al caballero Roldán. Le siguen a distancia respetuosa, y los más conocedores de las montañas piensan planes diferentes para atajarlo y rodearlo. Pero cada plan es un fracaso porque nadie tiene un vigor comparable al suyo, que le permite escalar barreras y salvar abismos.

Sin embargo, una vez le ven en reposo acostado en cierta reducida pradera que protegen altos bloques. Un solo paso, y nada amplio, tiene aquel refugio. Y los perseguidores conciben la idea de acometerlo allí mismo. Calladamente llegan, y los más audaces, prevenidas sus armas, irrumpen en el callejón formando apretada masa. Pero advertido por su fino oído, Roldán aparece ante ellos de súbito y cae sobre el pelotón dando mandobles que cubren de muertos el suelo. Y pasando sobre ellos, sale de la angostura poniendo en loca dispersión a los asaltantes.

Nuevamente su ronco cuerno vibra triunfante, llevando la consternación a muchas leguas. Un miedo supersticioso se extiende a lo largo del Pirineo central. Roldán es invencible; Roldán está allí para asolarlo todo: desde las altas cumbres hará rodar inmensas peñas que aplastarán pueblos enteros; a su con-



juro van a desgajarse los Pirineos, y del otro lado pasarán sin dificultad las huestes de Carlomagno.

Con trabajo van rehaciéndose sus perseguidores, que caminan tras él a exagerada distancia, como quien sabe que será vencido cuando el perseguido se revuelva. Roldán no les hace caso; a veces se detiene por el gusto de verlos detenerse también; los desafía tocando el cuerno, y nadie responde.

Pero observa que cada día son mayor número, y piensa que acaso no sea imposible una emboscada o una traicionera acometida. Y hallándose en el valle de Arasas le parece que aquel punto será bueno para franquear la frontera y volver a su patria. La elevación de aquella barrera pirenaica, la aspereza del suelo, lo imponente de aquel bravío paisaje, han de contener, sin duda, a sus enemigos, incapaces de vencer, como él, tan rudas dificultades.

Y el valle de Arasas, hoy conocido por Ordesa, va a presenciar las últimas hazañas del bravo Roldán.

\*\*\*

Es uno de los últimos días del mes de agosto. Próximo al cauce del Arasas, Roldán ve llegar la luz del amanecer por detrás de la cresta de Custodias, nombre a la sazón simbólico, porque poco después, y por encima de la elevada cadena montañosa, ha de levantarse, como inmensa y deslumbradora custodia, el dorado disco del sol.

Roldán quiere templar sus músculos y sus nervios para la próxima jornada, que ha de ser ruda y definitiva: franquear la divisoria entre este país, donde sufrió su primera derrota, y el suyo, donde cuenta hallar partidarios que le acompañarán en una nueva y vengadora expedición. Sumérgese en las frías aguas del río, que le hacen tiritar, y cuando vuelve a vestirse y acomodarse sus armas, siente una oleada de calor que recorre su vigoroso cuerpo, y un invencible estímulo de andar y poner en juego todos los resortes de sus energías.

No aguarda. Vuelve sobre sus últimos pasos del día anterior, descendiendo a lo largo del río porque recuerda haber visto un formidable circo por donde viene un arroyo tributario del Arasas. Hoy es conocido este circo con el nombre de Cotatuero.

El aspecto terrible del circo y la espesura de la selva que hay a su entrada los estima como barrera que detendrá a sus perseguidores, o cuando menos los retrasará en su empresa.

Valerosamente se interna en el bosque. A poco, se detiene para escuchar: ningún ruido cuyo origen pueda atribuirse a seres humanos; solamente el pío de los pájaros y la canción del agua llenan el espacio. Marcha junto al arroyo, ascendiendo siempre. A veces, ciertas dificultades le apartan del cauce y trepa por la ladera, ansioso de ver el horizonte: un horizonte limitado, aparentemente próximo, que trazan unas cuantas elevadas montañas.



Ya el sol se ha remontado y contribuye con su calor a hacer más penosa la subida. Pero Roldán no siente nada: mira sin cesar adelante, seguro de que detrás de aquella barrera de montes está su patria; donde en vez de sentirse perseguido, respirará con amplitud; donde será acogido con entusiasmo por el buen rey Carlomagno, que hoy le llora perdido.

Un momento se detiene para cobrar aliento mientras contempla una ruidosa cascada en el punto más angosto del circo. Instantes después pasa al otro lado y puede ver que otra pequeña pared se alza a su frente. Sigue remontando el curso del arroyo y, al llegar a una bifurcación, elige el camino de la izquierda porque le parece el más difícil.

Ya ha traspuesto aquella pared y se halla en un estrecho paso que se abre entre dos montañas. Desciende suavemente, y a poco le parece hallarse encerrado en un laberinto.

He aquí que ha llegado a un extraño lugar que produce en el ánimo de Roldán una profunda sugestión; a pesar de la impaciencia con que desea dar por terminada la subida de los montes para emprender el descenso a tierras hospitalarias, se siente atraído por el misterio de lo que ven sus ojos. De diversas direcciones llegan cuatro o cinco arroyos, que se confunden en uno solo; y éste, apenas formado, desaparece en la tierra, como si fuese bebido por ella. Asomado a las quiebras del sumidero contempla el fenómeno, que querría explicarse a sí mismo.

De repente, parécele que las aguas cantan o hablan; fija la mirada en ellas y presta una atención reconcentrada a los sonidos que en el sumidero se producen. Efectivamente: oye sílabas sueltas, mezcladas con silbidos y gluglús. Este hombre, que no retrocede ante ningún peligro humano, siente, sin embargo, un escalofrío al escuchar unas simples palabras que parecen venir del hoyo donde es absorbido el riachuelo.

Quiere dudar y no puede: no hay manera de dudar cuando se escucha distintamente el propio nombre dicho en la lengua materna. Y Roldán no duda que algo extraordinario va a producirse, cuando siente que una clara voz sale de las aguas y le llama en su idioma:

— Roland... Roland...

Aferrado a una peña, nervioso, mira fijamente al sumidero. Pero no contesta. ¡Quién sabe qué endiablada hechicería existirá en el fondo! En este país maldito, donde pereció su ejército, es posible que hasta las furias del averno se conciten para detener su paso y aniquilarle, impidiendo que tenga realidad la tremenda venganza que Roldán se ha prometido.

Pero la voz misteriosa insiste en llamarlo:

— Roland, escucha: detén tu marcha. Al otro lado te aguarda un peligro mayor: la muerte. El sol va a ocultarse. Mañana podrás pasar...

Roldán ha comprendido: se pretende detenerle un día, sin duda el tiempo necesario para que sus perseguidores le rodeen y arrojen sobre él peñascos



que le aplasten o flechas que le atraviesen el corazón. Vuelve en sí y, con arrogancia, increpa a la voz que sale de aquella invisible garganta:

— Traidora voz: mañana estaré ya al otro lado, burlándome de tu consejo. Y un día he de volver aquí mismo para ahogarte, llenando de piedras tu garganta.

Después se pone en marcha. Pero detrás de él sigue la voz diciendo:

— Mañana no existirás... Veo un remolino que oculta al sol... Veo una llamarada en el cielo, y al soberbio Roldán disuelto en este fuego...

Crispado, el caballero continúa su ascensión por parajes cubiertos de obstáculos que parecen colocados allí para hacerle desesperar. Por fin llega a un punto donde ante la vista se le ofrece muy próximo lo que deseaba ver: las cumbres terminales de la cadena montañosa. Son las mismas que desde abajo había visto como las más elevadas, verdadera frontera entre los dos países. Una última arremetida premiará los esfuerzos que viene haciendo. A la derecha preséntase una enorme masa redondeada, cuya cúspide tiene gran semejanza con el casco que lleva Roldán sobre su orgullosa cabeza; a la izquierda, otra elevada cima, y entre ambas una formidable pared vertical, que debe de tener cerca de media legua de extensión. Al pie de esta pared, y siguiendo sus curvas, hay una faja de nieve. Las cumbres también presentan nevada la mayor parte de su superficie.

Detiénese otra vez Roldán, pensando cómo ha de escalar aquella muralla y mientras reflexiona, sucede algo que distrae su atención: el sol ha perdido gran parte de su resplandor. Involuntariamente piensa en las palabras oídas junto al sumidero de Salarons: «El sol va a ocultarse.» Vuelve la mirada atrás, y ve que el valle está oculto por una densa niebla. Esta niebla, más tenue, va llegando hasta las rocas que emergen a los pies del intrépido caballero. El aire ha perdido ya su brillante transparencia.

¿Resultará cierta la predicción? «Veo un remolino que oculta al sol.» ¿Irà a producirse este fatal remolino? ¿Sobrevendrá la llamarada celeste que abraza a Roldán?

Un momento el caballero vacila. Piensa retroceder para sustraerse al espantoso designio. Pero a sus oídos llegan unos ladridos lejanos, que en breves momentos se repiten y aumentan. Vienen de abajo, de los lugares envueltos por la nube. Roldán siente que estos ecos se aproximan a él rápidamente; distingue primero cuatro o cinco voces diferentes; después son ocho, diez... Y aumentan sin cesar, formando al fin una loca algarabía que se acerca como una tromba.

El héroe comprende: sus perseguidores, considerándose incapaces para luchar con él, han lanzado sobre sus huellas una jauría de mastines feroces. Aquellos agudos ladridos demuestran que los perros han encontrado su rastro y lo siguen frenéticos. Dentro de un instante, Roldán se verá rodeado de fieras mandíbulas, que lo acosarán como a un jabalí. ¡Ah, si en vez de mastines fue-



sen hombres! No temería entonces nada. ¿Qué hacer? Podrá pegar la espalda a un peñasco y hacer frente a los perros salvajes; podrá con su Durindana destrozar a unos cuantos canes; pero los demás le mantendrán acorralado mientras llegan los bárbaros vascones, que a distancia le dispararán sus cobardes flechas...

Esta idea le enloquece. De nuevo la furia se desata en su cerebro y agita convulsivamente todo el cuerpo de Roldán. Ve ya brotar la sangre de sus enemigos y sus cuerpos mutilados en horrible confusión con otros despedazados cuerpos de perros descomunales.

Mira en torno para dominar el terreno que pisa: el paisaje se ha entenebrecido trágicamente; el sol parece haber desaparecido; brama el viento con sonidos roncós y lúgubres; las cimas de las montañas, envueltas en nubes, ya no se ven. De pronto, allá abajo, rasga el aire un estridente estampido, al propio tiempo que un eléctrico resplandor domina la claridad del día.

Roldán se siente combatido por el furor de los hombres y el furor de los elementos. Pero no tiembla. Su furia le ha transfigurado, y más que la víctima parece el dueño y señor de aquel infernal torbellino. No le importan ya los alaridos de los mastines, cuya proximidad va calculando por el oído. El eco remoto de una trompa guerrera le enardece todavía más. Marcha con paso firme hacia el murallón que tiene delante: va a escalarlo, y, puesto sobre el borde, con los pies pisando la tierra patria, lanzará al embravecido viento los sonos retadores de su cuerno. Y a pie firme recibirá la embestida de perros y de hombres.

Pero ante todo es preciso que sus plantas se afiancen en tierra francesa: sólo de esta manera podrá operarse el milagro.

Ya la espesa nube ha llegado hasta él; ya cubre la ingente barrera que, como último escalón, le separa de su patria. Roldán toca con sus manos la superficie del murallón. Mira, escruta inútilmente: no halla una hendidura en la roca que le sirva para escalar. Y, sin embargo, es preciso dominar aquella pared de ochenta metros.

El fracaso le arrebató: detenerse allí es el desastre, es morir contra la pared de la casa propia por no haber encontrado la puerta salvadora.

La tormenta está en su apogeo; la bárbara sinfonía del viento estrellándose contra el muro ensordece a Roldán; brillan sin interrupción en torno suyo los relámpagos y los truenos se suceden con espantable estruendo, como estallidos que desgajan montañas enteras.

Salta Roldán de un lado para otro, buscando un paso a través del pétreo muro; y, no hallándolo, grita con estentóreas voces:

— ¡Una puerta! ¡Una puerta! ¡Ábreme una puerta, patria mía!

Vuélvese de súbito: ha sentido junto a sí el hálito de uno de los mastines que llegan; lo ve, próximo a acometerle; no está solo: son ya dos, que, con los pelos erizados, los ojos como brasas y las fauces entreabiertas, van a lanzarse



a su garganta. Roldán no aguarda: cierra contra ellos y, de dos mandobles, los divide.

Después, en el paroxismo de su furor, llégase al barrerón descomunal y aúlla, más que grita:

— ¡Oh patrial! ¡Me niegas una puertal! Pues bien: ¡yo me la abriré!

Y, alzando la fiera Durindana, la empuña con ambas manos y, con todas las fuerzas de su alma, descarga un tajo indescriptible. Rásgase de arriba abajo el imponente muro, y, a través de la brecha enorme, la brecha de su nombre, ve Roldán, por un momento, los montes y el cielo, azul en la lejanía, de su amada Francia.

Por un momento nada más; porque a la enarbolada Durindana acude, celoso de su poder, un rayo del cielo que fulmina al héroe.











# Concursos Deportivos











## TEMPORADA DE 1922

29 DE ENERO

MENORES Y NEÓFITOS



ESTE concurso despierta gran expectación, por tomar parte en él muchachos que, con el tiempo, han de constituir la plana mayor del *ski*.

Con mucha nieve y buen tiempo, se da la salida a los 26 neófitos inscriptos, número nunca igualado en esta clase de carreras.

A buen tren y demostrando que tienen madera de campeón, suben el camino de los Ventisqueros y se lanzan Guarrama abajo, en donde, a causa de una aparatosa caída con rotura de un *ski*, se retira Goyanes, que era uno de los favoritos.

Se clasifican por el siguiente orden:

- 1.º Justino Azcárate.
- 2.º Francisco Bustelo.
- 3.º Manuel Balderrábano.
- 4.º Francisco Acilu.
- 5.º Tomás Navarro.
- 6.º Luis López.
- 7.º Andrés Stern.
- 8.º José González Uña.
- 9.º Pedro Cruz.
- 10.º Manuel Ruiz de la Peña.
- 11.º Luisa Ruiz de la Peña.



- 12.º Rosa Calleja.
- 13.º Clemen Ruiz de la Peña.
- 14.º Francisco Alberich.
- 15.º Adela Calleja.

El vencedor, Justino Azcárate, es una revelación, pues a nada que se entrene será uno de los mejores corredores de *cuesta arriba*.

En esta carrera se ha dado por primera vez el caso de tomar parte señoritas en competencia con los del sexo fuerte.

El mismo día se celebra el concurso de Menores, con el siguiente resultado:

- 1.º Juan González Uña.
- 2.º José González Orduña.
- 3.º Luis González Orduña.

12 DE FEBRERO

## CAMPEONATO DE SEÑORITAS

Este concurso, que desde hace tiempo no se celebraba, despierta gran interés, pues hay varias aspirantes a campeonas, alentadas por sus respectivos admiradores.

Se les da la salida en las proximidades del refugio de Siete Picos y, envueltas en la niebla, se dirigen hacia el Puerto de Navacerrada, en donde está situado el Jurado de llegada y un operador cinematográfico, al ver al cual las corredoras no pueden por menos de arreglarse el peinado, con lo que algunas pierden el equilibrio precisamente delante de la máquina.

Llega la primera Mercedes Cruz, que este año, además de este Campeonato, gana el primer puesto en el concurso de Parejas mixtas. La segunda llega Carmen Posada; tercera, Rosa Calleja; cuarta, Clemen Peña; quinta, Pilar Asín; sexta, María Cruz; séptima, Carmen Asín, y octava, Adela Calleja.

Se retira, por rotura de un *ski*, Luisa Peña, que, desde luego, hubiera ocupado uno de los primeros puestos.

26 DE FEBRERO

## PAREJAS MIXTAS

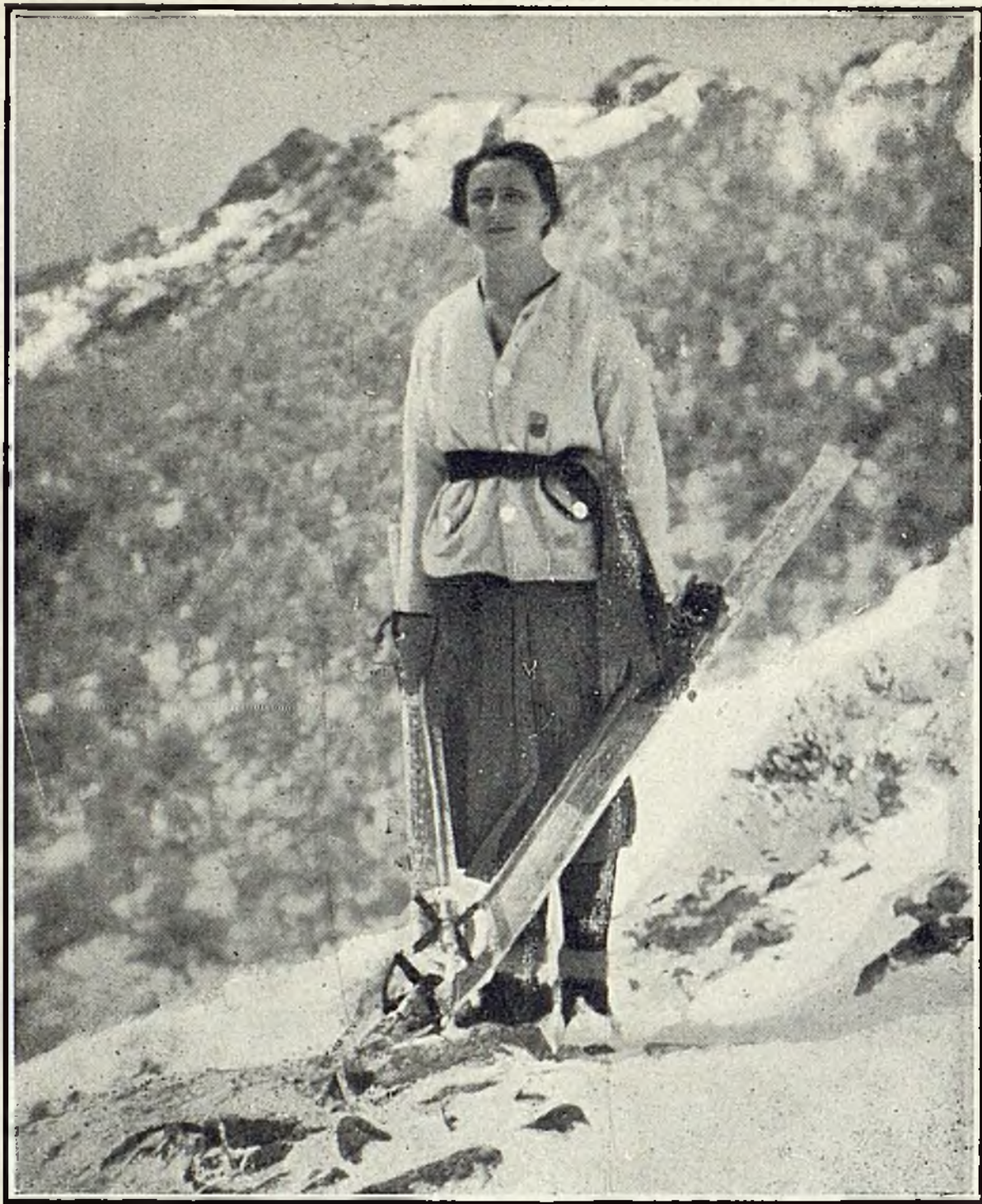
Cerca de la cumbre de las Guarramas, se da la salida a las parejas, que después de las peripecias propias del caso, llegan a la meta, situada en la carretera, delante del Salto grande, en el siguiente orden:

- 1.º Mercedes Cruz con Ricardo Arche.
- 2.º Carmen Posada con Richard Furuholmen.









Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid







- 3.º Clemen Peña con Erling Klaumann.
- 4.º Luisa Peña con Aurelio Botella.
- 5.º Carmen Balderrábano con Alvaro Lobo.
- 6.º M.<sup>a</sup> Rita López Asiaín con Fernando Bárcena.
- 7.º Matilde Miranda con Ricardo Urgoiti.
- 8.º Mercedes del Río con Manuel Peñalver.
- 9.º Adela Calleja con Andrés Stern.
- 10.º Rosa Calleja con Muguero.
- 11.º Pilar Guillén con Payá.

5 DE MARZO

## CONCURSO DE RELEVOS

A esta carrera solamente se presentan tres equipos: uno de la Real Agrupación de alpinistas Peñalara, y dos del C. A. E.

No despierta gran interés a causa de la superioridad de uno de los equipos del Club, que fácilmente gana. Lo forman: Von Koss, Asín, Botella, Ricardo Arche y Juan Arche.

Después se clasifican los peñalaros, que son: Giménez, García, López, Fernández y Goyenechea.

12 DE MARZO

## CAMPEONATO DE ESPAÑA.—FONDO

### COPA DE S. M. EL REY

Con una gran ventisca y mucha niebla, salen del Cogorro los corredores.

Pronto se destaca Ricardo Arche, del Club, que, sin competidor, termina la carrera, entrando el primero en la meta. El segundo se clasifica Hipólito García, de la R. A. de A. P.; tercero, el veterano Fernando Bárcena; cuarto, José Goyanes; quinto, Luis López Yarto; sexto, Baltasar Hidalgo; séptimo, Manuel Balderrábano, todos del C. A. E.; octavo, Angel Giménez, de la R. A. de A. P.; noveno, Enrique Parache; décimo, Pedro Domecq; undécimo, Ricardo Lafarga, este último de la Agrupación Deportiva Ferroviaria y los demás del C. A. E.

Ricardo Arche es, por ahora, a causa de su enorme afición y constancia, el indiscutible campeón de fondo. Los jóvenes Hipólito García y José Goyanes son dos muchachos que si se entrenan y no se duermen en los laureles, llegarán a ser de primera fila. Es de lamentar la ausencia de Juan Arche, Ricardo Urgoiti, Serrano y Julián López, y del campeón de los neófitos, Justino Azcárate, pues de presentarse ellos al Campeonato seguramente hubiera habido grandes cambios en la clasificación.



19 DE MARZO

## CAMPEONATO DE ESPAÑA.—SALTOS COPA DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL

Este concurso se celebra en el Salto grande, reformado. Antes de empezar el Campeonato saltan Furuholmen y von Koss, dando algunos saltos de estilo y longitud difícilmente superables.

Toman parte solamente saltadores del Club y de Peñalara, pero en la primera vuelta no consigue clasificarse ningún saltador peñalaro, por lo que se retiran del concurso.

La lucha está entablada entre Ricardo Arche, Botella, Domínguez y Urgoiti. Queda campeón Aurelio Botella, del C. A. E., que además da el salto más largo (16,50 metros). Desde luego es el que salta con más estilo y seguridad. Segundo, Ricardo Arche; tercero, Martín Domínguez; cuarto, Ricardo Urgoiti; quinto, Fernando Bárcena; sexto, Alfredo Pérez; séptimo, Luis Asín; octavo, Enrique López Durán, y noveno, José Fernando González, todos del Club Alpino Español.

\*\*\*

Una vez más, desde que el Club implantó en España los deportes de nieve, quedan sus corredores los primeros. Ya algunas Sociedades empiezan a prestar atención a estos asuntos, con lo que en años venideros tendrán más interés los concursos.

\*\*\*

La Real Agrupación de alpinistas Peñalara organizó el Campeonato regional del Guadarrama, en el que se llevaron los primeros puestos Ricardo Furuholmen, Ricardo Arche y von Koss, que representaban al Club Alpino Español. El primero quedó Campeón por segunda vez, por lo que gana la copa en propiedad.

\*\*\*

En esta temporada hay varios debutantes que prometen; entre ellos, quitando a Bustelo, Azcárate y demás neófitos que ya son más que debutantes, se hallan Muguiro y Felgueroso, y de *ellas* Pilar Guillén, María Rosa Castilla y las hermanas Balderrábano, que en temporadas venideras han de disputar a las actuales campeonas los primeros puestos en los concursos.



❧ ❧ Cuentas del  
año 1921 ❧ ❧





19 DE MARZO CAMPEONATO DE ESPAÑA.—SALTOS  
COPA DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL

Esta mañana se celebró en el Salto grande, celebrado desde el primer día de la temporada, el Campeonato de España y el Campeonato de Europa de Saltos, dando lugar a una gran fiesta deportiva.

La competición se celebró en el Salto grande, celebrado desde el primer día de la temporada, el Campeonato de España y el Campeonato de Europa de Saltos, dando lugar a una gran fiesta deportiva.

La competición se celebró en el Salto grande, celebrado desde el primer día de la temporada, el Campeonato de España y el Campeonato de Europa de Saltos, dando lugar a una gran fiesta deportiva.

La competición se celebró en el Salto grande, celebrado desde el primer día de la temporada, el Campeonato de España y el Campeonato de Europa de Saltos, dando lugar a una gran fiesta deportiva.



Una vez más, desde que el Club Alpino Español se creó, ha sido el deporte de invierno, y en especial los saltos, el que ha dado lugar a una gran fiesta deportiva.



La competición se celebró en el Salto grande, celebrado desde el primer día de la temporada, el Campeonato de España y el Campeonato de Europa de Saltos, dando lugar a una gran fiesta deportiva.

La competición se celebró en el Salto grande, celebrado desde el primer día de la temporada, el Campeonato de España y el Campeonato de Europa de Saltos, dando lugar a una gran fiesta deportiva.



# Inventario del Club Alpino Español en 31 de diciembre de 1921

A C T I V O		P A S I V O	
Pesetas	Cts.	Pesetas	Cts.
Chalet de Navacerrada.....—Coste del mismo.....	73.967	32	
Refugio de El Paular.....—	7.436	40	8.950
— de Gredos (viejo).—	3.909	54	
— de La Maliciosa.....—	9.320	25	60
— de Siete Picos.....—	4.776	35	
— de Gredos (nuevo).—	9.910	10	
Mobiliario y enseres del Chalet.—Valor de los existentes.....	15.683	08	
Calefacción.....—Valor de la instalación.....	1.949	40	
Teléfono.....—	210	43	
Instalación de duchas.....—	291	23	
— de agua.....—	7.255	34	
— de luz.....—	4.100	38	
Mobiliario y enseres de oficina.—Valor de los existentes.....	2.496	31	
Insignias.—Valor de las existentes.....	628	95	
Fianzas.—Por la del domicilio social.....	75		
Acciones del ferrocarril eléctrico del Guadarrama.—Valor de una.....	500		
Obligaciones del Tesoro 5 %.—Coste de 10.000 pesetas nominales.....	10.004	40	
Banco Hipotecario de España c/c núm. 2.677.—Saldo a favor.....	3.518	15	
Caja.—Existencia en metálico.....	3.141	62	
	159 176	25	9.010

V.º B.º

El Presidente,

A. M. G A M E R O

R E S U M E N

Importa el Activo..... Pesetas 159.176,25

— el Pasivo..... — 9.010,00

CAPITAL EFECTIVO... — 150.166,25

El Tesorero,

S. J U N Q U E R A



# RESUMEN DE INGRESOS Y PAGOS

## INGRESOS

	PESETAS	CTS.
EXISTENCIA EN CAJA EN 1.º DE ENERO.....	665	92
Ingresado por cuotas de entrada.....	3.050	
— por — generales.....	22.660	
— por entradas al Chalet.....	1.882	50
— por alquiler de camas.....	3.993	50
— por — de armarios.....	905	
— por canon de Cantina.....	100	
— por — del mecánico.....	150	
— por intervención de cocina.....	1.121	60
— por suministro de agua a la Sociedad Amigos del Campo.....	200	
— por venta de Skis.....	368	
— por conferencias telefónicas.....	77	75
— por donativos.....	2.544	
— por venta de insignias.....	438	50
— por anuncios para el Anuario.....	1.345	
— por intereses de valores y de c/c.....	204	05
	39.705	112



# Y PAGOS DURANTE EL AÑO 1920

## P A G O S

		PESETAS	CTS.
92	GASTOS DE LOCAL SOCIAL.....		
	{ Alquiler..... 929,10		
	{ Alumbrado..... 86,95		
	{ Empleado..... 1.300		
	{ Portero y limpieza..... 133	2.449	05
50	GASTOS GENERALES.....		
50	{ Cobranza de recibos..... 400		
	{ Impresos y sellos..... 950,50		
	{ Varios..... 177,50	1.528	
60	MOBILIARIO Y ENSERES DE OFICINA.—Compra de una máquina de escribir.....	400	
75	GASTOS DEL CHALET.....		
50	{ Carbón y portes..... 1.844,15		
	{ Conserje ..... 1.480		
	{ Mozo ..... 1.266		
05	{ Personal auxiliar..... 564		
	{ Leña ..... 500		
	{ Seguros..... 748,70		
	{ Varios, lavado de ropas, luz, etc. 1.081,55	7.484	40
	GASTOS EXTRAORDINARIOS.....—Reparaciones muebles, etc.....	2.528	55
	GASTOS DE REFUGIOS.....		
	{ Refugio de Gredos..... 356,65		
	{ — de Paular..... 193,90		
	{ — de Siete Picos..... 271,65		
	{ — de La Maliciosa ..... 150,70	972	90
	ANUARIO.....		
	{ Tirada y original ..... 2.838,05		
	{ Comisiones anuncios..... 280	3.118	05
	CONCURSOS Y PROPAGANDAS.....		
	{ Premios y deportes..... 433		
	{ Tirada y fijación de carteles..... 89,80	522	80
	FONDO DE REFUGIOS.....		
	{ Amortización ..... 2.950		
	{ Intereses..... 182,50	3.132	50
	Acciones del F. C. E. de Guadarrama.....	250	
	Obligaciones del Tesoro 5 %.....	10.004	40
	Insignias .....	842	50
	Ingresado en c/c del Banco Hipotecario.....	3.329	05
	Existencia en 31 de diciembre de 1921.....	3.143	62
82		39.705	82

EL TESORERO,

*S. Junquera*



## DETALLE DEL MOVIMIENTO DE FONDOS AÑO 1921

	PESETAS
Existencia del año anterior.....	665,92
Ingresos ordinarios del año.....	39.039,90
	39.705,82
Pagos y gastos del año.....	22.978,75
	16.727,07

## APLICACIÓN DEL SUPERÁVIT

	PESETAS
Segundo plazo de acción del F. C. E. del Guadarrama.....	250,00
Suscripción a obligaciones del Tesoro 5 %.....	10.004,40
Ingresado en c/c del Banco Hipotecario.....	3.329,05
Existencia en caja.....	3.143,62
	16.727,07



# CLUB ALPINO ESPAÑOL

PRESIDENTE HONORARIO

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

PRESIDENTE DE MÉRITO

Don Manuel G. DE AMEZUA

## JUNTA DIRECTIVA

PRESIDENTE

Don Antonio MARTÍN GAMERO

VICEPRESIDENTE

Don Alfredo PÉREZ

SECRETARIO

Don Luis MARTÍNEZ

TESORERO

Don Santiago JUNQUERA

VOCAL.ES

Don Ernesto G. DE CAUX

Don Alfredo ZAVALA

Don Enrique MARZAL

Don Ricardo V. DE ARCHE



# CLUB ALPINO ESPAÑOL

## SOCIOS DE HONOR

Don Ignacio Bolívar, Director del Museo de Ciencias Naturales.

Profesor Hugo Obermaier.

Señor Marqués de Villaviciosa de Asturias.

Señor Conde de Saint-Saud.

Don F. R. Schrader.

Don Constancio Bernaldo de Quirós.

Don José Zabala.

Don Antonio Prast y Rodríguez de Llano.

## SOCIOS PROTECTORES

Señor Director de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España.

Señor Ingeniero Jefe del Servicio de Explotación de la misma.

Don Manuel Bustamante.

Don Ivatara Uchiyama.

Don José Caña.

Don José Luis Oriol.

Doña Heliodora Velasco.

Señor Marqués de la Vega Inclán.

Señora Marquesa de Valdeolmos.

Don Jorge Marquet.





## LISTA DE SEÑORES SOCIOS EN EL AÑO 1922

### A

- |   |   |
|---|---|
| <p>1.338 Abelló Pascual, Juan.<br/>Lagasca, 18.</p> <p>916 Abreu Lozano, Gabriel.<br/>Fuencarral, 62.</p> <p>601 a 615 Academia de Artillería.<br/>Segovia.</p> <p>444 Acilu y Pascual, Fernando G. de.<br/>Ferraz, 4.</p> <p>1.350 Adol Gracia, Raquel.<br/>Velázquez, 20.</p> <p>849 Adriaensens, G. Vidal.<br/>Alcalá, 121 trpdo.</p> <p>958 Aemmer y Girod, Eduardo.<br/>Alfonso XII, 56.</p> <p>855 Aguado Saralegui, Cayetano.<br/>Serrano, 50.</p> <p>553 Águila y Solá, Manuel del.<br/>Cadarsó, 4.</p> <p>919 Aguilar Muñoz, Manuel.<br/>Marqués de Urquijo, 39.</p> <p>922 Aguilar de Yagües, Vidala.<br/>Costanilla de San Pedro, 3.</p> <p>82 Aguilera, Joaquín de.<br/>Argensola, 17.</p> <p>366 Aguilera y Osorio, Joaquín.<br/>Orellana, 14.</p> <p>122 Aguilera, Juan.<br/>Lealtad, 20.</p> <p>16 Aguinaga, Carolina.<br/>Sagasta, 29.</p> <p>3 Aguinaga, José de.<br/>Almagro, 26.</p> | <p>812 Aguinaga, María Josefa.<br/>Almagro, 26.</p> <p>937 Aguirre de Góngora, Teresa.<br/>Luchana, 16.</p> <p>292 Ahumada, Marqués de.<br/>Ventura Rodríguez, 10.</p> <p>589 Alarcón de Weydmann, Ricarda.<br/>Travesía de Trujillos, 3.</p> <p>928 Alas Pumariño, Armando de las.<br/>Conde de Peñalver, 16.</p> <p>1.233 Alas Pumariño, Enrique de las.<br/>Conde de Peñalver, 16.</p> <p>1.231 Alavezar, Agustín.<br/>Ramón de la Cruz, 67.</p> <p>727 Alba, Santiago.<br/>Príncipe de Vergara, 78.</p> <p>1.084 Alberich, Federico.<br/>Velázquez, 21.</p> <p>1.278 Alberich Seco, Josefina.<br/>Velázquez, 21.</p> <p>1.232 Alberich Seco, Mariano.<br/>Velázquez, 21.</p> <p>63 Albiz, Conde de.<br/>Maldonado, 4.</p> <p>177 Alburquerque, Duque de.<br/>Paseo de Recoletos, 13.</p> <p>1.105 Alburquerque, Alfredo de.<br/>Conde de Peñalver, 13.</p> <p>119 Alcázar, Pepita del.<br/>Plaza de San Andrés, 2.</p> <p>1.327 Alda, Milagros de.<br/>Miguel Angel, 8.</p> <p>81 Aldama, Ignacio de.<br/>Plaza de la Independencia, 5.</p> |
|---|---|



- |       |  |       |   |
|-------|--|-------|---|
| 247   | Aldama, Marqués de.<br>Jorge Juan, 9.                            | 256   | Amezua y Mayo, Enrique G. de.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 24. |
| 248   | Aldama, Marquesa de.<br>Jorge Juan, 9.                           | 54    | Amezua, José G. de.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 24.           |
| 507   | Aldeanueva y de Andrés, Ignacia.<br>Alberto Aguilera, 40.        | 1     | Amezua, Manuel G. de.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 24.         |
| 526   | Aldeanueva, José María.<br>Alberto Aguilera, 40.                 | 914   | Amores y Riedel, Angel de.<br>Martín de los Heros, 79.              |
| 506   | Aldeanueva y de Andrés, Roberto.<br>Alberto Aguilera, 40.        | 915   | Amores y Riedel, Carlos de.<br>Martín de los Heros, 79.             |
| 1.255 | Alesanco, Jesusa.<br>Paseo del Prado, 28.                        | 127   | Amunategui, Francisco.<br>Moreto, 1.                                |
| 183   | Alonso, Manuel.<br>Alarcón, 15.                                  | 114   | Andrada, Francisco.<br>Carrera de San Jerónimo, 12.                 |
| 543   | Alonso J. Cuenca, Rodrigo.<br>Urzáiz, 13 (Vigo).                 | 1.110 | Andrés, José María de.<br>Alcalá, 39.                               |
| 544   | Alonso J. Cuenca, Salyador.<br>Arenal, 128 (Vigo).               | 312   | Andreu, Francisco.<br>Travesía del Convento, 1 (Gijón).             |
| 568   | Altamira, Juana.<br>Lagasca, 101.                                | 108   | Angulo de Zozaya, Concepción.<br>Encarnación, 12.                   |
| 567   | Altamira, Pilar.<br>Lagasca, 101.                                | 720   | Animarlo San Román, Antonio.<br>Ballesta, 11.                       |
| 101   | Altamira y Redondo, Rafael.<br>Lagasca, 101.                     | 1.121 | Apalategui y Asúa, Germán.<br>Orellana, 8.                          |
| 293   | Altamira, Vizconde de.<br>Zurbarán, 11.                          | 364   | Arana Tarancón, Arsenio.<br>General Castaños, 13.                   |
| 672   | Álvarez López, Antonio.<br>Silva, 34.                            | 581   | Arche, Angel V.<br>Fuentes, 12.                                     |
| 244   | Álvarez Cot, Emilio.<br>Silva, 34.                               | 582   | Arche, Carmen V.<br>Fuentes, 12.                                    |
| 410   | Álvarez Sagrera, Manuel.<br>Libertad, 23.                        | 253   | Arche, Consuelo V.<br>Fuentes, 12.                                  |
| 497   | Álvarez de la Braña, María Luisa.<br>Goya, 61.                   | 67    | Arche, Emilio V.<br>Quintana, 23.                                   |
| 96    | Álvarez Carballo, Octavio.<br>Plaza de Alonso Martínez, 5.       | 770   | Arche, José V.<br>Fuentes, 12.                                      |
| 520   | Álvarez Quevedo, Telesforo.<br>Mendizábal, 87.                   | 288   | Arche, Juan V.<br>Fuentes, 12.                                      |
| 1.320 | Alvargonzález Prendes, Luis.<br>Serrano, 25 dupdo.               | 289   | Arche, Ricardo V.<br>Fuentes, 12.                                   |
| 748   | Allas y Arnáiz, Pita.<br>Carmen, 23.                             | 747   | Arenas y Méndez, Carmen.<br>Arrieta, 12.                            |
| 561   | Amat de Larrúa, Basilio.<br>Glorieta de Chamberí (Imp. Clásica). | 222   | Arenillas, Anselmo.<br>Montera, 29.                                 |
| 668   | Amat y Furió, Vicente.<br>Goya, 37.                              | 221   | Arenillas, Julio.<br>Montera, 22.                                   |
| 259   | Amboage, Marqués de.<br>Lagasca, 86.                             | 223   | Arenillas, Mariano.<br>Montera, 22.                                 |
| 260   | Amboage, Marquesa de.<br>Lagasca, 86.                            | 489   | Arenillas, Purificación.<br>Montera, 22.                            |



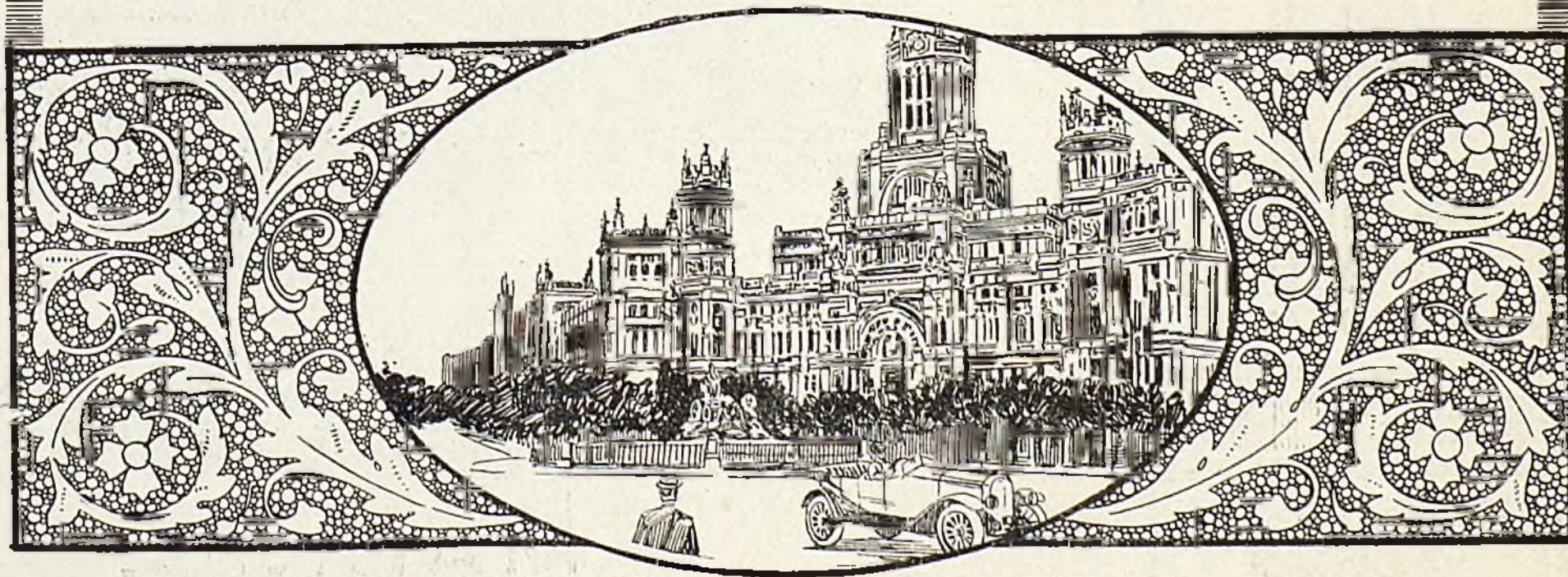


Para el gran turismo  
en España, los coches

# FIAT

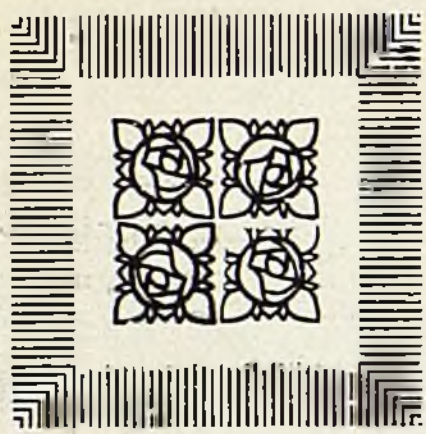
han acreditado sus  
excelentes servicios

**FIAT-HISPANIA - MADRID -**



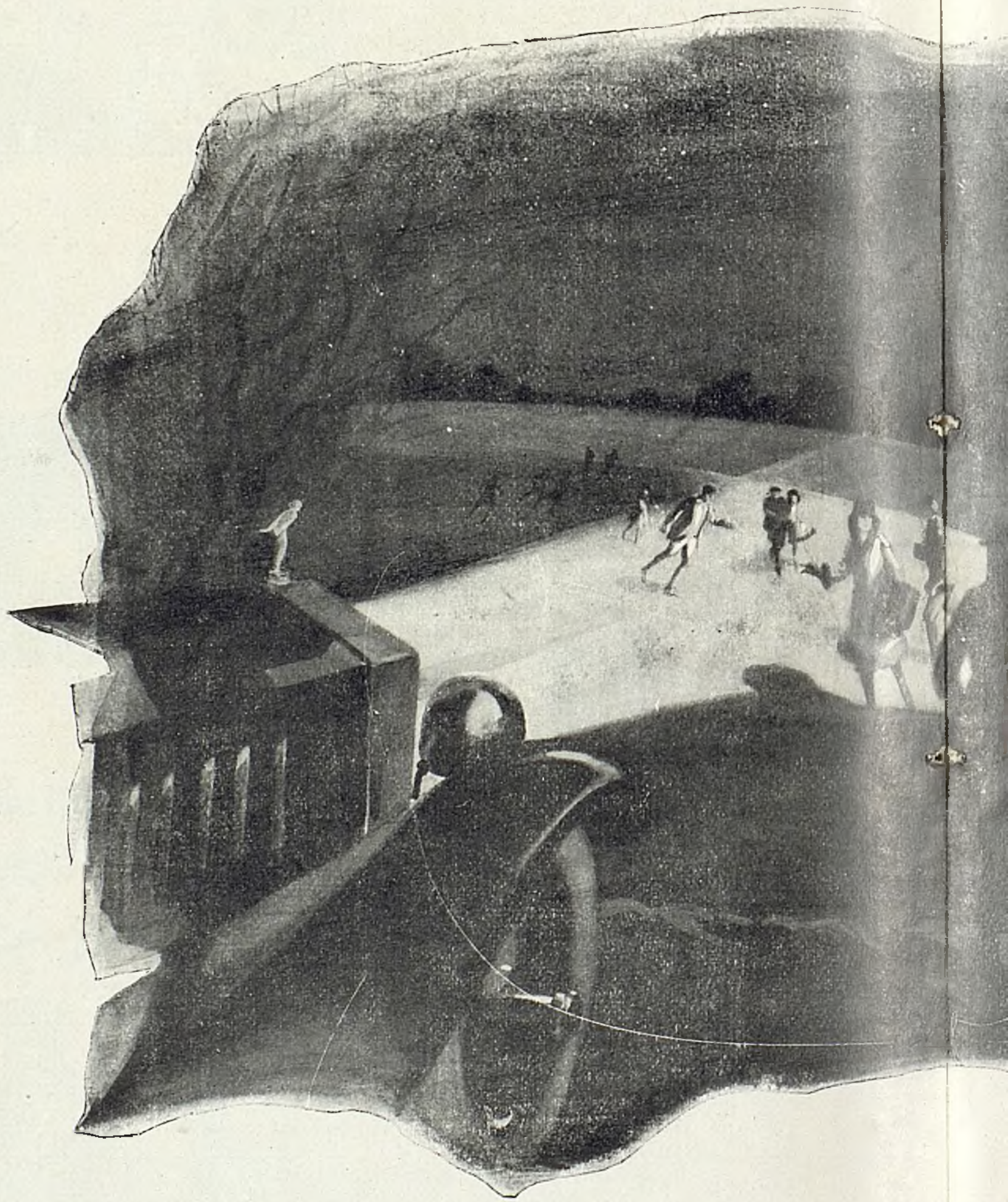
Ayuntamiento de Madrid





# NEUMATICOS

## AUTO MOT



### SOCIEDAD ESPAÑOLA

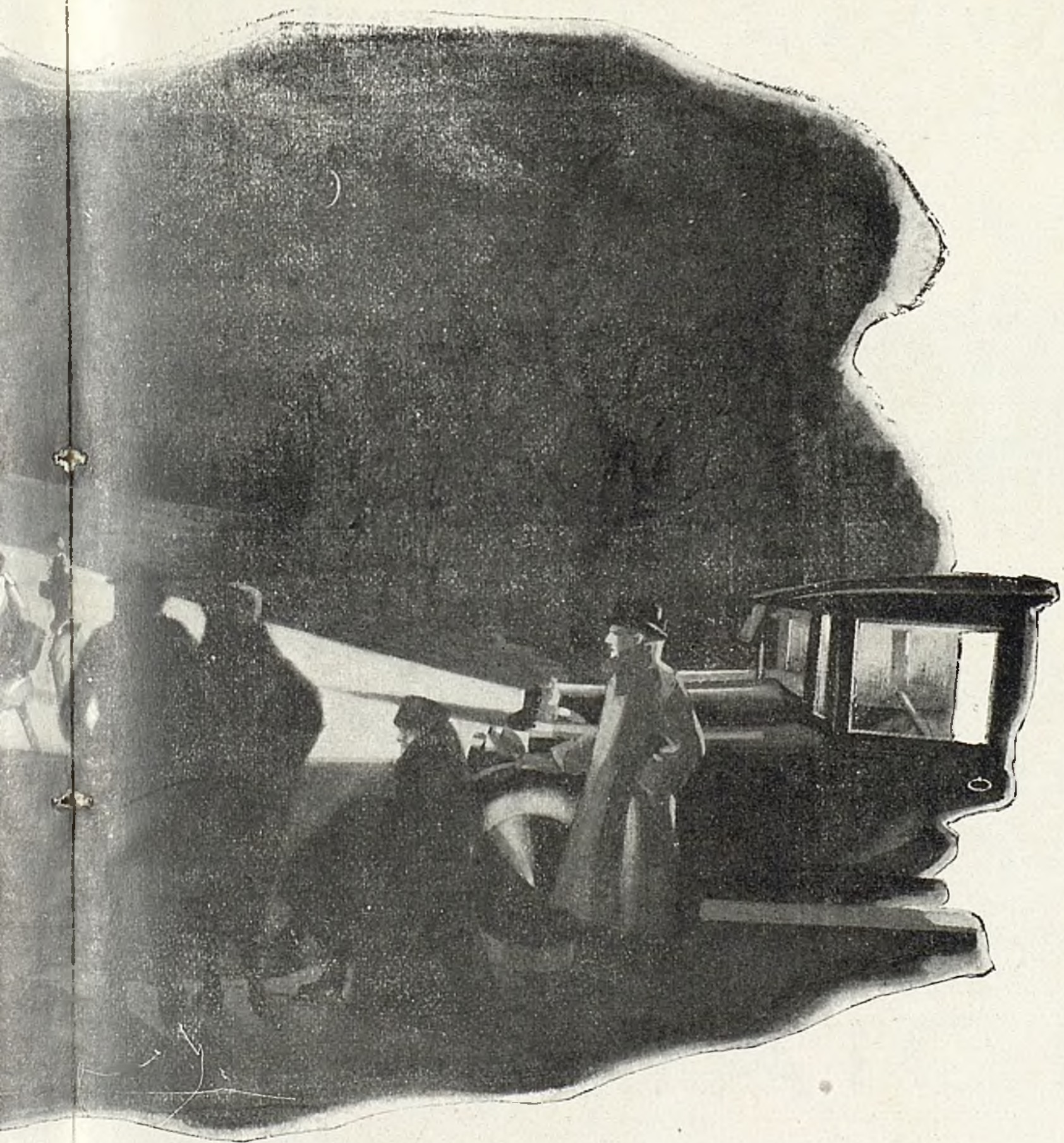
MADRID:  
CLAUDIO COELLO, 106





# S DUNLOP

OTO VELO



A DUNLOP S. A.

BARCELONA:  
BUENOS AIRES, 18



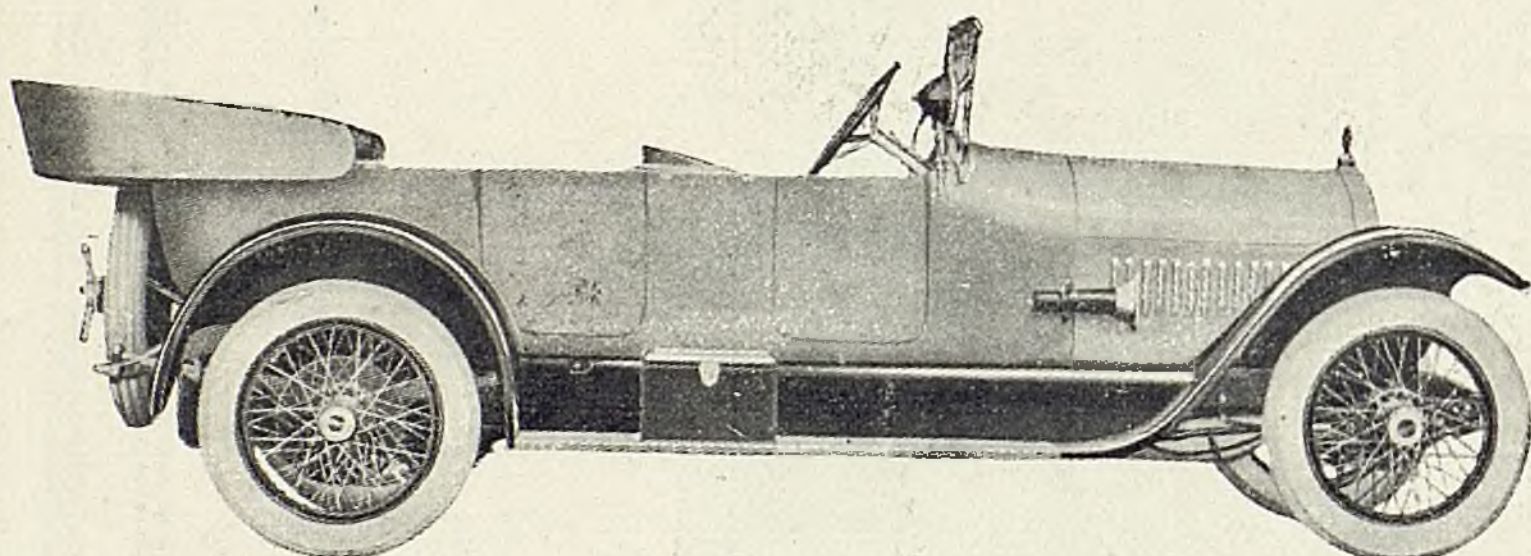


# AUTOMOVIL SALÓN

ALCALÁ, 81

MADRID

Automóviles STUTZ  
BERLIET :: MITCHELL



Camiones BERLIET y FEDERAL  
Tractores agrícolas CLETRAC

MOTOCICLETAS  
INDIAN



Piezas de repuesto para nuestras Marcas



- 163 Argota y Robledo, José.  
Torija, 6.
- 1.120 Argüelles Fernández, Darío.  
Ferraz, 90.
- 513 Argüelles Vázquez, José.  
Preciados, 21.
- 920 Arië de Aguilar, Rebeca.  
Marqués de Urquijo, 39.
- 285 Armiñán y Beltrán, Carmen.  
Plaza de la Independencia, 2 dupdo.
- 4 Armiñán, Luis.  
Plaza de la Independencia, 2 dupdo.
- 284 Armiñán, María Luisa.  
Jorge Juan, 63.
- 1.345 Arnold, Jorge.  
Conde de Peñalver, 16.
- 44 Arribas, Pedro.  
O'Donnell, 7.
- 556 Arroyabe, Joaquín L. de.  
Alcalá, 140.
- 557 Arroyabe, José.  
Alcalá, 140.
- 99 Artajo, Ana María.  
Princesa, 12.
- 470 Asín Vidaurreta, Carmen.  
Preciados, 23.
- 471 Asín de Arenillas, Natividad.  
Montera, 29.
- 485 Asín y Palacios, Luis.  
Preciados, 23.
- 427 Asín Vidaurreta, Luis.  
Preciados, 23.
- 583 Asín Vidaurreta, Pilar.  
Preciados, 23.
- 469 Asín de Iraola, Vicenta.  
Travesía de Trujillos, 3.
- 1.123 Asúa, Fernando.  
Orellana, 8.
- 1.122 Asúa, Pedro.  
Orellana, 8.
- 115 Atard de la Plaza, Francisco.  
Valverde, 23.
- 586 Agustín Ortega, Blanca.  
Alcalá, 25.
- 587 Agustín Ortega, Dolores.  
Alcalá, 25.
- 229 Agustín, Eduardo.  
Alcalá, 25.
- 585 Agustín Ortega, Ricardo.  
Alcalá, 25.

- 135 Auñón y Comes, Antonio.  
Huertas, 70.
- 695 Ayllón Torroba, Benito.  
Zurbano, 28.
- 327 Azcárate y Flórez, Justino.  
Velázquez, 72.
- 1.343 Azcárate y Flórez, María.  
Velázquez, 72.
- 375 Azcárate, Pablo.  
Velázquez, 75.

## B

- 105 Bailly Baillière, Enrique.  
Goya, 19.
- 1.197 Balderrábano, Carmen.  
Finca Pavones (Vallecas).
- 1.010 Balderrábano, José.  
Finca Pavones (Vallecas).
- 495 Balderrábano Abarca, Manuel.  
Finca Pavones (Vallecas).
- 1.198 Balderrábano, Mercedes.  
Finca Pavones (Vallecas).
- 732 Balenchana, José Antonio.  
Barquillo, 27.
- 786 Barbería, Carlos, Marqués de Be-  
llavista.  
Ferraz, 16.
- 274 Bárcena, Fernando.  
Lealtad, 13.
- 6 Bárcenas, Domingo de las.  
Serrano, 59.
- 411 Bargueño Hernández, Pablo.  
Bordadores, 3.
- 645 Bastos Mora, Francisco.  
Almagro, 10.
- 740 Bastos, José.  
Génova, 28.
- 617 Bastos, Manuel.  
Paseo de la Castellana, 11.
618. Bastos de Bastos, María Concep-  
ción.  
Paseo de la Castellana, 11.
- 723 Bastos, Mariano.  
Conde de Xiquena, 10.
- 741 Bastos, Teresa P. de.  
Génova, 28.
- 290 Bauer, Eduardo.  
San Bernardo, 54.



- |       |   |       |  |
|-------|---|-------|--|
| 55    | Bayo, Enrique, Conde de San Jorge.<br>Palace Hotel. | 1.014 | Borrallo, José.<br>Plaza de Nicolás Salmerón, 2.           |
| 806   | Beja, Mauricio.<br>Plaza de la Independencia, 8.    | 466   | Borrallo Nueda, Luis.<br>Plaza de Nicolás Salmerón, 2.     |
| 807   | Beja Durín, René.<br>Plaza de la Independencia, 8.  | 220   | Borrallo, Paulino.<br>Quintana, 20.                        |
| 1.247 | Belaunde y Prendes, Elena.<br>Serrano, 25.          | 32    | Borrego Lozano, Eduardo.<br>Plaza del Progreso, 11.        |
| 1.246 | Belaunde de Lamtero, Maria Luisa.<br>Serrano, 25.   | 1.286 | Borrego de Campo, Elena.<br>Plaza del Progreso, 8.         |
| 1.244 | Belaunde y Prendes, Mercedes.<br>Serrano, 25.       | 1.285 | Borrego de Pascual, Gloria.<br>Conde de Romanones, 15.     |
| 1.126 | Bellón Uriarte, Pedro.<br>Ferraz, 86.               | 940   | Borrell, María.<br>Conde de Aranda, 18.                    |
| 59    | Benítez, José.<br>Claudio Coello, 20.               | 792   | Bosch de Lucini, Adelaida.<br>Abascal, 7.                  |
| 1.046 | Benítez de Lugo, Luis.<br>Caracas, 13.              | 650   | Bosch de López Sandino, Carmen.<br>Génova, 11.             |
| 1.045 | Benítez de Lugo, Mariano.<br>Caracas, 13.           | 226   | Botella, Aurelio.<br>General Castaños, 15.                 |
| 638   | Benito Barrachina, Pedro.<br>Princesa, 61.          | 237   | Botella y Montoya, Ernesto.<br>Conde de Xiquena, 15 y 17.  |
| 1.138 | Berenyí, Baby.<br>Goya, 38.                         | 1.134 | Bourgón Alzugaray, José.<br>Carlos III, 2.                 |
| 1.091 | Berenyí, Guillermo.<br>Goya, 38.                    | 1.095 | Bourgón, María del Socorro.<br>Carlos III, 2.              |
| 1.221 | Bergamín, José.<br>Plaza de la Independencia, 8.    | 1.094 | Bourgón Alzugaray, Rafael.<br>Carlos III, 2.               |
| 232   | Bermejillo, Javier.<br>Paseo del Cisne, 33.         | 1.133 | Bourgón Alzugaray, Ricardo.<br>Carlos III, 2.              |
| 667   | Bernabeu de Yeste, Antonio.<br>Sagasta, 17.         | 118   | Brandoy, Concepción.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 15. |
| 1.051 | Bernabeu de Yeste, Jaime.<br>Sagasta, 17.           | 117   | Brandoy, Francisco.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 15.  |
| 1.096 | Bernáldez Ávila, Alfonso.<br>Montalbán, 11.         | 266   | Braña, Enrique A. de la.<br>Goya, 61.                      |
| 898   | Bizard, Etienne.<br>Ayala, 70.                      | 1.300 | Brauns, Matilde Pura.<br>Pardiñas, 112.                    |
| 952   | Blanco Fombona, Hugo.<br>Martín de los Heros, 83.   | 1.299 | Brauns, Fritz.<br>Pardiñas, 112.                           |
| 946   | Blanco Fombona, Rufino.<br>Martín de los Heros, 83. | 1.298 | Brauns, Teresa.<br>Pardiñas, 112.                          |
| 231   | Bloy, Leoncio.<br>Monte Esquinza, 11.               | 1.297 | Brauns, Guillermina.<br>Pardiñas, 112.                     |
| 1.100 | Bolívar Pieltain, Cándido.<br>Goya, 39.             | 1.296 | Brauns, Pura C. de.<br>Pardiñas, 112.                      |
| 987   | Bordons, Eduardo.<br>Marqués de Urquijo, 21.        | 1.295 | Brauns, Federico.<br>Pardiñas, 112.                        |
| 988   | Bordons, Trinidad de.<br>Marqués de Urquijo, 21.    | 134   | Bravo Villasante, Juan.<br>Príncipe, 10.                   |



- 634 Bravo, Pascual.  
Hermosilla, 44.
- 102 Breñosa, Rafael.  
Rosales, 6.
- 264 Burguet, Rosa.  
Lagasca, 86.
- 1.354 Burmester, Hermann.  
Ayala, 33.
- 1.353 Burmester, Oscar.  
Ayala, 33.
- 194 Buser, Arnaldo.  
Esparteros, 6.
- 511 Bustelo Vázquez, Francisco.  
Barquillo, 14.
- 426 Bustelo Vázquez, Ramón.  
Barquillo, 14.

### C

- 305 Caamaño López, Segundo.  
Castellana, 64.
- 1.032 Caballero de Rodas, Alfonso.  
Serrano, 56.
- 813 Caballero Martínez, Alvaro.  
Plaza de Jesús, 1 trpdo.
- 358 Caballero Cuzani, Antonio.  
Hortaleza, 29.
- 592 Caballero Azcárate, Félix.  
Hortaleza, 106.
- 1.301 Caballero de Rodas, Manuel.  
Serrano, 56.
- 995 Caballero, Mercedes.  
Plaza de Jesús, 1 trpdo.
- 593 Caballero Azcárate, Rita.  
Hortaleza, 106.
- 1.208 Cabañas García, Agustín.  
Paseo de Extremadura, 15 y 17.
- 1.209 Cabañas García, Santiago.  
Paseo de Extremadura, 15 y 17.
- 825 Cabanyes, José Antonio.  
Velázquez, 75.
- 45 Cadenas, Francisco.  
Fernando VI, 17.
- 783 Calderón, Conde de.  
Ramón de la Cruz, 56.
- 36 Calvo, Lisardo.  
Alcalá, 63.
- 56 Calvo, Manrique.  
Lista, 10.
- 709 Calleja Gómez, Adela.  
Campomanes, 8.
- 701 Calleja Gómez, Blanca.  
Campomanes, 8.
- 518 Calleja, Fernando.  
Campomanes, 8.
- 708 Calleja Gómez, Francisco.  
Campomanes, 8.
- 706 Calleja Fernández, Francisco.  
Campomanes, 8.
- 584 Calleja Gómez, Luis.  
Campomanes, 8.
- 597 Calleja, Rosa.  
Campomanes, 8.
- 1.364 Calleja de Heberlein, Margot.  
Castellana, 4.
- 531 Camins Ros, José.  
Hortaleza, 42.
- 159 Campo, Luis del.  
Huertas, 82.
- 826 Campo Olavarría, Luis del.  
Huertas, 82.
- 1.216 Campo Cantalapiedra, Mariano del.  
Plaza del Progreso, 8.
- 870 Campos Salcedo, José Luis.  
Orfila, 12.
- 1.243 Canivell, Ramón.  
General Pardiñas, 14.
- 1.097 Cano y García, Constantino.  
Augusto Figueroa, 31.
- 1.074 Cantos y Sáiz de Carlos, José  
María.  
Serrano, 28.
- 483 Cantos y Sáiz de Carlos, Ramón.  
Serrano, 28.
- 1.135 Cañete Escribano, Javier.  
Paseo del Prado, 46.
- 923 Cañizares y López, María Dolores.  
Francos Rodríguez, 16.
- 1.086 Carasa, Francisco.  
Puebla, 12.
- 821 Cárdenas y de la Torre, Francisco.  
Orfila, 12.
- 805 Careage de Menchaca, Concepción.  
Buenos Aires, 11 (Bilbao).
- 316 Caro, Francisco.  
Cruz, 21.
- 1.276 Carnicer Guerra, Cristóbal.  
Ferraz, 81.
- 698 Carrasco Cadenas, Enrique.  
Larra, 6.



- |   |   |
|---|---|
| 622 Carrasco Muñoz, Jesús.<br>Lope de Vega, 55.                   | 632 Caux, Ernesto G. de.<br>Zurbarán, 5.                              |
| 1.003 Carreras Torres, Carmen.<br>Villanueva, 8.                  | 905 Cazard, Juan.<br>Avenida de la Plaza de Toros, 26.                |
| 676 Carrillo de Prats, Josefa.<br>Atocha, 16.                     | 752 Ceinos de Simón, Francisca.<br>Hernán Cortés, 7.                  |
| 600 Carrozas Herbada, Jesús.<br>Fuencarral, 102.                  | 1.253 Centaño de la Paz, José.<br>Blanca de Navarra, 8.               |
| 393 Cartagena y de Coca, José.<br>Cardenal Cisneros, 76.          | 890 Cervera, Amparo.<br>Glorieta de Bilbao, 4.                        |
| 37 Casares, José.<br>Plaza de Santa Catalina, 2.                  | 61 Cocagne, León.<br>Banco Español de Crédito.                        |
| 1.217 Castañeda, Manuel.<br>Conde de Romanones, 13.               | 388 Codina y Luque, José.<br>Jorge Juan, 30.                          |
| 566 Castañeira, Antonio.<br>Plaza de la Independencia, 8.         | 885 Codina y Ruiz, Vicente.<br>Serrano, 76.                           |
| 654 Castaño, Fernando.<br>Fernández de los Ríos, 25.              | 464 Colas y Sacristán, José María.<br>Bárbara de Braganza, 18.        |
| 458 Castells Zamuy, Antonio.<br>Plaza de Herradores, 12.          | 1.292 Coloma, María del Carmen.<br>Villanueva, 5.                     |
| 486 Castells y Huerta, Antonio.<br>Plaza de Herradores, 12.       | 294 Colorado, Eugenio.<br>Zurbarán, 11.                               |
| 820 Castells y Huertas, Fernando.<br>Plaza de Herradores, 12.     | 532 Comín, Francisco.<br>Fernando VI, 23.                             |
| 498 Castells y Cabezón, José.<br>Plaza de Herradores, 12.         | 1.151 Comín, J. Miguel.<br>Fernando VI, 23.                           |
| 487 Castells Huerta, Josefina.<br>Plaza de Herradores, 12.        | 73 Comyn, Antonio.<br>Alcalá Galiano, 8.                              |
| 1.288 Castilla Polo, María Rosa.<br>Caracas, 8.                   | 212 Coppel, Alfonso.<br>Fuencarral, 27.                               |
| 131 Castillejo Duarte, José.<br>Almagro, 26.                      | 345 Coppel Gerlach, Ana.<br>Fuencarral, 27.                           |
| 104 Castillo Fiel, Conde de.<br>Goya, 19.                         | 210 Coppel Dessaur, Carlos.<br>Fuencarral, 27.                        |
| 684 Castillo y Campos, Francisco José.<br>Paseo de Recoletos, 10. | 372 Coppel Gerlach, Carlos.<br>Fuencarral, 27.                        |
| 356 Castro, Américo.<br>Lagasca, 117.                             | 211 Coppel, Carmen.<br>Fuencarral, 27.                                |
| 763 Castro y Madinaveitia, Carmen.<br>Lagasca, 117.               | 346 Coppel Gerlach, Elena.<br>Fuencarral, 27.                         |
| 1.335 Castro, Luis.<br>Lagasca, 117.                              | 360 Coppel Gerlach, Luis.<br>Fuencarral, 27.                          |
| 337 Castro de la Jara, Rafael.<br>Caracas, 9.                     | 86 Corachán, Antonio.<br>Crédit Lyonnais.                             |
| 321 Catalá Armisen, Ernesto.<br>Mayor, 46.                        | 832 Corral de Guimón, Piedad.<br>Prado, 15.                           |
| 277 Catalina Sánchez, Angel.<br>Glorieta de Bilbao, 4.            | 1.107 Correa Daguerre, Alfredo.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 13. |
| 633 Caux, Emilia G. de.<br>Zurbarán, 5.                           | 1.108 Correa Daguerre, Carmen.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 13.  |



- 1.104 Correa y López, Juan.  
Avenida del Conde de Peñalver, 13.
- 1.106 Correa de Alburquerque, Pilar.  
Avenida del Conde de Peñalver, 13.
- 563 Corrochano Miranda, Alberto.  
Recoletos, 2 trpdo.
- 564 Corrochano Miranda, Gloria.  
Recoletos, 2 trpdo.
- 558 Corrochano, Gregorio.  
Recoletos, 2 trpdo.
- 1.237 Cortés, Enrique.  
Princesa, 25.
- 528 Cortezo Collantes, Gabriel.  
Serrano, 58.
- 1.002 Cortina y Fuentes, Ana de la.  
Villanueva, 8.
- 912 Corujo, Ignacio.  
Avenida del Conde de Peñalver, 15.
- 1.054 Corujo, Ignacio.  
Avenida del Conde de Peñalver, 15.
- 500 Costi y G. de Tuñón, Carlos.  
Alarcón, 5.
- 499 Costi y G. de Tuñón, Francisco.  
Alarcón, 5.
- 69 Gragh, Joaquín.  
Lisboa, 8.
- 84 Crespo González, Andrés.  
Atocha, 113.
- 1.171 Crespo González, Angel.  
Atocha, 113.
- 428 Crespo y Gil Delgado, Carlos.  
Goya, 19.
- 43 Criado de Michaud, Consuelo.  
Plaza de Colón, 3.
- 534 Crocke y Montagut, Francisco.  
Alberto Aguilera, 23.
- 1.167 Cros Rojas, Eduardo.  
Argensola, 6.
- 1.113 Cruz García, Angel.  
Alamo, 1.
- 396 Cruz López y Larrañaga, Elena.  
O'Donnell, 5.
- 120 Cruz López y Larrañaga, José.  
O'Donnell, 5.
- 348 Cruz López y Manterola, José.  
O'Donnell, 5.
- 352 Cruz López, María.  
O'Donnell, 5.
- 351 Cruz López, Mercedes.  
O'Donnell, 5.

- 350 Cruz López y Larrañaga, Pedro.  
O'Donnell, 5.
- 546 Cubillo Valdés, Francisco Javier.  
Claudio Coello, 8.
- 181 Cubillo, Luis.  
Columela, 11.
- 151 Cuenllas y Rubio, Manuel.  
Augusto de Figueroa, 11.
- 481 Cuenllas y Rubio, Asunción.  
Augusto de Figueroa, 11.

## CH

- 767 Chapa Arisqueta, Antonio.  
Valenzuela, 3.
- 1.205 Chapa, Enrique.  
Atocha, 4 trpdo.
- 1.177 Chavarri, Álvaro.  
Almagro, 29.
- 625 Chavarri, Antonio, R. de.  
Plaza de la Lealtad, 5 y 7.
- 1.196 Chicheri, Juan Manuel L.  
Claudio Coello, 61.

## D

- 1.109 Daguerre de Correa, Ángela.  
Avenida del Conde de Peñalver, 13.
- 548 Damián, Guillermo.  
Alarcón, 6.
- 1.185 Dangers, Ethel.  
Banco Alemán.
- 1.186 Dangers, Inés.  
Banco Alemán.
- 1.198 Dangers, Leonardo.  
Banco Alemán.
- 1.187 Dangers Nichols, Leonardo.  
Banco Alemán.
- 1.203 Dantin Gallego, Juan.  
Nicasio Gallego, 6.
- 519 Dávila Zoraquiain, Manuel.  
San Opropio, 7.
- 1.326 Dawers, Marta.  
Carlos III, 3.
- 280 Delgado Tena, Anita.  
Monte Esquinza, 11.
- 1.128 Delgado de Torres, Demetrio.  
Plaza de Bilbao, 1.



- |   |  |
|---|--|
| 426 Delgado, Francisco de Asís.<br>Monte Esquinza, 11.          | 172 Diz Flórez, Guillermo.<br>Velázquez, 75.             |
| 279 Delgado, Francisco de Asís.<br>Monte Esquinza, 11.          | 15 Diz Flórez, Pablo.<br>Velázquez, 75.                  |
| 766 Delgado, Manuel.<br>Lagasca, 50.                            | 1.131 Domecq y González, Pedro.<br>Canalejas, 6.         |
| 1.076 Delgado Gibaja, Manuel.<br>Villalar, 7.                   | 814 Domínguez Espúñez, Alberto.<br>Ronda de Atocha, 16.  |
| 1.039 Despujol, Eulogio.<br>Juan Bravo, 10.                     | 828 Domínguez Elosegui, Joaquín.<br>Velázquez, 12.       |
| 1.090 Deutsch, Carlos.<br>Monte Esquinza, 12.                   | 1.275 Domínguez Barros, Joaquín.<br>Velázquez, 12.       |
| 1.140 Deutsch, Eugenia.<br>Monte Esquinza, 12.                  | 1.162 Domínguez Elosegui, Luis.<br>Velázquez, 12.        |
| 1.139 Deutsch, Rosa.<br>Monte Esquinza, 12.                     | 598 Domínguez de la Cámara, Luis.<br>Castellana, 6 dpdo. |
| 524 Díaz, Arcadio.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 17.        | 570 Domínguez Tenreiro, Luis.<br>Castellana, 6 dpdo.     |
| 1.260 Díaz Moreu, Carmen.<br>Fernando el Santo, 22.             | 537 Domínguez, Martín.<br>Residencia de Estudiantes.     |
| 336 Díaz de Isla, Carmen.<br>Almagro, 26.                       | 455 Donoso Cortés, Juan.<br>Lagasca, 37.                 |
| 623 Díaz Lago, Joaquín.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 17.   | 7 Dupuy de Lome, Enrique.<br>Velázquez, 22.              |
| 660 Díaz Alonso de Die, Josefina.<br>Almirante, 15.             | 980 Durán Martínez, Araceli.<br>Conde de Aranda, 14.     |
| 39 Díaz Zuazua, Ignacio.<br>Luchana, 37 dpdo.                   | 697 Durán, Ernesto.<br>Barquillo, 26.                    |
| 903 Díaz Canseco, Laureano.<br>Bailén, 26.                      | 1.055 Durán, Francisco.<br>Claudio Coello, 31.           |
| 417 Díaz Fernández de Santos, María.<br>Barquillo, 30.          | 647 Durán Martínez, Gustavo.<br>Barquillo, 26.           |
| 416 Díaz Alonso, Mariano.<br>Barquillo, 30.                     | 629 Durán, José.<br>Barquillo, 26.                       |
| 418 Díaz Fernández de Santos, Nati-<br>vidad.<br>Barquillo, 30. |  |
| 839 Die y Díaz, Ana María.<br>Almirante, 15.                    |  |
| 661 Die y Díaz, Gonzalo.<br>Almirante, 15.                      |  |
| 662 Die y Díaz, Josefina.<br>Almirante, 15.                     |  |
| 1.040 Die y Díaz, Francisco.<br>Almirante, 15.                  |  |
| 1.330 Díez Gutierrez, Diego.<br>Barquillo, 29.                  |  |
| 966 Díez Sáenz, Francisca.<br>Velázquez, 20.                    |  |
| 123 Diz Flórez, Fernando.<br>Velázquez, 75.                     |  |
- 
- | E  |  |
|--|--|
| 762 Echeandía, Victoria.<br>Paseo de San Bernardino, 10.         |  |
| 930 Echevarrieta, Rafael.<br>Claudio Coello, 117.                |  |
| 999 Elfving, Isabel D.<br>Villanueva, 5.                         |  |
| 1.213 Elizalde, Juan Manuel.<br>Fernando el Santo, 22.           |  |
| 1.261 Elizalde y Díaz Moreu, Federico.<br>Fernando el Santo, 22. |  |
| 1.262 Elizalde, José Mary.<br>Claudio Coello, 30 y 32.           |  |



- 1.214 Elizalde, Manuel.  
Fernando el Santo, 22.
- 991 Elorza, Áurea María.  
Fortuny, 30.
- 992 Elorza, Carmen de.  
Fortuny, 30.
- 827 Elosegui, José María.  
Duque de Rivas, 4.
- 1.226 Elzaburu, Oscar.  
Zurbano, 21.
- 1.020 Elzaburu, Alberto.  
Zurbano, 21.
- 1.147 Enciso y Enciso, Angel.  
Plaza de Santa Ana, 12.
- 624 Enterría y Gainza, Manuel.  
Mayor, 16.
- 619 Enterría y Gainza, María Concep-  
ción.  
Mayor, 16.
- 947 Enterría y Gainza, Rafael.  
Mayor, 16.
- 734 Escario y Núñez del Pino, Fede-  
rico.  
Lista, 5.
- 169 Escribá, Alfonso.  
Luna, 11.
- 1.064 Escribá de Romaní, Manuel.  
Plaza de Santa Bárbara, 1.
- 1.075 Escribá de Romaní, Francisco.  
Hortaleza, 67.
- 1.072 Escribá de Romaní, José.  
Hortaleza, 67.
- 1.071 Escribá de Romaní, Luis.  
Hortaleza, 67.
- 811 Escribano Ortega Herrero, Germán.  
León, 13.
- 810 Escribano Ortega Herrero, Ro-  
berto.  
León, 13.
- 959 Esparza, Luis.  
García de Paredes, 43.
- 496 Espina y Sunge, Consuelo.  
Goya, 61.
- 57 Esteban, Luis.  
Príncipe de Vergara, 5.

## F

- 180 Fajardo, Desiderio.  
Postas, 25.

- 128 Fajardo y Gómez, Enrique.  
Montera, 9 y 11.
- 948 Falkenstein, Félix.  
Zorrilla, 31.
- 950 Falkenstein, Mariana.  
Zorrilla, 31.
- 690 Fargenson de Madinaveitia, Nelly.  
Lagasca, 117.
- 851 Felgueroso de Queypo, Jenara.  
Alcalá, 121 dpdo.
- 1.141 Felgueroso González, Luis.  
Bárbara de Braganza, 24.
- 694 Felgueroso F. Nespral, Secundino.  
Príncipe de Vergara, 8.
- 1.323 Fernández Araoz, Alejandro.  
Prim, 16.
- 141 Fernández Ascarza, Alfonso.  
Alfonso XII (Observatorio).
- 1.159 Fernández Mariñal, Amalio.  
General Castaños, 17.
- 1.351 Fernández Noguera, Amelia.  
Velázquez, 10.
- 129 Fernández y Fernández, Antonio.  
Preciados, 5.
- 435 Fernández Coppel, Antonio.  
Preciados, 5.
- 1.310 Fernández de Sáenz, Bernardina.  
Velázquez, 20.
- 473 Fernández Cancela, Consuelo.  
Marqués de Urquijo, 3.
- 278 Fernández Catalina, Domingo.  
Don Felipe, 11 y 13.
- 830 Fernández Benavente, Eduardo.  
Claudio Coello, 16.
- 1.038 Fernández y Palacio, Ignacio.
- 1.340 Fernández Muro, Jesús.  
Serrano, 38.
- 1.230 Fernández Prida, Joaquín.  
Lealtad, 15.
- 233 Fernández de la Cancela, José.  
Marqués de Urquijo, 3.
- 533 Fernández Cancela y Martínez,  
José.  
Santa Teresa, 14.
- 142 Fernández Ascarza, Lucía.  
Alfonso, XII (Observatorio).
- 744 Fernández Iruegas, Luis.  
Prim, 13.
- 275 Fernández Gamboa, Luis.  
Lista, 8.



- 1.266 Fernández de Liencres, María Concepción.  
Plaza de Matute, 9.
- 594 Fernández de Liencres, Fernando.  
Plaza de Matute, 9.
- 397 Fernández de Liencres, José.  
Plaza de Matute, 9.
- 1.265 Fernández de Liencres, María Teresa.  
Plaza de Matute, 9.
- 218 Fernández de Liencres, Miguel.  
S
- 1.304 Fernández Victorio, Nicolás.  
San Lucas, 6.
- 1.341 Fernández Mateu, Salvador.  
Serrano, 38.
- 743 Fernández Noguera, Víctor.  
Velázquez, 10.
- 143 Fernández Ascarza, Victoriano.  
Alfonso XII (Observatorio),
- 943 Ferrera de Velasco, José.  
Jorge Juan, 31.
- 989 Feu de Fluxa, María Concepción.  
Plaza de Canalejas, 3.
- 671 Fiter y Clave, Ignacio.  
Castelló, 48.
- 705 Fleischner, Julio.  
Hortaleza, 146.
- 790 Flor, Luis R. de la.  
San Andrés, 31.
- 1.344 Flórez, Áurea.  
Lagasca, 16.
- 972 Fluxa Fiol, José María.  
Plaza de Canalejas, 3.
- 267 Follich, Mont.  
Santa Catalina, 12.
- 517 Font Esters, Ricardo.  
Alvarez de Castro, 14.
- 1.264 Font, Salvador.  
Villanueva, 23.
- 961 Fontao, Conde de.  
Vergara, 4.
- 1.029 Fora Leblanc, José.  
General Castaños, 4.
- 896 Fora Leblanc, Luis.  
General Castaños, 4.
- 699 Fora Leblanc, Ricardo.  
General Castaños, 4.
- 448 Forgas y Prat, Eduardo.  
Belén, 19.
- 156 Fortún, Luis.  
Paseo del Prado, 22.

- 503 Francisco y Angulo, Luis de.  
Ferraz, 84.
- 953 Fuentes Redondo, Cayetano.  
Paseo de los Olmos, 5.
- 954 Fuentes García, Fernando.  
Paseo de los Olmos, 5.
- 670 Fuentes Alvarez, Julio.  
Cervantes, 30.
- 899 Furuholmen, Ricardo.  
Bárbara de Braganza, 24.

## G

- 796 Gafo Lizarte, Angel.  
Raimundo Lulio, 6.
- 960 Gafo Lizarte, Fermín.  
Raimundo Lulio, 6.
- 1.093 Galán Ruiz, Alfredo.  
Preciados, 13.
- 1.092 Galán Ruiz, Carlos.  
Preciados, 13.
- 944 Galarraga de Salavarría, Amalia.  
Hermosilla, 32.
- 1.321 Galarraga, Josefa.  
Hermosilla, 32.
- 897 Gallardo Gallegas, Alberto.  
Alcalá, 18.
- 66 Gallardo, Antonio.  
Alcalá, 20.
- 1.240 Gallego Ramos, Eduardo.  
Velazquez, 12.
- 8 Gallego, Fernando (Marqués de Quintanar).  
Felipe V, 2.
- 1.006 Gallego Fernández, José Luis.  
Almirante, 21.
- 1.181 Gamarra Orive, Angel.  
General Pardiñas, 14.
- 368 Gamazo, José María.  
Jorge Juan, 6.
- 216 Gancedo Rodríguez, Aurora.  
Castellana, 24.
- 217 Gancedo Rodríguez, Carlos.  
Castellana, 24.
- 30 Gancedo, Gabriel.  
Castellana, 24.
- 338 Gancedo Rodríguez, José.  
Castellana, 24.
- 874 Gancedo, Manuel.  
Castellana, 24.



- |       |   |       |  |
|-------|---|-------|--|
| 339   | Gancedo Rodríguez, María.<br>Castellana, 24.                  | 447   | García y García Zaballa, Juan José.<br>San Mateo, 8. |
| 93    | Gancedo Rodríguez, Pedro.<br>Carrera de San Jerónimo, 34.     | 227   | García Rivacova, Leoncio.<br>Goya, 3.                |
| 1.161 | Gandarias y Urquijo, Pedro.<br>Paseo de Recoletos, 3.         | 446   | García Alfageme, Luis P.<br>Conde de Romanones, 13.  |
| 906   | García Castellá, Alvaro.<br>Santa Engracia, 145.              | 1.176 | García Morales, Luis.<br>Santa Engracia, 48.         |
| 542   | García Alfageme, Angel P.<br>Conde de Romanones, 15.          | 711   | García Poco, Luis.<br>Plaza Nicolás Salmerón, 2.     |
| 318   | García y Díaz, Antonio.<br>Bolsa, 16.                         | 576   | García de Sánchez, Luisa.<br>Sagasta, 25.            |
| 536   | García, Basilio.<br>Avenida de Menéndez Pelayo, 27.           | 1.052 | García Gambón, Mariano.<br>Marqués de Urquijo, 38.   |
| 1.204 | García Ascot, Blandino.<br>Bailén, 15.                        | 969   | García Moreno, Paula.<br>Príncipe, 26.               |
| 1.215 | García Cernuda, Carlos.<br>Antonio Flores, 4.                 | 1.307 | García Olay, Pelayo.<br>Barquillo, 6.                |
| 1.312 | García del Real, Carlota.<br>General Castaños, 7.             | 675   | García Rives, Rafael.<br>Reloj (Senado).             |
| 978   | García, Carmen M.<br>Conde de Aranda, 14.                     | 726   | García Royuela, Rafael.<br>Lista, 21.                |
| 897   | García Alfageme, Concepción P.<br>Conde de Romanones, 13.     | 574   | García Escudero, Tirso.<br>Núñez de Arce, 7 y 9.     |
| 595   | García Moreno, Eduardo P.<br>Príncipe Alfonso, 7.             | 283   | Gerlach de Coppel, Luisa.<br>Fuencarral, 27.         |
| 1.224 | García del Real, Eduardo.<br>General Castaños, 7.             | 403   | Gianello Marcos, Fernando.<br>Goya, 28.              |
| 733   | García Mouton de Pérez Villamil,<br>Elena.<br>Hermosilla, 77. | 962   | Gianello Marcos, Mercedes.<br>Goya, 28.              |
| 878   | García Alfageme, Elvira P.<br>Conde de Romanones, 7.          | 402   | Gianello Marcos, Tomás.<br>Goya, 28.                 |
| 1.311 | García del Real, Fernanda.<br>General Castaños, 7.            | 225   | Gil Antuñano, Agustín.<br>Aguirre, 5.                |
| 1.178 | García Mercadal, Fernando.<br>Españoleto, 10.                 | 176   | Gil, Alfonso.<br>Preciados, 7.                       |
| 196   | García, Gonzalo.<br>Ayala, 23.                                | 803   | Gil Hortelano, Consuelo.<br>Prado, 9.                |
| 1.221 | García del Castillo, Ignacio.<br>Barco, 9.                    | 505   | Gil Mariscal, Félix.<br>Sagasta, 7.                  |
| 508   | García Gambón, Jaime.<br>Marqués de Urquijo, 38.              | 214   | Gil Mateos, Manuel.<br>Corredera Alta, 14.           |
| 433   | García Bellido, Joaquín.<br>Alcalá, 111.                      | 41    | Giráldez, Antonio.<br>Lista, 20.                     |
| 1.212 | García Rosende, José.<br>Lagasca, 13.                         | 924   | Giráldez, Juan.<br>Lista, 20.                        |
| 873   | García Lomas de Cadenas, Jo-<br>sefina.<br>Fernando VI, 17.   | 65    | Giráldez, María Eugenia.<br>Lista, 20.               |
| 1.142 | García Yepes, Juan.<br>Plaza del Progreso, 17.                | 721   | Girod Uruñuela, Guillermo.<br>Postas, 25.            |



- |       |  |       |   |
|-------|--|-------|---|
| 722   | Girod, Jorge Gerardo.<br>Postas, 25.                       | 1.118 | González Carvajal, Joaquín.<br>Velázquez, 20.                   |
| 692   | Girod Roches, Juan.<br>Postas, 25.                         | 1.117 | González Carvajal, José.<br>Velázquez, 20.                      |
| 111   | Girod, Luis.<br>Postas, 25.                                | 234   | González Orduña de Liñán, José.<br>San Lorenzo, 2 duplicado.    |
| 693   | Girod Roches, María.<br>Postas, 25.                        | 578   | González Orduña Salcedo, José.<br>San Lorenzo, 2 duplicado.     |
| 1.361 | Goldschmidt, Curt.<br>Carlos III, 3.                       | 78    | González, José Fernando.<br>San Mateo, 15.                      |
| 908   | Gomendio y Ochoa, José.<br>Príncipe de Vergara, 10.        | 368   | González, José María.<br>Paseo de Recoletos, 25.                |
| 909   | Gomendio y Ochoa, Manuel.<br>Príncipe de Vergara, 10.      | 539   | González Herrero, José.<br>Oviedo.                              |
| 819   | Gómez de Bonilla, Caridad.<br>Marqués de Urquijo, 19.      | 929   | González Uña, Juan.<br>San Mateo, 15.                           |
| 707   | Gómez Calleja, Concepción.<br>Desengaño, 10 cuadruplicado. | 746   | González Orduña Salcedo, Luis.<br>San Lorenzo, 2 duplicado.     |
| 1.236 | Gómez Peña, Gregorio.<br>Concepción Jerónima, 24.          | 185   | González Núñez, Luis.<br>Los Madrazo, 32.                       |
| 837   | Gómez Navarro, José Ramón.<br>Lista, 6.                    | 599   | González de Linares, Luis.<br>Avenida de la Plaza de Toros, 26. |
| 523   | Gómez Rodulfo, José.<br>Hileras, 4.                        | 1.070 | González Lambea, Marceliano.<br>Arenal, 22 duplicado.           |
| 365   | Gómez Chacón, José María.<br>(Reinosa) Calle Castelar.     | 983   | González, Serafina.<br>Columela, 8.                             |
| 1.077 | Gómez Tortosa Navarro, Luis.<br>Conde de Aranda, 14.       | 1.183 | Gonzalo, Joaquín.<br>Plaza de la Independencia, 10.             |
| 151   | Gómez, Manuel.<br>Paseo del Prado, 3.                      | 58    | Goyanes, José.<br>Príncipe de Vergara, 84.                      |
| 936   | Góngora Ayustante, José.<br>Luchana, 16.                   | 626   | Goyanes Echegoyen, José.<br>Príncipe de Vergara, 84.            |
| 1.022 | González de la Rasilla, Antonio.<br>Puerta del Sol, 14.    | 415   | Grases, Enrique.<br>Felipe IV, 11.                              |
| 984   | González, Antonio.<br>Columela, 8.                         | 154   | Grases, Manuel.<br>Felipe IV, 11.                               |
| 445   | González Navas, Antonio.<br>Carmen, 23.                    | 856   | Grasset y Aguado, Luis.<br>Juan de Mena, 13.                    |
| 749   | González Allas, Antonio.<br>Carmen, 23.                    | 880   | Grasset Jamar, José Luis.<br>Ayala, 3.                          |
| 982   | González Gieger, Carlos.<br>Columela, 8.                   | 881   | Grasset Jamar, María.<br>Ayala, 3.                              |
| 590   | González de Ubieta, Carlos.<br>Clavel, 13.                 | 884   | Grasset Jamar, Miguel.<br>Ayala, 3.                             |
| 1.013 | González Rodríguez, Eduardo.<br>Mayor, 86.                 | 451   | Grau, Pablo.<br>Colmenar Viejo.                                 |
| 1.306 | González Uña, Emilio.<br>San Mateo, 15.                    | 270   | Guerrero y Gómez, Petra.<br>Plaza del Angel, 18.                |
| 1.315 | González Uña, Javier.<br>San Mateo, 15.                    | 1.327 | Guillén Bastos, Pilar.<br>Carretera de Chamartín (Villa María). |



- 833 Guimón y Corral, Concepción.  
Prado, 15.
- 831 Guimón Eguiguren, José.  
Prado, 15.
- 834 Guimón y Corral, José.  
Prado, 15.
- 835 Guimón y Corral, Pilar.  
Prado, 15.
- 137 Guinea Sopena, José.  
Fúcar, 22.
- 1.153 Gurrea Monasterio, Adelina.  
Churruca, 25.
- 1.173 Gurrea Monasterio, Luis.  
Churruca, 25.
- 1.154 Gurrea Monasterio, Pilar.  
Churruca, 25.
- 1.284 Gurrea Monasterio, Teodoro.  
Churruca, 25.
- 1.210 Gutiérrez Fernández, Eduardo.  
Moratín, 32.
- 527 Gutiérrez Balbas, Leopoldo.  
Conde de Xiquena, 5.
- 80 Gutiérrez del Arroyo, Manuel.  
Santa Engracia, 20.

## H

- 655 Hamilton, Cecilia.  
Fortuny, 53.
- 656 Hamilton, Juan.  
Fortuny, 53.
- 1.346 Hansa, Ricardo C.  
Serrano, 19.
- 1.058 Hardisson, Carlos.  
Bretón de los Herreros, 27.
- 1.057 Hardisson, Emilio.  
Bretón de los Herreros, 27.
- 949 Hauset de Falkenston, Elena.  
Zorrilla, 31.
- 1.363 Heberlein, Erich.  
Castellana, 4.
- 1.289 Helguero Martínez, Antonio.  
Zorrilla, 27.
- 28 Heredia Spínola, Conde de.  
Marqués del Duero, 7.
- 324 Heredia y Barón, Federico.  
Alcalá, 101.
- 782 Heres, Concepción.  
Orellana, 1.

- 254 Hermant, Eugenio.  
Barquillo, 1.
- 1.087 Hermida, Benigno Agustín.  
Castellana, 19.
- 333 Hernández y Hernández, Manuel.  
Fuencarral, 10.
- 765 Hernández Usera, Mercedes G. de.  
Pinar, 10.
- 764 Hernández Usera, Rafael.  
Pinar, 10.
- 409 Herrero, José.  
Olózaga, 12.
- 745 Hidalgo, Baltasar.  
Marqués de Urquijo, 41.
- 1.206 Hidalgo de Caviedes, Hipólito.  
San Bernardo, 52.
- 1.230 Hípola, Fernando.  
Preciados, 4.
- 858 Holmes de Caux, Olive.  
Zurbarán, 5.
- 1.271 Horris, Hormann.  
Ayala, 32.
- 931 Hortelano, Matilde.  
Prado, 9.
- 757 Howard, Esma.  
Fernando el Santo, 16.
- 1.328 Hoyos y Sancho, María de.  
Lagasca, 19.
- 1.322 Hoyos de Valentí, Mercedes.  
Ríos Rosas, 21.
- 13 Huerta, Ricardo de la.  
Serrano, 59.

## I

- 317 Ibarra, Agustín.  
Echegaray, 10.
- 479 Ibarreta, Juan A. de.  
Velázquez, 14.
- 894 Iglesias Ferrer, Viuda de Olive-  
ras, Ana.  
Monte Esquinza, 11.
- 977 Imurmacher, Oscar.  
Castelló, 9.
- 1.062 Incenga, Carlos.  
Atocha, 109.
- 170 Inchausti, Juan.  
Avenida del Conde de Peñalver, 24.
- 482 Inciarte, Fernando.  
Monte Esquinza, 34.



- 459 Iracla Palomeque, Antonio.  
Travesía de Trujillos, 3.
- 386 Iracla Palomeque, Jesús.  
Travesía de Trujillos, 3.
- 467 Iribarren Cavanillas, Ramón.  
Alcalá, 83.
- 509 Isern y Romá, Juan.  
Antonio Grilo, 10.
- 1.263 Iturralde y Elizalde, María Luisa.  
Fernando el Santo, 22.
- 35 Ivanrey, Marqués de.  
Castellana, 34.
- 1.051 Izquierdo de Hernández, José Luis.  
Velázquez, 15.

## J

- 241 Jiménez Frau, Alberto.  
Residencia de Estudiantes.
- 492 Jardón, Fernando.  
Núñez de Balboa, 35.
- 424 Jequier Jean, Louis.  
Plaza de Bilbao, 1.
- 560 Jiménez Moreno, Francisco.  
Luchana, 21.
- 286 Jiménez López, Manuel.  
Infantas, 34.
- 1.229 Jove, Gregorio de.  
Lista, 3.
- 460 Junquera y Ruiz Gómez, Carlos.  
Lealtad, 15.
- 658 Junquera y Ruiz Gómez, María  
Concepción.  
Lealtad, 15.
- 461 Junquera y Ruiz Gómez, José  
Ramón.  
Lealtad, 15.
- 938 Junquera Ibrán, María Jesús.  
Sagasta, 28.
- 1.069 Junquera Ibrán, María Teresa.  
Fortuny, 30.
- 659 Junquera Ruiz Gómez, Natividad.  
Lealtad, 15.
- 38 Junquera Ruiz Gómez, Santiago.  
Lealtad, 15.

## K

- 112 Kepler, Carlos.  
Caballero de Gracia, 10.

- 150 Kindelán, Juan Antonio.  
Marqués de Urquijo, 19.
- 9 Kindelán, Ultano.  
Marqués de Urquijo, 19.
- 1.193 Klausman, Erlig.  
Bárbara de Braganza, 22.
- 77 Kocherthaler, Sra. de Kuno.  
Lealtad, 9.
- 79 Kocherthaler, Kuno.  
Lealtad, 9.
- 1.048 Koss, Albrecht von.  
Ayala, 43.
- 1.021 Krahe, Augusto.  
Moreto, 7.
- 1.179 Krahe Herrero, Luis.  
Moreto, 7.

## L

- 205 Labat, Vicente.  
Serrano, 8.
- 718 Lacasta, Marqués de.  
Mayor, 14.
- 686 Ladendorff, Enrique.  
Bolsa, 16.
- 687 Ladendorff, Lilly.  
Bolsa, 16.
- 1.036 Lafarga Ascarazo, Ricardo.  
Portillo, 13.
- 484 Lafora, Rafael.  
Plaza de las Cortes, 4.
- 859 Lago García, Juan Manuel.  
Sagasta, 24.
- 1.075 Lago Maldonado, Martín.  
Paseo de Recoletos, 3.
- 1.079 Lamana y Lizarbe, Luis.  
Plaza de Colón, 3.
- 1.149 Lambea Palacios, Daniel.  
Huertas, 35.
- 596 Lana Sarrate, Casimiro.  
Muntaner, 102, Barcelona.
- 406 Landaluce, Alfonso.  
Marqués del Riscal, 7.
- 637 Lang de Salas, Isabel.  
Belén, 3.
- 269 Langes, Isabel.  
Lagasca, 86.
- 1.242 Lantero y F. Nespral, José.  
Velázquez, 74.



- |  |  |
|--|--|
| 1.249 Lantero de Canivell, Margarita.<br>General Pardiñas, 14.     | 436 López Baena, Antonio.<br>Montera, 13.                    |
| 1.245 Lantero, María de la Paz.<br>Velázquez, 74.                  | 907 López Serrano, Carmen.<br>Santa Engracia, 145 duplicado. |
| 1.241 Lantero y F. Nespral, Vicente.<br>Serrano, 25.               | 651 López Bosch, Carmen.<br>Génova, 11.                      |
| 784 Lanuza Soldevila, Enrique M.<br>Barquillo, 6 duplicado.        | 688 López Gutiérrez, Darío.<br>Reina, 35.                    |
| 349 Larrañaga, Mercedes.<br>O'Donnell, 5.                          | 750 López Yarto, Elisa.<br>Concepción Jerónima, 30.          |
| 569 Larrauri y Mercadillo, José Ramón.<br>Francisco Rojas, 2.      | 883 López Jamar, Enrique.<br>Ayala, 3.                       |
| 261 Larrauri, Luis Antonio.<br>Francisco Rojas, 2.                 | 1.342 López Lozano, Enrique.<br>Alberto Aguilera, 22.        |
| 204 La Rosa de Alonso, Caridad.<br>Arenal, 128, Vigo.              | 652 López Bosch, Enrique.<br>Génova, 11.                     |
| 203 La Rosa Sánchez, Diego.<br>Valverde, 36.                       | 199 López Asiaín, Joaquín.<br>Fortuny, 3.                    |
| 573 La Rosa y Giménez, Diego.<br>Valverde, 36.                     | 616 López Reina, Joaquín.<br>Preciados, 37.                  |
| 475 Latorre López, Santiago.<br>Montera, 33.                       | 700 López Roda, José.<br>Concepción Jerónima, 30.            |
| 1.175 Lasa, Carmen.<br>Churruca, 25.                               | 1.015 López Freigero, José.<br>Toledo, 42.                   |
| 369 Lauffer, Carlos.<br>Juan de Mena, 7.                           | 175 López Yarto, José.<br>Concepción Jerónima, 30.           |
| 454 Laviña Berenguer, María Teresa.<br>Cuesta de Santo Domingo, 5. | 1.023 López Bourbon, Juan.<br>Alcalá, 60.                    |
| 853 Leirado Amado, Francisco.<br>Monteleón, 6.                     | 174 López Yarto, Julián.<br>Concepción Jerónima, 30.         |
| 245 Levenfeld, Gustavo.<br>Lagasca, 18.                            | 501 López Benito, Julio.<br>Lagasca, 18.                     |
| 24 Lezcano, Carlos.<br>Alarcón, 9.                                 | 502 López Cañedo, Julio.<br>Lagasca, 18.                     |
| 1.360 Lie, Michael.<br>Hotel Ritz.                                 | 1.191 López de Ocariz, Luis.<br>San Roque, 18.               |
| 110 Linace, Federico.<br>Alarcón, 29.                              | 882 López Jamar, Luis.<br>Ayala, 3.                          |
| 685 Lobo Jiménez, Alvaro.<br>Alberto Aguilera, 12.                 | 340 López Yarto, Luis.<br>Concepción Jerónima, 30.           |
| 1.319 Lobo de Fernández Lienes, Car-<br>men.<br>Sandoval, 6.       | 478 López Asiaín, María Rita.<br>Fortuny, 3.                 |
| 71 Lobo Laredo, José.<br>Fuencarral, 104.                          | 1.019 López Robers Chavarri, Miguel.<br>Hortaleza, 110.      |
| 714 Loma y Fernández, Manuel de la.<br>Orellana, 10.               | 1.165 López Valdemoro, Norberto.<br>Felipe V, 2.             |
| 200 López Asiaín, Alberto.<br>Fortuny, 3.                          | 493 López Alfaro, Pedro.<br>General Castaños, 4.             |
| 1.309 López Alvarez, Alfredo.<br>Marqués de la Ensenada, 6.        | 649 López Sandino, Rafael.<br>Génova, 11.                    |



- 648 López Bosch, Rafael.  
Génova, 11.
- 663 Lorente y Junquera, Ramón.  
Recoletos, 3.
- 993 Lorenz, Otto C.  
Castelló, 9.
- 250 Losada y Agosti, Carlos.  
Barquillo, 8 triplicado.
- 1.116 Loveday, Clemente.  
Sevilla, 16.
- 343 Luchsinger Centeno, Federico.  
Lagasca, 116.
- 514 Luchsinger Centeno, José.  
Lagasca, 116.
- 342 Luchsinger Centeno, Samuel.  
Lagasca, 116.
- 791 Lucini, Manuel.  
Abascal, 7.
- 591 Lucio y Moreno, Francisco de.  
Mayor, 52.
- 951 Luzuriaga Navarro, Jorge.  
Miguel Angel, 31.
- 713 Luzuriaga, Lorenzo.  
Miguel Angel, 31.

## LI

- 1.160 Lledó y Sánchez, Juan.  
Serrano, 21.
- 1.279 Lledó y Sánchez, María.  
Serrano, 21.
- 1.280 Lledó y Sánchez, Matilde.  
Serrano, 21.
- 510 Lleó e Ibars, José María.  
Serrano, 18.
- 323 Lliviria, Miguel.  
Villalba.
- 545 Llopis López, Miguel.  
Rosales, 8.
- 804 Llorens, Fernando.  
Claudio Coello, 102.
- 116 Llorente, Benito.  
Plaza de la Independencia, 5.

## M

- 125 Madariaga, José.  
Urosas, 11.

- 1.333 Madinaveitia Fargenson, Antonio.  
Lagasca, 117.
- 432 Madinaveitia, Antonio.  
Lagasca, 117.
- 357 Madinaveitia de Castro, Carmen.  
Lagasca, 117.
- 19 Madinaveitia, José.  
Larra, 6.
- 18 Madinaveitia, Juan.  
General Oraa, 3.
- 691 Madinaveitia, Juan Luis.  
Lagasca, 117.
- 20 Madinaveitia, Juan M.  
General Oraa, 3.
- 1.334 Madinaveitia, Miguel.  
Lagasca, 117.
- 904 Maeztu, María.  
Miguel Angel, 8.
- 1.000 Maeztu Whittney, Miguel.  
Villanueva, 8.
- 1.174 Maffei, María.  
Churruca, 25.
- 620 Magaz y Fernández, Carlos.  
O'Donnell, 8.
- 1.085 Maldonado Urquiza, Juan.  
Fuentes, 5.
- 100 Manera Ládico, Honorato.  
Paseo de Recoletos, 37.
- 721 Manzanares y Santos, José María.  
San Bernardo, 117.
- 370 Mañueco, Publio.  
Jorge Juan, 7.
- 1.293 Marañón Ruiz Zorrilla, Jesús.  
Campoamor, 21.
- 866 Marcos de Yagües, Carmen.  
Plaza del Conde de Barajas, 5.
- 968 Marcos Bernardo, Miguel.  
San Bernardo, 53.
- 1.303 Marín y Ocón, Carlos.  
Amor de Dios, 2.
- 1.027 Marín y Ocón, José María.  
Amor de Dios, 2.
- 228 Marín, Luis.  
Sevilla, 2.
- 354 Marina y Bringas, Tomás.  
Serrano, 3.
- 1.258 Márquez de Pardo, Jacoba.  
Rosales, 10.
- 306 Marsá, Antonio.  
Concepción Jerónima, 6.



- 140 Marsá y Bragado, Antonio.  
Concepción Jerónima, 6.
- 405 Marsá y Vancells, Marco.  
Concepción Jerónima, 6.
- 304 Marsá y Bragado, Miguel.  
Núñez de Balboa, 8.
- 404 Marsá y Vancells, Oritia.  
Concepción Jerónima, 6.
- 136 Marsá y Bragado, Ramón.  
Ayala, 60.
- 480 Marsá, Soledad.  
Concepción Jerónima, 6.
- 1.188 Martí Alonso, Enrique.  
Leganitos, 59.
- 381 Martí Jara, Enrique.  
Recoletos, 5.
- 413 Martín González, Amalio.  
Plaza del Progreso, 12.
- 46 Martín Gamero, Antonio.  
Blanca de Navarra, 8.
- 979 Martín, Carmela.  
Conde de Aranda, 14.
- 789 Martín del Río, Claudio.  
San Bernardo, 55.
- 1.114 Martín Sicilia, Esteban.  
Travesía de San Mateo, 18.
- 1.043 Martín Bravo, Felisa.  
Fortuny, 30.
- 1.148 Martín, José.  
Victoria, 2.
- 1.042 Martín Gamero e Isla, José.  
Leganitos, 54.
- 840 Martínez Reus, Angeles.  
Cañizares, 3.
- 817 Martínez y Ortiz de Urbina, Emilia.
- 1.129 Martínez González, Francisco.  
Travesía de Trujillos, 3.
- 255 Martínez Correcher, Jesús.  
Blanca de Navarra, 7.
- 1.268 Martínez Marina José Luis.  
Ferraz, 52.
- 1.017 Martín Higuera, Juan.  
Santa Engracia, 23.
- 192 Martínez, Julián.  
Cañizares, 3.
- 450 Martínez, Luis.  
Martín de los Heros, 13.
- 423 Martínez, Manolita.  
Travesía de Trujillos, 3.
- 335 Martínez de Ubago, Manuel.  
Segovia.
- 1.041 Martínez de Bartolomé, Pablo.  
Lope de Vega, 43.
- 167 Martínez Espinosa de Giráldez,  
Paz.  
Lista, 20.
- 793 Martínez de Coppel, Rosario.  
García de Paredes, 72.
- 886 Marx y Crespo, Fernando.  
General Lacy, 9.
- 468 Marzal Martínez, Enrique.  
Plaza de las Descalzas, 2.
- 474 Marzal Martínez, Francisco.  
Plaza de las Descalzas, 2.
- 269 Masiell de Ruete, Lorenza.  
Plaza del Angel, 18.
- 310 Masip, Eduardo.  
Magdalena, 1.
- 311 Masip Lope, Eduardo.  
Magdalena, 1.
- 453 Massa Lacarra, Alfredo.  
Zurbarán, 32.
- 452 Mateos Aguirre, Fernando.  
Claudio Coello, 81.
- 631 Maycas de Meer, José.  
Hermosilla, 34.
- 646 Menchaca, Antonio.  
Buenos Aires, 11, Bilbao.
- 1.088 Menéndez Rodríguez, Jorge.  
Cervantes, 38.
- 1.220 Méndez Cuesta, Pedro.  
Villanueva, 41.
- 1.267 Méndez, Pepita.  
Villanueva, 41.
- 133 Mengotti, Alfredo.  
Sagasta, 25.
- 730 Menten, Emilio Ernesto.  
Palace Hotel.
- 42 Michaud, William.  
Plaza de Colón, 3.
- 1.184 Miguel Mayor, Dionisio.  
Evaristo San Miguel, 12.
- 490 Mila, Lorenzo.  
Villanueva, 41.
- 577 Mila, Mercedes.  
Villanueva, 41.
- 1.136 Millas Prendersgas, Isidoro.  
Claudio Coello, 21.
- 1.169 Miranda y Díaz, Fernando.  
Plaza de Santa Bárbara, 4.



- |       |  |       |   |
|-------|--|-------|---|
| 562   | Miranda de Corrochano, Gloria.<br>Recoletos, 2 triplicado. | 1.009 | Morcillo Villar, José María.<br>Princesa, 69.               |
| 477   | Miranda y Díaz Pedregal, José.<br>Fernando VI, 2.          | 1.008 | Morcillo Villar, Luis.<br>Princesa, 79.                     |
| 191   | Miranda, Matilde.<br>Fernando VI, 2.                       | 215   | Moro, Joaquín.<br>Alcalá, 121.                              |
| 785   | Miró Cánovas, Manuel.<br>Corredera Baja, 34.               | 1.366 | Moroder Gómez, José.<br>Génova.                             |
| 344   | Mitton, Jorge.<br>Claudio Coello, 50.                      | 162   | Mosquera, Angel.<br>Alcalá, 39.                             |
| 1.112 | Modet y Ortueta, Felipe.<br>Montalbán, 11.                 | 887   | Moya, Enrique.<br>San Bernardo, 57.                         |
| 457   | Modet, Francisco.<br>Montalbán, 11.                        | 889   | Moya, Germán.<br>San Bernardo, 57.                          |
| 193   | Mohernando, Marqués de.<br>Castellana, 9.                  | 888   | Moya, Gloria.<br>San Bernardo, 57.                          |
| 139   | Molina, Felipe.<br>San Bernardo, 105.                      | 353   | Muguiro y Frigola, Carlos.<br>Núñez de Balboa, 22.          |
| 168   | Molina Vizcaíno, José.<br>San Bernardo, 105.               | 1.037 | Muguiro y Pierrad, Fernando.<br>Paseo de la Castellana, 12. |
| 138   | Molina Miguel, José.<br>San Bernardo, 105.                 | 1.024 | Muguiro y Pierrad, Santiago.<br>Paseo de la Castellana, 12. |
| 106   | Monjardín, Manuel.<br>Claudio Coello, 18.                  | 148   | Muñoz García,<br>Ferraz, 34.                                |
| 430   | Monsalve Flores, Federico.<br>Cid, 7.                      | 541   | Muro Lara, José.<br>Alcalá, 87.                             |
| 407   | Monsalve Flores, Julio.<br>Cid, 7.                         |       |   |
| 795   | Monteserín de Hermant, Pilar.<br>Espíritu Santo, 5.        |       | N   |
| 768   | Montesinos, Enrique.<br>Jorge Juan, 34.                    | 153   | Narváez, Ramón (Marqués de<br>peja).<br>Princesa, 17.       |
| 1.115 | Montojo Suredo, Jorge.<br>Ayala, 34.                       | 530   | Navarro Reverter, Antonio.<br>Bárbara de Braganza, 14.      |
| 74    | Moragas, José.<br>Hernán Cortés, 11.                       | 1.324 | Navarro Estrada, Carlos.<br>Paseo de Recoletos, 33.         |
| 207   | Moraless Vilanova, Adolfo.<br>Fuencarral, 74.              | 1.200 | Navarro, Fernando de.<br>Núñez de Balboa, 8.                |
| 95    | Morales, Augusto.<br>Valverde, 44.                         | 1.004 | Navarro de Palencia, Jesús.<br>Pez, 20.                     |
| 1.089 | Morales Tophan, Jorge.<br>Cervantes, 38.                   | 1.318 | Navarro Palencia, José María.<br>Pez, 20.                   |
| 208   | Morales Vilanova, Juan.<br>Fuencarral, 74.                 | 529   | Navarro Reverter y Gomis, Jua<br>Bárbara de Braganza, 14.   |
| 427   | Moreno y Uribe, Alfredo.<br>Vergara, 4.                    | 933   | Navarro de Palencia, Juan.<br>Pez, 20.                      |
| 983   | Moreno Imás, Antonio.<br>Santa Eufracia, 134.              | 1.316 | Navarro Erades, María.<br>Plaza de Oriente, 7.              |
| 1.044 | Moreno de Sosa, Juana.<br>Caracas, 8.                      | 297   | Navarro de Payá, Mercedes.<br>Covarrubias, 1.               |



848 Navarro Herades, Tomás.  
Plaza de Oriente, 7.

1.194 Nergard, Federico.  
Príncipe, 15.

1.248 Nespral y Aza, Matilde.  
Princesa, 75.

338 Neville, Edgar.  
Trujillos, 7.

72 Newlands, Charles.  
Génova, 23.

491 Nieto Linares, Federico.  
Fuencarral.

443 Niño Lázaro, Ricardo.  
Meléndez Valdés, 23.

997 Noguey, Germana.  
Residencia de Estudiantes.

628 Nolla de Mila, María.  
Villanueva, 41.

635 Noriega Díaz, Alfredo de.  
Villanueva, 8.

739 Novoa Larrañaga, Félix.  
Pez, 27.

925 Novoa Larrañaga, Mercedes.  
Pez, 27.

653 Nueda Santiago, Luis.  
Corredera Baja, 14.

## O

1.222 Ochandarena Angulo, Manuel.  
Esparteros, 12.

422 Olarte y Arana, Carmen.  
Serrano, 54.

421 Olarte y Arana, María.  
Serrano, 54.

420 Olarte y Arana, Pascual.  
Serrano, 54.

307 Oliva de Peñalver, Luisa.  
Carrera de San Jerónimo, 38.

941 Olivares Navarro, José.  
Fuencarral, 106.

1.284 Olivé Llobell, Juan.  
Isabel la Católica, 21.

998 Olivé, Teresa.  
Fortuny, 30.

990 Oliver Narvona, María Luisa.  
Marqués de Urquijo, 21.

895 Oliveras Iglesias, María Luisa.  
Monte Esquinza, 11.

1.031 Olmo Ibáñez, Vicente.  
Plaza de Jesús, 3 duplicado.

728 Ollequi G. de Perinat, María.  
Martínez Campos, 39.

1.182 Ossorio Florit, Francisco.  
Ayala, 44.

1.164 Ortiz de la Torre, Alfonso.  
Génova, 26.

902 Orueta Lucía.  
Lagasca, 116.

## P

31 Padrós, Carlos.  
Arenal, 20.

1.227 Palacio y de Velasco, Jesús.  
Paseo del Cisne, 17.

1.228 Palacio y de Velasco, Manuel de.  
Paseo del Cisne, 17.

800 Palacios Rodríguez, Carmen.  
Rosales, 58.

801 Palacios Rodríguez, Catalina.  
Rosales, 58.

799 Palacios Rodríguez, Genoveva.  
Rosales, 58.

476 Palacios y Gómez, José.  
Fernanflor, 2.

797 Palacios Morini, Leopoldo.  
Rosales, 58.

802 Palacios Rodríguez, Santiago.  
Rosales, 58.

385 Palmer, Ely E.  
Conde de Peñalver, 16.

657 Palmer Margaret.  
Ramón de la Cruz, 69.

1.207 Palomino Carreño, César Augusto.  
Paseo de San Vicente, 10.

355 Pancheri, Victorio.  
Cervantes, 23.

876 Pantoja Jiménez, José María.  
Miguel Angel, 19.

926 Parache Guilén, Enrique.  
Barquillo, 15.

788 Pardo Sánchez, Julio.  
Rosales, 10.

869 Pardo de Urzáiz, Margarita.  
Almagro, 31.

1.130 Pascual Casanovas José.  
Preciados, 16.



- 1.189 Pasquan Gutiérrez, Manuel.  
Mayor, 32.
- 1.101 Pastor Navarro, Adolfo.  
Plaza del Progreso, 17.
- 1.218 Pastor Cano, Julián.  
Alberto Aguilera, 22.
- 1.337 Patiño de Juan, Juan.  
Plaza del Conde de Barajas, 1.
- 1.336 Patiño de Juan, María Cristina.  
Plaza del Conde de Barajas, 1.
- 300 Payá Navarro, Elena.  
Covarrubias, 1.
- 374 Payá Navarro, Guillermina.  
Covarrubias, 1.
- 373 Payá Navarro, Isabel.  
Covarrubias, 1.
- 296 Payá, Joaquín.  
Covarrubias, 1.
- 299 Payá Navarro, Joaquín.  
Covarrubias, 1.
- 298 Payá Navarro, Mercedes.  
Covarrubias, 1.
- 778 Pedraza, Dorothy de.  
Jenner, 6.
- 781 Pedraza, Guillermo de.  
Jenner, 6.
- 777 Pedraza, Isidoro de.  
Jenner, 6.
- 779 Pedraza, Isidoro de.  
Jenner, 6.
- 780 Pedraza, Pablo de.  
Jenner, 6.
- 92 Pedregal, Manuel.  
Plaza de las Salesas, 3.
- 985 Peinado Chica, Francisco Manuel.  
Residencia de Estudiantes.
- 271 Peláez y Arquina, Agustín.  
Alcalá, 103.
- 272 Peláez y Latorre, Dionisio.  
Alcalá, 103.
- 273 Peláez y Latorre, Luis.  
Alcalá, 103.
- 276 Peláez, Rafael.  
Aguirre, 1.
- 939 Pellico, Consuelo.  
Génova, 11.
- 742 Pellico de Posada, María de la Es-  
peranza.  
Blanca de Navarra, 8.
- 1.056 Peña y Peña, Fernando.  
Lista, 19.
- 152 Peña, Luis de la.  
San Marcos, 35.
- 49 Peñalver, Federico.  
Carrera de San Jerónimo, 38.
- 48 Peñalver, José.  
Carrera de San Jerónimo, 38.
- 47 Peñalver, José Federico.  
Españoleto, 15.
- 161 Peñalver, Manuel.  
Carrera de San Jerónimo, 38.
- 696 Peñalver, María Luisa.  
Zurbano, 28.
- 308 Peñalver, Silvia.  
Carrera de San Jerónimo, 38.
- 26 Pérez, Alfredo.  
Jorge Juan, 63.
- 160 Pérez, Carmen.  
Castellana, 15.
- 158 Pérez Villamil, Enrique.  
Hermosilla, 77.
- 824 Pérez Muñoz, Laureano.  
Almagro, 2.
- 877 Pérez Aguirre, Manuel.  
Conde de Romanones, 7 y 9.
- 246 Pérez Seoane, Conde de Gomar.  
Zurbano, 28.
- 927 Pérez Ferrero, Miguel.  
Ayala, 32.
- 197 Pérez, Ramón.  
Amnistía, 10.
- 1.143 Pérez Jiménez, Ramón.  
Alfonso XII, 8.
- 1.034 Perinat García Ollequi, Adolfo de.  
Martínez Campos, 39.
- 392 Perinat, Amparo.  
Daoiz, 6.
- 334 Perinat y Ramón, Luis de.  
Daoiz, 6.
- 729 Perinat de Ollequi, María Teresa.  
Martínez Campos, 39.
- 1.001 Perojo Cortina, Benito.  
Villanueva, 8.
- 362 Pidal, Alejandro.  
Castellana, 8.
- 27 Pidal, Ignacio.  
Serrano, 25 y 27.
- 361 Pidal, Pedro.  
Lista, 32.
- 1.102 Pinillos y Pinillos, Pedro.  
spoz y Mina, 5.



- 1.225 Piña Giraud, Acisclo.  
Serrano, 23.
- 504 Pittaluga, Gustavo.  
Blanca de Navarra, 4.
- 761 Pittaluga, Mario.  
Blanca de Navarra, 4.
- 262 Pla y Ruiz, Alfredo.  
Lagasca, 86.
- 261 Pla y Ruiz, Fernando.  
Lagasca, 86.
- 263 Pla y Ruiz, Sofia.  
Lagasca, 86.
- 703 Plañiol Bonnela, José  
Almirante, 20.
- 2 Posada, Carlos G.  
Blanca de Navarra, 8.
- 17 Posada, Carmen.  
Plaza de Alonso Martínez, 6.
- 1.305 Posada de M. Gamero, Lucila.  
Blanca de Navarra, 8.
- 1.270 Povar, Marqués de.  
Castellana, 7.
- 202 Pozo Iglesias, Justo.  
Barquillo, 8 duplicado.
- 201 Pozo García, Mariano.  
Barquillo, 8 duplicado.
- 846 Pradillo de Rodríguez, Juana.  
Comandante las Morenas, 2.
- 847 Pradillo de Osma, Matilde.  
Arenal, 22 duplicado.
- 1.026 Prado y Fraile, Luis del.  
Raimundo Lulio, 11.
- 644 Prats Carrillo, Antero.  
Atocha, 16.
- 681 Prats, Carlos.  
Atocha, 16.
- 678 Prats, Francisco.  
Atocha, 16.
- 677 Prats, Josefina.  
Atocha, 16.
- 679 Prats, Julián.  
Atocha, 16.
- 680 Prats, José Luis.  
Atocha, 16.
- 643 Prats Carrillo, Manuel.  
Atocha, 16.
- 1.168 Primo de Rivera, Miguel.  
Magdalena, 16.
- 302 Pruneda, Juan.  
Marqués de Cubas, 7 duplicado.

- 303 Pruneda, Mariano.  
Marqués de Cubas, 7 duplicado.
- 242 Puebla de Parga, Marquesa de la.  
Serrano, 59.
- 1.012 Pulgar González, Alejo.  
Mayor, 86 duplicado.
- 1.011 Pulgar González, Miguel.  
Mayor, 86 duplicado.

## Q

- 872 Quesada, José Ramón.  
Cañizares, 3.
- 850 Queypo de Llano, Manuel M.  
Alcalá, 121 duplicado.
- 439 Queypo de Llano de Recasens, Ma-  
ría Magdalena.  
Jenner, 6.
- 871 Quijano, Francisco.  
Carrera de San Jerónimo, 28.
- 23 Quílez, Emilio.  
Serrano, 4.
- 669 Quintana Rodríguez, Ignacio.  
Luna, 26.
- 408 Quintana Rodríguez, Ismael.  
Zorrilla, 23.
- 1.119 Quintana, José Ignacio.  
Ferraz, 90.
- 1.016 Quintana Pérez, José.  
Conde de Xiquena, 4.
- 1.089 Quintana Montoto, Nabor.  
Ferraz, 90.
- 219 Quintana, Sócrates.  
Ferraz, 90.
- 14 Quiroga, Diego (Marqués de San-  
tamaría del Villar).  
Segovia, 3.
- 843 Quiroga Valles, José.  
Segovia, 3.
- 844 Quiroga Valles, Lucía.  
Segovia, 3.
- 842 Quiroga Valles, María.  
Segovia, 3.

## R

- 295 Rábago Fernández, Gregorio.  
Segovia, 51.



- |       |   |       |  |
|-------|---|-------|--|
| 70    | Rábago, José.<br>Avenida del Conde de Peñalver, 15.           | 347   | Richi, Manuel.<br>Serrano, 45.                         |
| 412   | Rábago Fernández, Pedro.<br>Segovia, 51.                      | 1.294 | Richi de Marañón, Matilde.<br>Campoamor, 21.           |
| 144   | Ratera, Julián.<br>Bárbara de Braganza, 14.                   | 572   | Rieu Almeida, Araceli.<br>Colmenar Viejo.              |
| 145   | Ratera, Santiago.<br>Bárbara de Braganza, 14.                 | 463   | Río y del Río, Juan.<br>Paseo de Recoletos, 19.        |
| 1.272 | Recasens Queypo de Llano, Luis.<br>Jenner, 6.                 | 1.291 | Río. Mercedes del.<br>Paseo de Recoletos, 19.          |
| 438   | Recasens Serrano, Luis.<br>Jenner, 6.                         | 666   | Rivas y Eulate, Enrique.<br>Viriato, 9.                |
| 315   | Recasens, Sebastián.<br>Jenner, 6.                            | 559   | Rivas y Eulate, José María de.<br>Viriato, 9.          |
| 697   | Recasens Queypo de Llano, Sebastián.<br>Jenner, 6.            | 282   | Rivas y Rubio, Felipe.<br>Salud, 14.                   |
| 371   | Reder, Anita.<br>Zorrilla, 23.                                | 166   | Rivas y Rubio, Francisco.<br>Salud, 14.                |
| 156   | Reder, Gustavo.<br>Zorrilla, 23.                              | 683   | Rivas y Ruiz, María Teresa.<br>Velázquez, 19.          |
| 673   | Reder, Juan.<br>Zorrilla, 23.                                 | 981   | Rivera y Echegaray, Carlos.<br>Génova, 31.             |
| 1.348 | Reden, Cayo.<br>Marqués del Duero, 6.                         | 437   | Roda y Hezode, Carlos.<br>García Paredes, 38.          |
| 540   | Rein Loring, Juan.<br>Alberto Aguilera, 23.                   | 326   | Roches de Girod, Marthe.<br>Postas, 25.                |
| 1.063 | Remis Domínguez, Fernando.<br>Martín de los Heros, 36.        | 184   | Rodrigo, Inocente.<br>Toledo, 90.                      |
| 1.047 | Reneses Hernández, José.<br>Plaza de Nicolás Salmerón, 2.     | 1.150 | Rodrigo Vela, Salvador.<br>Corredera Baja, 15.         |
| 839   | Reus y Bahamonde, Josefina.<br>Cañizares, 3.                  | 1.281 | Rodríguez y Rodríguez, Adolfo.<br>Velázquez, 36.       |
| 25    | Revillagijedo, Conde de.<br>Sacramento, 1.                    | 1.282 | Rodríguez Ayora, Adolfo.<br>Velázquez, 36.             |
| 809   | Reyna Medina, Guillermo Salvador.<br>Martín de los Heros, 50. | 429   | Rodríguez, Alberto.<br>Martínez Campos, 1.             |
| 716   | Reyna Medina, José Jorge.<br>Martín de los Heros, 50.         | 1.201 | Rodríguez Orgaz, Alfredo.<br>Conde de Xiquena, 15.     |
| 808   | Reyna Travieso, José María de.<br>Martín de los Heros, 50.    | 521   | Rodríguez Aguirre, Alfredo.<br>Luzón, 11.              |
| 124   | Reyna, Rafael de.<br>Génova, 10.                              | 1.283 | Rodríguez Ayora, Carlos.<br>Velázquez, 36.             |
| 1.172 | Ribed, Luis Alberto.<br>General Oraa, 13.                     | 206   | Rodríguez y Rodríguez, Catalina.<br>Castellana, 24.    |
| 391   | Richi, Lorenzo.<br>Serrano, 45.                               | 798   | Rodríguez de Palacios, Catalina.<br>Rosales, 58.       |
| 173   | Richi, Luis.<br>Serrano, 45.                                  | 130   | Rodríguez de Gancedo, Elvira.<br>Castellana, 24.       |
|       |   | 87    | Rodríguez, Florentino.<br>Carrera de San Jerónimo, 34. |



- |   |   |
|---|---|
| 40 Rodríguez, Francisco.<br>Zorrilla, 25.                         | 758 Ruiz de la Peña, Clementina.<br>Arrieta, 8 duplicado.     |
| 845 Rodríguez, Francisco.<br>Comandante Las Morenas, 2.           | 682 Ruiz de Rivas, Concepción.<br>Velázquez, 19.              |
| 419 Rodríguez Olleros, Gerardo.<br>Fuentes, 5.                    | 702 Ruiz de Arana, Ernesto.<br>Barquillo, 12.                 |
| 155 R. Peñalver, Gonzalo.<br>Castellana, 6 duplicado.             | 1.251 Ruiz de Arana, Ernesto.<br>Barquillo, 12.               |
| 1.347 Rodríguez Gortázar, Joaquín.<br>Cruz, 20.                   | 759 Ruiz de la Peña, Luisa.<br>Arrieta, 8 duplicado.          |
| 1.078 Rodríguez Garrido, José.<br>Valverde, 28.                   | 760 Ruiz de la Peña, Manuel.<br>Arrieta, 8 duplicado.         |
| 854 Rodríguez Cabañas, Juan.<br>Toledo, 119.                      | 50 Ruiz Senén, Manuel.<br>Salud, 9.                           |
| 1.238 Rodríguez Díaz, Juan.<br>León, 34.                          | 818 Ruiz de Apodaca, María Antonieta.<br>Bailén, 26.          |
| 132 Rodríguez Arzuaga, Luisa.<br>Castellana, 24.                  | 387 Ruiz Ferry, Ricardo.<br>Villalar, 1.                      |
| 5 Rodríguez Arzuaga, Manuel.<br>Carrera de San Jerónimo, 34.      | 147 Ruiz Valdés, Santiago.<br>Marqués de Cubas, 8.            |
| 1.202 Rodríguez Orgaz, Mariano.<br>Conde de Xiquena, 15.          | 1.223 Ruspoli y Caro, Carlos.<br>Barquillo, 8.                |
| 88 Rodríguez, Rafael.,<br>Carrera de San Jerónimo, 4.             |   |
| 1.033 Romero Avilés, Leoncio.<br>Atocha, 67.                      | <b>S</b>  |
| 932 Romero de Navaro, Manuela.<br>Pez, 20.                        | 552 Sabater Domenech, Emilio.<br>Villamejor, 3.               |
| 852 Rotaeché Rodríguez de Llamas,<br>Jesús María.<br>Almagro, 27. | 1.166 Sacristán, Antonio.<br>Bárbara de Braganza, 18.         |
| 187 Rubio, Alvaro.<br>Olózaga, 13.                                | 431 Sacristán de Moragas, Mercedes.<br>Hernán Cortés, 11.     |
| 94 Rubio, Garcilaso.<br>Zorrilla, 25.                             | 965 Sáenz Fernández, Bernardina.<br>Velázquez, 20.            |
| 377 Rubio Argüelles, Isabel.<br>Olózaga, 13.                      | 967 Sáenz Benito, Segundo.<br>Velázquez, 20.                  |
| 98 Rubio, Laureano.<br>Nicolás María Rivero, 11.                  | 75 Sagrera, Luis.<br>Valenzuela, 4.                           |
| 76 Rubio, Ricardo.<br>Martínez Campos, 14.                        | 442 Sagrera Sánchez, José Luis.<br>Valenzuela, 4.             |
| 901 Rubio, Rosario.<br>Serrano, 35.                               | 571 Sáinz de los Terreros, Joaquín.<br>Sagasta, 1.            |
| 376 Rubio Argüelles, Rosario.<br>Olózaga, 13.                     | 1.170 Sáinz de Heredia, Pedro.<br>Plaza de Santo Domingo, 14. |
| 268 Ruete y Muniesa, Julián.<br>Plaza del Angel, 18.              | 1.308 Sáinz Heres, Vidal.<br>Barquillo, 8.                    |
| 434 Ruiz Varadé, Alberto.<br>Marqués de Cubas, 8.                 | 336 Salas Melé, Jorge.<br>Belén, 3.                           |
| 986 Ruiz de Apodaca, Angel.<br>Bailén, 26.                        | 1.264 Sota y Domecq, Pedro de.<br>Príncipe de Vergara, 11.    |



- 943 Salaverría, José María.  
Hermosilla, 32.
- 945 Salaverría, Margarita.  
Hermosilla, 32.
- 1.032 Salgado Blanco, Rafael.  
Infantas, 40.
- 1.083 Salgado Blanco, Vicente.  
Infantas, 40.
- 97 Salvador, Amós.  
Tetuán, 23.
- 309 Salvador y Carreras, Fernando.  
Carrera de San Jerónimo, 51.
- 1.317 Salvaggio, Luciano.  
Coloreros, 1.
- 64 Sánchez Roldán, Eduardo.  
San Felipe Neri, 1.
- 1.199 Sánchez Romero, Gonzalo.  
San Felipe Neri, 1.
- 1.065 Sánchez Carasa, José.  
Plaza de Colón, 2.
- 240 Sánchez Arcas, Juan.  
Fuencarral, 6.
- 575 Sánchez, Juan Manuel.  
Sagasta, 25.
- 565 Sánchez, Juan Luis.  
Sagasta, 25.
- 942 Sánchez Reinoso, Lorenzo.  
Peligros, 18.
- 164 Sánchez Romero, Luis.  
San Felipe Neri, 1.
- 1.349 Sánchez Arcas, Manuel.  
Fuencarral, 6.
- 322 Sánchez Arcas, María Luisa.  
General Oraa, 3.
- 1.066 Sánchez Carasa, María.  
Plaza de Colón, 2.
- 1.067 Sánchez Carasa, Marina.  
Plaza de Colón, 2.
- 1.239 Sánchez Real, Nicolás.  
Plaza de Colón, 2.
- 1.068 Sánchez Carasa, Nicolás.  
Plaza de Colón, 2.
- 719 Sanchiz, Hipólito.  
Mayor, 14.
- 12 Sandoval, José.  
Príncipe de Vergara, 10.
- 400 Sangro y Torres, José.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 379 Sangro y Torres, Luisa María.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 380 Sangro y Torres, María del Carmen.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 456 Sangro y Torres, María del Pilar.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 401 Sangro y Torres, Melchor.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 399 Sangro y Torres, Milagros.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 378 Sangro y Ros de Olano, Pedro.  
Cuesta de Santo Domingo, 3.
- 1.141 San Martín, Alfonso.  
Bárbara de Braganza, 16.
- 85 San Martín, Carlos de.  
Lagasca, 50.
- 291 San Martín, Roberto de  
Puerta del Sol, 5.
- 641 San Miguel, Justo J.  
Fernando el Santo, 6.
- 841 Santamaría del Villar, Marquesa de.  
Segovia, 3.
- 1.103 San Román Colino, José.  
Duque de Rivas, 4.
- 367 Santisteban, Angel.  
Lista, 62.
- 515 Santos, Carlos.  
Carranza, 17.
- 1.250 Santos, José J.  
Santa Clara, 4.
- 1.357 Sanz Bustillos, Eduardo.  
Carrera de San Jerónimo, 44.
- 1.356 Sanz Bustillos, Joaquín.  
Carrera de San Jerónimo, 44.
- 1.358 Sanz Bustillos, Timoteo.  
Carrera de San Jerónimo, 44.
- 238 Sanz, Ruperto.  
Velázquez, 25.
- 787 Sanz y López, Tomás.  
Bailén, 47.
- 1.137 Sardá Mayet, Luis.  
Bárbara de Braganza, 5.
- 239 Schlayer, Félix.  
Plaza de Canalejas, 3.
- 325 Schneider, Anita.  
Alfonso XII, 56.
- 383 Schneider, Emma.  
Alfonso XII, 56.
- 382 Schneider, Jacobo.  
Alfonso XII, 56.
- 384 Schneider, María Teresa.  
Alfonso XII, 56.



- 1.081 Sedano y Arce, Francisco.  
Claudio Coello, 56.
- 1.146 Sela y Sampil, Pablo.  
Nicasio Gallego, 6.
- 425 Senarega Novillo, Constantino.  
Alcalá, 99.
- 1.192 Serrano Arín, Arturo.  
Barquillo, 15.
- 449 Serrano Somogy, Angeles.  
Santa Teresa, 8.
- 281 Serrano Somogy, Manuel.  
Santa Teresa, 8.
- 522 Setuain de la Torre, Julio.  
Zurbano, 10.
- 1.059 Silvela, Francisco Javier.  
Monte Esquinza, 33.
- 1.060 Silvela Tordesillas, Mateo.  
Monte Esquinza, 33.
- 751 Simón Martínez, Crótido.  
Hernán Cortés, 7.
- 756 Simón Ceinos, Crótido de.  
Hernán Cortés, 7.
- 754 Simón Ceinos, Enrique de.  
Hernán Cortés, 7.
- 755 Simón Ceinos, Francisco de.  
Hernán Cortés, 7.
- 753 Simón Ceinos, María Teresa.  
Hernán Cortés, 7.
- 1.274 Simonetta, Antonio.  
Barquillo, 20.
- 213 Sirvent, Arturo.  
Alcalá, 39.
- 1.144 Sitges y F. Victorio, Juan.  
Almirante, 8.
- 1.312 Sobejano Rodríguez, Emilio.  
Alcalá, 33.
- 1.018 Solance y Benuza, Alfonso Ma-  
ría de.  
Ventura Rodríguez, 11.
- 149 Soler, Jacinto.  
Velázquez, 21.
- 738 Somovilla de Urgoiti, María Ri-  
carda.  
Florida, 8.
- 390 Sorolla, Elena.  
Martínez Campos, 37.
- 389 Sorolla, Joaquín.  
Martínez Campos, 37.
- 836 Soto y Guinea, Antonio.  
Larra, 10.

1.132 Soto y Domecq, Pedro.  
Príncipe de Vergara, 11.

1.290 Souto, Amalia.  
Velázquez, 21.

838 Stern, André.  
Lagasca, 117.

996 Suárez de Caballero, Carmen.  
Plaza de Jesús, 1 triplicado.

664 Suárez Graiño, Victoriano.  
Preciados, 48.

## T

689 Tabuyo de Madinaveitia, Dolores.  
General Oraa, 3.

516 Tapia Ruano, Luis.  
Barbieri, 5.

230 Tena de Delgado, Ana María.  
Monte Esquinza, 11.

1.030 Terán Galindo, Antonio.  
Génova, 7.

1.007 Terán Galindo, Francisco.  
Génova, 17.

724 Terroba y Ortiz, Rafael.  
Velázquez, 28.

956 Thetschel, Carlos.  
Goya, 45.

955 Thetschel, Jorge.  
Goya, 45.

957 Thetschel, Petra.  
Goya, 45.

209 Tinoco, José.  
San Vicente, 52 duplicado.

639 Tormo, Adelina.  
Plaza de España, 7.

918 Tormo Cervino, Juan.  
Plaza de España, 7.

190 Torre, Silverio de la.  
Valenzuela, 10.

538 Torrellano, Conde de.  
Farmacia, 2.

224 Torres y Polanco, Fernando.  
Válgame Dios, 3.

11 Torres Polanco, Gonzalo.  
Válgame Dios, 3.

769 Torres y Angoloti, José María de.  
Goya, 21.

182 Torres Polanco, Leonardo.  
Válgame Dios, 3.



- 51 Torres Campos, Leopoldo.  
Serrano, 110.
- 1.273 Torres y Sanz, José.  
Francisco Silvela, 56.
- 1.219 Torres y Sanz, Tomás.  
Francisco Silvela, 56.
- 29 Torroba, Juan M.  
Plaza de la Independencia, 5.
- 157 Traumann, Enrique.  
Fernando el Santo, 24.
- 665 Trelles Graño, Antonio.  
Preciados, 48.
- 1.053 Triana Arroyo, Ramón.  
Serrano, 46.
- 252 Trigo, Eduardo.  
Olózaga, 18.
- 1.195 Turón Bendicho, Angel.  
Barquillo, 39.

## U

- 1.099 Uceda y Cano, Isidoro.  
Arenal, 2
- 1.235 Uguet Torres, Antonio.  
Jordán, 23.
- 178 Ullmann, Guillermo.  
Banco Alemán.
- 320 Ullmann, Inga.  
Banco Alemán.
- 319 Ullmann, Petter.  
Banco Alemán.
- 179 Ullmann, Thyra.  
Banco Alemán.
- 579 Unzá del Valle, Marqués de.  
Almagro, 27.
- 794 Unzá del Valle, Marquesa de.  
Almagro, 27.
- 735 Urgoiti, Alvaro.  
Florida, 8.
- 328 Urgoiti de Carrasco, Ana Gra-  
ciella.  
Larra, 6.
- 329 Urgoiti de Madinaveitia, Gloria.  
Larra, 6.
- 331 Urgoiti, José.  
Florida, 8.
- 736 Urgoiti, Luis Gonzalo.  
Florida, 8.
- 494 Urgoiti, María Luisa.  
Florida, 8.
- 332 Urgoiti, Nicolás.  
Florida, 8.
- 737 Urgoiti, Nicolás.  
Florida, 8.
- 330 Urgoiti, Ricardo.  
Florida, 8.
- 355 Uribarri de Marina, Casilda.  
Serrano, 3.
- 1.339 Unzurribizaga, Manuel de.  
Monte Esquinza, 11.
- 868 Urzáiz y Cadaval, Joaquín de.  
Almagro, 31.
- 249 Ussía y Díez de Ulzurrun, María.  
Jorge Juan, 9.

## V

- 258 Val del Aguila, Conde de.  
Salón del Prado, 5.
- 512 Val y Vera, Manuel de.  
Marqués de Santa Ana, 26.
- 171 Valcárcel, Fernando.  
Ferraz, 82.
- 414 Valcárcel, Leopoldo.  
Silva, 34.
- 33 Valdelagrana, Conde de.  
Castellana, 25.
- 34 Valdelagrana, Condesa de.  
Castellana, 25.
- 396 Valdeprados, Condesa de.  
Plaza de Santo Domingo, 14.
- 717 Valderas, Marqués de.  
Mayor, 14.
- 188 Valderrama, José.  
Paseo de Recoletos, 14.
- 83 Valdés, Félix.  
Banco Hispano-Americano.
- 857 Valdés Larrañaga, Cristóbal.  
Lista, 25.
- 1.269 Valdés Larrañaga, José María.  
Lista, 25.
- 398 Valentí, Carlos.  
Ríos Rosas, 21.
- 440 Valentín Gamazo, Germán.  
Recoletos, 6.
- 441 Valentín y García Noblejas, Ger-  
mán.  
Recoletos, 6.
- 359 Valentín Gamazo, Jacinto.  
Almagro, 4.



- 22 Valero, Manuel.  
Santa Feliciana, 10.
- 235 Vallet de Montano, Luis.  
Avenida del Conde de Peñalver, 13.
- 725 Vanderschriek, Pablo.  
Palace Hotel.
- 146 Varadé, Carlos.  
Montera, 12.
- 243 Vázquez Chavarri, Carlos.  
Serrano, 6.
- 1.163 Vega Gutiérrez, Luis de la.  
Atocha, 131.
- 1.326 Velasco, Alfonso.  
Alvarez Baena, 8.
- 580 Velasco y Arana, Antonia.  
Almagro, 27.
- 1.325 Velasco, Joaquín.  
Alvarez Baena, 8.
- 1.314 Vélez, Francisco.  
Ramón de la Cruz, 49.
- 588 Vellando, Luz.  
Alcalá, 25.
- 627 Verdes Rodríguez, Angel.  
Ministerio de la Guerra.
- 1.355 Vías Torrijos, José.  
Marqués de Urquijo, 41.
- 547 Vías, Manuel.  
Orellana, 10.
- 257 Victory, Antonio.  
Juan de Mena, 25.
- 1.365 Vidal de Yagües, Dolores.  
Larra, 10.
- 1.190 Vidal Bustamante, José.  
Mayor, 63.
- 1.028 Vignote Berro, Enrique.  
Plaza de las Salesas, 10.
- 1.252 Villamagna, Rafael Alfonso de.  
Andrés Mellado, 28.
- 1.127 Villamil y Díaz, José Luis.  
Espalter, 13.
- 236 Villasante, Marqués de.  
Salón del Prado, 5.
- 89 Villatoya, Marqués de.  
San Marcos, 41.
- 466 Villedary y García, Enrique.  
Plaza de España, 5.
- 1.005 Villota y de Girgolas, Carlos de.  
Velázquez, 72.
- 1.155 Villota y Díez, Isidro.  
Alcalá, 87.

- 1.254 Vinardell, Luis.  
Paseo del Prado, 28.
- 1.257 Vinardell, María Teresa.  
Paseo del Prado, 28.
- 1.256 Vinardell, Mercedes.  
Paseo del Prado, 28.
- 91 Vivanco, Alberto.  
Velázquez, 15.
- 1.352 Vives, Francisco.  
Carrera de San Jerónimo, 44.

## W

- 1.331 Wais San Martín, Francisco.  
Castellana, 6 triplicado.
- 1.359 Waquefor Wesman, Fedrich.  
Goya, 51.
- 554 Wangerin, Carlos.  
Barquillo, 4 y 6.
- 53 Weibel, Eduardo.  
Victoria, 2.
- 10 Weissberger, José.  
Almagro, 25.
- 1.287 Welch, Carlos D. G.  
Santa Engracia, 5.
- 864 Wilde, Fred de.  
General Pardiñas, 9.
- 52 Weydman, Félix.  
Victoria, 2.
- 301 Wirth, Roberto.  
Lealtad, 8.
- 1.302 Wurster, Jacobo.  
Alcántara, 42.

## Y

- 921 Yagües Arribas, Carlos.  
Costanilla de San Pedro, 3.
- 865 Yagües Marcos, Eduardo.  
Plaza del Conde de Barajas, 5.
- 867 Yagües Arribas, Eduardo.  
Plaza del Conde de Barajas, 5.
- 1.313 Yagües, José María.  
Larra, 10.
- 976 Yagües, Lola.  
Larra, 10.



701 Yarto de López, Elisa.  
Concepción Jerónima, 30.

341 Yarto Gala, Isidoro.  
Concepción Jerónima, 30.

**Z**

103 Zavala, Alfredo de.  
Plaza de Colón, 3.

1.277 Zavala, Consuelo de.  
Plaza de Colón, 3.

1.049 Zavala, Josefina de.  
Plaza de Colón, 3.

363 Zavala, Juan de.  
Plaza de Colón, 3.

90 Ziburu, Enrique de.  
Cruzada, 4.

1.180 Zorzano Ledesma, Isidoro.  
Reyes, 21.

1.050 Zozaya Balza, Juan.  
Magdalena, 9.

107 Zozaya, Rafael.  
Encarnación, 12.

863 Zulueta, Ignacio.  
Castelló, 25.

862 Zulueta, Isabel.  
Castelló, 25.

861 Zulueta, José María.  
Castelló, 25.

860 Zulueta, Luis.  
Castelló, 25.





## SOCIOS INGRESADOS HASTA 31 DE DICIEMBRE

1.418	Luis Gómez Acebo.	1.452	Edmundo Roca y Díaz.
1.419	Luis Mellado Sánchez.	1.453	José Arturo Rodríguez.
1.420	Luis Alfaro Fernández.	1.454	Fabio de Tournes.
1.421	Angel José Fernández.	1.455	Fernando Barranco.
1.422	Enrique de Ibarreta.	1.456	Ignacio Bauer.
1.423	Ana María de Ibarreta.	1.457	Olga Gunrburg de Bauer.
1.424	Fernando Blanco.	1.458	Julio González Tomás.
1.425	Elpidio Seco.	1.459	Julio González Martínez.
1.426	Mariano Olmedo.	1.460	Julio Larsen.
1.427	Angel Garma.	1.461	Emily Larsen.
1.428	José Irardo.	1.462	Alfonso Díaz.
1.429	Luis Moreno de Hermosa.	1.463	Emilio Parames.
1.430	Víctor Calvo Martínez.	1.464	Pablo Estapé.
1.431	Francisco Eguiraun.	1.465	Armando de Udaeta.
1.432	Marcelino de Lázaro.	1.466	Francisco de Udaeta.
1.433	José Luis Robredo.	1.467	Ramón Carnicer.
1.434	Fernando Soler.	1.468	José María Bordona.
1.435	Enrique Soler.	1.469	Miguel S. Bordona.
1.436	Josefina Roda Hezode.	1.470	José Luis Díaz.
1.437	Rafael Pérez.	1.471	Salvador Mellado.
1.438	Manuel Morera Láinez.	1.472	Carlos Martínez Valverde.
1.439	Angel Morera.	1.473	Leonardo García.
1.440	Fernando Antón.	1.474	Juan José Catarineu.
1.441	José García Cañadas.	1.475	Luis Ferreras.
1.442	Carlos Soler.	1.476	Francisco J. Martínez.
1.443	Julián Mingo.	1.477	Diego Rabaí Rapallo.
1.444	José Antonio Gay.	1.478	José Medel Pérez.
1.445	Juan Ugarte.	1.479	Angel Giménez Caballero.
1.446	Angel Marcos Herrero.	1.480	Jaime Ibáñez.
1.447	Epifanio Marcos Herrero.	1.481	Matilde Acevedo.
1.448	Ramón Meléndez Valdés.	1.482	Evaristo Acevedo.
1.450	Juan de D. Esquer.	1.483	Adolfo Gómez Mora.
1.451	Luis López Durán.	1.484	Ernesto Ponce de León.



1.485 Antonio Parras.  
1.486 Carlos Villalva.  
1.487 Carmelo Meléndez.  
1.488 Santiago Álvarez.  
1.490 Antonio Casanova.  
1.491 Abelardo Lafuente.  
1.492 Federico de la Iglesia.  
1.493 Germán Sáinz.  
1.494 Fernando Conde.  
1.495 José María Muguruza.  
1.496 Santiago López.  
1.497 Francisco Gómez.

1.498 Julio Ortiz de Urbina.  
1.499 Víctor Morales.  
1.500 Ramón Morales.  
1.501 Antonio Méndez Vigo.  
1.502 Julián Lumbreras.  
1.503 Tomás Morera.  
1.504 Martín Ugalde.  
1.505 Gonzalo Tourón.  
1.506 Ricardo Pérez Calvet.  
1.507 Ginés Velázquez.  
1.508 Ramón Martín López.





# Indice





1.485 Antonio Pardo  
 1.486 Carlos Vázquez  
 1.487 Carlos Alvarado  
 1.488 Santiago Aranda  
 1.489 Antonio Casanova  
 1.490 Mariano Latorre  
 1.491 Federico de la Iglesia  
 1.492 Gerardo Talas  
 1.493 Fernando Canto  
 1.494 José María Magarinos  
 1.495 Santiago López  
 1.496 Francisco Gómez

1.497 Julio Oyarzabal  
 1.498 Víctor Morales  
 1.499 Simón Morales  
 1.500 Antonio Mendes Vigo  
 1.501 Julio Lamberto  
 1.502 Tomás Alarcón  
 1.503 Martín Ugarte  
 1.504 Gerardo Torralba  
 1.505 Ricardo Pérez Cabal  
 1.506 Gerardo Salazar  
 1.507 Ramón María López

9 3 i b n l





# ÍNDICE

	Páginas
MEMORIA.....	3
A LA CONQUISTA DE LA DIOSA MADRE DE LAS MONTAÑAS.....	9
I. El Reconocimiento.....	12
Primeros trabajos de exploración.....	15
El Everest.....	16
La marcha a la cumbre.....	18
La vuelta.—Consideraciones.....	20
II. Los dos asaltos.—1922.....	21
HISTORIAS Y LEYENDAS DE NUESTRAS MONTAÑAS.....	27
Pico Sacro.....	29
Greos, heroico y misterioso.....	35
I. El secreto del hombre.....	35
II. La formación de la laguna.....	36
III. La plaza de Almanzor... ..	38
IV. Un emperador pasa.....	43
V. El final del misterio.....	44
La Serrana de la Vera.....	49
La vía de la Sierra.....	53
I. Un descubrimiento geográfico.....	54
II. Avila contra Segovia.....	56
III. Donde Napoleón prejuzga el problema.....	58
IV. La canción de los rieles.....	61
V. Conclusión.....	62
La niña del montero..... I.....	65
El año del hambre en nuestras Sierras centrales.....	69
I. Hoyo de Pinares.....	69
II. Los Empecinados.....	71
III. Una división administrativa.....	72
IV. Apremios y escaseces.....	73
V. Huídas y combates.....	75
VI. El hambre.....	75

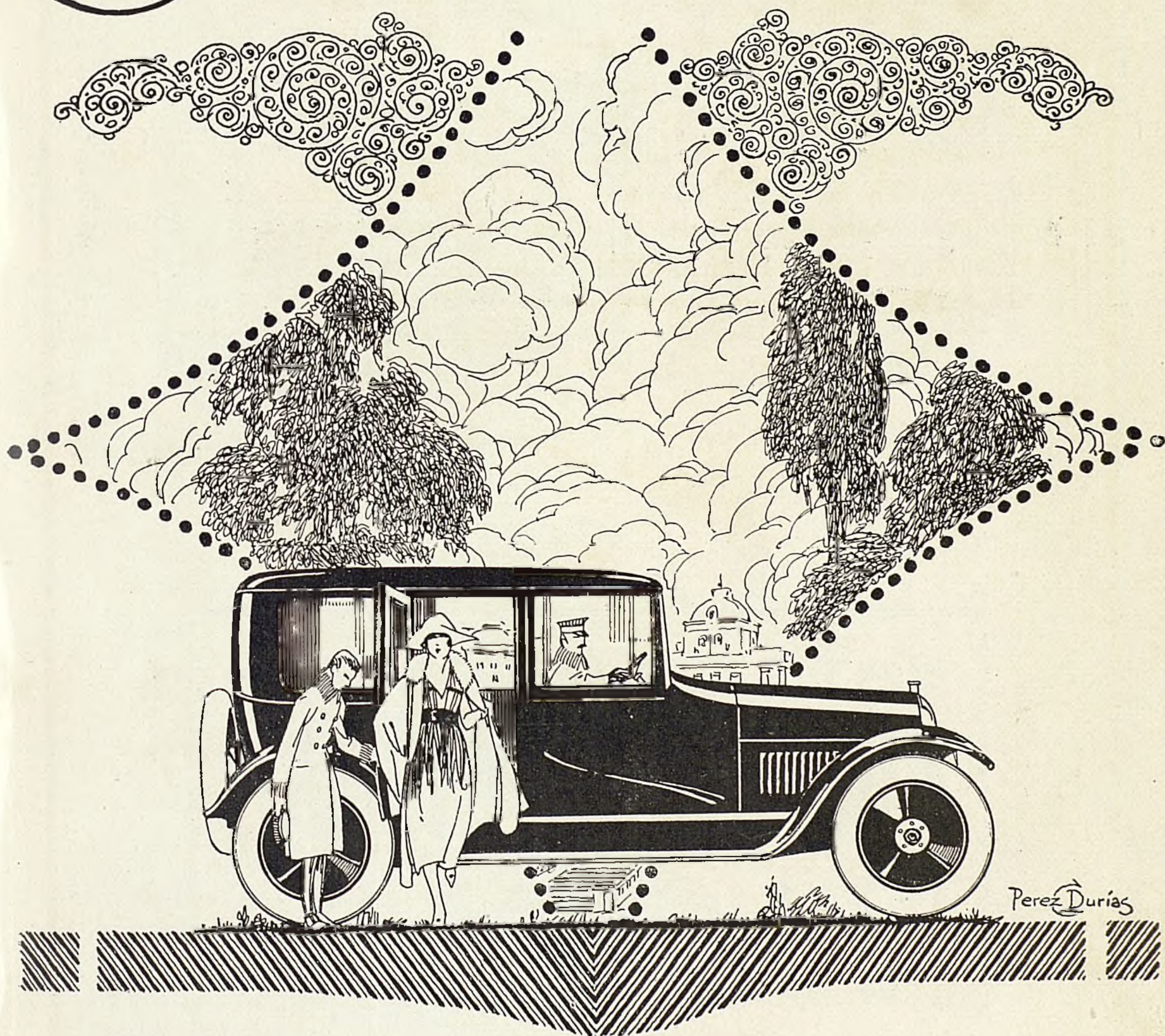


	Páginas
VII. A Lisboa, camino de las aguas.....	77
VIII. El buen tiempo de verano.....	78
IX. Alternativas de la guerra.....	78
X. Desesperanza.....	79
La mujer muerta.....	81
Mulhacén.....	87
Leyenda de Montserrat.—Juan Garín.....	93
Leyenda del Pirineo.—La brecha de Roldán.....	107
CONCURSOS DEPORTIVOS.....	121
CUENTAS DEL AÑO 1921.....	127
JUNTA DIRECTIVA.....	133
SOCIOS DE HONOR.....	134
SOCIOS PROTECTORES.....	134
LISTA DE SEÑORES SOCIOS EN EL AÑO 1922.....	135
SOCIOS INGRESADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE.....	163





# Automóviles CHEVROLET



..EXPOSICIÓN Y TALLERES..  
PIEZAS DE RECAMBIO  
Claudio Coello, 6 - MADRID

Ayuntamiento de Madrid

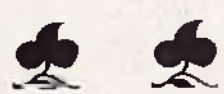








Campeonato de Castilla  
1920



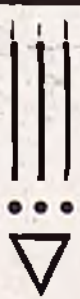
MOTOCICLETAS

**HARLEY DAVIDSON**

LANDALUCE

MARQUÉS DEL RISCAL, 7

Teléfono 887 - S. :: MADRID



Ayuntamiento de Madrid



# ALPINISTAS

La Casa ANDRADA es la  
única capaz de ejecutar vues-  
tros trabajos de Laboratorio.  
Revelado. Ampliaciones. Venta  
de postales de paisajes de  
montaña

Venta de toda clase de aparatos,  
películas, álbums, accesorios fo-  
tográficos y de la famosa placa



ARTÍCULOS FOTOGRÁFICOS  
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 12, ENTRESUELO  
**MADRID. E. XII**

Ayuntamiento de Madrid



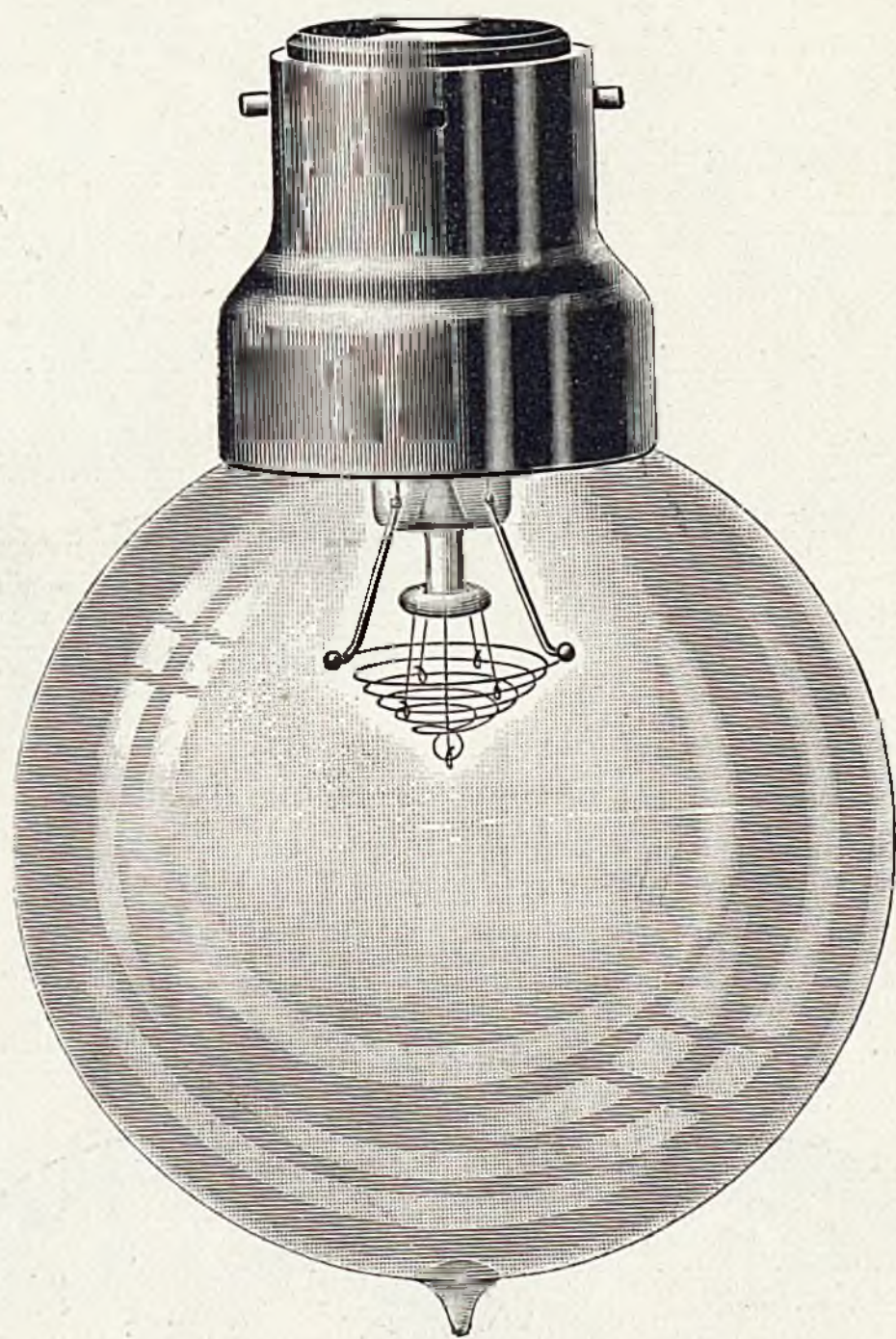
*Wellington*

ANTI-SCREEN  
PARA PAISAJES



*El 60 por 100 de los automó-  
viles en España van alumbrados  
con Lámparas **IKA***

*¿Por qué?...*



*Pídalas a su proveedor, y en lo  
sucesivo no comprará otras*

---

*De venta en todos los almacenes del ramo.*

*Al por mayor:*

**VIUDA DE LEON ORNSTEIN** ♣ **MADRID** ♣ **ZURBANO, 28**

Ayuntamiento de Madrid



# *Viuda de Alberto Maurer*

*Calle de San Agustín, 9*

*Teléfono 47-54*

**M A D R I D**

Contadores de Velocidad

== para ==

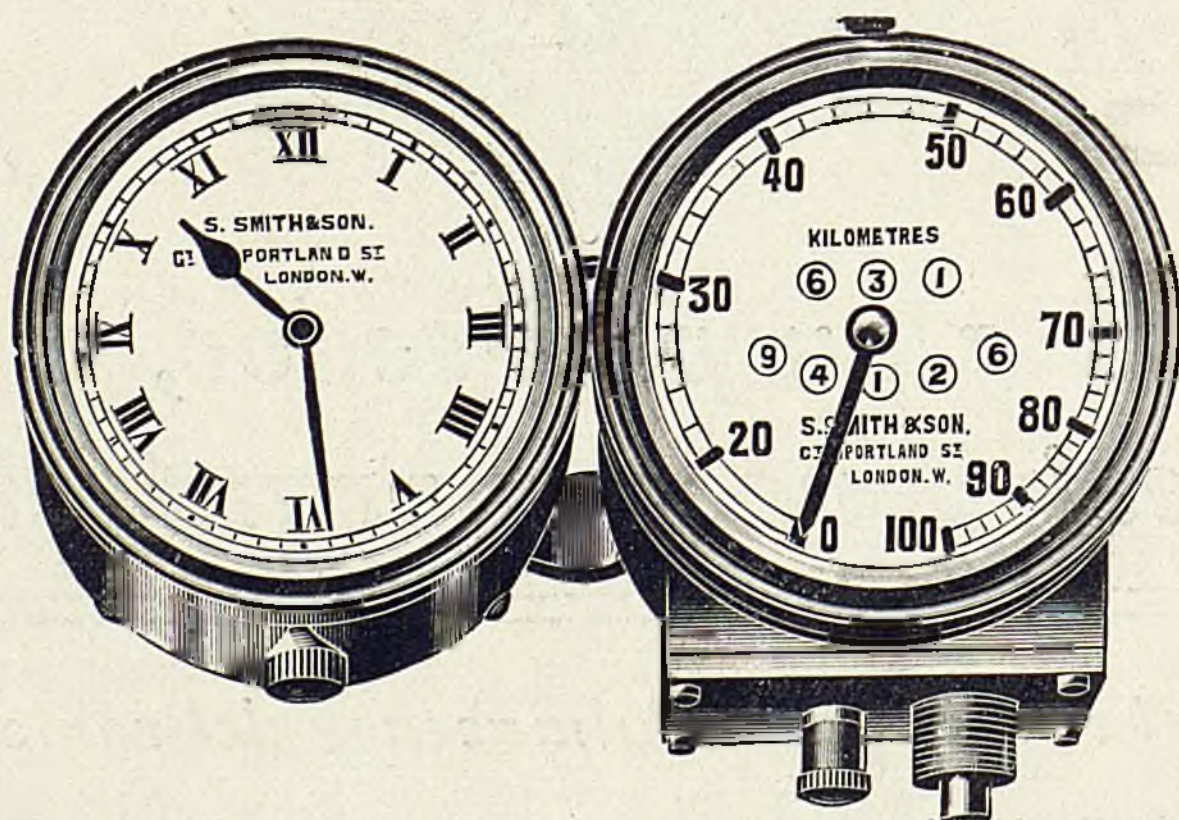
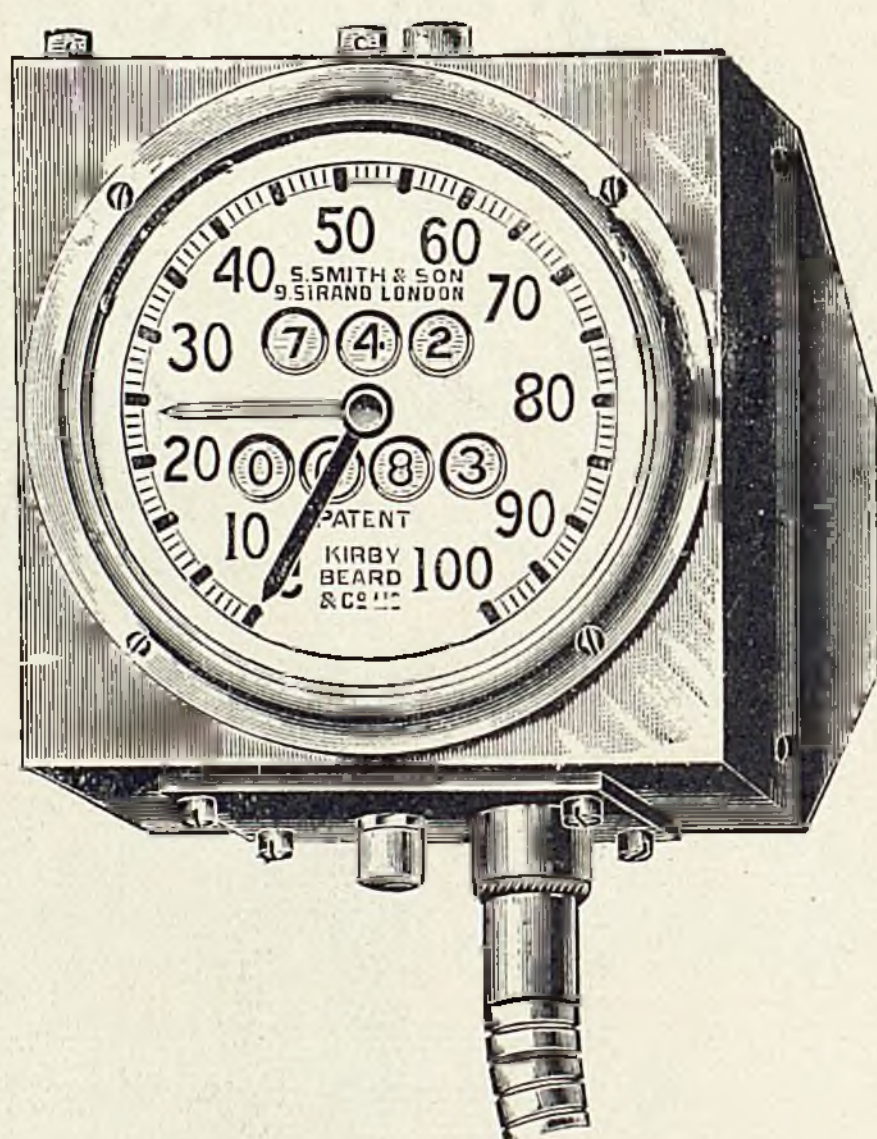
Automóviles y Motocicletas

■ ■ ■

Contadores de Revoluciones  
para Motores de Aviación

■ ■ ■

Taxímetros




*Taller especial para toda clase de reparaciones*

Ayuntamiento de Madrid



# ¡ALPINISTAS!



PÍDASE EL  
CATÁLOGO  
ESPECIAL DE  
ARTÍCULOS  
PARA TODOS  
LOS DEPORTES  
Y ALPINISMO

MESTRE & BLATGE

CID, 2, y RECOLETOS, 15. - MADRID

Ayuntamiento de Madrid



# VIUDA DE RUETE

CAFES :: AZÚCARES :: TES  
LEGUMBRES :: ACEITES  
SUPERIORES DE ANDALUCÍA  
CHOCOLATES ELABORADOS  
A BRAZO

ESPOZ Y MINA, 17, Y PLAZA DE CHAMBERÍ, 3  
M A D R I D      TELÉF. M.-87

# Hijo de José Castells

Almacén de Hules, Plumeros y Linoleum

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Gran surtido en cepillería y artículos de limpieza  
Telas impermeables para camas :: Transparentes  
Limpiabarros, etc.

PLAZA DE HERRADORES, 12  
M A D R I D      TELÉF. M.-18-28



## LOS NUEVOS MODELOS PARA 1923

# DAIMLER

45 HP.—Especial.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 1275
30 HP.—Normal.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 1000
30 HP.—Tipo corto.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 850
21 HP.—Normal.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 750
21 HP.—Tipo corto.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 750
16 HP.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 625
12 HP.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 550

## LOS NUEVOS AUTOMÓVILES

# B. S. A.

12 HP.....	= SEIS CILINDROS.....	£ 450
11 HP.....	= CUATRO CILINDROS....	£ 375
11 HP.—Tipo corto.....	= CUATRO CILINDROS....	£ 325
10 HP.....	= DOS CILINDROS.....	£ 240
10 HP.—Tipo popular....	= DOS CILINDROS.....	£ 200

Para toda clase de informes, dirigirse a la  
REPRESENTACIÓN GENERAL PARA ESPAÑA

**A. RUIZ DE VELASCO, S. en C.**  
**SERRANO, 58 (Garage), y RECOLETOS, 1**  
**MADRID**



# ALMACENES RODRÍGUEZ (S. A.)

*Avenida Conde de Peñalver (Gran Vía), 4  
Caballero de Gracia, 3 :: Madrid*

LOS MAYORES Y MAS IMPORTANTES  
PRECIO FIJO :: VENTAS AL CONTADO :: ENTRADA LIBRE

## SECCIÓN ESPECIAL DE ARTÍCULOS PARA SPORT

*PROCEDENTES DE LAS MEJORES MARCAS EXTRANJERAS  
ENTRE LAS QUE FIGURA LA CASA "STAUB" DE SUIZA,  
RECONOCIDA COMO LA MEJOR DEL MUNDO*

### EXTENSOS SURTIDOS EN:

Skis, Trineos, Raquetas para nieve, Bastones con arandela, Crampons, Piolets alpinistas, Fundas para Piolets, Cuerda de mil kilos resistencia, Sacos Turista, Guantes, Juegos ataduras para Skis, Aparatos para conducir Trineos, Pasta para Skis, Gorros lana, Medias lana, Bandas Alpinista, Jerseys lana, Camisas lana, Trajes Sport en pana, cheviot y punto lana, Pellizas, etc., etc.

■ ■ ■

**EXPOSICION PERMANENTE**  
**EN LAS CINCUENTA DIFERENTES SECCIONES**

**PRECIOS SIN COMPETENCIA**

Ayuntamiento de Madrid



# ROMPECABEZAS Y JUEGOS DE PACIENCIA

PARA AGUZAR EL INGENIO Y DESPERTAR  
LA INTELIGENCIA DE LOS JÓVENES

*Muy útiles también para quienes hayan de reposar  
en playa o campo y especialmente para  
pasar entretenidas las veladas  
invernales*

**L. Asín Palacios.-Preciados, 23.-Madrid**

AGUAS MINERALES NATURALES

DE

# CARABAÑA

**PURGANTES**

**ANTIBILIOSAS**

**DEPURATIVAS**

**De venta en todo el mundo**  
**Dirección: Lealtad, 12 :: Madrid**



# SERVICIOS

de la

## Compañía Trasatlántica

### LÍNEA DE CUBA MÉJICO

Servicio mensual, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 2 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

### LÍNEA DE BUENOS AIRES

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

### LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA MÉJICO

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes, con escala en New-York.

### LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, Puerto Rico y Habana. Salida de Colón el 12 para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

### LÍNEA DE FERNANDO PÓO

Servicio mensual, saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.







SERVICIOS

# Compañía Transatlántica

## LÍNEA DE CUBA, SAN JUAN

Servicio regular, saliendo de Bilbao el 12 de Septiembre y 19 de Octubre y de Cádiz el 15 de Octubre y 22 de Noviembre, para Habana y Santiago. Salidas de Cádiz el 19 y de Habana el 22 de cada mes para Cádiz, Cádiz y Santander.

## LÍNEA DE LAS ANTILLAS

Servicio regular, saliendo de Bilbao el 12 de Septiembre y 19 de Octubre y de Cádiz el 15 de Octubre y 22 de Noviembre, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Salidas de Cádiz el 19 y de Montevideo el 22 de cada mes para Cádiz, Cádiz y Santander.



## LÍNEA DE LAS ANTILLAS

Servicio regular, saliendo de Bilbao el 12 de Septiembre y 19 de Octubre y de Cádiz el 15 de Octubre y 22 de Noviembre, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Salidas de Cádiz el 19 y de Montevideo el 22 de cada mes para Cádiz, Cádiz y Santander.

## LÍNEA DE LAS ANTILLAS

Servicio regular, saliendo de Barcelona el 12 de Septiembre y 19 de Octubre, el 15 de Malaga y de Cádiz el 15 de Octubre y 22 de Noviembre, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, Puerto Rico y Montevideo. Salidas de Cádiz el 19 y de Montevideo el 22 de cada mes para Cádiz, Cádiz y Santander.

## LÍNEA DE LAS ANTILLAS

Servicio regular, saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma y puertos de la costa occidental de África. Salidas de Barcelona el 12 de Septiembre y 19 de Octubre y de Cádiz el 15 de Octubre y 22 de Noviembre, para Cádiz, Cádiz y Santander.

Además de los servicios regulares, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los servicios de los buques de la línea de Cádiz a New York, pasando por Lisboa y New York y la línea de Barcelona a Buenos Aires, pasando por Lisboa y New York y de Santander a Buenos Aires.

Para obtener más detalles sobre los servicios regulares y especiales, se ruega a los señores viajeros dirigirse a las oficinas de la Compañía Transatlántica, en Cádiz, o a las oficinas de la Compañía Transatlántica, en Madrid, o a las oficinas de la Compañía Transatlántica, en Barcelona.



Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid